

María Rosas

Plebeyas batallas
La huelga en la Universidad



Ediciones Era

Índice

Presentación,	11
Un polvorín inadvertido,	13
Extramuros en Cardiología,	18
Lo rojo y lo negro,	22
El pliego,	28
Yuppis de incógnito,	36
Graduaciones en el Vips,	38
Casa tomada,	40
Las mamás y los papás,	44
Ygrámul el Múltiple,	49
Discuto, luego existo,	57
La huelga en primavera,	60
Arenas movedizas,	66
Mentira lo que cuecen bajo la oscuridad,	69
El fin de la primavera,	74
Tierra de yonquis,	80
El largo rechazo a los eméritos,	85
La huelga es de quien la trabaja,	109
Acatlán la explosiva,	114
Erizados diálogos,	116
Esperando al congreso,	118
Periférico en blanco y negro,	122
Un rector pequeño pequeño,	124
El sucesor,	128
El empedrado camino del consenso,	130
Rudos contra técnicos,	132
Rage Against the Machine: la banda en la Zona Rosa,	139
Todos o ninguno,	144
Utilidad del horizonte,	146
El plebiscito culpable,	148
Urnas contra urnas,	151
Ojalá pase algo que te borre de pronto,	160
Del martes negro al domingo gris,	168
La carga contra el CCH,	176

Primera edición: 2001

ISBN: 968.411.511.3

DR © 2001, Ediciones Era, S. A. de C. V.

Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.

Impreso y hecho en México

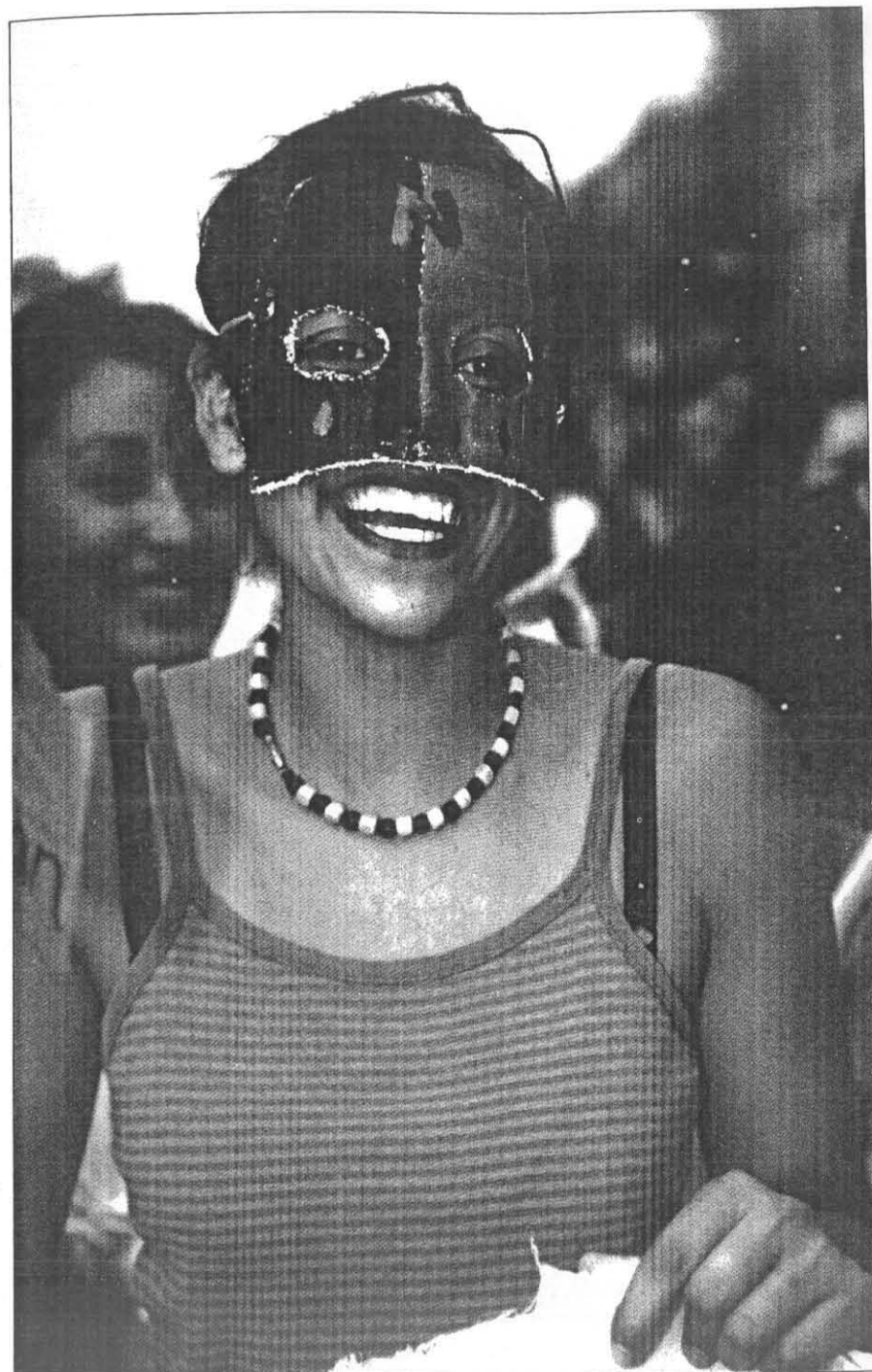
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.

En ausencia de la banda, 183
La raza tras las rejas, 188
La imposible reconciliación, 195
El cántaro al río, 204
Prohibido el paso, 208
Cambio de piel, 211
Lágrimas de oro, 215
Babel, 222

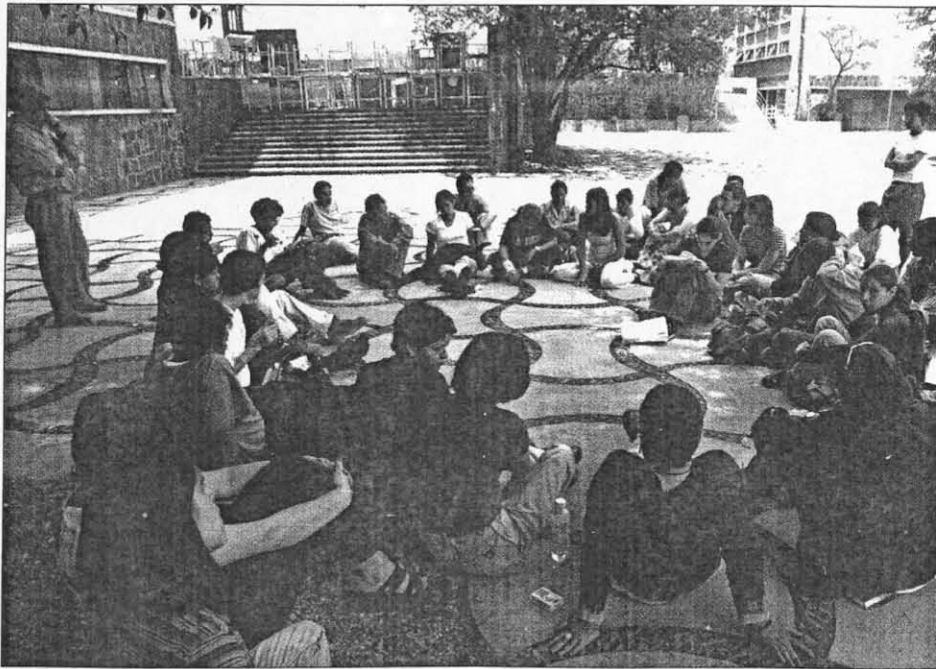
Siglas, 233
Referencias, 237



“Te miro a los ojos y sonrías. Hay huelga”. Pinta en Ciudad Universitaria.
Foto: Víctor Mendiola / VIA 69



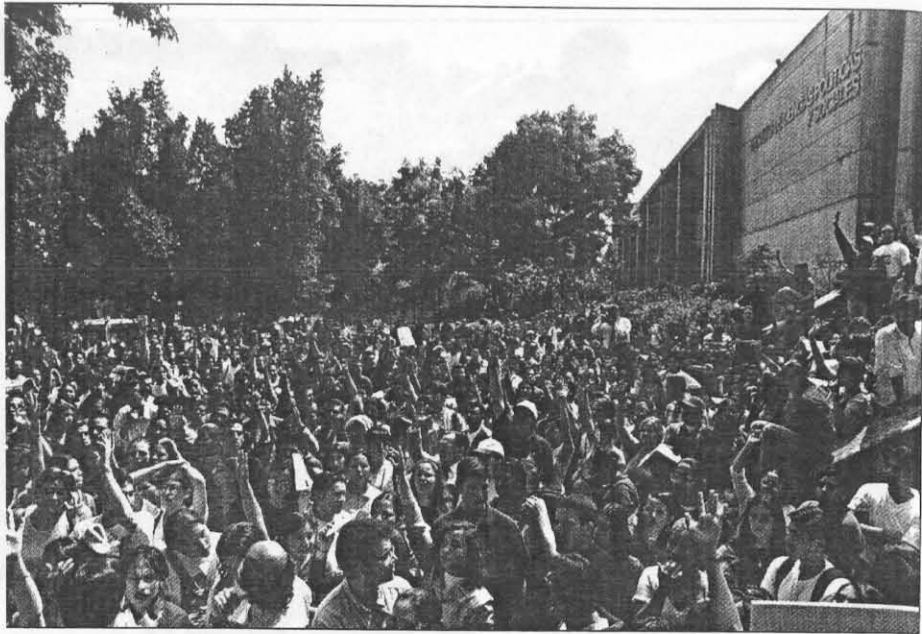
Las primeras iluminaciones. Marcha de antorchas en el campus.
Foto: José Antonio López / La Jornada



Discuto, luego existo.
Foto: Heriberto Rodríguez

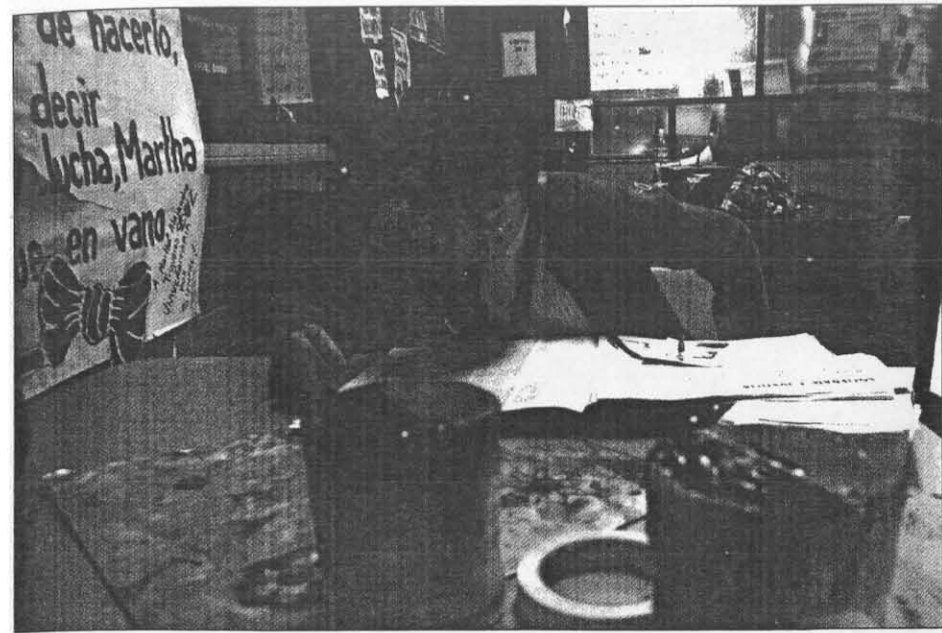


Votación de cegeacheros, profesores y trabajadores universitarios.
Foto: Israel Rosas



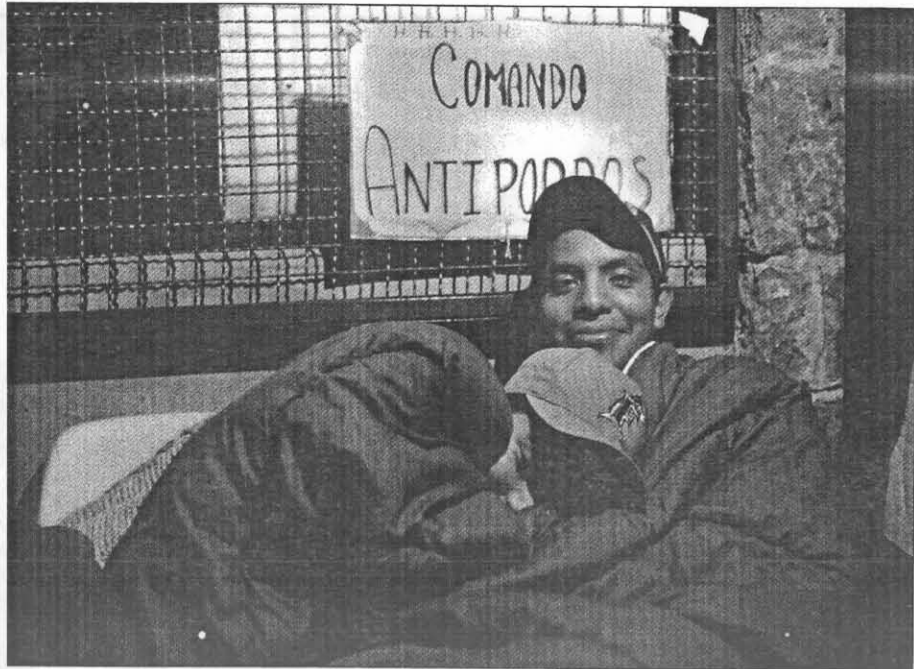
Bosque de brazos en alto contra el reglamento de Barnés.

Foto: Israel Rosas



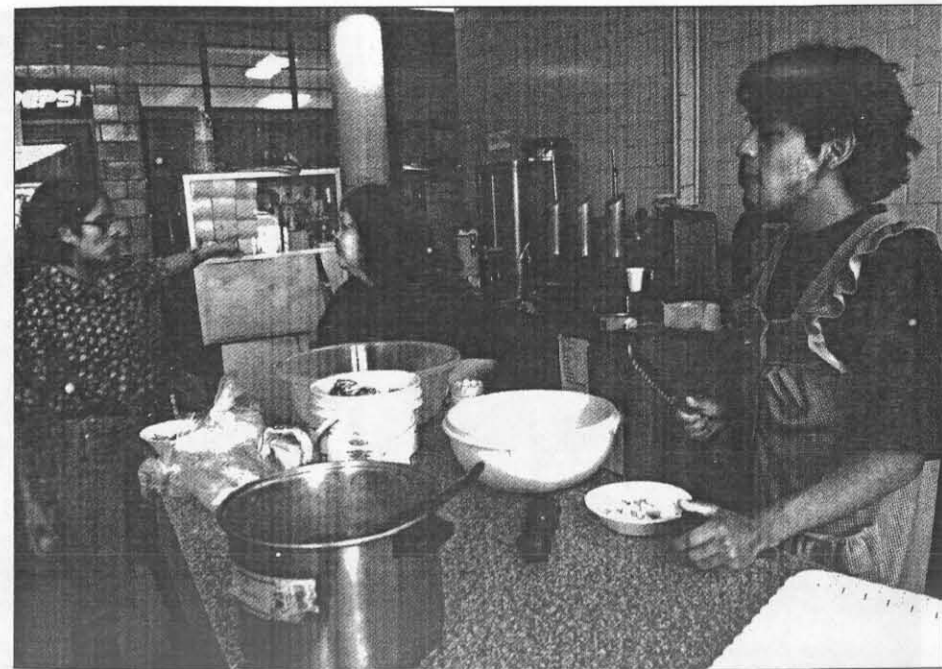
Tregua en el boteo.

Foto: Heriberto Rodríguez



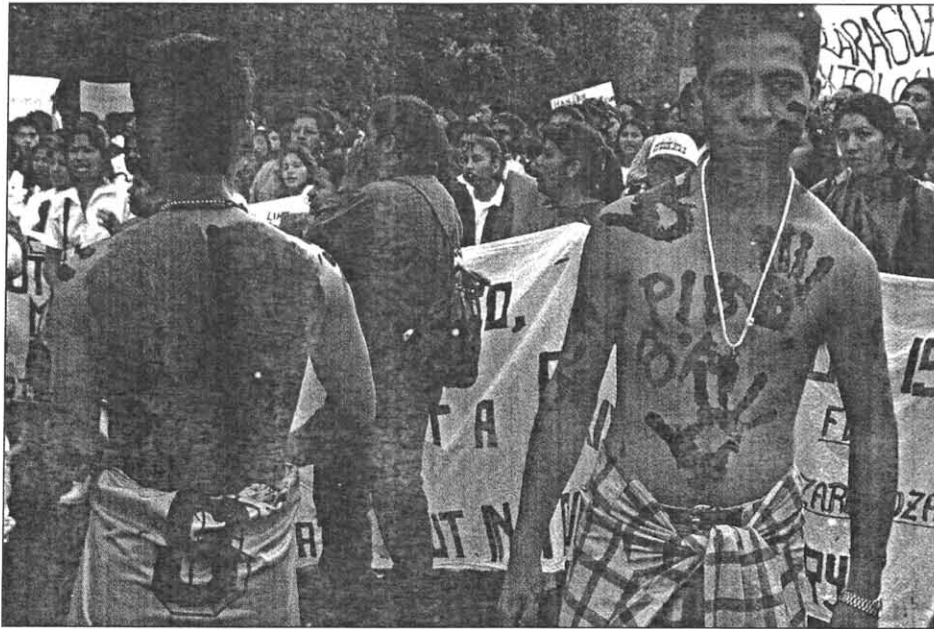
Realizando el sueño de la huelga.

Foto: Víctor Mendiola / VIA 69



Igualando sazón en las cocinas de la huelga.

Foto: Heriberto Rodríguez



Manifiestos ambulantes por el derecho a la educación.

Foto: Arturo Fuentes



La banda no te dejará caer. Concierto del CGH.

Foto: Cristina Rodríguez / La Jornada



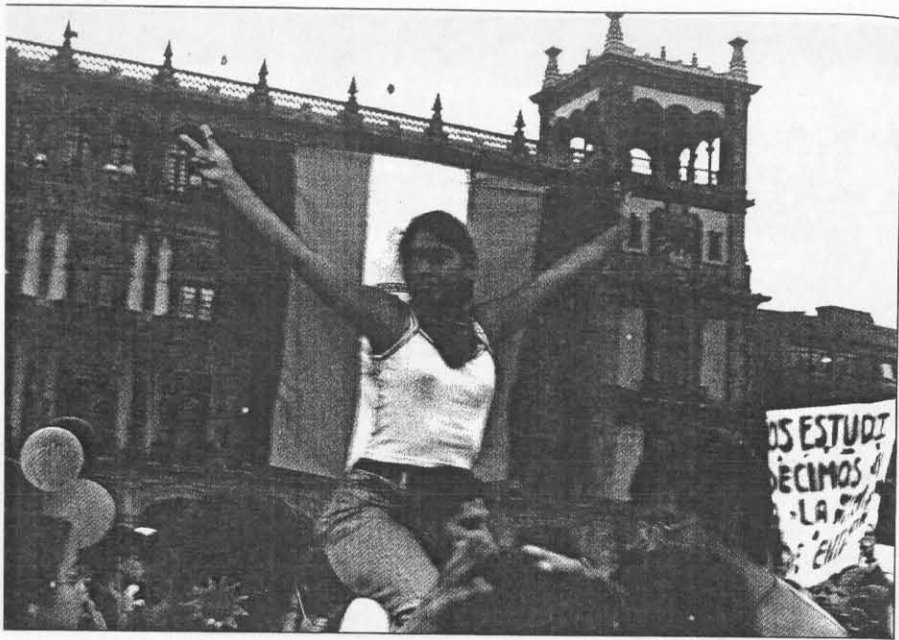
La huelga en primavera.

Foto: Heriberto Rodríguez

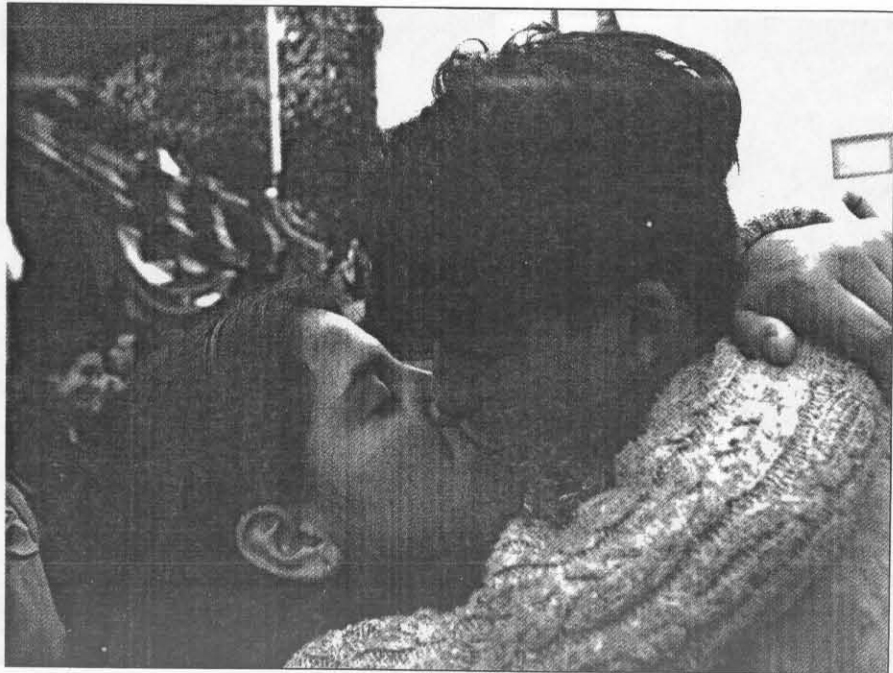


Orgullo, irreverencia y rebeldía. Los cegeacheros en el Zócalo.

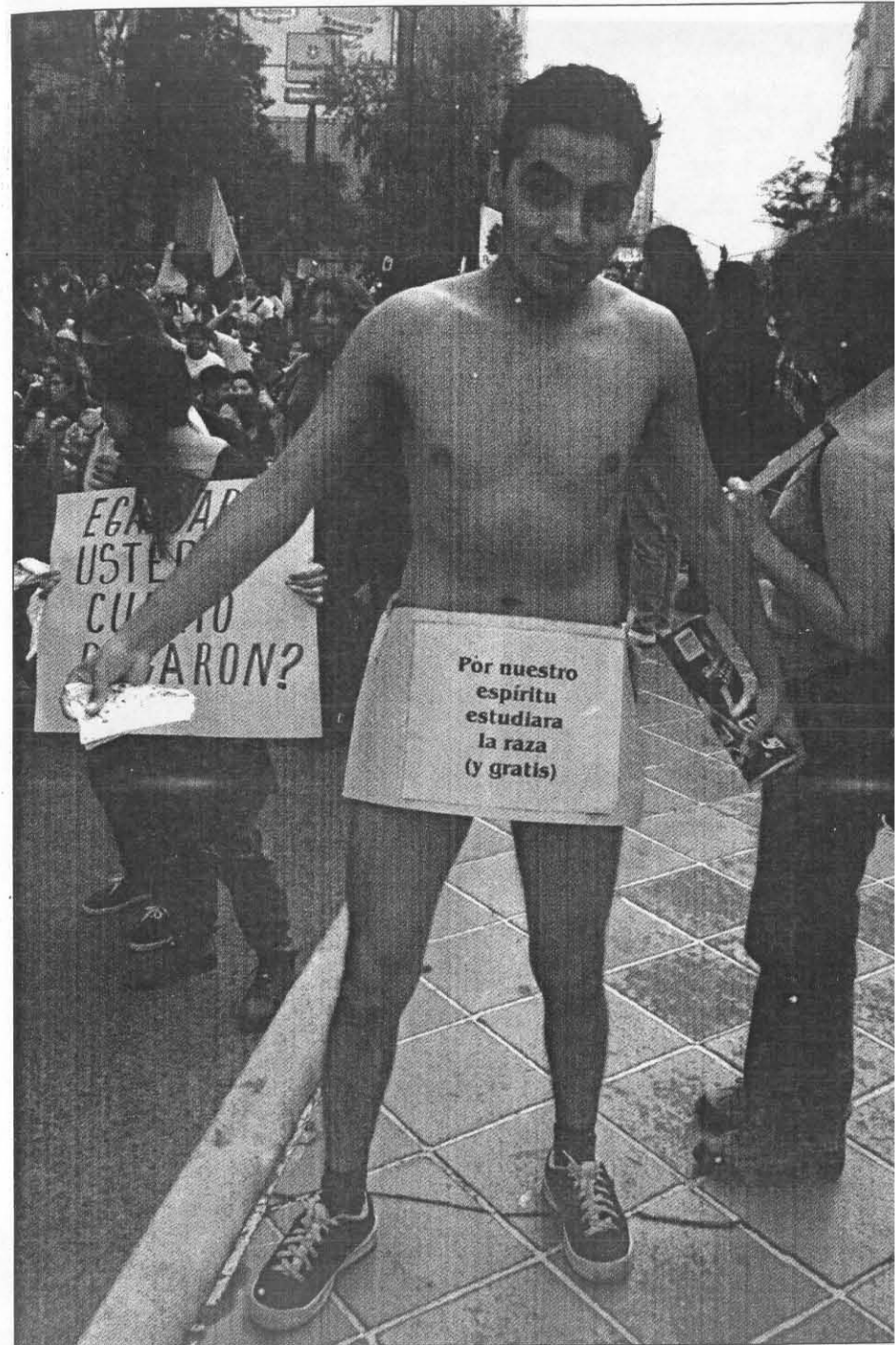
Foto: Heriberto Rodríguez



lo lo que se alcanza a ver es huelga.
v. Arturo Fuentes



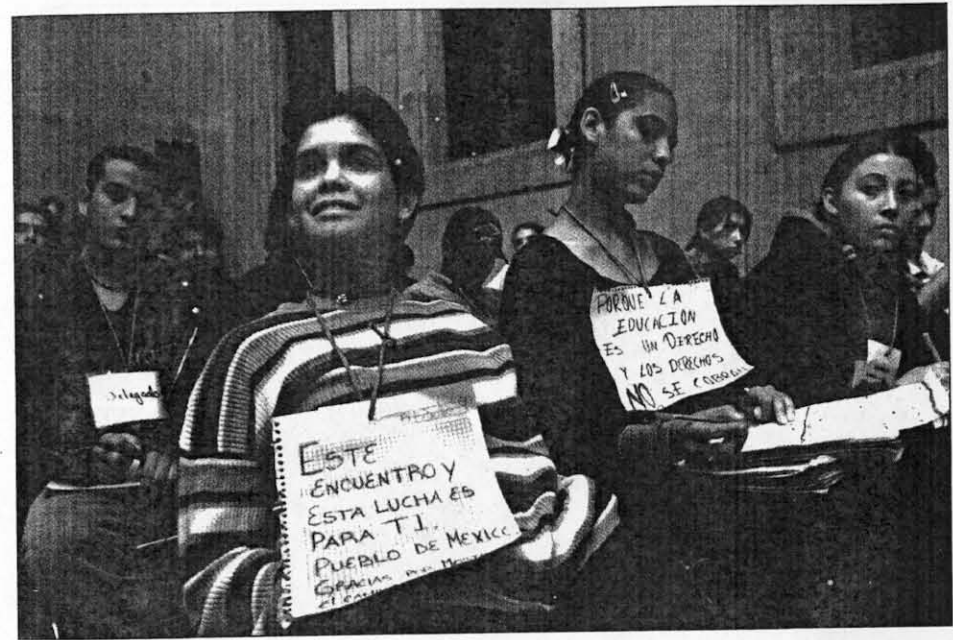
mucho más que dos.
Heriberto Rodríguez



Con el pliego a flor de piel.
Foto: Alejandro Meléndez



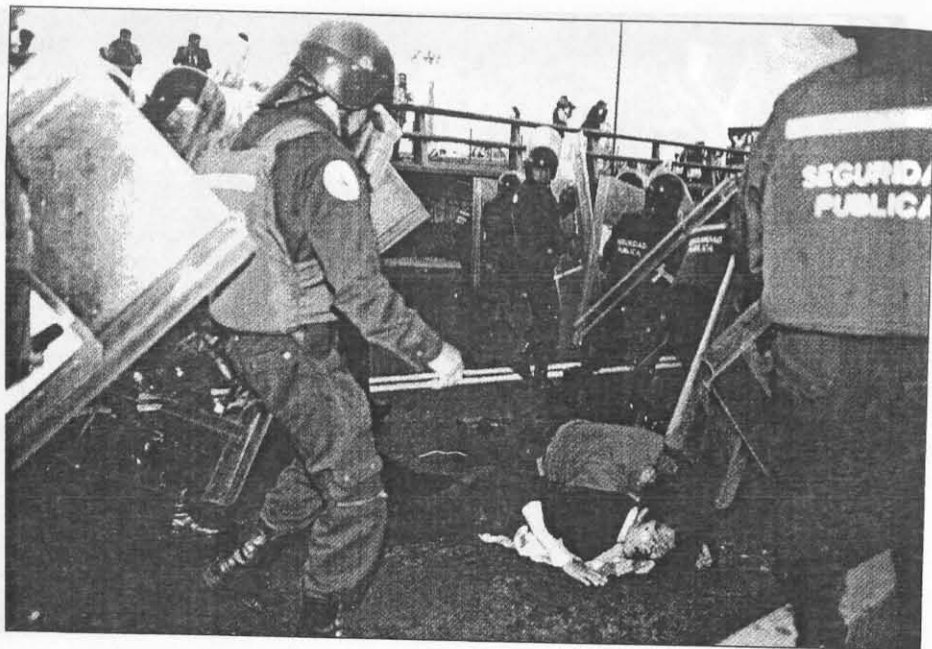
Erizado encuentro en la tierra de Krusty.
Foto: Israel Rosas



Silenciosos mensajes en el Palacio de Minería.
Foto: Heriberto Rodríguez



Rudos contra técnicos, el diálogo imposible.
Foto: Francisco Olvera / La Jornada



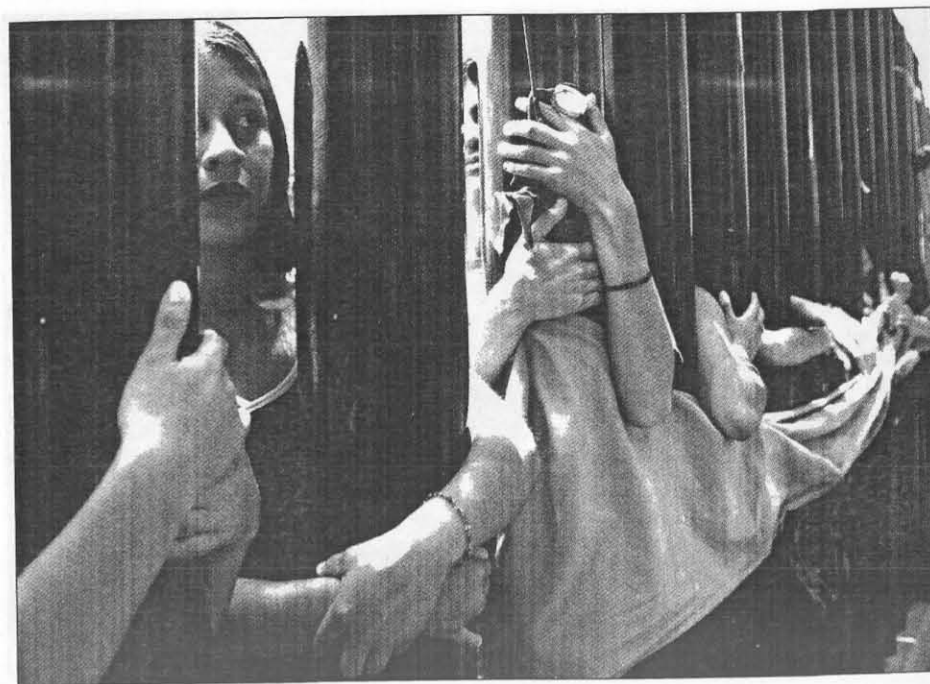
Policías defendiendo la vialidad del periférico.
Foto: Rosaura Pozos / La Jornada



El sonoro rugir del "Yankee go home!"
Foto: Israel Rosas



Mediando a Barnés.
Foto: Israel Rosas



Sin la raza, ¿cómo hablará el espíritu? Protesta contra detenciones.
Foto: Heriberto Rodríguez



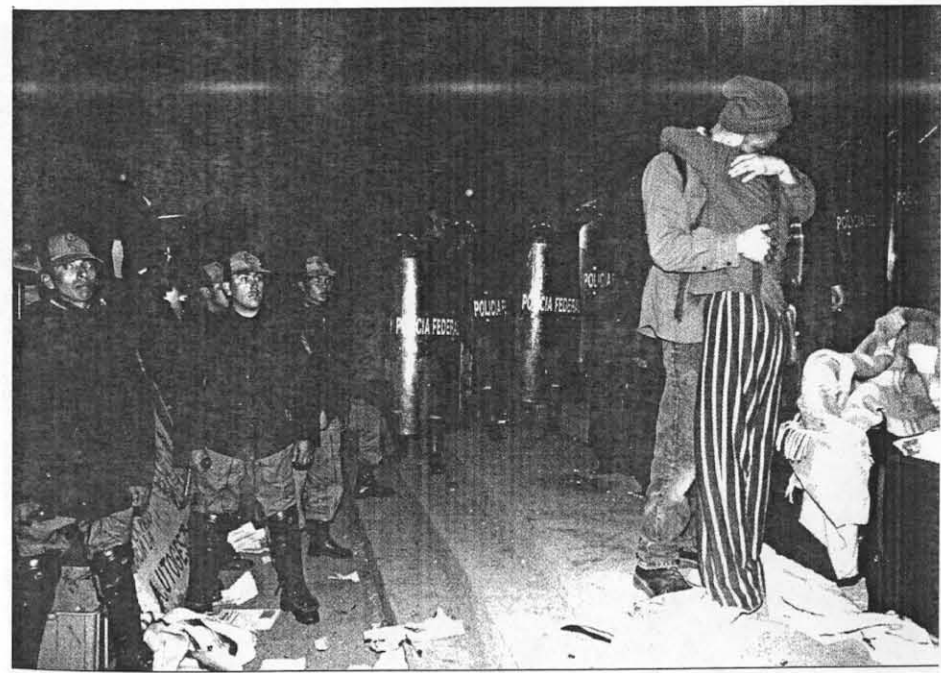
Martes negro en la Prepa 3.
Foto: Israel Rosas



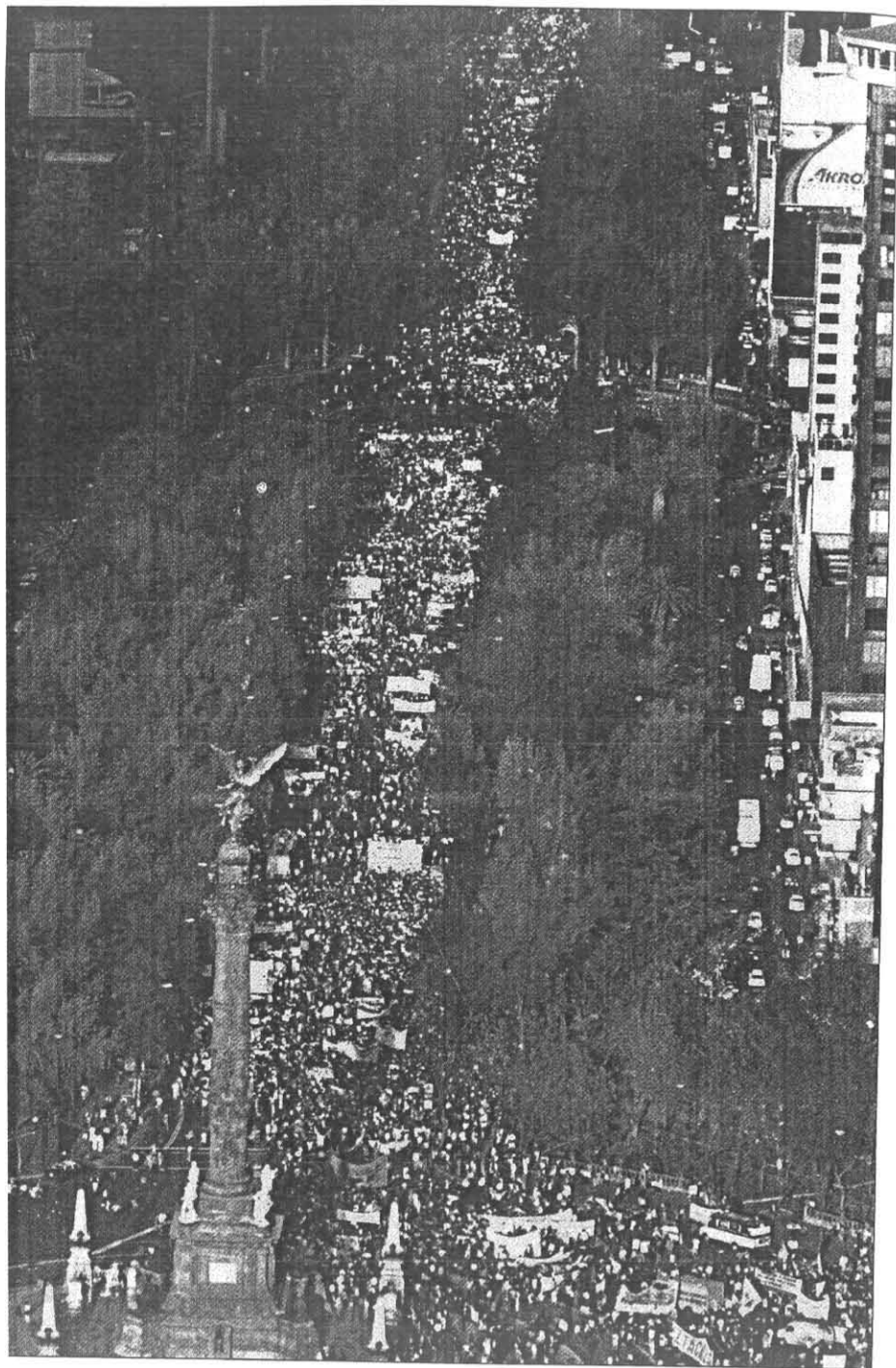
Cada cual su punto de vista. La PFP en la universidad.
Foto: Víctor Mendiola / VIA 69



El principio del fin del movimiento. Prepa 3.
Foto: Israel Rosas



No habrá final feliz.
Foto: Francisco Olvera / La Jornada



*A doña Lorenza por batalladora, terca y villista.
A don Efraín por soñador, en su memoria.*

A la multitudinaria banda de los globalifóbicos.

litudinaria manifestación por la libertad de los estudiantes.

o: Tomás Bravo / La Jornada

Esto que está en sus manos es una memoria de esfuerzo colectivo, escrita a coro. Su escritura fue posible, ante todo, por la presencia y el entusiasmo contagioso de Guiomar Rovira, escritora de excepcional sensibilidad, que no sólo se echó a cuestras la tarea de realizar buena parte de las entrevistas que sustentan el texto y aportar material de apoyo, sino que en todo momento brindó opiniones y sugerencias que lo enriquecieron. Trabajar a su lado ha sido para mí un descubrimiento gozoso.

Para este trabajo contamos ambas con la ayuda invaluable de estudiantes universitarios, profesores, trabajadores, madres y padres de familia, periodistas y otras personas que nos hicieron partícipes de sus experiencias durante el movimiento. Llegábamos a su encuentro cargadas de preguntas, y al final las respuestas siempre eran más, porque al calor de la plática la memoria se reactivaba y situaciones aparentemente triviales cobraban relieve. Con esta guía dibujamos y redibujamos el mapa de nuestro libro hasta llegar al resultado final. Pero además del recuento, muchos de los entrevistados nos pusieron en contacto con otros compañeros, nos dieron sugerencias, nos permitieron usar sus archivos personales y sus alteros de periódicos. Nosotras perseguíamos desde un principio la idea de darle salida a la complejidad de voces de la huelga. Por ello agradecemos profundamente el tiempo y la generosidad de quienes nos permitieron entrevistarlos, que hallarán sus narraciones a lo largo de estas páginas.

La huelga de la UNAM, por otra parte, fue pródiga en material escrito. Abundaron las proclamas, manifiestos, desplegados, boletines, volantes. Recurrimos ampliamente a ellos. Tomamos notas también en actos públicos y conferencias, y como la vivencia de la huelga dejó su huella en videos, fotografías, páginas electrónicas, pinturas murales y hasta corridos y, fuera de la universidad, en noticias, reportajes, crónicas y análisis políticos de todo signo, damos fe de la revisión concienzuda de estos materiales, así como de las publicaciones tempranamente aparecidas.

Finalmente, queremos agradecer al periódico *La Jornada* por las facilidades que nos brindó para la elaboración de este libro.

Un polvorín inadvertido

María Emilia, Paulina, Alejandro

Empieza 1999. Con ocasionales y leves remecidas, el rector Francisco Barnés atraviesa su tercer año de rectorado satisfecho por los derroteros que sigue la Universidad Nacional. Con mano firme ha establecido reglas que, sin apartarse de las ya fijadas por sus antecesores en el cargo, han ido transformando la vida de los universitarios y el sentido mismo de la institución. En la universidad de Barnés, las líneas divisorias entre la docencia y la investigación, entre el bachillerato y la licenciatura, entre las carreras prometedoras y las casi prescindibles, entre estudiantes y profesores, tienden a convertirse en fronteras que separan a habitantes de países diferentes. Por principio de cuentas, se ha establecido entre el personal académico una diferenciación salarial que separa drásticamente a los investigadores de los otros sectores –entre los cuales también hay multitud de categorías. La investigación que se realiza en centros e institutos, particularmente en las áreas prioritarias para la gran empresa, es el centro de todas las atenciones. Hacia ella fluyen recursos de la propia universidad –la parte del león–, del CONACYT,* de empresas privadas, de instituciones extranjeras... En la universidad hace años que, en vez de que se otorguen aumentos salariales por parejo, se somete a profesores e investigadores a distintos sistemas de sobresueldos, de forma que cada académico debe perseguir por su cuenta mejoras en su situación. Estos sistemas –también de uso común en la UAM y otras instituciones– como el PRIDE (Programa de Primas al Desempeño del Personal Académico de Tiempo Completo de la UNAM) y el SNI (Sistema Nacional de Investigadores), privilegian cierto tipo de funciones por encima de la docencia. Así, se asignan puntos a quienes posean más títulos académicos, publiquen en mayor número de revistas extranjeras, dicten más conferencias, dirijan más tesis de maestría y doctorado...

-Y a nadie le importa si diste clase o no, si la diste bien o si la diste mal, si faltaste a tu clase; no hay una forma de tener una

* Ver lista de siglas al final de este volumen [N. del E.].

evaluación de ese trabajo [...] En ninguno de los programas de salarios adicionales vale mucho. La docencia no está valorada y debiera ser lo fundamental de la universidad, y todo lo demás debiera servir a que se haga de la mejor manera posible.

—El hecho de estar produciendo cosas nuevas, artículos, etcétera, es valioso, muy útil. Si estás vinculado a la investigación se refleja en la docencia y se refleja en todo, pero la forma de priorizar las actividades genera un descuido a la docencia y te da una diferenciación de salarios bestial.

Sin los sobresueldos —“tortibonos”, que les llaman—, que pueden alcanzar hasta el 110% del pago nominal, los salarios son bajísimos, incluso en el caso de los investigadores, los mejor pagados. Así que ningún miembro del personal académico puede pasarse sin ellos. Este sistema, además de crear una variadísima gama de ingresos, significa para los profesores una carga adicional —y para la institución el mantenimiento de un verdadero ejército de burócratas. Cada tres años se les solicita la presentación de los comprobantes que demuestren, con lujo de detalles, cada una de las actividades con las que justifican su derecho al sobresueldo:

—Hay una buena parte del año que uno se dedica a ir de oficina en oficina buscando los comprobantes de cada materia que diste, cada alumno al que le dirigiste tesis, cada conferencia que diste, dónde publicaste, a quién asesoraste, cuántos exámenes extraordinarios, en qué lugar estabas en cada examen profesional que hiciste, si eras secretario o nada más eras vocal, si eras suplente [...] todo este tipo de información que la propia universidad genera, la propia universidad te lo pide, y tú tienes que ir a una oficina o veinte oficinas a recabar todos esos comprobantes, todas esas constancias, para llevarlos a la oficina de enfrente para que te crean que hiciste todo eso [...] Eso es lo que se considera como programas de estímulos, que en realidad son muy desestimulantes porque lo último que importa es lo que haces, lo que quieren es cuantificar cómo pudiste subdividir tu trabajo para presentarlo de manera más productiva en un sentido mercantil.

Inmersos unos en su búsqueda de puntaje y en su personal laberinto burocrático, y otros, los más nuevos, haciendo méritos para al-

canzar la contratación, los académicos tienen poco tiempo, oportunidad y ánimo para reunirse unos con otros. Los colegios, academias y asambleas donde se daban cita para discutir planes de estudio, problemas locales, cuestiones más generales de la vida universitaria o cualquier cosa de su interés, no tienen cabida en la rutina de trabajo individual impuesta por los estímulos. Así tomados de uno en uno, los profesores carecen de la cohesión que les permita oponer resistencia a las medidas que los afectan a todos. Pero no solamente sus lazos internos se debilitan.

—El problema con el sector de los investigadores es que de un modo u otro se han separado muchísimo de los estudiantes, han perdido capacidad de diálogo con los estudiantes porque el sistema les está demandando investigación-investigación-investigación.

—Las condiciones de un profesor de CCH que da veinte o treinta horas de clase frente a un pizarrón, comparado con un investigador de tiempo completo que apenas sí da un grupo, son completamente distintas. Tu relación con los alumnos es totalmente diferente.

Queriéndolo o no, profesores e investigadores andan cada cual en su frecuencia, alejándose unos de otros y perdiendo contacto con la población más masiva de la universidad, sus estudiantes.

La situación de fragmentación se refleja más gravemente en el bachillerato, donde

—[...] los profesores del CCH están dando clase a destajo, sin tener posibilidades de pensar en otra cosa, sin tener posibilidades de ninguna superación académica, nada más que estar dando clases, en cierto sentido sin alicientes,

y los estudiantes resienten la drástica separación que se planea hacer entre la educación media y la educación superior. Con las reformas del 96-97 y el fin del pase automático queda establecido que el bachillerato pertenece, por decirlo así, a una universidad de segunda. Para éste nunca hay suficientes recursos y las escuelas se despeñan en el deterioro, del cual dan cuenta sillas rotas y arrumbadas, ventanas estrelladas y paredes cuarteadas. Pero no sólo en este aspecto se hace notar la poca importancia que las autoridades conceden al ba-

chillerato: la imposición del examen de admisión a egresados de pre-pas y CCH significa un cierto desdén a la capacidad académica de maestros de la propia universidad, que ya otorgaron calificaciones aprobatorias. Y curiosamente una empresa extrauniversitaria, el CENEVAL, es la única autorizada para juzgar si los estudiantes merecen o no el pase a la licenciatura. A esto se suma una serie de medidas que transforman radicalmente la situación de los estudiantes de bachillerato. Por ejemplo, los CCH se colapsan. Los cuatro turnos con que fue concebido el proyecto, que trabajó así por más de veinte años, se reducen a dos, y sus programas de estudio sufren alteraciones vitales:

–[...] campea una gran pobreza cultural que no es producto de que los jóvenes sean unos barbajanes, sino de políticas educativas muy concretas: eliminar las materias humanísticas, la literatura, la historia prehispánica [...] una serie de medidas políticas de recorte a los programas que han producido generaciones sin memoria histórica, sin el hábito de la lectura, sin recursos culturales.

Simultáneamente a la eliminación de materias humanísticas, se fortalecen las áreas técnicas. Esto anticipa el futuro de muchos alumnos que inevitablemente reprobarán el examen del CENEVAL, un cuestionario marcadamente socioeconómico cuyos resultados establecen no la capacidad académica de los solicitantes, sino sus posibilidades de costearse una licenciatura. Así, tácitamente, el bachillerato se va convirtiendo en una especie de carrera técnica desde la que se desalienta el ingreso a la educación superior de miles de estudiantes.

Aun cuando las autoridades esgrimen argumentos de carácter académico, sus medidas son todo menos una reafirmación de la razón de ser de la universidad, de su función social como creadora y transmisora del conocimiento. Se reduce la matrícula diciendo que se persigue la excelencia, pero

–[...] al contrario, el hecho de que tengas excelencia dándoles clase a grupos muy numerosos, eso sería lo ideal. Perfectamente puedes atender grupos grandes, trabajando con muchos ayudantes. Lo deseable es que todos los profesores de mucho prestigio tuvieran contacto con el mayor número de estudiantes. Con lo que pasa ahora de reducir los grupos siento que estás regateando la enseñanza.

También se regatea la enseñanza cuando los estudiantes deben responder en un supuesto examen de conocimientos cuánto ganan sus padres y si hay luz eléctrica en su casa, cuando se enteran por una circular que han desaparecido materias en su plan de estudios, cuando se les impone el cobro por el más mínimo servicio, cuando se cierran sus grupos por “falta de recursos”: en estos casos no priva la academia, y más bien se trata de que la autoridad –el rector, el Consejo Universitario, las direcciones de las escuelas...– se abroga la propiedad de la educación, y de que la Universidad Nacional se va convirtiendo en una gran empresa. En ella los profesores, al modo de cualesquiera otros empleados, deben adaptarse a las reglas de la más feroz competencia, convirtiendo su labor académica en un producto vendible. Con los mismos criterios deberán marchar los estudiantes, para quienes cursar una carrera se convierte, exactamente, en correr de principio a fin saltando a quien estorbe y en demostrar en todo momento una gran capacidad porque urge licenciarse en condiciones competitivas.

En el curso de los años, la Rectoría ha ido imponiendo este proyecto de universidad con relativa facilidad. Ante algunas de sus medidas ha habido resistencia, pero han sido casos aislados que no cobraron fuerza, como las movilizaciones y paros de los estudiantes de bachillerato contra las reformas. Más aún, en muchas facultades y escuelas se fueron estableciendo castigos contra quienes realizaran actividad política, quedó reglamentado el uso de auditorios y explanadas, y se prohibió estrictamente pintar las paredes y realizar mítines.

Empieza el 99 y sin duda las autoridades encabezadas por Francisco Barnés sienten que pisan tierra firme. Tan es así, que dan un paso crucial hacia la desaparición de la universidad como una institución abierta y pública, y aprueban un reglamento que fija las nuevas colegiaturas.

Sin embargo, bajo una costra de aparente mansedumbre se ha ido incubando un malestar largamente acumulado entre universitarios de todos los sectores. Y así es como una universidad a la que muchos sentían apática, aplatanada, resignada, domesticada, ñoña, estalla como polvorín en febrero, y se mantiene entre las llamas y el rescoldo a lo largo de diez meses de huelga estudiantil.

Extramuros en Cardiología

Julieta, Norma, Alonso, Berenice, Evelia, Alejandro

Desde los primeros días de febrero de 1999, voces de sirena le susurran a Barnés que se vive un momento inmejorable. Así que se dispone a pasar a la historia como el rector que echa a andar la UNAM de paga. Sin embargo, y pese a que politólogos como Raúl Trejo perciben: “la Rectoría de la UNAM supo aprovechar el clima de opinión claramente favorable al incremento de colegiatura” (*La Crónica de Hoy*, 16 de marzo de 1999), Barnés, como el resto de las altas autoridades, comete el error que unifica en su contra a una buena cantidad de universitarios: convoca al Consejo Universitario a sesionar en el Instituto de Cardiología, es decir, fuera de su sede oficial. Sin haber estado nunca en un movimiento político ni ser miembros de ninguna organización, muchos se rebelan ante una decisión mayúscula que se toma a sus espaldas:

–Psicología es muy apática, la mayoría son chavas y la gente estaba por las cuotas. Se empezaron a hacer asambleas grandes, la gente empezó a ir por la huelga. Saloneamos con mi colectivo, la gente se enojó mucho con nosotras cuando votamos un paro [...] En el segundo paro no cerramos, hicimos un referéndum, llamamos al director a que saliera a dialogar, que por qué había aprobado las cuotas, dijimos toda la porquería que había sido, por ejemplo, que el Consejo Técnico en dos minutos decidió que sí se aprobaban las nuevas cuotas. Decíamos que okei, igual y pasan pero que nos pregunten primero.

Y ocurre un fenómeno peculiar. En muchas escuelas, en cuanto los estudiantes cuestionan la forma de aprobación del reglamento, sufren una instantánea metamorfosis: si antes eran alumnos regulares, comunes y corrientes, se transforman ante los ojos de las autoridades y profesores proclives a las cuotas en un atajo de desconocidos; o en el mejor de los casos, en estudiantes sin criterio de los que se aprovechan fuerzas extrauniversitarias.

–Fue un trabajo bien duro el saloneo, la información, las discusiones, los debates con las autoridades que nos acusaban de fósiles, de huevones, de no querer estudiar. Y era extraño porque de muchos de los profesores que nos acusaron de eso habíamos sido sus alumnos el semestre anterior, y habíamos sido de los más brillantes y constantes.

–Entonces fue muy chistoso porque en las asambleas se empezó a hacer un grupo intermedio, gente que decía sí a las cuotas pero no así. [Esta gente] se echó el tiro con el Consejo Técnico y el director les dijo terroristas, que ni eran de la facultad, que los desconocía. Solito se echó a la gente encima. En el referéndum por sí o no a la huelga votamos todo el mundo empadronado, con la credencial en la mano y el número de cuenta, y el grupo piloto del director nos apoyó porque estaban seguros que iban a ganar. Votamos 2 300, un montón, impresionante, y como 1 800 a favor de la huelga. Lo que pasó fue que esa gente intermedia, al ver la respuesta del director, dijo: “no nos queda de otra que la huelga”.

Lo que pasa en Psicología ocurre, con ligeras variantes, en gran cantidad de escuelas de la universidad. Los directores y otras autoridades, que tienen la arraigada costumbre de no consensar con nadie sus decisiones, montan mascaradas de consultas internas que en plazo récord revelan el apoyo multitudinario al incremento de las cuotas. En otras escuelas, los funcionarios ni siquiera se toman ese trabajo:

–En Iniciación circularon una carta en donde aparecían avalando la propuesta de Barnés. Varios maestros amenazaban con reprobarnos si no firmábamos, así obtuvieron firmas, aunque no demasiadas.

–En Prepa 5, el secretario pasó avisando a los salones que a la siguiente generación le tocaría pagar.

Para hacer aprobar su reglamento, Barnés se ha saltado todas las formas convocando a sus consejeros leales a sesionar extramuros, a kilómetros de la universidad. No consiguen la intimidación que buscan, sin embargo, porque hasta allá los alcanza el repudio de estudiantes,

e incluso profesores y trabajadores, que rechazan las modificaciones al Reglamento de Pagos.

—Cuando sesionó el Consejo Técnico de Filosofía lo tomamos pero no nos hicieron caso de todas formas y aprobaron el Reglamento. Después fue lo del Consejo Universitario que aprobaron cerdamente, la verdad. Se fueron a Cardiología los consejeros escogidos, votaron así, horriblemente; habíamos miles de gente afuera, muchísimos. Los fuimos siguiendo porque se fueron escondiendo de toda la comunidad universitaria, cuando se supone que aquello es abierto y plural [...] En Cardiología fue la gota que derramó el vaso.

—Había una despolitización en la UNAM desde el CEU; nadie se esperaba realmente que fuera a surgir el movimiento. Éste ocurre por la forma tan rastrera en que se aprobó el RGP.

El rector Barnés desestima por completo que el clima de la universidad ha cambiado. No puede o no quiere enterarse de lo que, inmediatamente después de la aprobación formal del RGP, está ocurriendo en prácticamente todas las escuelas y facultades. Si, como dicen los estudiantes, lo de Cardiología es la gota que derramó el vaso, eso es posible porque el vaso estaba a rebosar. En cosa de días las asambleas locales conforman una asamblea universitaria, se realizan paros, mítines y marchas. En escuelas como Ciencias, Economía o los CCH, se organizan las primeras brigadas, chavos y chavas que se desplazan a las escuelas más alejadas o menos activas, donde salonean intensamente distribuyendo la declaración de arranque del movimiento:

“Estamos en contra de las cuotas porque:

“1. Representa el desentendimiento del estado sobre su responsabilidad de otorgar educación superior gratuita, aun cuando así está consignado en el artículo 3° constitucional.

“2. Se aprobaron autoritariamente, a espaldas de la comunidad, mediante una acción irresponsable del rector Barnés.

“3. Las cuotas apenas significan el 0.78% del presupuesto anual en el primer año de su aplicación [...] con lo cual se demuestra que es una medida que no resuelve ningún problema financiero de la institución y tampoco ninguna problemática de orden académico.

“4. La educación superior ya es pagada por todos con los impues-

tos. Si aumentan las cuotas se creará un precedente contra este derecho. El cobro de cuotas significa un pago doble por un derecho constitucional.

“5. Se trata de una iniciativa proveniente de organismos internacionales como la OCDE o el Banco Mundial, quienes tienen como principal interés disminuir el gasto social de los países subdesarrollados” (Manifiesto de la Asamblea Universitaria, marzo 25 de 1999).

“El gobierno se comprometió con los banqueros para darles los fondos públicos a través del FOBAPROA, y se puso a retirar esos recursos de la educación y la salud [...] Exigimos al gobierno federal que se aumente el presupuesto para educación, al menos al 8% del PIB establecido por la UNESCO, y un 2% de él para educación superior” (mitin en el Zócalo).

Creendo que fácilmente volverá todo a su cauce, los funcionarios universitarios intentan conjurar el inminente estallamiento de la huelga con medidas de fuerza contra ciertas escuelas. Pero les resulta contraproducente:

—El 14 de abril una brigada del CCH Oriente se presenta a volantear a Prepa 2 [...] y es recibida por el director y una patrulla con seis policías de Auxilio UNAM que detienen en la caseta de vigilancia a un ceceachero. Lo golpean, le rompen las costillas. La prepa inmediatamente se declara en huelga adelantándose a la fecha del 20 que había dicho la Asamblea Universitaria.

La suerte está echada. La prensa de esos días no escatima sus elogios a los dones cívicos del rector, su amor por la universidad y su valentía. “Le asiste toda la razón”, se dice. “Hay que meter en cintura a los revoltosos.” A despecho de estos dudosos juicios, la asamblea de los universitarios declara a Barnés su enemigo, se transforma en CGH y declara que estallará la huelga el 20 de abril del 1999.

Lo rojo y lo negro

Norma, Cecilia, Rodrigo, Javier, Enriqueta, Argelia, Rafael, Gandhi, Michelle

La votación por la huelga toma formas diferentes dependiendo de las escuelas. Unas deciden votando directamente en asamblea; otras establecen “que la forma de decidir tiene que ser vía referéndum, con asambleas que discutan pero la decisión se toma en referéndum”.

Las formas de votar el estallamiento de la huelga ponen de relieve una polémica más sutil, cuya razón de ser sólo se aclarará más tarde, cuando del conglomerado sin rostros ni nombres que es el Consejo General de Huelga, se vayan perfilando actores definidos con ideas definidas acerca de los movimientos sociales. Quede constancia, por lo pronto, que en los días previos al estallamiento se había revivido en las escuelas una viejísima confrontación entre las votaciones en asambleas directas y la existencia de consejos generales de representantes como sustitutos de esas asambleas.

–En Políticas hay dos modos de accionar el movimiento: la organización de CGR [Consejos Generales de Representantes], que es algo que le gusta al PRD, y el mecanismo de asambleas directas. En los hechos se imponen éstas, se realizan asambleas multitudinarias en la explanada [el auditorio está cerrado por las autoridades] y asisten como mil estudiantes a cada una de las asambleas de los dos turnos. Hay dos bandos muy claros desde los primeros momentos, uno muy radicalizado y otro muy reticente que no está de acuerdo con las autoridades pero marca su distancia con la futura ultra.

Esta línea que divide a los partidarios de los CGR de los partidarios de las asambleas da la impresión de ser sólo una cuestión de forma. Así, al parecer, hay dos formas distintas que deciden, en el CCH Sur, el estallamiento de la huelga:

–[...] con cartas firmadas por los grupos académicos. Nosotros, que éramos cercanos al CEU histórico, éramos veinticinco o treinta personas y constituimos un grupo más amplio con los representantes de grupo.

–[...] el CCH Sur decide ir a huelga en una asamblea de más de cinco mil personas. El 11 de febrero lanza el rector su propuesta y en el CCH ya llevábamos mucho tiempo de activismo. Entonces fue fácil que la gente se diera cuenta de esta cuestión.

Independientemente de estos matices, el hecho es que el CCH Sur se suma masivamente al movimiento y organiza su comité de huelga. En otras escuelas la decisión se toma después de librar obstáculos, y literalmente sobre la marcha:

–El CGR de Acatlán es una burocracia, ya no hacen asambleas generales, se encierran en un salón y ahí discuten todo el movimiento [...] Decidimos romper con el CGR e impulsar la huelga, convocamos a una asamblea general y el CGR nos quitó el sonido, la boicoteó [...] En la tarde hicimos una marcha, agarramos el micrófono para informar, compramos cadenas, candados, lámparas, conseguimos celulares [...] y dijimos: “Una marcha de los que quieren huelga”. Éramos muchísimos, nos fuimos cerrando puertas y al final dijimos: “A partir de este momento hay huelga en Acatlán”.

Los dimes y diretes sobre los CGR quedan rebasados por las innumerables asambleas en las que los estudiantes discuten a viva voz cómo le van a hacer. En estas asambleas se forman los comités de huelga y las brigadas, se crean comisiones, se proponen innumerables tareas y también, de modo muy significativo, se elige a los responsables de “llevar la posición de la escuela” a lo que será la máxima asamblea del movimiento; esto es, el CGH.

–[...] se da una organización muy grande, se anula el asunto de las corrientes, se trabaja de modo conjunto en brigadas y comisiones.

En algunas escuelas, como en Ciencias:

–Era impresionante la cantidad de estudiantes que se movían; desde un día antes se hizo una labor inmensa de salonear, convocar asambleas, explicar que la huelga era el último recurso; dijimos a las autoridades: “Si ustedes no resuelven, ésta va a ser la huelga más consensada que haya existido en la historia de la universidad”.

En otras, como Medicina:

—Las autoridades citan a un acto contra la huelga, mientras, en la facultad, se reúnen los que están por el paro. Regresan los otros y hay una acalorada discusión por grupitos. Algunos grupos académicos deciden sumarse a la huelga, un grupo pega una cartulina comunicando su decisión y como ocho más se apuntan, pero todavía no hay una decisión global. Entonces el director decide cerrar la escuela colocando sellos y se retira para no presentarse hasta diez meses después. Los grupos académicos discuten, y cincuenta y ocho contra treinta y cuatro deciden sumarse a la huelga sólo por la demanda de las cuotas.

En la Escuela Nacional de Artes Plásticas:

—[...] la huelga estalló el lunes para amanecer martes, y el jueves en la noche nos avisaron que venían porros de la Prepa 5; la gente empezó a salir como espantada. Los de Auxilio UNAM se hablaban por radio para decir que venían para acá, la escuela se empezó a quedar vacía y las autoridades aprovecharon para sacar cosas, cárdex con las direcciones de los alumnos para trabajar afuera, y que también usaron luego para las órdenes de aprehensión.

Con diferencia de horas o de días, con diferentes métodos de votación y con una multitudinaria presencia estudiantil, la huelga queda declarada en todas las instalaciones de la UNAM.

Cualquiera que haya recorrido las instalaciones de Ciudad Universitaria, los archipiélagos de escuelas, facultades, institutos y centros dispersos en inmensas áreas verdes, los campos deportivos, los extensos estacionamientos, las islas centrales, los circuitos y calles interiores, las explanadas..., podrá percibir que la labor de estallar ahí una huelga no es algo que esté al alcance de “un puñado de revoltosos” —como desde el inicio califican las autoridades a los paristas. La situación es análoga para las escuelas que no están en el campus, que son vastas instalaciones ubicadas en todos los puntos cardinales de la ciudad y en su periferia donde, en casos, se cuenta con clínicas, ranchos y granjas.

La huelga arranca, pues, con un respaldo muy masivo. Y esto incluye no sólo al número de estudiantes que, acompañados de profe-

sores y trabajadores, colocan las banderas rojinegras, engoman las puertas de los salones y levantan barricadas, sino a un número aún mayor de universitarios a quienes, sin participar directamente en las brigadas, les parece justo defender la gratuidad de la educación superior, e incluso hay un tácito respaldo de muchos que, aun teniendo dudas sobre si las cuotas son justas o no, han rechazado de manera tajante la forma como tales cuotas se aprobaron.

En el transcurso de los meses este respaldo variará, pero en los primeros días del movimiento, miles de estudiantes se lanzan a una actividad frenética. Muy pronto establecen acomodos geográficos para repartirse las labores de brigadeo y mítines callejeros. Así se constituye el Frente Zonal oriente, con las Prepas 2, 3 y 7, la FES Zaragoza, la ENEP Aragón y el CCH Oriente, además de la coordinadora zapatista de Iztacalco y la coordinadora de apoyo a la huelga de Neza. En el Frente Zonal norte están la Prepa 9, los CCH de Vallejo y Azcapozalco y el comité de lucha del Poli. Finalmente, en el Frente del sur quedan todas las escuelas de CU, las Prepas 5, 6 y 1, la ENAP, Música, la ENEO y el CCH Sur.

Los primeros objetivos de las brigadas son otras escuelas, y luego su radio de acción se extiende a colonias populares, mercados, estaciones de metro, parques. Reparten su propaganda y hablan hasta por los codos. Hablan con sus compañeros más apáticos, hablan con los inconformes, no pueden ni subirse a un colectivo sin iniciar discusiones con los otros pasajeros. Los hay rolleros, que a la menor provocación proponen formar estudiantes “en el ámbito crítico como un paso hacia el proceso autogestivo y por ende la toma de conciencia revolucionaria”, los hay leves, los hay deslumbrados, los hay maduros, los hay elocuentes.

—Tardé un poco en que me cayera el veinte. Realmente me convencieron de lo que eran los seis puntos, de que cada uno tenía cierto fundamento y era bien neto defenderlo.

Se proponen explícitamente, con sus mítines de semáforo o banqueta, con sus rollos de metro y microbús, con su reguero de volantes, contrarrestar la feroz campaña que los periódicos, la radio y la televisión han lanzado en su contra.

Y es que desde el minuto cero del movimiento, la mayoría de los periódicos y los noticieros se han dado vuelo. La UNAM ha sido secuestrada, afirman, por un grupúsculo de fósiles, malvivientes y mal-

hablantes, haraganes, parásitos y forajidos que han cerrado las instalaciones por un capricho irracional. Esta imagen de los huelguistas, que los medios se empeñan en nutrir día a día –los locutores de la radio estrenan etiqueta en cada emisión: “ex presidiarios”, “orangutanes”, “parapléjicos”–, busca resaltar por la fuerza del contraste la diferencia entre los paristas y los “verdaderos estudiantes”, éstos que son obedientes de su autoridad, que lamentan perder clases y repudian el cierre de la universidad. Consignar la realidad tiene sin cuidado a la mayoría de los medios. Lo suyo es confirmar que la autoridad, por serlo, no se equivoca nunca. Durante largos minutos al aire, Barnés y sus entrevistadores (Canal Once, Televisión Azteca, Televisa) han pasado y repasado la misma cuestión: la UNAM ha sido secuestrada por malvivientes, duro con ellos, los verdaderos universitarios están con el rector.

Como los brigadistas se empeñan en aclarar, miente el rector y mienten los medios. Los huelguistas son estudiantes universitarios de todas las carreras y todos los niveles, y muchos de ellos, según consta en sus historiales académicos, son alumnos de excelencia. Han cerrado la universidad porque a pesar de esgrimir razones y argumentos perfectamente atendibles, se estamparon contra la sordeza de las autoridades. Son éstas las responsables directas de que el conflicto haya estallado, al no conceder a los estudiantes la oportunidad de dialogar. Dado que los estudiantes no caben en el esquema en que la autoridad toma las decisiones, la huelga es su modo desesperado y extremo para hacerse oír. ¿Y de qué hablan los estudiantes? Hablan, ante todo, de los puntos de su pliego petitorio.

Uno: Abrogación del Reglamento General de Pagos y eliminación de todos los cobros ilegales.

Dos: Derogación de las reformas impuestas por el Consejo Universitario el 7 de junio de 1997. Esto significa recuperar el pase automático, eliminar los nuevos límites de permanencia a los estudiantes de la UNAM y respetar la elección de carrera dando prioridad al bachillerato de la UNAM.

Tres: Creación de un espacio de diálogo y resolución sobre los problemas que enfrenta nuestra universidad.

Cuatro: Retiro de cualquier tipo de sanción en contra de estudiantes, maestros o trabajadores que participamos en este movimiento; desmantelamiento del aparato de represión implementado por el rector Barnés de Castro.

Cinco: Recuperación de los días de clase invertidos en el movimiento y extensión de las fechas de trámites administrativos.

Seis: Desaparición de todo vínculo de las escuelas públicas con el CENEVAL, que implica la anulación del examen único de ingreso al bachillerato y el examen único de ingreso a la licenciatura.

El pliego

Ivonne, Ingrid, Andrea, Alfredo, Cristina, Alonso, Argelia, Guadalupe, Pedro

Hasta el 11 de febrero del 99, a pesar de la innegable diversidad de opiniones sobre el sentido de la universidad que alberga en su interior, la UNAM se nos representaba como una institución pública. Que no era enteramente gratuita lo saben de sobra los estudiantes y sus padres: llevan años pagando por diversos servicios, desde las credenciales, el uso de las computadoras, los exámenes fuera de tiempo, hasta uniformes en algunos casos.

—Aunque oficialmente Iniciación es una escuela gratuita, debemos pagar varias cosas. Formalmente se nos entrega un recibo de 25 centavos por la inscripción, pero en realidad cobran 350 pesos en la caja de la escuela. Además se paga un bono de computación de 350 pesos, 50 de credencial, 550 de uniforme, y 50 por “cambio de situación académica”, por ejemplo, para que los muchachos aparezcan en las listas de los exámenes extraordinarios.

La aprobación del nuevo Reglamento General de Pagos, además de dar por buenos estos y otros cobros, establece que el estado se desentiende de su obligación hacia la educación superior, y la traslada a los propios estudiantes y sus familias.

Esto no es más que la concreción de políticas económicas muy precisas, delineadas por el Banco Mundial desde 1994, cuando emite varias recomendaciones respecto a la educación superior, como la diversificación de las fuentes de financiamiento y la redefinición del papel del estado en la educación superior. Años más tarde, en la Conferencia Mundial de la UNESCO de 1998, el BM establece el carácter privado de la educación superior, con lo cual la producción y difusión del conocimiento se vuelven una mercancía, sujeta como cualquier otra a las leyes del mercado. Y de acuerdo con éstas, los estudiantes pasan a ser compradores del saber.

Esta universidad que se vuelve empresa ocurre en un país al que le pasa algo semejante. Hace algunos años se nos decía, desde el gobierno, que teníamos todavía mucho que “crecer a lo interno”. Hablar de nación tenía tanta realidad que había carreteras nacionales,

teléfonos nacionales, líneas aéreas nacionales y hasta una banca nacional. Todo eso ha sufrido transformaciones vertiginosas: la nueva nación es el capital mundial, la máxima virtud la globalifilia, y el crecimiento de México parece determinarse por la rapidez con que las instituciones y servicios se amalgaman con las necesidades del capital trasnacional. Sumergido en la ola de las privatizaciones, el estado se reduce al mínimo, y de inmediato los efectos de su reducción se reflejan en los servicios a que antes tenía acceso la sociedad. En el caso de la educación superior, esto significa que se le recortan recursos pero no sólo eso; además se establecen medidas para que las instituciones, en este caso la UNAM, recuperen aunque sea un costo mínimo a través del cobro de sus servicios.

Ni el rector José Sarukhán, con su propuesta de cuotas de 1992, ni ahora el rector Barnés con el RGP, son innovadores en esta carrera privatizadora de la educación universitaria. Es parte de una tendencia mundial aplicada con mayor o menor vigor en otros países. Señalan estudiantes de Filosofía:

—Nos salimos de la huelga y nos fuimos a Chile, y cuando vimos cómo está el asunto, que empezó igual que acá con cuotas voluntarias y luego ya son obligatorias, dijimos: “Hay que reintegrarnos [a la huelga]”.

Según el filósofo brasileño Valdemar Sguissardi, experto en educación superior, Chile es considerado un país tan ejemplar por su modelo privatizador de la educación, “que hasta hace temer la aparición de la ‘universidad de las multinacionales’[...] Y Brasil, el último país latinoamericano en entrar en el proyecto neoliberal, lo hizo con tanta fuerza que el presidente Cardoso privatizó en cinco años lo que le llevó veinte años al thatcherismo en Inglaterra. En ese entorno se creó una Facultad de Administración con acciones en la Bolsa de Valores de São Paulo, y que depende del Banco Factor y de una consultoría. Con ello parece que se está alcanzando lo que se creyó difícil: que empresas como Fiat o General Motors llegaran a tener sus propias universidades” (*La Jornada*, 8 de noviembre de 1999).

Contra esta galopante tendencia mundial de privatización de la educación universitaria se enfoca el primer punto del pliego del CGH.

En el segundo punto se pone en evidencia la inconformidad que despertaron las reformas impulsadas por Barnés tres años atrás.

Hace algunos años, los egresados de carreras universitarias tenían posibilidades reales de acceder a empleos, y en buena medida eran las instituciones oficiales quienes más se veían beneficiadas con este flujo de profesionistas. En la actualidad ni el estado, cada vez más raquíutico, ni el capital privado, están en la disposición de emplear a los cientos de miles de abogados, médicos, físicos, filósofos, psicólogos, artistas, etcétera, egresados de la universidad. Las reformas establecidas por Barnés dan cuenta de los imaginativos mecanismos de que se valen las autoridades para desalentar desde el principio a los aspirantes a universitarios.

—Estamos presenciando fenómenos que en Europa se daban hace quince o veinte años, es decir, físicos que son cantineros, docentes que son taxistas, médicos que son sastres [...], la educación ya no está garantizando una movilidad social ascendente [...] [en el] movimiento del 86-87 se nos caracterizaba como los hijos de la crisis; los del 99 son la generación del desastre en donde el horizonte de oportunidades de esta sociedad capitalista salvaje está cancelado.

—Mis alumnos [...] son un grupo fenomenal, gente de veintidós, veinticuatro años. ¿Qué les queda cuando salgan de la carrera? [...] no saben inglés, ni esperanzas de saberlo, hay chavos que ya van derrotados cuando empiezan la carrera [...] ¿qué vas a hacer?, ¿una masa de filósofos? No puede ser, ¿dónde hacen investigación? El filósofo alemán, francés, pues tiene otro modo de vivir. El filósofo mexicano es una casualidad.

El capital y el estado necesitarán a lo más un puñado de profesionistas de alto nivel, egresados de la UNAM o de universidades privadas, o que incluso pueden contratarse en otros países. En cambio, sí requieren técnicos, pero para eso tampoco son tan indispensables las instituciones de educación superior. En los últimos años se han multiplicado las escuelas que preparan alumnos sobre pedido, adaptando sus programas de adiestramiento a las necesidades de las empresas. Ejemplo de ello son los CONALEP, esos “pilares de la política educativa de este sexenio, que han contribuido a la movilidad social de estudiantes de clases bajas, además de que son opciones baratas frente a otros centros educativos, y dotan a las empresas de trabajadores más capacitados para empleos de corte tecnológico”, como

concluyen entusiasmados dos consultores estadounidenses, en conciliábulo con el titular de la SEP (*La Jornada*, 16 de agosto de 2000).

En este sentido resulta aleccionador el comentario del señor Víctor Juárez, un vocero de las autoridades universitarias que justifica, en entrevista, por qué la UNAM rechaza a tantos estudiantes a la licenciatura: “El Señor hizo una dotación diferente de neuronas..., y hay algunos que sólo pueden ser técnicos”.

A contrapelo de este darwinismo bíblico, miles de jóvenes se empeñan en ingresar a las preparatorias y CCH y siguen empeñados en seguir una carrera universitaria. En consecuencia, las autoridades no se dan descanso ideando cómo dejarles claro que ésa es una vana esperanza. Una manera directa ha sido, simple y llanamente, eliminar de la matrícula a decenas de miles de aspirantes. Otra, la desaparición de escuelas que en su momento facilitaron el ingreso a niveles superiores sobre todo a los hijos de los trabajadores.

—Mi escuela, Iniciación, es la última secundaria incorporada a la UNAM; se supone que el ingreso es automático para los que salen del SEPSTUNAM, la primaria del STUNAM. Antes había Iniciación en Prepa 1 y 3, pero ya desaparecieron y al parecer mi secundaria va a desaparecer en breve.

Las reformas de Barnés, que se tiñen en tintes de academia, no persiguen sin embargo que los estudiantes de bachillerato alcancen una mejor preparación. En ellas no se establece que los maestros recibirán trato de profesionales de la enseñanza, que se enriquecerán los planes y programas de estudio, que se orientará a los alumnos para que elijan la carrera adecuada, que se mejorarán las instalaciones de las escuelas, etcétera. Muy por el contrario, se trata de un mero cúmulo de obstáculos, que al ponerse en práctica resultan hasta absurdos. Por ejemplo, se prefiere enviar a un alumno a una escuela saturada o de mucha demanda, en vez de mandarlo a la escuela de su elección. Al poco tiempo, además de tener un rendimiento mediocre, el alumno abandona la universidad. En otros casos, calienta banca un semestre, ocupando el lugar que se le ha negado a otro, para estar en condiciones de tramitar su cambio de carrera.

—Nuestra carrera [Filosofía] está llena de gente que iba a Leyes o cosas así. El primer semestre intentan sacar buen promedio para después pedir el cambio.

–Con las reformas no se respeta la elección de carrera; pides Medicina y te mandan a Derecho. Evidentemente eso desmotivaba. La idea de la huelga es parar esas reformas.

Como estas reformas además establecen los límites de permanencia en la UNAM, con su aplicación van quedando fuera quienes, casi siempre por razones económicas, no están en condiciones de cumplir los ciclos académicos como estudiantes de tiempo completo. Este argumento tiene poco peso para las altas autoridades, como es el caso de los ex rectores de la UDUAL, quienes preferirían que la UNAM se cerrara antes que verla convertirse en una “universidad populista”. Muy otro es el caso de los estudiantes en huelga, para quienes luchar contra los límites de permanencia es luchar contra la exclusión:

–La universidad trabajó treinta años sin esas reformas. Los estudiantes tenían derecho a acabar su carrera en el tiempo que necesitaban haciendo extraordinarios después del plazo fijado. No ocupaban el lugar de otros [...] con esa forma se ayudaba a la gente que dejaba materias por cuestiones económicas. Las reformas del 97 limitan la permanencia en la universidad, aunque te falte una materia te quedas fuera de la universidad.

–El sector que asume plenamente la lucha [...] es el de los estudiantes de abajo, para los cuales se trata de ver si la universidad sigue siendo para todos, los que tienen y los que no tienen, o si aceptan ellos que su sector social deje de existir en la universidad.

Y, finalmente, las reformas instituidas por Barnés ponen en tela de juicio los propios mecanismos de evaluación de la UNAM, como argumenta Octavio Rodríguez Araujo: “Si un estudiante de bachillerato [o cualquier grado] obtiene su diploma independientemente del promedio [...] ¿por qué para ingresar a una licenciatura [o a otro nivel superior] también en la UNAM debe tener un promedio superior? [...] ¿Debemos interpretar que la UNAM no reconoce sus propios diplomas o títulos para alumnos con bajos promedios que se consideran en el sistema universitario como suficientes? ¿La UNAM les toma el pelo a los estudiantes otorgando títulos que luego no reconoce para continuar estudios?” (*La Jornada*, 22 de julio de 1999).

El punto tres del pliego petitorio, que más tarde se transformará en la exigencia de un congreso universitario democrático y resoluti-

vo, alude directamente al movimiento del 95, aquel movimiento que fuera cuna y bastión del CEU histórico, y que no pocos universitarios consideraron un fracaso. Los huelguistas más jóvenes de la actual huelga, como los de la escuela de Iniciación de Prepa 2, tenían nueve años cuando ocurrió el movimiento del CEU, y ahora que se estrenan como universitarios descubren que la discusión de fondo sobre la transformación de la UNAM está por hacerse. Ésta es una discusión que no sólo atrae a los estudiantes, ya que multitud de miembros del personal académico sienten la necesidad de ese espacio de discusión profunda, donde puedan decidirse cambios de rumbo acordes con las necesidades y el papel social de la universidad.

El desmantelamiento del aparato represivo de la UNAM que se exige en el cuarto punto del pliego del CGH, va más lejos en el tiempo, hasta los setenta, cuando la vigilancia interna y el espionaje en la universidad se pusieron en manos de policías adscritos a Auxilio UNAM, como era el caso de los tenebrosos Cobras –hoy Sigmas–, comandados por Brígido Navarrete. De entonces data también la oscura actividad de un Tribunal Universitario que tenía el poder de expulsar, suspender o castigar como considerara conveniente a cualquier universitario pescado en falta. Actualmente la universidad cuenta con un sofisticado sistema de vigilancia que incluye la ubicua presencia de cámaras de video. En ellas se registra quién asiste a un acto político, qué dice y quiénes lo escuchan, y este registro se complementa con detallados reportes que realizan “trabajadores universitarios”. Desde los primeros momentos de la huelga, los estudiantes han exhibido estos videos y reportes, donde aparecen sus nombres, sus datos personales, su filiación política y las actividades que realizan en apoyo a la huelga. No hay presupuesto para pagar salarios decentes, y la universidad es tan pobre que debe cobrarles a sus estudiantes, pero los huelguistas han exhibido documentos oficiales que demuestran gastos millonarios en vigilancia, por ejemplo, sólo de la instalación y operación de cuarenta cámaras: 1 334 768 pesos.

El punto cinco del pliego es de sentido común. La huelga es una respuesta política ante un hecho político, no un invento para matar clases. Por tanto, al finalizar ese conflicto político, es de esperarse que las semanas o meses invertidos en él se recuperen en todos los niveles universitarios.

Y, finalmente, se llega al punto del CENEVAL.

El CENEVAL es una institución privada cuya función es diseñar un examen único para todos los aspirantes a la universidad. Este punto,

profundamente entrelazado con las reformas barnesianas del 97, significa, entre otras muchas cosas, que la institución universitaria deja en manos ajenas la calificación de los estudiantes formados por ella misma, y que otros, que habremos de suponer profesionistas con mayor nivel que cualquier académico de la UNAM, tienen el derecho de decidir si los conocimientos de los alumnos de bachillerato son suficientes.

Basándose en la evaluación del CENEVAL, la Rectoría pone en tela de juicio los conocimientos de su propia planta de maestros y violenta su libertad de cátedra. Pero esto es sólo el principio.

En el video “La huelga X”, de estudiantes del CUEC y el Canal 6 de Julio, se exhibe un documento altamente revelador sobre la naturaleza del CENEVAL: un promocional realizado por el propio CENEVAL en el que se nos informa que esta institución, de la que el rector Barnés forma parte, es una asociación civil a la que pertenecen funcionarios del Tec y la Universidad Iberoamericana, y a dos agrupaciones más que deslumbran por sus méritos académicos: la de restaurantes y la de Alimentos Condimentados de México. “CENEVAL, una empresa para su empresa”, nos dice la voz almibarada de un locutor que se extiende en las virtudes de que una serie de especialistas dictaminen si un aspirante es regular, bueno o excelente. “Usted, para su empresa, está buscando un garbanzo de a libra. Basta de improvisación.” La empresa a que se hace referencia es la UNAM, y los garbanzos son sus estudiantes. El CENEVAL los examina y clasifica: regulares, buenos y excelentes, y lo mejor de todo, como dice el locutor: “Sin ningún costo para su empresa; son los propios profesionistas los que pagan el costo del examen”.

Aparte de la dudosísima certificación de calidad académica que expide el CENEVAL, el examen es un filtro diseñado para demostrar que la inmensa mayoría de sus examinados no es apta para seguir una carrera.

–Nos consta que a través del CENEVAL se planeó reducir y marginar a muchos estudiantes que vienen de las capas pobres de la sociedad; el 47% de la demanda de bachillerato y el 37% de la demanda de licenciatura provienen de estos hogares empobrecidos [...] [con] el CENEVAL están midiendo los sectores que pueden pagar la educación superior.

–El examen del CENEVAL [que es] obligatorio para estudiantes del Poli, la UNAM, los CONALEP y demás, se basa sobre todo en estudios socioeconómicos. Te preguntan desde cuánto ganan tus papás hasta cuántos focos hay en tu casa, y si el baño está afuera o adentro. Le están quitando a una gran parte de los estudiantes la oportunidad de ingresar a la UNAM, para cambiarle la composición social y que cuando se cobren cuotas las autoridades no tengan problemas.

El examen del CENEVAL se aplica también a solicitantes de escuelas privadas que quieren entrar a la UNAM. Claro que si los estudiantes quieren entrar al Tec o a la Ibero, están eximidos de presentarlo, a pesar de que los directivos de esas universidades son parte del CENEVAL, porque se trata de una evaluación dirigida a las universidades públicas, de la que se extraerán informes sobre la capacidad –o incapacidad– adquisitiva de los aspirantes a universitarios. Al final la única puerta que permanece abierta para los miles de rechazados por el CENEVAL es la de los CONALEP, CETIS o similares, esas “opciones baratas” que incansablemente surten a las empresas de mano de obra.

La existencia del CENEVAL, las reformas de Barnés, los nuevos pagos estipulados en el RGP, son formas de esfumar a miles de estudiantes en aras de cumplir con la exigencia de decrecer el gasto en educación y transformar el carácter público de la universidad. Al plegarse a ella sin chistar, el rector Barnés se comporta como uno de los funcionarios más antiuniversitarios que han pisado la Rectoría. En el polo opuesto, las demandas estudiantiles, encadenadas unas con otras, son simples puntualizaciones del espíritu que anima al movimiento: la necesidad de revalorar y rescatar a la universidad pública, de reencontrar su naturaleza como una institución fundamentalmente académica, científica, humanística y abierta.

Yuppis de incógnito

Cristina

—En la universidad se ve el país. A dos de mis alumnos los asaltaron y se los llevaron a ellos a la cárcel porque tenían peor facha que los asaltantes [...] se les fueron tres días en el bote. Pero es que veía yo a mi alumno y tenía unas fachas [...] Se vino de Oaxaca para estudiar Filosofía, puso un taller mecánico para poder sobrevivir [...] Sueñan que en la filosofía la van a hacer; en la mañana trabajan y por las tardes se vienen a clases.

La mayoría de los brigadistas universitarios tienen una facha que alarma a las buenas conciencias. Sus pelos parados, sus gestos agresivos y su lenguaje crudo se denuncian en los medios como algo del otro mundo, como si no estuviéramos todos acostumbrados a las roque-señales, a los Madrazos de Tabasco y a los finos modales de Rodríguez Alcaine. Muchos tocan en sus bandas, “alternativo-pesado tirándole al trash”, se ayudan para sus gastos diseñando camisetas o pirateándose música, o trabajan en lo que cae, y esta variedad de oficios y beneficios se les refleja hasta en el modo de andar. La mayoría son de verbo fácil, y la cosa de salir de la universidad a platicar con desconocidos sobre las razones de su huelga no se les dificulta, al contrario. Es pan comido andar en las colonias, muchas veces donde ellos mismos viven, explicando los peligros de la privatización en la UNAM, la injusta distribución de los recursos públicos, la necesidad de defender con dientes y uñas la permanencia en la universidad.

Se les escucha, se les echa bronca o se les felicita, para eso están. Riegan por plazas y calles las razones del CGH, en el intento siempre ingrato de competir con las televisoras y la prensa. Es común que los vigilantes del metro los correteen, de modo que multitud de chavos desarrollan aptitudes especiales para disimular en lo que andan: se van metiendo de a uno en los vagones, ponen un ángel guardián en las puertas y usan tenis para no pegarse el resbalón a la hora de salir pitando. Es común que algún automovilista les grite: “Güevones”. Y también es común que, a la hora de bajarse de los improvisados templetes en que se han aventado un mitin (banca del parque,

cofre de coche), gente de lo más común y corriente les apriete la mano y les palmea la espalda.

Estos nuevos chavos de la calle, pertrechados con los instrumentos de su profesión (botes, volantes, pintura y rollo) y que se sienten dueños de todo el tiempo del mundo, resultan increíblemente incómodos no sólo para la autoridad universitaria, lo cual se entiende, sino para analistas de opinión o politólogos que, situándose a años luz de las causas del movimiento universitario, han respaldado las acciones de Barnés urgiéndolo a “poner un hasta aquí” al secuestro de la UNAM. Entre estos analistas hay quienes piensan que la huelga es injustificable ya que “los estudiantes pobres son cada vez menos, y en la actualidad más de 70% proviene de familias que tienen buen ingreso [...] Miles de ellos llegan a los planteles universitarios en coche propio y visten buena ropa”, como señala Arnaldo Córdova (*La Jornada*, 21 de febrero de 1999). Para otros, en cambio: “El incesante arribo de miles de familias a los cinturones de miseria en las ciudades [...] es uno de los fenómenos regresivos de la sociedad moderna. La Universidad Nacional puede ser tomada por asalto. De manera regular pasan por el campus bandas populares que lo anticipan” (Gastón García Cantú, *Excelsior*, 27 de agosto de 1999).

El rector por su parte, sin detenerse a analizar si los huelguistas son protoyuppis egoístas o desarrapados regresivos, los trata simplemente como a un puñado de necios de los que es preciso desentenderse. De tal forma, apenas iniciado el conflicto, suprime con un gesto simple el cumplimiento de la demanda que se refiere a la posterior recuperación del semestre. Ninguna recuperación será necesaria porque la vida continuará como si no hubiera huelga. En consecuencia, los periódicos se llenan con los anuncios-advertencias de que están por iniciarse las clases extramuros.

Graduaciones en el Vips

Berenice, Paulina, Julieta

Con un discurso que pone por delante la “preponderancia de la academia”, Barnés y sus directores improvisan una universidad paralela en la que una planta de maestros paralela se dedicará a enseñar a los paralelos alumnos. Esto ocurre porque, para la autoridad, es fundamental negar lo evidente: que la universidad está paralizada en respuesta a la imposición de un impopular reglamento de pagos.

Aunque el rector se dice muy preocupado por los escasos dineros institucionales, la verdad es que se sirve del presupuesto universitario a discreción. La organización de las clases extramuros significa muchísimos recursos destinados a montar una escenografía que oculte que la huelga es una realidad en todas las escuelas de la universidad.

El rector le apuesta a tronar esta huelga. No se le pasa por la cabeza la posibilidad de encontrarse con los huelguistas y dialogar, de volverse atrás del error de cálculo que significó la aprobación de su reglamento. No, le apuesta a enemistar a los huelguistas con el resto de la universidad, a cansarlos, a forzarlos a abrir la universidad... Barnés va por la rendición total, y las clases extramuros son parte de su estrategia.

—A pesar de que había acuerdos de la máxima autoridad de la facultad [Ciencias Políticas], que es el órgano colegiado del Consejo Técnico, en el sentido de que no se iban a dar clases extramuros, partes de la dependencia, como la Dirección de Estudios de Posgrado, llevó a cabo clases extramuros, contrató instalaciones alternas [...] Lo sentíamos como una traición. El esquirolaje en esta facultad está muy mal visto [...] Poner calificaciones sin haber terminado el semestre era un acto incluso de deshonestidad al que nos estaban invitando las autoridades.

Multitud de maestros denuncian los “académicos” modos en que sus jefes les obligan a convocar a sus estudiantes, aplicarles exámenes y llenar actas. Y multitud de estudiantes no pueden ocultar la decepción por las condiciones en que las autoridades los conducen “a

portarse bien” asistiendo a clases. Varios planteles de CONALEP y escuelas particulares son habilitados a toda prisa como aulas universitarias, pero además las autoridades, haciendo gala de un ingenio digno de mejores causas, habilitan salones en casas particulares, restaurantes, bodegas, estacionamientos y hasta en iglesias.

—Una amiga me avisó de las clases extramuros, ahí nos daban el historial y escogíamos materias. Nos daban clases en Iztapalapa, en un edificio donde metieron sillas y tablas para dividir salones. Yo me había propuesto como jefe de grupo porque ahí nos dijeron “necesitamos jefes” y no había nadie más de mi salón. Hubo juntas de jefes pero yo no fui ni creo que fueran muchos. Los exámenes se hicieron en una secundaria en el Estado de México.

Es secundario que los alumnos aprendan algo. Prueba inequívoca de esto son los exámenes aplicados por las autoridades de la Facultad de Medicina, en los que se obvia la práctica clínica. Los examinados, por el simple hecho de prestarse al asunto, reciben calificaciones aprobatorias, no en balde han acudido puntualmente a sus clases en el Vips. Y lo mismo ocurre en las demás escuelas de la UNAM:

—Me encontré a una maestra de la facultad que me dijo: “Ya estoy harta, me están obligando a dar clases extramuros; yo no quería pero tengo que comer”. Los tenían súper amenazados de que si no entregaban actas los iban a suspender. Hubo extramuros en casas de maestros, en el Hospital General, en una casa-hogar [...] fueron las peores clases que los alumnos han tomado en su vida, sin instalaciones ni laboratorios; era el rollo de darle en la torre a la huelga.

Las extramuros añaden además un contrapeso a la relación entre los huelguistas y el gobierno de Cuauhtémoc Cárdenas. Con el fin de esquirolearse tranquilamente la huelga, se solicita el apoyo de las “fuerzas del orden” de la ciudad. Así, cuando los huelguistas provoquen desórdenes, será responsabilidad del gobierno perredista meterlos en cintura.

Las extramuros son así un modo complejo de golpear a los huelguistas, que se mantendrá en funciones a lo largo de todo el movimiento.

Casa tomada

Ingrid, Julieta, Eva, Cristina, Jonathan, Evelia, Ileana, Enriqueta

Ser huelguista impone dos ámbitos de acción, indiferenciables en un principio: vivir en la universidad, y salir de ella a movilizaciones y acciones de propaganda. El primero, la posesión del lugar declarándolo “territorio libre”, conlleva una transformación radical del espacio físico de la UNAM.

Se libera el territorio expulsando a las autoridades y clausurando sus oficinas, y luego transformando una vulgar pared, por el artificio de brochas y colores, en bosque de puños alzados y ondear de banderas rojas. Aulas, laboratorios y pasillos, jardines y estacionamientos, hasta el último recoveco se liberan rebautizándose: el Cubículo Masai, el Casablanca o el Ultratumba, la Cocina Benita Galeana, el Infernal Campo Krusty, el Aguascalientes de toda la universidad, y nunca como entonces el auditorio de Filosofía vuelve a ser el Che, con su efigie pintada mero enfrente para el que lo ponga en duda. Una rosa es una rosa es una rosa, pero un salón del CCH es una despensa es un departamento es un refugio. Vivir la huelga en la universidad significa una posesión nunca antes experimentada por la mayoría de los brigadistas:

–De ser la máxima casa de estudios se volvió la máxima casa. Aquí convivíamos, aquí comíamos, trabajábamos juntos, discutíamos; si estábamos deprimidos por otra cosa, aquí lo platicábamos; la gente se vuelve tu familia, esto se vuelve tu casa [...] aprendes a vivir en comunidad, y a ver qué pasa con los demás.

Allí están los locales, a la mano, para lo que se ofrezca. Las cámaras de Gesell de Psicología, esos saloncitos con un espejo que es por el revés un vidrio opaco para que los sicólogos observen a sus pacientes, tienen las dimensiones adecuadas para un cuarto personal:

–Entrabas, y ya habían metido toda su casa; tenían cobijas, un calentador de agua, su tocadorcito, sus poemas, y así todos [...]

En muchas escuelas de CU –“Casco”, se llama ahora, para acentuar el parentesco con los del Poli–, la huelga se hace con relativa comodidad. Muros y techos protegen a los huelguistas de la intemperie, y hay dormitorios colectivos donde, sobre cobijas, bolsas de dormir, petates, alteros de cartones o periódicos, los brigadistas se tumban a pasar la noche, comparten su calor y sueñan a coro. En otros rumbos, en las escuelas más alejadas de Ciudad Universitaria, la situación es muy diferente. La huelga se hace casi a cielo abierto y las funciones mínimas, comer, beber, asearse, requieren de esfuerzos adicionales.

–En Oriente varios meses estuvimos sin agua ni luz. Acarreaban el agua de las cisternas, y nosotros improvisamos una tienda para acampar en las canchas con una cobija encima de las porterías. Con la huelga desaparecen las clases sociales; todos andábamos mugrosos, nos acostábamos en el suelo. No existían diferencias económicas, no se notan en la huelga.

Para muchísimos huelguistas, chavitos o mayores, hombres o mujeres, preparatorianos o prelicenciados, vivir en esas condiciones es lo mejor que les ha pasado en la vida. No sólo porque, como señala una maestra,

–[...] vivían mal en su casa, comían mal en su casa, estaban mal con el papá, su solución fue irse a vivir diez meses ahí adentro, donde no tenían que obedecer horario; estaban libres en toda CU, y algo les consoló de su perra vida que llevaban,

sino porque, de una manera absolutamente contraria a la que dictan los valores bien vistos en nuestra sociedad, hay una búsqueda real de vida comunitaria, de trascender aquello de “cada quien para su santo”.

–El movimiento hizo que nos uniéramos toda la comunidad, ¿no?, porque sí somos muy individualistas [...] como decimos aquí, cada quien se chinga. Pero durante la huelga nos unimos en banda, en lo que fue nuestra sociedad en ese momento [...] Nos hablábamos de Arquitectura a Filosofía: “Oye carnal, préstame tantita agua” ¿no?, o “Préstame un bote para ir a boatear”, haz de cuenta como una vecindad [...] Nos unimos entre

todos, no namás dentro de cada facultad o cada escuela, sino dentro de la propia universidad.

Las primeras semanas los jóvenes huelguistas descubren la solidaridad que no se declara, se actúa. La descubren en los actos más simples, como comer o compartir las cobijas, y en los actos más complicados, como ponerle palabras a sus razones. Simultánea e inevitablemente, se van hallando unos a otros: miles de espejos en filita.

–Todo el proceso que se vivió fue maravilloso porque al principio todos éramos iguales, después fuiste encontrando más afinidades con algunas personas, y encontrando que no sólo tú piensas en transformar la universidad.

–Hay chavas que te dicen “yo aquí encontré la neta”; son chavas que nacieron en la huelga. No pueden ser las mamás de la huelga, porque las mamás somos las que ya estuvimos desde años antes. Ellas mismas, las “hermanitas de la huelga”, te dicen: “Yo antes era una chica popote, de plástico y hueca, que podía entrar y salir por los dos lados, y la huelga me moldea de una forma diferente”.

Esta rapidez con la que los estudiantes se apropian de todo el espacio circundante y más, irrita a muchos: “Cuándo van a levantar la huelga, si ahí están tan a gusto”. Es verdad. Están a gusto probando algo de lo que antes no habían tenido noticia, una experiencia vital y colectiva que pareciera no poder existir más que en situaciones de excepción. Conocer al otro, interesarse realmente por el otro, vivir con el otro... Para muchos de los estudiantes que se implican en la huelga, la vida universitaria, la carrera, habían sido no más que correr de principio a fin. Un semestre, otro, saltar al que estorba, demostrar quién es más capaz. En las largas veladas del movimiento, se revelan otras posibilidades:

–Estudio Letras Clásicas, mi carrera está totalmente alejada de la realidad. Hemos gente que tratamos de aterrizarla, pero los maestros se dedican a darte griegos y romanos. Con la huelga mucha gente nos dimos cuenta que no nada más es la onda de entrar a clases; venir a la universidad significa preocuparte por ella, por lo que les vas a dejar a los demás. No te puedes aislar en tus libritos, en tu biblioteca.

–La huelga hizo que me cayera el veinte de cuál es la función de mi carrera, ver de qué sirve toda la historia que ha pasado en esta región para aplicarlo a los problemas sociales que se dan actualmente. Muchos maestros que se supone que se dedican a esto, en este proceso de huelga ni siquiera se aparecieron, fue medio decepcionante, te hace darte cuenta de muchas cosas tener el problema en las narices [en vez] de verlo desde lejos.

–Es una huelga donde te opones a un principio de exclusión, y te das cuenta de que existen otros, te reconoces en la problemática de los otros, además sabes que no puedes estar sin los otros. Si quieres construir una sociedad mejor, eso te lleva a convivir con los demás, verte parte de un colectivo y romper con un individualismo al que te llevan estas sociedades donde todo es consumo y todo es exprés.

Discuten, reflexionan, fantasean, se sienten a sus anchas y arman la fiesta. Y qué cosa más odiosa hubiera sido un masivo encuentro de jóvenes muriéndose de aburrimiento. Pero no es la fiesta de la huelga lo que debería provocar irritación a las buenas conciencias, sino la evidencia de que la sociedad le salimos debiendo mucho a esos chavos que encuentran el mejor de los mundos posibles en el piso de un aula universitaria vacía.

Las mamás y los papás

Enriqueta, Ileana, Ivonne, Julieta, Javier, Tania Paloma, Tania Jimena, Cristina, Olga, Javier, Alonso

–Lo que no logró la iglesia cristiana, que padres e hijos fueran con su Biblia bajo el brazo a la iglesia, aquí lo logramos: que padres e hijos fueran a la huelga con su cobija bajo el brazo.

Hay, entre los huelguistas que se mudan a la UNAM, quienes traían broncas con sus familias, quienes ya no cabían en su casa o quienes vivían tan lejos de su escuela que, por pura comodidad, se instalaron en ella. Hay quienes no tienen problemas domésticos, e igual se clavan en las brigadas. Hay huelguistas de entrada por salida, que conforme la situación se va poniendo crítica espacian las visitas al hogar, y hay, y ésa es una novedad, un número considerable de papás y mamás que se van con sus hijos a la universidad, a ver qué puede hacerse para que se resuelva el conflicto.

–Aun con diferencias, críticas o incondicionalidades, los papás no han dejado de estar del lado de los estudiantes porque saben de nuestra responsabilidad social, la sienten ellos mismos. Se dieron cuenta de todas las artimañas, la deshonestidad, las mentiras del propio gobierno hacia los estudiantes, porque conocen a sus hijos y eso les permite tener una posición firme y crítica ante quienes estamos luchando.

Muchos de esos padres y madres de familia habían sido brigadistas en sus mocedades. Algunos son profesores y trabajadores de larga experiencia como universitarios, a los que poco había que argumentarles el pliego petitorio. Hay también participantes de la insurgencia sindical de los setenta o de las luchas magisteriales de la CNTE, e incluso quienes vienen de más atrás, del fundacional 68. Hay simpatizantes de los zapatistas y simpatizantes de Cuauhtémoc Cárdenas; hay quienes no cuentan con experiencia política previa, y hay sobre todo quienes simplemente apoyan a sus hijos y por eso se meten al borlote.

Al principio, buena parte de las ocupaciones de los padres son, por decirlo así, de “apoyo técnico”. Pero en poco tiempo se convier-

ten en militantes paralelos al CGH: publican su propio boletín, fijan días para reunirse, se van en bola a las marchas callejeras y a veces sustituyen a los hijos en las labores más pesadas. El sello característico de la acción de los papás es que se trata de un apoyo sin condiciones a la huelga. No dudan de las razones de los hijos, y así lo gritan en las marchas, lo pintan en las paredes y lo escriben en sus volantes.

–Rompiamos con el rollo de los papás y los hijos, de que el papá ya fue revolucionario y ya está hasta la madre y no deja que su hijo vaya a hacer la revolución, o la familia superreprimida que no deja que el hijo se explye.

–Con la huelga, los papás de los preparatorianos recobramos el permiso de entrar a las instalaciones, porque antes nos tenían que quedar en la puerta.

–Creo que los papás radicales buscan su lugar en el movimiento porque no han tenido dónde jugar un papel. Y tenemos además otra razón: nosotros somos los que pagamos, y por tanto nos radicalizamos contra las cuotas.

–Los papás se organizaban para verse cada fin de semana, eran papás participosos que se ofrecían a ver qué podían ayudar, y cuando había que irse al CGH se quedaban a hacer guardia en la escuela. Eran papás de todo tipo [...] Mi papá apoyaba a la huelga y a mí.

En efecto, son papás de todo tipo que empiezan a hacer cosas fuera de su rutina desde el 20 de abril. Por ejemplo, un domingo de julio, emprenden una peregrinación a la Villa para pedir en sus oraciones por la solución de la huelga. Ahí, ante los sorprendidos feligreses, los padres y sus hijos paristas levantan una silenciosa V de la victoria y despliegan mantas que rezan: “Todos somos iguales ante Dios; por una universidad para todos”, y enumeran los pecados del rector: “Barnés miente, es avaro y soberbio. Quiere robarle la educación al pueblo. No lo permitas Dios”.

A medida que el tiempo avanza sin que se le vea fin al conflicto, hay papás que se avientan acciones más directas:

–Un día nos hablan a las 2 de la mañana, que mi papá estaba metido en el tambo porque lo agarraron pegando propaganda en la calle. Y ahí vamos por el padre: “¿Qué haces aquí?” Y él: “Aquí déjenme, no paguen nada”. Él no tiene miedo por él, pero yo sí tengo miedo por él; qué tal si adentro lo madrea otro cabrón que está metido por borracho [...] Ya, lo sacamos [...] Mi papá en el 88 era panista, iba a las marchas. Yo creo que no se imaginaba que nos estaba dando camino para algo más radical; que nos estaba cambiando la vida.

Nada es igual en el hogar de los paristas. Los papás que no se integran a las guardias se tienen que ir acostumbrando a que los hijos y las hijas dejen de pedirles permiso y de consultarles sus planes.

–De repente llevabas quince días sin ir a tu casa [...] y los papás te iban a visitar.

Con frecuencia las visitas resultan inesperadas. A los estudiantes más jóvenes, y sobre todo a las estudiantas, los papás suelen caerles sin aviso, en previsión de lo inevitable:

–Durante la huelga había mucha gente que se salía de sus casas, hubo gente que se casó en la huelga, hubo embarazos, hubo riñas amorosas, hubo golpes, hubo un chorro de gente a quien amar, hubo un chorro de gente a quien abrazar, a quien besar, y que por miedo que no fueran igual a ti no lo hacías antes.

Para los dieciseisañeros, dieciochoañeros de la huelga, alejarse de sus casas e irse a vivir con sus iguales significa un increíble ejercicio de la libertad; pese a las tensiones y el agotamiento de la huelga pueden dar rienda suelta a toda clase de emociones y tentaciones. Por momentos, largos momentos, las discusiones políticas pasan a un segundo plano:

–Te sentabas en el CGH y mejor veías lo que pasaba, los más violentos y violentas que andaban por ahí [...], toda la escena del cortejo y del acercamiento; el chavo más ultroso se volvía de momento inhibidísimo porque una chava se le acercaba.

Muchos de los papás y mamás, sobre todo de preparatorianos, se rolan en las guardias de la huelga para proteger a sus hijos de los ataques de porros o de la tira. Y también para “protegerlos de sí mismos”, como algunos dicen. Fiscalizan lo que entra y lo que sale en los morrales, regañan a los que chupan, tratan de mantener bajo control a las hormonas supervisando los “dormitorios” separados de niños y niñas. Imposible labor.

–Los chavos tienen muchas necesidades, además de las afectivas, las psicológicas, las típicas de la edad. Me decía otra maestra: “Es que me choca dar clase en licenciatura, porque estoy explicando a Kant, los volteo a ver, están pensando si se acuestan con la novia hoy o no”.

Quizás en algunos casos, sobre todo en los primeros días, los papás y las mamás tienen éxito en su tarea controladora. Pero la huelga no es un campamento de verano para chicos, sino un complejo espacio político donde chavos y chavas dedican buena parte de su tiempo a descubrir o inventar quiénes son ellos mismos. Se piensan a sí mismos como guerreros que pelean contra Barnés y el estado mexicano en pleno, contra el Banco Mundial y el FMI, contra la globalfilia. Pelean contra los directores, los antiparistas y los porros. Pelean contra los medios y contra su propia timidez a la hora de habérselas con un mitin; sienten que libran bien esas batallas y difícilmente van a cederles a otros el control de sí mismos, así se trate de sus propios padres.

–Nosotros sí teníamos muy claro que era un movimiento generacional, que era nuestra posición como jóvenes [...] reubicar muchas cosas como el consumo de drogas, el aborto, la igualdad de género [...] No se trataba de hacer de las escuelas hoyos punks donde todo mundo se la pasara drogándose, pero sí la libertad de hacer con tu cuerpo lo que tú quieras.

–Empezamos con que nadie tome, que nadie fume mariguana, hay dormitorios de niñas y niños [...] para el segundo mes cada pareja tenía una casa.

–Había papás que iban a buscar a sus hijas a las escuelas y poing, las encontraban con el novio [...], el escándalo así, pesado. Veías

llegar a los papás y: “Pues véle a avisar que ahí llegó su papá”, y te ibas corriendo a su cuarto: “Perdón, pero ahí viene tu papá”. Cosas así que hicieron de la huelga algo tan difícil de olvidar.

–Yo veía compañeras que decían “Hijole, pues sí voy a una fiesta pero me regreso a las once”. Después de la huelga te dicen: “Yo voy a una fiesta y me quedo en la fiesta”. “¿Y si se oponen tus papás?” “Pues ni modo; yo me quedo en la fiesta.” O sea, incluso en una forma tan personal la gente cambió, y la irreverencia hacia la autoridad está presente en todo momento.

Por eso los colectivos de padres de familia, que se incorporan festivamente a las marchas callejeras, que acompañan a los hijos al boteo en las colonias populares, que les ayudan a hacer la comida o los sustituyen en las noches de vela, se vuelven un poco un mundo aparte del mundo de los estudiantes. Los que transgreden la frontera se ganan fama de encimosos y están expuestos a que les den el avión constantemente.

–Con los papás de la huelga estábamos en buena relación, aunque hubo algunas mamás, como la mamá Longeva, que eran medio encimosas y mandonas [...] Y ya no te digo de otros. Ellos se quedaban por su lado.

–Se hizo como un grupo de papás que se hicieron cuates, organizaban fiestas, llevaban comida especial. Mis papás no fueron porque yo les dije que no, era un poco como mi territorio.

Los papás y mamás de la huelga, organizados desde abril en su propia asamblea, pasarían a ser diez meses después algo así como un relevo forzoso. Por el momento baste señalar que su sola presencia tras las barricadas reafirmaba algo evidente: que desde el momento en que se aprobaron las modificaciones al RGP, los padres de familia tuvieron un papel protagónico por el simple hecho de que muchos son los responsables de pagar por la educación de sus hijos.

Ygrámul el Múltiple

Tania Paloma, Enriqueta, Julieta, Alejandro, Ileana, Evelia, Cecilia, Guadalupe, Fernando, Ingrid, Andrea

En *La historia interminable*, Michael Ende crea un personaje compuesto por incontables seres de color azul acero, Ygrámul el Múltiple, cuya voz “muy aguda y un tanto ronca” es en realidad el coro de los seres innumerables. Ygrámul tiene además la facultad de convertirse en bicho con pinzas y tentáculos, en un rostro cíclope o en lo que haga falta, según el enemigo al que tenga que enfrentarse.

Desde sus inicios, el CGH se muestra a sí mismo como algo semejante al Ygrámul de Ende: una nube de rasgos y voces individuales que se presentan tras un rostro único, y una voluntad colectiva que se expresa en una única voz.

–Todos tomábamos al CGH como la instancia de decisión; se podía acordar lo que fuera y no estábamos de acuerdo: nos enojábamos pero todos lo respetábamos, ni modo. Dimos la batalla allá adentro para que no fuera así, pero ni modo, acatamos. Y así todos, esto es muy importante, creamos algo que todos respetamos. Todos nos asumimos parte de él.

–A lo mejor cada uno ve algo bien, cada uno por separado pensábamos distinto. Pero el CGH es una psique distinta. Unidos decíamos: nel, ni madres; o todo o nada.

Esta peculiaridad organizativa se debe, dicen algunos de sus integrantes, a la experiencia zapatista, de la cual se extraen la necesidad de ser “horizontales”, la abolición declarativa del liderazgo y una rotatividad permanente en las principales funciones de esa organización. Y se debe también al temor de que algunos de sus integrantes, al asumirse como dirección del conflicto, tengan manos libres para negociar por sí mismos con las autoridades un eventual levantamiento de la huelga. Las reglas asumidas con que el CGH arranca son clarísimas: no se vale que alguien destaque porque eso significa encaramarse encima de los demás, por lo tanto todos, cualquiera que el azar seleccione entre el universo de huelguistas, debe estar en condiciones de encarar a la prensa, polemizar con las autoridades,

plicar el pliego petitorio, informar sobre los resolutivos del CGH o que haga falta.

El CGH es la máxima autoridad que rige la actividad de los huelgistas; ahí se dan cita los delegados de las asambleas de escuelas y facultades, y ahí se discuten, deciden e impulsan las acciones de la huelga. Formalmente, cualquier huelguista, haciendo uso de su asamblea de origen, tiene derecho a expresarse en el CGH. Formalmente cualquier huelguista puede resultar electo, por sorteo o votación, para representar a su escuela en la asamblea plenaria del CGH.

Cada huelguista, sin embargo, va desarrollando su propia interacción del funcionamiento del CGH:

–Se dice que el CGH era rotativo porque se tenía miedo de que sus integrantes se yendieran, pero no era por eso. El CGH era rotativo porque creemos que todos tienen derecho a participar y no había líderes porque había que dejar hablar a la masa [...] Que la masa no piensa y hay que enseñarle el camino, es lo que dicen los marxistas. Yo creo que el zapatismo interviene cuando dice que hay que mandar obedeciendo, y si alguien puede hacerlo, todos podíamos mandar y todos podíamos obedecer [...] Queríamos quitar ese prototipo de que quien es de cocina ya no participa como líder en la mesa de discusión. No, tiene que ser rotativo para que el de la cocina, para que el de las “brigadas suicidas” –los que lavan el baño–, puedan participar políticamente. La rotatividad tenía una razón de ser; no nos permitió el triunfo del movimiento en toda su extensión, de hecho, en ninguna extensión [...] Pero nos permitió un crecimiento político de todos los integrantes.

–Se votaba en asamblea a los cinco con más número de votos. La gente no es simpatizante del PRD; yo sí soy completamente perredista, pero sí hay un rollo de [miedo a la] “traición”, de “llegaron al poder y ya son corruptos”. Sigo sin entender qué pasa, la gente siente que desde que tienen el poder uno ya no puede confiar en ellos; un rollo como anárquico de que todo el que tenga autoridad ya no sirve.

Pero además de la existencia de ese rostro único, un CGH modelo ámul tras el cual se acomodan miles de voluntades coordinadas, también una fina red compuesta por gente con muchas horas

de vuelo en los movimientos sociales, que maneja rollo, tiene una gran capacidad para redactar sobre la marcha resolutivos y propuestas, y está en la huelga de tiempo completo. Esta red son las corrientes políticas.

–Los principales actores del CGH eran los más vistos por personalidad, carácter, experiencia política, presencia más contundente. Eran muy representativos de las diferentes corrientes y se notan más [...], de alguna manera daban rumbos.

La percepción que los huelguistas tienen de la importancia de las corrientes en el interior del CGH es muy variada:

–En el CGH se le tiene mucho miedo a votar, se nos hace muy antidemocrático porque aplastas a mucha gente y por eso, por plurales, se tardaba tanto el CGH. [Al último] se discutía y se discutía; normalmente el último punto era lo que íbamos a hacer durante la semana: marchas, mítines, diálogo, lo que fuera [...] Eran horribles; sí te hace colmillo porque aparte hay gente bien cerda que se la pasa tratando de convencer a otros [...], una onda así como de cámara de diputados. Sí había corrientes, estaba En Lucha, el CEM, el CEU; ellos trataban de defender sus propuestas, sacarlas en sus escuelas y venir acá a defenderlas, pero nunca hubo así una corriente que liderara el CGH [...] En Filosofía la mayoría no pertenece a corrientes.

–Había líderes, claro que había líderes, pero desde abajo. Son líderes de corrientes, pero no se asumían como líderes del movimiento y eso no se vale. Se decía que hacían política nueva, pero eran formas viejas de hacer política. La característica de las corrientes es su manejo de las prepas y los CCH. El CEU sale de entrada, y ahí quedan las corrientes, no se dicen BUI, no se dicen En Lucha, son “bases” [...] Me consta el trabajo de hormiga que hacía la gente de Políticas en Veterinaria, en Contaduría [...] Si en Veterinaria había cinco personas representantes al CGH y les podías tirar línea, pus tenías cinco votos para tu corriente. Y eso se hacía sobre todo con los chavos de las prepas; yo no los desprecio ni los minimizo, pero sí son menos críticos, son los más chavos; las peores madrizas se daban al nivel de las prepas. El CGH no es donde se discute, es una organización práctica, ope-

rativa, para decidir. Las discusiones se tenían que dar en las asambleas directas, pero éstas eran operativas o de discusión dependiendo de las circunstancias. Lo común en las escuelas es que no hubiera discusión de contenidos. Las corrientes en cambio sí discuten; ellas sí llevan rollos elaborados a las sesiones.

Estos dos aspectos del CGH, las corrientes y los estudiantes huelguistas que se inician en la lucha política, conviven entrelazados durante toda la huelga; a veces son indiferenciables entre sí, a veces no.

—A los quince días de huelga nos reunimos la mayoría de las corrientes y se llega a un acuerdo de formato de diálogo. Pero luego quedan rebasadas porque las asambleas definían [...] Ninguna corriente tuvo la hegemonía; sí eran espacios de discusión o de propuestas, pero de la asamblea dependía todo.

Pero es un hecho que las corrientes políticas tenían mucho tiempo de conocerse, mucha historia en común y bonches de diferencias entre sí, y que estas afinidades y desafinidades afectivas entre las corrientes marcan la huelga aun antes de su estallamiento.

—Formamos el BUI desde el 88. No sabíamos cuándo iba a llegar la huelga, pero lo sabíamos, porque el RGP se iba a aprobar tarde o temprano, la reducción de la matrícula era un hecho, ya se estaba presentando la desincorporación del bachillerato, las reformas al plan de estudios del CCH ya se habían ejecutado [...] Sabíamos que la huelga se venía. El BUI desapareció a los dos meses de que estalló la huelga.

Durante el movimiento, hay pues reacomodos, acercamientos y alejamientos de distintas organizaciones políticas las cuales, pese a la horizontalidad y rotatividad declaradas por el CGH, tienen un amplio margen para establecer cómo se han de conducir las cosas. Ejemplo de ello es cómo, desde sus principios, el CGH crea su comisión de prensa, una comisión fija que permanece prácticamente inamovible durante toda la huelga y que es la responsable oficial de darle voz a las discusiones y resoluciones del movimiento universitario.

—Al principio funcionaba la comisión de prensa de Ciencias, y tenía tal distribución que el CGH nos mandó decir que se firma-

ran como Comisión de Prensa del CGH. Se usaba el material [hojas, tinta] que cada escuela llevaba.

Los integrantes de las brigadas reparten mucha, muchísima propaganda. Esto es vital para su movimiento. Algunas asambleas, colectivos estudiantiles, otras organizaciones políticas, e incluso los padres de familia, hacen circular profusamente sus puntos de vista que, como signo de los tiempos que corren, llevan al calce sus direcciones electrónicas. Las publicaciones son variadísimas; ya no son sólo los clásicos volantes de una cuartilla, sino que se hacen cosas más complicadas, como el folleto de Filosofía "Al cielo por asalto", en cuyas páginas se entrecruzan informes de la huelga con ensayos y poemas.

Pero la propaganda oficial del CGH es otra cosa:

—La gente llegaba por tres cosas a Ciencias: la propaganda, la comida y los periódicos; hicimos una comisión de recortar periódicos que subrayaba lo más importante [...] Es una facultad con muchos años de experiencia [...] Se echa a andar la imprenta de la escuela. Al principio hay dos que saben manejar las máquinas y al mes eran doce.

—Las corrientes se quedaron en las comisiones cruciales, como propaganda, que era la gente de En Lucha. En las escuelas no se discutía el contenido de la propaganda, los manifiestos o los desplegados. Los llevaba hechos En Lucha [...] Ellos se sentían con el derecho porque estaban de activistas de tiempo completo.

De la misma manera, las organizaciones con más experiencia son las responsables de establecer los enlaces con grupos solidarios, de organizar actos políticos con estudiantes de otras escuelas e incluso otros estados, con colonos, con movimientos sociales, etcétera. Así jala el CGH-Ygrámul, con su modalidad rotatoria, horizontal y versátil para gran cantidad de funciones y una sólida división del trabajo para otras cuestiones.

Además de En Lucha, una corriente política que se mantiene como fuerza principal en la Facultad de Ciencias y, en algunos momentos, en Economía, en el CGH se identifica también la participación del CEM. Ésta es una organización surgida en el movimiento universitario contra las reformas y el examen único aplicado por el CENEVAL. El CEM tiene participación en diversas escuelas de la universidad:

–El CEM es metropolitano porque abarca el Casco del Poli, la UAM Xochimilco, la UPN, los [Colegios de] Bachilleres, y en la UNAM Ciencias, Medicina, CCH Vallejo, Sur y Azcapozalco, las Prepas 1, 2, 4, 5 y 6 y la ENEP Aragón.

Hay huelguistas que señalan que, durante la huelga, el CEM tiende a portarse como un mediador entre posiciones extremas, y dada su influencia en varios comités de huelga, lo que el CEM propone inclina a uno y otro lado las decisiones finales. Es como “el fiel de la balanza”:

–El CEM era el que definía si aquello [la huelga] era más ultraso o más moderado. El CEM es fuerte pero raro, ¿no? Hicimos reuniones para hablar con Higinio [Muñoz], esperábamos hasta las 3 de la mañana e Higinio nunca podía, salía con que no sabía, que tenía que ver, que no sé qué. Le decíamos “defínete”. Higinio maneja muchas escuelas, que si él mandaba línea podríamos haber sido una fuerza con el CEM, hacer algo.

Existe además otra porción de organizaciones, a veces con pocos integrantes, pero que son extremadamente activas. Tal es el caso del Heroico Comité de Huelga de Ciencias Políticas o del grupo Conciencia y Libertad.

–Los ultras eran el Colectivo de Ciencias Políticas, y ahí adentro había cinco corrientes: el Mosh, Alejo, Martínez Valero y dos más, cuatro gatos que ponían sus carteles de “Viva Marx” y “Viva Lenin”; [antes de la huelga] nadie los pelaba.

Están también una serie de organizaciones estrechamente vinculadas con el PRD, como la CED, la RED y el CEU, heredero directo del “CEU histórico”, que había surgido en la universidad durante el movimiento de 1987. Aunque coinciden entre sí en muchos aspectos fundamentales, son corrientes diferentes que se dan sus buenos agarrones y se meten zancadillas; su actuación es frecuentemente el reflejo de las rebatingas entre las corrientes y grupos que se disputan al PRD.

–El PRD como institución no participó en la huelga. Hay perredistas entre los universitarios, desde los antiparistas hasta la mega-

ultra, y uno de los grandes problemas que tuvimos en el PRD fue el sectarismo [...] nos golpeábamos entre nosotros [...] muchos perredistas estaban encantados porque eso significaba golpear una corriente dentro del mismo PRD, y así fue creciendo la ultra.

–Como cualquier otro partido, el PRD tiene sus cuadros jóvenes que forzosamente tratan de incidir en los rumbos políticos de los movimientos [...] La gente que milita en el PRD tiene presencia en algún momento, pero el PRD como partido no tiene la injerencia que se le quería dar. Su papel, declaraciones, las intervenciones de Cárdenas, Rosario, Ímaz, no se oponen a las demandas pero no están con el CCH. Lo relevante es que ellos saben lo que implica estar en un movimiento estudiantil, y a pesar de eso lo debilitan ante los medios.

Conforme la huelga se alarga, otros rostros y otras agrupaciones van surgiendo, van dando la cara. Al principio, más que organizaciones estructuradas, se trata de bandas de huelguistas que se dicen a sí mismas “brigadistas independientes”, pero actúan cohesionadas, sobre todo a la hora de proponer las acciones más temerarias; con su rollo y sus métodos quieren que se les identifique como algo muy distinto, alternativo, respecto a las demás organizaciones universitarias. Es el caso de los contracorrientes, huelguistas de diferentes escuelas como Políticas, la ENEP Acatlán, Veterinaria o Derecho, que se van haciendo una bola cada vez más grande y ganan influencia en el CCH.

–La mayoría de los huelguistas era independiente, sana. No de la enferma que ya está hasta la madre de estar en todas las organizaciones y está decepcionada, sabe un chingo pero no está de acuerdo con nada. La sana es de los que nunca han estado en ninguna organización, y se meten a la más radical que pueden. Por eso Contracorriente ganó mucha gente, más en Derecho y Acatlán, algunos en Filosofía, algunos en Políticas.

Están los que jalan con unos, luego con otros, o no jalan con ninguno, el rostro único de los estudiantes en huelga:

–A grandes rasgos, estaba dividido entre ultras y moderados. Supuestamente los moderados se fueron y quedaron los ultras. Yo

creo que más bien la mayoría era gente que no estaba ni de un lado ni del otro, que no estaba metida en ninguna corriente; por ejemplo, nosotras no pertenecemos a ninguna corriente de las que ya existían [...] La gente quería participar y ya, era súper plural.

Finalmente, hay una gran gama de organizaciones, frentes, partidos y colectivos como el Frente Zapatista, el Frente Popular Francisco Villa, el Partido Obrero Socialista, el Partido Revolucionario Socialista, La Guillotina, La Katarina, los Zavinos (Zapata, Villa y Nosotros), la Central Única de Trabajadores, etcétera, en los que puede o no haber participación directa de universitarios, que apoyan a los huelguistas mediante su propaganda, participando en las movilizaciones, organizando colectas, firmando desplegados..., y cuyas posturas también encuentran cómo expresarse en las asambleas locales y en las reuniones generales del CGH. Incluso en la organización de padres de familia puede apreciarse la presencia de distintas fuerzas políticas. Por tanto, no hay una imagen única del CGH; hay muchos CGH, según las circunstancias y quién lleve la voz cantante. Si lo giramos tantito, como un caleidoscopio que va brincando al paso de los días, la imagen del CGH se va transformando y de alguna manera, además de mostrar el desarrollo de la huelga, va exhibiendo un muestrario bastante completo de los muchos rostros que tiene la izquierda.

En el estreno del movimiento, en abril del 99, las plenarios del CGH cobijan a delegados, miembros o no de alguna organización política, que provienen de asambleas numerosísimas, cargadas de energía, armadas de una razonable dosis de confianza y vistas con simpatía por muchos universitarios. Muy otro será el ambiente meses después, cuando las asambleas de los huelguistas se vayan achicando por el cansancio, la presión o la desesperanza, y las diferentes posiciones ante la huelga se confronten cada vez más virulentamente. Pero en sus primeros tiempos, el CGH es un organismo vivo, complejo, atento a lo que ocurre alrededor; un organismo todo oídos cuando hay que escuchar la información de las escuelas, todo garganta al discutir hasta la afonía las posiciones políticas y los planes de acción, y todo brazos y piernas a la hora de salir a las calles a gritar la huelga.

Discuto, luego existo

Julieta, Alonso, Javier, Tania Jimena, Andrea, Argelia, Enriqueta

Las sesiones del CGH, que se viven en prácticamente todos los auditorios de la universidad, se parecen entre sí en lo operativo. Con cualquier cantidad de horas de retraso, van llegando las bandadas de representantes de asambleas y sus acompañantes; sea cual sea el lugar de la cita, un buen número de ellos tuvieron que cruzar la ciudad para llegar al punto de reunión. “Vallejo ya llegó”; “Oriente ya está aquí...” “¡Aragón! ¡Aragón!...” Llevan mantas y víveres, porque las sesiones son matadoras y en las madrugadas el frío cala. Los integrantes de la mesa de debates, nombrados la sesión anterior, se trepan a tratar de discernir, del coro múltiple de abajo, los puntos para el orden del día. Sólo los delegados de asambleas tienen el derecho de votar, pero evidentemente todos los huelguistas asistentes hacen uso de su voz. Los darkis y los ñoños y los rudos skatos y los punketos “mi alegría” –que, se dice, no son punketos por dentro sino nomás por fuera– se mezclan –y a veces, se revuelven– con militantes de aspecto más convencional de los que cabe esperar un análisis complejo de las contradicciones de clase y la trascendencia del movimiento en el ámbito nacional.

–Yo fui delegada al CGH dos veces. Se supone que hasta adelante de los auditorios estaban nuestros cinco lugares [de los delegados], pero nosotros nos apiñonábamos más, y me imagino que de las otras escuelas igual, y apartábamos lugares, porque cuando nos dimos cuenta de que lo que hacían era gritar pus dijimos: “Hay que gritar pero juntos, no uno aquí y otro allá, porque no nos van a pelar”. Y bueno, si había pelea, pues estar todos juntos, ¿no? Con Arquitectura, Economía, Música, Prepa 6 y Prepa 9, éramos nuestra fuerza [...] Primero era la discusión del orden del día, como dos horas de discusión y ahí era el griterío que sí, que no, que fíjate cuántas escuelas llevan resolutivo. A veces se duraba cuatro horas en hacer el orden del día [...] Había cinco en la mesa, se peleaban porque ahí también se aliaban las corrientes, y entonces cada uno estaba por su corriente y agarraba el micrófono. Cuando había. Los primeros CGH fueron sin micrófono. Era

una locura [...] Después del orden del día se empezaba a discutir punto por punto y se votaban ciertas cosas, pero luego la gente no quería votar y se decía “bueno, una lista que diga por qué sí hay que votar” [...] A veces sí se podía votar; a veces se dejaba para otra ocasión. Si había que subir a leer los resolutivos de Psicología nos rifábamos y subía el que perdía, porque no te hacían caso; te chiflaban, era el aplausómetro, al principio a las chavas les gritaban más [aunque] después éramos las chavas las que les chiflábamos a los chavos [...] Al final [del CGH] siempre estaba el plan de acción, y podía ser tan, pero tan súper cansado. En un CGH que duró dos días, cuando yo llegué, la mitad de mis amigos estaban que ya no podían, llevaba la discusión horas-luz.

De repente, entre chiflidos y patadas de apoyo al plan de acción, alguien propone darle asilo político a Gloria Trevi. Aclamación colectiva. Entre delirios y asuntos más terrenales, transcurren las horas. “Vieeeeentos..., mesa.”

Del montón de reuniones del CGH que se realizaron, muchas pasan a la memoria colectiva por su marca distintiva: la “perrísima”, que duró casi dos días; aquella donde “la mesa” tuvo que bajarse, la el alambre de púas...

–Los CGH eran bien padres. Cada que a una escuela le tocaba ser sede, trataba de lucirse y darle su sello original. El más largo fue el de Medicina, treinta y dos horas seguidas.

–Nos decían en el CGH: “Echen los resolutivos”. Y desde arriba aventaban un avionzote de papel y decían: “Pues ahí te van los resolutivos”. Y daban dos vueltas, todo el auditorio, y caían en la mesa.

Se sale del CGH eufórico o tambaleante, apenas con tiempo para recuperarse antes de la siguiente sesión:

–Los que tenían cierto interés en que no se discutieran ciertos puntos los mandaban hasta el final y tiraban línea para que se quedaran así, y a las 4 de la mañana ya la gente no tenía ganas de discutir el punto importante.

–En Acatlán hubo un CGH al que mucha gente no quiso ir. Era muy desgastante ver a los compañeros del CGH, eran los gritos de “perredistas moderados” contra los de “ultras de Gobernación”. Entonces eran horas y horas de gritar lo mismo, la mitad le gritaba a la otra mitad, y así horas [...] Era muy difícil seguir un punto, al final quedaban los que resistían más [...] La lógica de la gente de Ciencias era no gritar, yo creo que algunas escuelas hacían un esfuerzo y otras no. Me sacaba muchísimo de onda, me llenaba de inmensa tristeza y de impotencia aquello y decía “por qué le tengo que gritar a alguien” [...] La rotatividad, la horizontalidad del CGH se debe a la experiencia de movimientos pasados, que los que organizaban eran los que podían negociar [...] Pero hubo momentos en que no teníamos que haber aplicado lo rotativo.

Las plenarios del CGH son pruebas de resistencia, concilios de fuerzas, encuentros tribales en una incansable pista de slam; con el tiempo, se vuelven también precisos indicadores del ánimo de los huelguistas:

–La hueva fue fundamental en el CGH: todo mundo delegaba responsabilidades [...] Al principio todos querían ser representantes, pero al final nadie quería, todo mundo quería quedarse en su escuela [...] Para entender esto hay que estar ahí.

La huelga en primavera

Alonso, Pilar, Enriqueta, Julieta, Javier, Alejandro, Tania Jimena, Fernanda

En memoria de Martha Alejandra

Para los huelguistas, durante abril y mayo y hasta las primeras semanas de junio, el movimiento está en su mejor momento. Las muestras de solidaridad prácticamente les llueven, y colonos, trabajadores, maestros y “pueblo en general” son entusiastas participantes en sus marchas.

Las manifestaciones son un encuentro festivo no sólo de los brigadistas más asiduos, sino de una cantidad de estudiantes más que van de vez en cuando a las guardias o a las asambleas, pero que no se pierden las concentraciones masivas. Las citas al pie del Ángel o entre las patas del Monumento a la Revolución son la fiesta móvil. Las escuelas rivalizan arduamente por llevar el contingente “más grandote”, el más gritón o el más vistoso. Se ponen en circulación consignas nuevas, de rima alternativa (“que lo vengan a ver, eso no es un rector, es una puta de cabaret”) que en cuestión de minutos recorren los contingentes de cabo a rabo, y también se reciclan los gritos universitarios de toda la vida, las canciones de Tahoné y el espectro musical en pleno: rumbas, mambos, chotís. Brincando, porque “el que no brinca es Sarmiento” (o quien esté más al tiro), organizando estampidas que culminan en sofoco, y gritando a más no poder, los marchistas muestran de bulto la realidad de un tumultuoso movimiento que en los noticieros no pasa de ser “el incomprendible secuestro de la UNAM”. A su paso van pintando escaparates, muros, postes, banquetas; pegotean sus carteles y riegan sus volantes entre los miles de observadores que, en las primeras marchas, lucen algo desconcertados. Ya después se van sumando al ruido colectivo aplaudiendo a los estudiantes e inventando sus propios versos combativos, sus propios himnos.

Las marchas diurnas se lucen en el colorido de sus integrantes, a cual más rubio platino, pelirrojo, peliverde o rapado al ras, a cual más tatuado y perforado de ceja, nariz, lengua y ombligo, con la bandera rojinegra estampada en el rostro o el vientre, y ondeando a todo trapo las inmensas mantas que son declaración de principios y paisaje, todo en uno. Las marchas nocturnas son profusión de antorchas, danzas de fuego que retroceden y avanzan entre los autos al rit-

mo del “¡dame una hache!” En su última emisión, los Alatorres televisivos resaltarán, ante todo, que el tráfico se desquició. O serán aún más retorcidos.

El 23 de abril, Martha Alejandra Trigueros Luz, alumna del CCH, muere atropellada, y varios estudiantes más resultan heridos, cuando el chofer de un camión que pretendían abordar para ir a una marcha pasa por encima de ellos. La tristeza y amargura que provoca este hecho contribuye a amarrar con fuertes lazos a los compañeros de Alejandra, “la primera víctima del movimiento”, y su madre declara que los huelguistas cuentan con su apoyo. Y causa indignación la cobertura noticiosa del suceso, que se describe como un accidente sufrido por una “seudoestudiante”. Esa mezquindad de los medios, esa consciente distorsión que hacen de la realidad motivan que los estudiantes en huelga tomen frecuentemente las calles, improvisen donde pueden foros de información y repartan incansablemente los volantes con su versión del asunto. Y en cierta medida este objetivo se cumple: es innegable, para quien los mira manifestarse y brigadear, que los huelguistas son montón y los acompañan un montón más de solidarios.

Ahí está de muestra la plancha del Zócalo, más de una vez llena a reventar de cegeacheros y acompañantes. Aquello es un hormiguero impresionante que sigue brincando, bailando, tocando tambores y chiflando largo rato, hasta que por fin los estudiantes deciden regresar a la universidad tomada.

Ya una vez en casa, las labores rutinarias también se hacen en gran bola. Organizaciones como el Frente Popular Francisco Villa, trabajadores del SME, integrantes del FZLN, sindicalizados de la UAM y el SINTCB, y, desde luego, trabajadores del STUNAM, buscan y hallan los modos de apoyar a los estudiantes acompañándolos en las guardias de la huelga, organizando cooperaciones de víveres y dinero, publicando desplegados en la prensa, difundiendo la propaganda del CGH...

—Los que más nos apoyaron fueron los del FZLN de Iztacalco; hacían colectas y nos llevan cosas a la guardia. Los Panchos Villas eran cinco cuates que llegaban de vez en cuando, sólo iban a acompañar a las guardias. Los que sí llegaron a ver qué se ofrecía fueron varios maestros de secundaria.

—Nosotros, como trabajadores del STUNAM, discutíamos cada día qué estaba pasando, cómo apoyar a los estudiantes. Ayudamos

en el comedor, en el aseo de la escuela, acompañándolos a marchas, mítines, las guardias, las fogatas [...] apoyamos a nivel económico, a través de comunicados, volantes y manifiestos.

Son tiempos de discusión permanente, donde se trata de combinar el asunto del pliego petitorio con cuestiones más ligeras, como cuando el 30 de abril se vuelven niños todos y organizan tremenda celebración en los jardines universitarios, con mucho sol y globos y miles de asistentes. En mayo el entusiasmo les alcanza hasta para conmemorar la batalla de Puebla, y para inventar cooperaciones económicas más allá del traído y llevado boteo.

–Hubo de todo, desde fulmontis [...] fue chidísimo en Ingeniería, juntaron un varote, como 5 mil o 10 mil pesos, llenaron el auditorio de puras mujeres. Luego hubo venta de esclavos en Psicología: en una pasarela iban bajando todos por una rampa [...] era muy cruel porque algunos se cotizaban muy alto y otros nada; algunos salían a subasta y nadie los compraba. El más caro se vendió en 160 pesos y dos kilos de mango.

–Nos íbamos a las explanadas de las delegaciones a hacer festivales con la gente y nos apoyaba el Mezcalito, de chavos de Música. Teníamos un grupo de chavos de la prepa que bailaban tangos. Y en los festivales se pasaban videos del movimiento, casi siempre caseros, porque había unos como “La huelga X” que nomás difamaban la huelga.

En tanto los universitarios en huelga se reconocen jóvenes y en bola, grupos de investigadores dirigen angustiosos llamados al rector para que ponga fin al bárbaro secuestro de la UNAM. Otros no hacen llamados, dan órdenes: “A la cárcel con todos esos vándalos, fósiles y parásitos”. La alta jerarquía eclesiástica clama por severidad, y ciertos dirigentes empresariales piden de plano desaparecer la universidad: medida cómoda, barata y rápida. Simultáneamente, grupos de antiparistas se dan cita para programar una decisiva retoma de las instalaciones. Acuden unos pocos, se miran entre sí con desánimo y muestran a los transeúntes sus carteles donde se presentan a sí mismos como “los auténticos estudiantes”. Y en ocasiones, las más llamativas, desfilan agitando globos de colores y ejecutan coros dirigidos por alguna autoridad: “¿Qué queremos?”, ellos

responden: “¡Estudiar!”, “otra vez”, “¡estudiar!”, y así unos cinco minutos.

Pero también están aquellos –maestros, investigadores, gente nomás– que, simpatizando poco o mucho con los estudiantes, le piden en variados tonos a Barnés que ya se siente a negociar: ¿qué no ha quedado suficientemente claro que su aprobado RGP es una fuente de problemas? Muchos de éstos –maestros, investigadores, gente nomás– también se suman a las marchas y mítines del CGH, cooperan económicamente con frecuencia, pero experimentan cierta urgencia por iniciar la discusión de fondo sobre la universidad, calculando que una huelga larga se convertiría en un autogolpe.

Los huelguistas, por su parte, se enfrascan en el análisis de esta situación, palomean nuevas tareas (denunciar a la COPARMEX, ir a provincia, buscar apoyo en los sindicalistas, extender el movimiento), y luego le siguen con lo cotidiano, porque en una huelga cada día y a cada hora hay actividades básicas que no se pueden posponer. Están en lucha y eso significa, también, la necesidad de tener una organización interna para echar a andar cuanta cosa: la limpieza de las instalaciones, su vigilancia, el mantenimiento de las barricadas, la ejecución de pinturas murales, la elaboración de páginas electrónicas de la huelga, la organización de funciones de cine, y comer.

Toda actividad es impostergable y se realiza muy profesionalmente. Los huelguistas de Arquitectura son fundamentales a la hora de diseñar barricadas bien sólidas; los huelguistas de Artes Plásticas transforman y colorean la universidad: dondequiera hay murales. Los huelguistas de Ingeniería y Física sacan de ciberapuros a los demás y producen ondas hertzianas: nace Radio Kéhuelga. Los del CUEC congelan en videos la acción.

Para otras funciones no hace falta tanta especialización. Dado que todos necesitan comer, todas las escuelas arman como van pudiendo sus servicios de restorán.

–Yo hacía una cantidad de comida impresionante, porque aparte había que darles de comer a los trabajadores porque nos ayudaban a cocinar. Dábamos como cien desayunos y cenas y trescientas comidas. La cocina era un local sindical, ahí montamos una estufa con gas y afuera pusimos unas mesas.

–Nos regalaron en la central de abastos un montón de cebollas, eran cinco toneladas, nomás nos llevamos dos. Un desmadre en

la cocina, había como cien costales. ¿Tú habías pensado que alguien vendiera en el metro cebollas? Llenábamos una bolsita con diez cebollas y una propaganda [...] la cara de la gente cuando les decíamos: “Traemos cebollas de cooperación voluntaria”. Duramos como tres meses comiendo cebollas, y hubiéramos durado más, pero ya estaban en un estado tremendo.

La cocina es una chamba rotatoria o fija, dependiendo del aguante de unos y la disposición de otros, y muchas veces se basa en la ayuda de las mamás y las trabajadoras. Es además un foro ideal donde, al mismo tiempo que se pelan las papas y se canta al unísono con la grabadora, se entablan acaloradas discusiones sobre género y se ponen los puntos sobre las íes en cuestiones ideológicas:

–Un cuate del cineclub de Políticas decía que en su comedor había puro arroz y frijol, porque ahí comían como proletarios [...] y si se te ocurría quejarte es que eras un pinche burgués.

Comer en la huelga, dormir en la huelga, festejar en la huelga, es lo elemental; fácil se hacía. Vigilar en la huelga tiene otras dificultades, sobre todo en las escuelas más aisladas y en las prepas, donde inevitablemente sobrevuela la presencia de los porros. Para acabarla de amolar, en muchas ocasiones los porros no llegan solos, los acompañan los policías “universitarios” de Auxilio UNAM y otros sujetos de aspecto tenebroso que, presentándose como estudiantes o funcionarios, arman buenas zacapelas en las guardias.

–Había días que salías de un CGH y a las 6 de la mañana te hablaban que estaban tomando Prepa 9 o Prepa 3 o no sé qué, y salías en chinga a hacer el refuerzo de las escuelas. Fueron momentos colectivos muy chidos, pero también muy difíciles.

–[En Arquitectura] había pánico de que en las noches llegaran los porros; un día el director había andado dando vueltas y eso producía tensión todo el tiempo [...] Hubo un intento de anti-paristas de retomar la escuela encabezados por un funcionario llamado Vanegas.

Las razones de este esfuerzo colectivo parecen claras para todos. Viven en la universidad y se desvelan defendiéndola porque, afirman,

están defendiendo con ello la educación gratuita. Y la educación gratuita es una cuestión nacional. Dado el nivel de la lucha que protagonizan, no les resultan inesperados los ataques de los que son víctimas: las declaraciones de los empresarios, las amenazas de Barnés, la distorsión informativa de los medios. No en balde sus principales enemigos son el Banco Mundial, el capital trasnacional, el FMI. Pelear contra esos monstruos es inevitable, como también es inevitable, dice el CGH, que el pueblo se sume al movimiento por una universidad gratuita y democrática. “No los llamamos a soñar –dice–, los llamamos a algo más simple y definitivo: a despertar.”

Eso simple y definitivo queda lejos de momento. Y adentro del CGH, del movimiento, de la huelga, el despertar puede interpretarse de distintas maneras.

Arenas movedizas

Olga, Leticia, Alejandro, Ingrid, Andrea, Rodrigo, Fabián, Elizabeth

Desde el minuto cero de la huelga, y aun antes, rondan por la universidad los fantasmas del CEU histórico. Una especie de memoria colectiva va transmitiendo episodios selectos del movimiento estudiantil del 87 que oscilan entre dos extremos: ejemplar conducción política y recuerdos triunfales para unos, y negociaciones inconfesables y un sentimiento de derrota para otros.

–A partir del 95, el CCH Naucalpan se vuelve del CEU histórico [...], jalábamos con las demás escuelas pero Naucalpan siempre fue otra cosa [...] Antes del estallamiento de la huelga quisimos hacer un frente de escuelas periféricas, las olvidadas por Dios y por el mundo: ENEP Acatlán, Iztacala, Aragón, Cuautitlán Izcalli, la ENAP [...] Esto no cuajó porque nosotros ya teníamos el estigma del CEU histórico. Muchas de las cosas que pasaron en esta huelga fueron cobrarle facturas al CEU, porque fueron los hegemónicos en el movimiento del 87, que resultó victorioso.

–En el movimiento del 87, muy ayudados por la prensa, los líderes todo el tiempo eran Santos, Ímaz y Ordorika, los que se fueron a la casa de Camacho Solís a negociar la huelga.

En algunas escuelas y facultades, viejas corrientes políticas se ocupan desde los primeros días en revivir los acontecimientos pasados; además de la rememoración, exhiben una y otra vez un video sobre “la traición del CEU”, y trazan una línea ininterrumpida de las posiciones ceuistas a lo largo de los años.

Las cabezas más visibles del CEU histórico habían emigrado de la universidad, pero existe continuidad entre ellos y los más jóvenes representantes de su corriente en el movimiento, que participan en organizaciones como la RED, la CED y el CEU, ya mencionados.

–Los “históricos” [el CEU histórico] son los primeros que salen. Ya tenían el poder, ya tenían sus puestos y no tenían que volver a la universidad si ya están practicando su ilusión máxima: estar

en el gobierno como buen partido político y con 50 mil pesos en el bolsillo [...] Sus cuadros [que quedaron] en Políticas eran muy chavitos y muy patéticos [...] El CEU son cuadros generacionales, desde el señor Pino hasta el último chavito.

Las primeras inconformidades que algunos señalaban con el CEU parecen cosas de forma, modos diferentes de hacer las cosas:

–La bronca con el CEU en Filosofía es que es gente que se trepa en el trabajo de los demás, que llega a las asambleas, pierde, se va, pero a la hora del trabajo no está. Era gente que quería salir en la foto, quería apañar espacios.

–Cuando se organizó lo de la consulta, ellos eran los que estaban en las computadoras, toda la demás gente que vaya y se chingue a las calles, a organizar realmente todo el desmadre, urnas, asolearse todo el día [...] ellos a contar los votos.

Pero rápidamente, con la intervención de corrientes políticas contrarias al CEU, aflorarán otras cosas, principalmente la preocupación de que se establezca una dirección política inamovible que en determinado momento se separe del grueso del movimiento y decida por su cuenta los rumbos de éste.

Así pues, tanto por el afán de poner en práctica el modelo zapatista horizontal, cosa en la que muchos huelguistas no quitan el dedo del renglón, como por establecer distancia con el CEU histórico, muchos en el CGH quieren que éste se parezca a un desierto sin dunas, que sean sólo granos de arena dócilmente emparejándose con los demás. La realidad, sin embargo, no suele ser tan tersa:

–Se plantea la onda de que todo mundo puede dar conferencias de prensa. Digo, por el CGH hablaban quién sabe quiénes, ni los conocías, y por otro lado tenías a Benítez declarando, al Mosh declarando, a Higino declarando, al mismo Belaunzarán; cuál horizontalidad, cuál democracia cuando se violan acuerdos, cuál tolerancia si aquí hay gritos y golpes, cuál igualdad si aquí hay hombres y mujeres y hay machismo [...]; era un mero discurso.

–Comienzan a haber dos grupos fuertes, algunos que se reivindican como independientes, pero que tienen más vínculos con

el CEM [...], y otro grupo que éramos nosotros, identificados con la corriente histórica del CEU, que comenzamos a tener algunas diferencias respecto a la conducción política del movimiento [...] Al principio se alineaban con nosotros CCH Oriente, Sur, Naucalpan, Prepas 1, 5, 6, 7, 8 y 9, Filosofía, Ciencias Políticas, Química, una parte de Ciencias, una parte de Aragón, una parte de Acatlán [...], pero al paso de la huelga nuestros compañeros perdieron el control de esas escuelas.

“Perdieron el control” es una formulación que sugiere su contrario: “ejercer el control”. Este modo de ver las cosas, al parecer, les provoca escalofríos a los huelguistas de la horizontalidad que, cada vez con mayor frecuencia, chocan con las corrientes cercanas al PRD:

–Estudiantes del PRD quisieron llevar el rumbo de la huelga en la ENAP, y al principio lo hicieron; eran los que estaban más metidos en las comisiones. Pero no duró mucho porque nos fuimos dando cuenta de que manipulaban la asamblea, sus argumentos [...] no iban por todo lo que estábamos luchando.

Esto se refuerza con actitudes reveladoras:

–Los del CEU de Políticas tenían que salirse a pedir línea. Se salían a hablar por teléfono, se tardaban y [mientras] el colectivo se los comía [...] los acusaban de nexos con el PRD, de porros, de infiltrados, se les abucheaban sus propuestas y se les decía “y no te vuelves a parar aquí”.

–En la ENAP, cada vez que iban a mencionar algo, se salían a hablar por teléfono, “ya dije esto, y ahora qué sigue”. En todas las escuelas sucedía lo mismo, andaban con su teléfono celular, “pues va así y así...”

Así es como, en un continuo estire y afloja que cada vez tiene más sustancia que superficie, va trazándose una línea fronteriza entre la RED, la CDE y el CEU “no histórico” y todos los demás (que, como más tarde se verá, tampoco cabían en el mismo costal). Una nueva medida del rector Barnés modifica, de manera sustancial, el movedizo paisaje del CGH.

Mentira lo que cuecen bajo la oscuridad

Cristina, Fernando, Rodrigo, Enriqueta

El 7 de junio, el rector Barnés dirige a los directores de facultades, escuelas, institutos y centros de la universidad, una “nueva propuesta” de reformas al RGP, avalada por el Consejo Universitario. En el texto se fija, entre otros puntos, que:

“Artículo 1. El presente reglamento establece las bases y criterios que regulan los pagos que se deben cubrir por concepto de inscripción, servicios educativos y trámites escolares que presta la UNAM [...]

“Artículo 4. En cualquiera de los ciclos de estudio de la universidad, al inicio de cada año escolar, al inicio del segundo semestre del mismo, los alumnos cubrirán una inscripción semestral que tendrá carácter voluntario. Cada alumno determinará, en función de su situación económica, si está en posibilidades de cubrir, total o parcialmente, o no cubrir los montos señalados.”

A continuación se establecen los tales montos, cotizados en la nueva moneda nacional: salarios mínimos. El nuevo reglamento, se dice, “entrará en vigor al día siguiente de su publicación en la *Gaceta UNAM*, deroga en lo que se le oponga el RGP aprobado el 20 de diciembre de 1966, y abroga el RGP aprobado el 15 de marzo de 1999”.

El artículo 4 de esta nueva propuesta, dicen las autoridades, resuelve cabalmente las exigencias del CGH, porque queda abolido el carácter de obligatoriedad en el pago. Sin embargo, la redacción de este punto en poco difiere, sustancialmente, del reglamento propuesto en febrero que fue el causante de la huelga. En aquél, el original, el de arranque, el artículo 7 establecía: “Los alumnos cuyo nivel de ingreso familiar mensual sea igual o menor a cuatro salarios mínimos, tendrán derecho a exención de la cuota semestral. Para obtener la exención bastará que los alumnos que la requieran formulen, bajo protesta de decir verdad, la solicitud correspondiente”.

En uno y otro caso se pasa por alto la discusión de fondo sobre la existencia de la universidad pública, razón del estallamiento de la huelga, “resolviéndola” de manera un tanto coloquial: “Joven estudiante universitario: ahí se lo dejo a su criterio”.

Desde que la nueva propuesta se da a conocer, el ambiente universitario se inquieta. En la prensa y en los noticieros se habla ya de

un inminente levantamiento de la huelga, lo que se fundamenta con que sectores de universitarios ven grandes avances en la iniciativa de Barnés. “Esto era exactamente lo que queríamos: que paguen los que pueden.”

Sin embargo, la “voluntariedad en el pago de cuotas” introduce otro peligro. ¿Quiénes van a pagar el precio “optativo” de la educación? Una parte de los estudiantes que, voluntariamente, tras consultar con sus bolsillos, deciden que están en condiciones de desembolsar los salarios mínimos que cueste su formación. Lógicamente, se establece en complemento la existencia de otro grupo de estudiantes que simplemente no podrán pagar tal precio, y por tanto, disfrutarán la educación superior “a costa de los otros”. Esto transforma la universidad en una institución privada donde unos pagan y otros no, donde unos reciben a cambio de su dinero un servicio mientras a otros, la misma institución les hace un favor. Una universidad así no es una universidad igual para todos sus estudiantes. Sólo imaginemos a estos “estudiantes de segunda” exigiendo el más mínimo derecho o espacio de participación.

De por sí, con las cosas como están, ni remotamente existe una igualdad de condiciones para los chavos que ahorita están en la universidad.

—Los brillantes y los de familia acomodada, no sólo de dinero sino intelectualmente, éstos son los que tienen posibilidades. Los que vienen y el papá es carpintero, ¿qué posibilidades tiene un filósofo así?

Hay quienes “las pueden” y quienes avanzan “como van pudiendo”, por la sencilla razón de que así está dividida nuestra sociedad.

Esto ocurre en el presente, en una universidad pública en la que, por cierto, la figura de becas o de apoyos efectivos a los estudiantes es cada vez más borrosa. Pero al menos la universidad pública actual deja la puerta entornada, de modo que pueden colarse aspirantes a profesionistas, a pesar de no provenir de familias pudientes. La universidad privada, en cambio, les da un portazo en la nariz. Y la existencia de cuotas, obligatorias o voluntarias, simbólicas o considerables, transforma la conocida UNAM, pública y abierta, en una institución privada. El asunto no es, como repiten hasta el cansancio los huelguistas, una cuestión de pesos y morralla, sino de la concepción misma del derecho a la educación.

Pero Barnés no ha cejado en el punto, y en junio, despreciando como siempre a los huelguistas y a sus razones, hace una finta de solución del conflicto y obtiene respuestas inmediatas.

Por mencionar sólo un ejemplo, el 9 de junio el doctor Jaime Litvak graba el epitafio del movimiento, afirmando en un encuentro de profesores eméritos que “en la huelga hubo elementos interesantes” (*La Jornada*, 9 de junio). ¿Cómo que “hubo”? ¿Así, en pasado?

Pero no sólo un grupo de académicos de tan alto nivel como el doctor Litvak se da por satisfecho. Un sector del CGH se apresura también a analizar el cambio sustancial que traen consigo las cuotas voluntarias. Este sector está formado, principalmente, por integrantes de corrientes políticas afines al PRD.

“Es momento de entrar a una segunda fase de la lucha estudiantil, que es regresar a las escuelas y empezar a construir el espacio de diálogo resolutivo en un congreso universitario”, declara la CDE por voz de estudiantes suyos de Acatlán, Derecho, Prepa 7 y la ENEO.

El llamado a regresar a las escuelas es como una forma suave de decir: levantemos la huelga. Es junio de 1999. El rector Barnés no ha dado la mínima muestra de querer diálogo con nadie fuera de él mismo; el pliego petitorio del CGH sigue intocado. La definición de la universidad pública sigue en el limbo. ¿Por qué hay estudiantes perredistas tan urgidos de hacer el corte de caja del movimiento? Porque para el PRD, como partido en campaña, se trata de un movimiento muy inoportuno, que desvía energías y atención del importante proceso electoral que se está viviendo. Por ello le es muy importante que las cosas retornen, lo antes posible, a la “normalidad” previa a la huelga. En este caso, como consigna Sergio Zermeno en un artículo que analiza en retrospectiva la situación: “el rector fue capaz de llegar a un acuerdo con la alta jerarquía del PRD para hacer voluntarias las cuotas, tratando de moderar así el atropellado reglamento que dio origen a la huelga” (*La Jornada*, 4 de noviembre de 1999).

Es decir, hay un acuerdo al margen de la mayoría de los huelguistas, un acuerdo de altos vuelos merced al cual volver voluntarias las cuotas aparece como la forma de solucionar el conflicto, porque hay urgencia de levantar la huelga. ¿Quiénes están en las altas y urgidas jerarquías que menciona Zermeno? Como no se dicen nombres, uno está en entera libertad de poner los que le dicte la imaginación. Lo que no queda en el misterio son los miembros de las corrientes que, desde su estatus de cegeacheros, jalan cuanto pueden la rama

de la negociación para que con la nueva propuesta de Barnés el movimiento se dé por concluido. Así:

–Hubo costos muy grandes para nosotros, se hablaba de un acuerdo cupular que dio entrada a esa propuesta. Pero bueno, a pesar de que nuestra postura oficial fue que no era suficiente para levantar la huelga, sino que faltaba el congreso, y eso lo decidimos como CDE, un sector de la coalición no acató el acuerdo y promovió el levantamiento de la huelga con otros grupos y con la prensa.

O sea, dentro del mismo PRD algunos aceptan que hubo los tales acuerdos cupulares; otros de plano los niegan, achacándolos a la paranoia imperante en el CGH.

–El CGH jamás dijo que las expulsiones fueran por presuntas negociaciones. Si en algún momento hubo acercamiento con las autoridades fue en términos de tratar de buscar soluciones al conflicto sin negociar absolutamente nada, dando nuestro punto de vista: en ningún momento había ni hubo negociaciones con las autoridades para levantar la huelga.

En el resolutivo del CGH queda constancia de que treinta y cuatro de treinta y seis escuelas rechazan el nuevo RGP propuesto por Barnés, al que califican como “una trampa”, “un verdadero insulto” y “una provocación para dividir”. El CGH declara:

–Nosotros no queremos que [Barnés] modifique el RGP, sino que lo elimine, porque no estamos jugando, además de que hemos exigido diálogo y el cumplimiento de los seis puntos del pliego petitorio como condiciones mínimas para levantar la huelga.

Es secundario si en el CGH se perciben o señalan los diferentes matices del perredismo. Una vez tomada la resolución sobre el reglamento, se juzga con el mismo rasero a quienes lo vieron con buenos ojos, y tras ásperas discusiones se dictamina contra los “traidores”; algunos de ellos son explícitamente expulsados del movimiento, con lo que se inaugura un modo de “polemizar a lo interno” que será tremendamente nocivo para el CGH. No en todas las escuelas son bien vistas las expulsiones, pero el movimiento en general las acaba acep-

tando como algo que se vale, como un modo de “ventilar diferencias”. Esto es una espada de varios filos, un castigo extremo que acaba volviéndose contra el conjunto del movimiento.

–Todo el CEU, como Rodrigo Figueroa, y la RED de Bolívar Huerta, aceptan el nuevo reglamento. A ellos se les expulsa por declarar a nombre del CGH. También a José Luis Cruz, de Ingeniería. Pero con ellos se va mucha gente. En Acatlán se divide el CGH totalmente.

De ahí en adelante queda establecida una línea divisoria y se genera un clima de suspicacia tal que no sólo son señalados y hostigados los miembros de la RED, la CDE o el CEU, sino cualquier otro huelguista que, sin filiación partidaria, proponga algo que se aparte del cumplimiento inmediato y cabal de los seis puntos del pliego petitorio. Algunos huelguistas de filiación perredista abandonan la huelga, otros se quedan, en condiciones cada vez más desventajosas. Esto no significa que el PRD, como partido, quede al margen del movimiento, pues su presencia no se reduce a los grupos estudiantiles. Tiene una representación constante entre grupos de académicos, en la dirección del STUNAM, entre algunos directivos y, por supuesto, en el gobierno de la ciudad de México, que inevitablemente se acabará sumando a la lista de protagonistas del movimiento.

Pero tras este episodio de las cuotas voluntarias, en lo que se refiere a los estudiantes huelguistas, la densa desconfianza nubla cada vez más la tierra de nadie que divide, de un lado, los “patria o muerte”, del otro los “vendehuelgas” (que así dicen que se decían entre ellos las numerosas crónicas periodísticas del momento); y hay que andarse con mucho cuidado para no caer, accidentalmente, en el bando equivocado...

El fin de la primavera

Fernando, Cecilia, Enriqueta, Alejandro, Elizabeth, Julieta, Alonso, Andrea, Jonathan

La propuesta de Barnés del 7 de junio motiva la primera gran división en el interior del CGH. Ahí se desencadena una purga que afecta a muchas escuelas.

—La Coordinadora [CED] y el CEM llegaron a tener cierta capacidad de dirección, sobre todo después del 7 de junio, pero no se definían, estaban temerosos de esa ultra que era poco numerosa en ese tiempo. Cuando se quisieron definir ya era imposible porque la ultra ya tenía mucha más fuerza.

La ultra. Es decir, los huelguistas más aventados, los más radicales, a los que se señala por tener “otro rollo”, más allá del movimiento universitario. Desde los primeros tiempos, el Comité de Huelga de la Facultad de Ciencias Políticas parece quedar adscrito a la faja “oscura” de la ultra, aunque con el tiempo va ganándose más estrellitas rojas. Megaultra se le llega a considerar. Más que intentar encontrar el ideario tras la etiqueta, conviene apuntar aquí que Ciencias Políticas es la escuela pionera en el asunto de las expulsiones:

—En Políticas empezaron las expulsiones en el primer mes de huelga, cuando el Comité de Huelga [que todavía éramos todos] decidió que debía haber una lista en la entrada de la facultad con los nombres de las “autoridades” —para que supieran que no eran bienvenidos—, de los maestros que habían ido a tratar de romper la huelga llevando a sus alumnos y de las personas non gratas. El último punto dio pie a interminables y virulentas discusiones. Unos decían que era fascista el hecho de que existiera una lista. Otros decían que era necesario. La lista la elaboraron Jorge Martínez Valero y su grupo, y a veces por errores de apellidos y otras por problemas personales, vetaron a cerca de trescientos profesores [...] Eso causó muchos problemas y a partir de ello se les hizo muy fácil ir expulsando primero a los consejeros universitarios estudiantes [ceuístas], por “autoridades”, luego a los “priístas”, luego a los “rompeshuelgas”, luego a los

que vieron en las filas de inscripción y luego a todos los que pensaban distinto.

En otras escuelas se depura de parecidos modos:

—Yo pertenecía al BUI [...] Un día un grupo de “independientes”, los que hicieron el Campo Krusty de Acatlán, que luego se llamarían Contracorriente, hicieron una reunión a las 3 de la mañana, y no me invitaron porque [dijeron que] no saben si pueden contar conmigo. “La verdadera izquierda somos nosotros”, me dijo Sandra Romero, la Medusa. Los contracorrientes metieron a Acatlán a gente del CCH Oriente, para desmadrar al BUI, y decían que se iban a apoderar del CGH [...] Meten su discurso de que los obreros y los campesinos, pero primero “a expulsar a todos los que no estén de acuerdo con nosotros”. Así lo hacen, corren a toda la gente del PRD de Acatlán y esa es la primera escuela en que eso ocurre, porque ahí estaba la base más fuerte de Contracorriente.

Los contracorrientes, ese otro rostro del CGH-Ygrámul que mencionamos antes, provienen de distintos lados, unos traen historia y otros no, y acaban unificándose en el rechazo a las demás organizaciones políticas. Conforme la huelga se va alargando, su influencia crece, alimentada por el discurso de la rotatividad y la desconfianza a cualquier tipo de dirección en el movimiento. Dado que juegan un papel clave en momentos vitales de la huelga, conviene hacer un paréntesis sobre la ENEP Acatlán y el surgimiento de la banda de los Krustys, un grupo emblemático de la Contracorriente.

KRUSTY-PARÉNTESIS

Según estudiantes huelguistas, la ENEP Acatlán era, antes del movimiento, una escuela más bien apática cuyos estudiantes rara vez se interesaban por cuestiones políticas. Está muy alejada de Ciudad Universitaria. Su carrera más nutrida es Derecho, y existen además Ingeniería, Ciencias Políticas, Relaciones Internacionales, Sociología y Humanidades. Otro detalle característico es que ahí funcionaba un posgrado para judiciales, por lo que los policías entraban y salían a sus anchas. Acatlán padecía también a la FEDA, un grupo de porros que tenía largo tiempo dominando la escuela; portaban ar-

mas, amenazaban a los maestros, vendían calificaciones y, en ocasiones, protagonizaron sangrientos enfrentamientos con otras bandas de porros en las instalaciones de la ENEP.

En Acatlán se exigía credencial para entrar, estaban prohibidos los mítines y no había modo de levantar una asamblea, y sin embargo, una vez estallada la huelga y como para hacer más evidente el desafío a la autoridad, sorprendentemente Acatlán se convierte en “tierra de ultras”.

–Cuando empieza la huelga, todo el sector más punk, más trasher, se quedó con el centro cultural que está cerca de la mega comercial mexicana. Ponen una carpa de circo y le ponen una bandera pirata y ahí escriben “Infernal Campo Krusty” –por el payaso de los Simpson–. Su líder es la Medusa, le dicen así por sus rastas [...] un personaje legendario ya dentro del CGH [...] Todos los grupos políticos son borrados del mapa, rebasados por chavos que no tenían antecedentes políticos. Los Krustys son puros grandotes muy fornidos, muy punks en su atuendo, con mucho piercing y tatuajes y cosas así [...]; la Medusa tenía una personalidad cuidadosamente estudiada para desagradar a todo el mundo. Yo creo que si te sostenía la mirada te podías convertir en piedra ¿no? [...] Llegaban a las asambleas de Acatlán con bats de beisbol, un sector muy rudo.

Los Krustys-Contracorrientes quieren decir todo con su nombre: pasan de la política tradicional y de los grupos universitarios; van a contracorriente de todos ellos. Pero curiosamente, al menos en un principio, la Medusa participaba en una organización más bien troska (la Liga de Trabajadores Socialistas), y en sus discursos incendiarios se invocaba al proletariado y al campesinado. “Contracorrientes” similares echan raíces en muchas escuelas de la UNAM, como Veterinaria, Ciencias Políticas y Derecho. De los contracorrientes provienen las propuestas más desbordadas que se hacen en el CGH, propuestas que son secundadas por una buena banda de paristas, no necesariamente los más jóvenes, a los que el CGH debe mucho la imagen de violencia y bajo nivel político con que se le ha identificado. (Fin del paréntesis.)

Las expulsiones, autoexilios o retiradas tácticas afectan no sólo a miembros de corrientes políticas, sino a otros activistas que, sin estar

jurados a muerte con alguna propuesta, son puestos en la mira por otros motivos. En algunas escuelas se echa a andar un “trabajómetro”: quien no cumple determinada cantidad de guardias o salidas en brigada, ve mermadas sus posibilidades de opinar.

–A Ciencias Políticas le toca hacer guardias en el CCU, TV UNAM y la escuela. De los que cuidan el CCU se dice que no hacen nada, que no trabajan; ellos se quejan de que tienen que cuidar un lugar muy grande [...] Se vincula a la guardia del CCU con los moderados, a los que se acusa de no cumplir con el “trabajómetro”.

–Hay una contradicción en esta huelga: el “trabajómetro” deja fuera a aquéllos por quienes los activistas dicen que luchan, los estudiantes que trabajamos, justamente los que tenemos problemas para entrarle de tiempo completo. En la huelga no se entendieron los niveles de participación.

–En las noches de guardia, una persona que decían que la mandaba el Mosh pasaba lista [de la actividad realizada en la huelga] para que llegando a la asamblea pudieras votar.

A otros el “trabajómetro” les parece un criterio justo. En las largas noches de guardia se enaltece a los “activistas de cinco estrellas”, buenísimos para brigadear, que desde las 5 de la mañana están encaminándose a alguna fábrica y que dominan el cansancio con un par de horas de sueño. Por tanto, debe de ser un derecho indiscutible de esos brigadistas de tiempo completo la toma de decisiones en la huelga.

–Tuvimos muchos problemas dentro de la facultad, porque había mucho enojo de que gente que no hacía nada viniera a decirte qué había que hacer, ¿no? O sea, yo me quedo aquí viviendo por cinco meses, yo tengo que decidir.

–En la entrada de Prepa 2 había una mesa con propaganda y boques y cada quien se iba con sus cosas a hacer el brigadeo. El CGH fijaba cuotas que teníamos que cubrir, y a veces nos atrasábamos y luego teníamos que entrarle más duro.

Por esas cosas del “trabajómetro” muchos huelguistas empiezan a alejarse del movimiento. Les pesa llegar a sus escuelas y que sus com-

pañeros, entregados en cuerpo y alma al activismo, les reprochen pichicatearle el tiempo a la huelga. ¿Qué puede ser más importante que brigadear?

Además del “trabajómetro”, empieza a pesar también el puro y simple cansancio, la desesperación ante un conflicto al que no se le mira fin, el enojo, la presión de las clases extramuros y las presiones familiares. A muchos estudiantes sus papás los inscriben en otras escuelas. Otros se meten a trabajar. Otros, por sus propias razones, abandonan el movimiento:

–Decidí irme [de la huelga] cuando en una asamblea general estuve a punto de pegarle a un tipo, ¿no?, porque de pronto la imposición era horrible, la forma de aprobar las cosas no era democrática realmente; te empiezas a desesperar, ya no ganan los argumentos sino quien se enoja y grita. El día que me vi gritando y a punto de pegarle a alguien dije: “Esto ya no es sano, hay otras cosas que hacer [...] ya regresaremos”.

También ocurre un proceso curioso. Hay huelguistas, un buen montón, que prefieren “hacer la huelga” en otra escuela que no es la suya. Que porque en otras escuelas hay menos brigadistas, que porque en la propia escuela ya tienen broncas insostenibles, que porque hay mejor ambiente en otro lado; por angas o mangas, muchos estudiantes “se mudan de casa”:

–Estuve apoyando la huelga en Prepa 1, que fue la más débil de la huelga, con veinte activistas en su mejor momento. En los peores había tres, y hubo ocasiones en que la escuela se quedó cerrada con candado, y adentro no había nadie. Me fui de Acatlán voluntariamente, porque en la huelga se formaron grupos muy integrados y los que quedábamos sueltos nos poníamos a pensar: “¿Con quién me voy?, ¿con los maoístas, con los troskistas, con los enluchas?” Unos se fueron a Prepa 3, otros a Prepa 2 y así...

–Yo dejé de ser huelguista muy pronto, cuando dejé la comisión de cocina porque me tuve que ir a mi trabajo, y después, porque estuve vetada. Para julio estaba exiliada en Filosofía.

–Los primeros tres meses sí había bastante gente, después fue el decline total. Mucha gente se fue a otras facultades, empezó

el rollo de la tendencia y del grupo político; la gente de la contracorriente se iba a Políticas, la del CEM o del POS a Economía, vivían más allá, y en Psicología nos empezamos a cansar, digo, a mí me agotó.

–Muchos que solitos íbamos a todo nos unimos en banda; yo estuve en el CCH pero estuve en Filosofía, ahí con los llamados ultras. Yo era de la Brigada Verde durante la huelga.

Finalmente, como un caso fuera de serie, se da la forzada mudanza colectiva o expulsión de todo un comité de huelga.

Tierra de yonquis

Olga, Alejandro, Cecilia

—En Naucalpan siempre se dio una cosa muy padre que era: “Somos autónomos, el CGH puede decir lo que sea pero nosotros tenemos nuestra posición”. Siempre nos molestó que antes del estallamiento [de la huelga] no se consultara a la gente. Las cuotas eran una imposición pero la huelga, en otro sentido, también era una imposición. La asamblea de Naucalpan siempre fue muy incluyente: los profesores votaban, los padres de familia votaban, pero llegó el momento en que los propios padres comenzaron a manipular a los chavos en alianza con algunos profesores [...] y bueno, se les escuchaba pero todo tiene un límite, ¿no?

En el CCH Naucalpan, como en otras escuelas de la universidad, la banda de huelguistas está partida por el medio con una división que los medios caracterizaban fácilmente como “ultras” y “moderados”. En este CCH la división no se vive de a poquitos, con expulsiones individuales; se libra una batalla campal en forma. La grilla es de carácter espeso, como en algunas otras escuelas, pero el rasgo característico de Naucalpan es que, a diferencia de lo que ocurrió en otros lados, donde se expulsa al PRD y allegados, en este CCH es “la ultra” la que queda fuera.

—Se vino un clima de violencia hacia la escuela, los golpes en el CGH, los insultos. El eterno panique de que quién sabe a qué horas van a venir [los ultras] a aventar molotovs en la noche. La gente [de Naucalpan] se vuelve muy agresiva [...], la verdad, sí los sacamos.

Los expulsados, entre los cuales una buena parte son maestros, se van con la huelga a otro lado, pero buscan mantenerse cerca de la escuela organizando reuniones y guardias en los camellones que están frente al CCH.

—Nuestra actitud como maestros fue marginal; apoyamos pero nos mantenemos al margen [...] Todas las asambleas las convo-

cábamos enfrente de la escuela. [Un día] llegamos y empezamos a sacar las sillas; éramos chavos de base y algunos maestros y eso, entonces se despiertan los chavos del PRD, había muchos chavos desmadrosos que no eran de la escuela y dicen: “No, ni madres, todas las sillas van adentro”. Y las meten y nos metemos nosotros, previendo que nos fueran a sacar, porque se rumoraba que la asamblea iba a ser exclusivamente de alumnos; entonces nos metimos varios maestros y nos fueron sacando, al final nos sacaron arrastrando porque dijimos: “Por nuestro pie no salimos”. A mí me agarran como veinte y me sacan a rastras, cierran con cadena, hacen una asamblea y nomás dejan entrar alumnos, pero adentro empiezan a amenazarlos con garrotes para que no hablen [...] Total los sacan. Los pocos que querían estar ahí resistiendo ya eran minoría. Los yonquis prohibieron la entrada a todo aquel que no fuera de su corriente, o sea, nos expulsaron.

A los moderados de Naucalpan se les conoce como los yonquis, porque así se dijeron ellos o porque así los bautizaron otros, no lo sé, y a la cabeza de los yonquis está una banda de chavas, a cada cual más aguerrida y broncudita:

—Recuerdo una onda de que todas nos rapamos, salió en los periódicos lo de “las pelonas de Naucalpan”. Éramos como ochenta, todas rapadas y también ellos, rapados. Todo el mundo se sacaba de onda, atacaban, mucho más a las mujeres. Porque al principio quienes tuvimos la dirigencia de Naucalpan éramos mujeres, Karla, yo, otras compañeras.

La posición de los yonquis de Naucalpan coincide con lo que la CDE y la RED han declarado a los medios a propósito de las cuotas voluntarias. “El paro ya se ha prolongado demasiado —dicen—; pensamos que están dadas las condiciones para modificar esta situación.” Una buena parte de los integrantes del CGH consideran que esta declaración es una traición al movimiento, y por ello

—[...] eran los eternos tiros en el CGH.

Esto se complica con la existencia del Comité de Huelga de Naucalpan en el Exilio, es decir, los paristas que, pese a no estar físicamente dentro de su plantel —hacen la huelga en otras escuelas—, re-

claman para sí los votos que le corresponden al CGH en la plenaria del CGH. La existencia de estas dos bandas de naucalpenses pone a prueba al CGH. La regla es que quien está a cargo de una escuela tiene el derecho a voto, pero

–[...] todo el discurso de que quien está en la escuela debe tener los votos y etcétera, con Naucalpan se iba para abajo. Con Naucalpan se querían voltear las cosas pero no les convenía voltearlas [al CGH]. Fue un fenómeno bien padre y bien chistoso, porque te das cuenta de las incoherencias.

Yes que, como dijimos antes, no sólo Naucalpan está dividido. En Ciencias Políticas, por ejemplo, se habían definido dos grupos que también habían peleado la validez de sus votos en el CGH. Se trataba de los huelguistas responsables de las guardias en la facultad, y de los huelguistas, también estudiantes de Políticas, a cargo de las instalaciones del CCU, a los que se consideraba moderados. Cuando estos dos grupos rompieron

–[...] lo primero que pensaron los del CCU fue pedir los votos en el CGH, y aunque lo hicieron, la megaultra de Políticas no cedería un ápice. El CGH decía: “Arreglen sus problemas en casa”.

En el caso de Políticas, el “arreglo” consistió en que, simplemente, los huelguistas que resguardaban la escuela se adueñaron de los votos y prácticamente expulsaron de la huelga a quienes consideraban moderados. En el caso de Naucalpan, es en el CGH donde continuamente se discute quién tiene derecho al voto.

–Los votos [...] se reconocían o desconocían según quien estuviera en la mesa. Si la mesa era más moderada, se reconocían los moderados, si la mesa era más ultra [los ultras], a veces no se reconocía a ninguno, a veces a los dos.

Y hay ocasiones en que las sesiones del CGH se transforman en arenas del coliseo, en las que hay que parar todo, decretar el receso y formar comisiones mediadoras que busquen la paz.

–Una vez estábamos en el CGH en Filos, yo estaba muy cerca de la mesa, me empezaron a llegar los golpes, cayeron dientes y en-

tonces dijimos, “espérense”. A mí me tocó estar en una comisión de garantías entre las dos partes, de quién entraba a la escuela y quién no, y era el único [caso] en el que la ultra estaba afuera y no lo podían permitir, ¿no? [...] tú te quieres ver bien neutral, y escuchábamos los argumentos de las dos partes; el argumento de que todos defendemos los seis puntos y todos somos buenos ante el CGH pues se lo creías a ambos, pero ya a la hora de la política sucia pues ambos tenían trapitos que sacarse. Yo creo que estaba demasiado metida la cuestión de los maestros, que traían una línea muy clara de sacar al PRD, y entonces se da el pleito, pero entonces los chavos, los famosos yonquis eran más y empiezan a tomar fuerza, y aún así los maestros se meten como si fueran chavos, y se empiezan a lastimar muy grueso al interior de la asamblea, aun antes de la escisión [...] Los pleitos eran “que si tú fumaste mota”, “que si tú cerraste la puerta”, “que si yo me brinqué” [...] Eran pleitos físicos de brincarse la barda y empujarse. Pero no te puedes quedar con ninguno. Los dos eran sucios en política. Las dos partes violaban acuerdos.

La confrontación se vuelve irresoluble, y con el paso del tiempo la violencia se intensifica a tal grado que ambos grupos de paristas reaccionan como si no estuvieran peleando contra Barnés, el RGP, la privatización de la universidad y etcétera. Su enemigo, del que se defienden con todos los recursos posibles y al que atacan a golpes y mordiscos, es “el otro grupo de Naucalpan”.

–La ultra de nuestra escuela, después de que los corrimos, hicieron alianza con la ultra de Políticas y con la ultra de Acatlán. Cuando se da la asamblea de la reconciliación en un salón de Filosofía estaba el Oso haciéndola de mediador y le dije: “Mira compadre, ni te metas porque vas a acabar mal: aquí no hay reconciliación, aquí no se trata de volver a ser amigos [...] yo no les voy a ceder, perdón, no les vamos a ceder la mitad de los votos cuando no representan a nadie”. Nos entregaron un documento donde decían que el CGH iba a definir nuestra orden del día [...] Pss no, Naucalpan es Naucalpan; el CGH no es el dios omnipotente.

–Los yonquis de Naucalpan tienen como aliado a un grupo porfiril, la Unión de Estudiantes de Naucalpan [...] Son lo más lum-

penizado que te puedas imaginar, o sea, sus rastas [...], muy mugrosos [...] Nosotros sabíamos que en las noches llegaban ex estudiantes, gente que ahora está en el gobierno de la ciudad, que les llevaba radios de comunicación, dinero.

Esta situación, a la que hay que agregarle la decreciente presencia en las guardias en otras escuelas, la desinformación de los medios, la abulia de Barnés, el acoso de los porros, el fastidio de los antiparistas, las Mujeres de Blanco trepadas en los puentes del Periférico, la amenaza de la represión policiaca y el estancamiento de cualquier viso de solución, es el escenario en el que ocho maestros publicaron una carta que se conocería después como “la propuesta de los eméritos”.

El largo rechazo a los eméritos

LA PROPUESTA

Argelia, Cecilia, Enriqueta, Fabián, Ramón, Gandhi

El 28 de julio ocho profesores hacen pública una carta dirigida a la comunidad de la UNAM, a las autoridades universitarias y al CGH, en la que proponen:

“1. En relación con los puntos del pliego petitorio del CGH:

a) Suspender la actualización de los pagos por servicios prevista en el nuevo RGP, hasta que sean considerados en los espacios de discusión y análisis y posteriormente en el Consejo Universitario. Reconocemos que el carácter voluntario de las cuotas de inscripción ya fue aprobado por el CU en su sesión del 7 de junio.

b) Los Reglamentos de Exámenes y de Inscripciones y los vínculos entre la UNAM y el CENEVAL se discutirán en los espacios de discusión y análisis, y posteriormente en el Consejo Universitario, por ser éstos asuntos que competen a toda la comunidad.

“2. Establecer espacios de discusión y análisis sobre los problemas fundamentales de la universidad en busca de las medidas que conduzcan a los cambios necesarios en la institución. Estos espacios estarán abiertos a todos los sectores de la universidad. El Consejo Universitario prestará atención preferente a las conclusiones obtenidas en dichos espacios y las traducirá en resoluciones.

“3. En el momento en que el CGH manifieste su intención de levantar la huelga a condición del establecimiento de dichos espacios, el Consejo Universitario decretará la apertura de los mismos y nombrará una comisión organizadora representativa de todos los sectores de la comunidad universitaria. En un plazo máximo de sesenta días después de levantada la huelga, empezarán a funcionar los distintos espacios de discusión y análisis.

“4. Las autoridades universitarias tomarán las medidas pertinentes para garantizar que todos los alumnos tengan la oportunidad de terminar el semestre transcurrido.

“5. Dentro del marco de la legislación universitaria, no se aplicarán sanciones de ningún género a los universitarios por haber participado en la huelga.

“6. Ofrecemos constituírnos en una comisión de seguimiento hasta que se aprueben los puntos anteriores.

“Exhortamos al CGH a expresar públicamente su intención de levantar la huelga, y al Consejo Universitario a reunirse para resolver los puntos aquí mencionados.”

Firma un grupo de ocho prestigiados profesores universitarios: Luis Esteva Maraboto, Héctor Fix Zamudio, Miguel León Portilla, Alfredo López Austin, Manuel Peimbert, Alejandro Rossi, Adolfo Sánchez Vázquez y Luis Villoro. Como la mayoría de los firmantes son profesores eméritos de la UNAM, su propuesta se identifica casi de inmediato como “la propuesta de los eméritos”, más por un afán simplificador que por otras intenciones.

La sola redacción de estos puntos, como dice el doctor Peimbert, es un ejercicio de pluralidad y tolerancia, porque cada uno de los autores pone en segundo término sus posturas personales con tal de llegar a una propuesta útil para la UNAM y ajustada al consenso.

La propuesta de los eméritos nace, además, tras intensas jornadas de discusión que involucran a un amplio grupo de universitarios. Unos participan en el movimiento y otros no. Algunos son autoridades. Algunos más son miembros del CGH.

En cosa de días, la carta de los maestros recibe el apoyo entusiasta de colegios de profesores de institutos y facultades, adhesiones individuales y muestras de simpatía de analistas políticos. Sin embargo, muy otra es la respuesta de un gran número de estudiantes huelguistas. A tres días de la presentación de la carta de los eméritos, el CGH publica un resolutivo donde rechaza la propuesta. En cambio, dice valorar el asunto de los espacios de discusión y análisis que se mencionan en ella, y convoca a sus autores y a todos los universitarios a un debate sobre la situación del movimiento y la realización del congreso. A pesar de este rápido pronunciamiento del CGH, la discusión entre los huelguistas no ha hecho más que empezar.

—En Políticas era muy claro. Era “no” porque “es espuria”, “es una acción de las autoridades”, etcétera.

—Nosotros sí estábamos de acuerdo con la propuesta, en ese momento sí salvaba, sí se rescataban varias de las cosas, pero el chis-

te era no quedarse con la propuesta sino que ésta fuera la base y seguirla más allá para que el movimiento se levantara fuerte.

—En Psicología sí se discutió pero no se aprobó; en lo que estábamos a favor era en que teníamos que hacer una nueva propuesta. Era así como: “Está bien la propuesta [de los eméritos], pero ellos no pueden asegurarnos nada”. Si las autoridades la hubieran propuesto, hubiera sido muy bueno porque ellas podían garantizar muchas cosas, pero [los eméritos] ¿iban a poder vencer a Barnés?

—El argumento para rechazar [la propuesta] en Arquitectura era que se aceptaba una negociación que no era negociación en realidad, porque el enemigo tiene demasiada fuerza como para que [lo hagás] negociar.

—Mucha gente decíamos: ¿por qué esa propuesta y no la nuestra?, ¿por qué no hay diálogo con nuestra propuesta?, ¿por qué tenía que ser de los eméritos para que la sociedad civil dijera: “Sí salva, sí salva”? Ésa fue la mejor argumentación del CGH para decir: “No la queremos”.

Para muchos, la propuesta no es sino otra forma de pedir el levantamiento de la huelga, sin que el CGH obtenga a cambio más que la posibilidad de que su pliego petitorio halle un lugar en posteriores espacios de discusión y análisis. Esa promesa de discusión futura, que en junio había tomado la forma explícita de un congreso resolutivo en el que cabría discutir todas las demandas de los estudiantes, ha sido el punto crucial del acre debate con estudiantes de la CED o la RED. La historia de entonces parece repetirse, dicen en el CGH, con una única diferencia. Que en junio aquella discusión, que había llevado a divisiones sensibles entre los huelguistas, la había causado una propuesta del rector. En julio en cambio surge de un grupo de profesores entre los cuales hay un núcleo muy respetado y admirado por buena parte del movimiento estudiantil. Inevitablemente se desencadenan serias dudas, que se entremezclan con el texto literal de la propuesta: ¿representaría ésta una auténtica búsqueda de salida al conflicto, ya que firmantes suyos eran tan respetables? O, por el contrario, ¿se ponía en tela de juicio del lado de quién estaban los firmantes, porque sugerían rumbos parecidos a los propuestos por las autoridades?

–A la gente de Filos la propuesta sí le hizo muchísimo ruido. Admira mucho a López Austin, y al mismo Villoro, y fue desconcertante que sacaran una propuesta así, que en Filos no se entendía como punto de partida sino como que los eméritos la querían imponer.

El efecto inmediato de la propuesta de los ocho profesores es que la división entre la comunidad universitaria, y aun entre los huelguistas, se ahonda. De una parte se insiste en considerarla no tanto como una solución, sino como la forma de brincar el punto muerto al que ha llegado el conflicto. Así circulan documentos firmados por grupos de huelguistas en los que, con distintas variantes, se plantea que

–[...] la propuesta de los ocho profesores eméritos puede ser punto de partida para lograr avances en el movimiento, sin renunciar a los seis puntos de nuestro pliego petitorio, es decir, podríamos trabajar una propuesta que nos permita rearticular nuestras fuerzas para pasar a otra etapa de nuestra lucha.

Y son frecuentes opiniones de este tipo:

–Yo la veía mal, pero veía que debíamos retomarla y volteársela. Beneficiaba a las autoridades, eso estaba seguro, pero si decíamos rotundamente que no, yo decía: nos van a romper la huelga y a tomar las instalaciones.

Pero hay también un nutrido grupo de huelguistas que enfatizan la falta de garantías de que, sin la presión de la universidad en huelga, las autoridades acepten firmar, y mucho menos cumplir acuerdos tal cual están dichos en el pliego petitorio del CGH. O, como escribe un grupo de huelguistas agrupados en el Frente Universitario por el Congreso:

–[Hay que] evidenciar la propuesta de los eméritos y los distintos matices que se le quieren agregar como un gancho más para eludir la solución al pliego petitorio y eludir la transformación real de la universidad a través del congreso.

Para complicar más la situación, quienes más resaltan los efectos benéficos de la propuesta son los sectores ligados al PRD, con quienes

–[...] ya había bronca cantada [...] Lo de los eméritos era la prueba que nos faltaba para comprobar que ellos hacían trabajo a la par de Rectoría y del estado.

En efecto, la propuesta cae en un ambiente irremediablemente dividido:

–En las escuelas que pude ver, sí se discutía como punto de partida, y de principio no sonaba mal. Pero es que la gente que la proponía [...] ya no tenía mucha calidad moral ante los huelguistas. En Políticas [se rechazó] creo que más por considerarla ligada con los moderados.

Pero el ambiente no está dividido sólo por la polémica interna que desde el inicio del movimiento ha ido dejando en polos opuestos al “ala de la moderación” y a los ultranzas. Fuera de la universidad los polos se enfrentan también, lo que inevitablemente repercute en el ánimo de los huelguistas, en su posibilidad real de discutir en frío los alcances y limitaciones de la propuesta que se les plantea.

“UN GOBIERNO DIFERENTE”

Los ocho maestros presentaron su propuesta el 28 de julio. Unos cuantos días después, el 4 de agosto, la policía de la ciudad de México arresta violentamente a ciento diez huelguistas que intentaban detener las inscripciones a la UNAM en un local del CONALEP. No es la primera vez que los huelguistas tratan de frenar estos trámites cuyo único objetivo, dice el CGH, “es sabotear nuestra huelga; no existe en esa acción ningún interés por que los estudiantes puedan desarrollar sus estudios, [sino] el intento de continuar con el gran fraude de las clases extramuros”.

Las inscripciones a la UNAM se llevan a cabo en sitios tan anómalos como una escuela técnica porque, pese a que los miles de estudiantes huelguistas son una evidente realidad, el rector Barnés está empeñado en demostrar que, para efectos de la burocracia universitaria, la huelga es una alucinación. Los alumnos se inscriben, asisten a sus clases, presentan exámenes; los maestros dan sus cursos, califican, cumplen trámites administrativos... Esta práctica de los extramuros, a un tiempo esquirolaje y farsa académica, es uno de los tantos modos que tienen las autoridades para voltear la cara a otro lado del

conflicto creado por ellas mismas. Pero desentenderse de él no las exime de su responsabilidad directa en sucesos como el del CONALEP en donde, como ha ocurrido en otras ocasiones, la presencia de grupos porriles acicateó la violencia contra los paristas, a los que los granaderos hincaron, patearon y golpearon, como puede muy bien observarse en fotografías de diversos periódicos. Así pues, ante la golpiza, el rector actúa como quien de puro torpe se ha echado encima un trastero de platos y mira impávido el reguero de loza en el suelo: “Que vengan otros a barrer, yo ya cumplí con hacerla añicos”.

Y lamentablemente el gobierno de Cárdenas llega puntual con sus escobas. “La participación de las fuerzas del orden fue necesaria –explica el jefe de gobierno–, porque había un choque entre gente que estaba inscribiéndose y un grupo, aparentemente de paristas [...] La policía intervendrá cuantas veces sea necesario.”

En estas condiciones, resulta por lo menos laborioso distinguir diferencias entre miembros o simpatizantes del PRD que, intramuros, argumentan las bondades de la propuesta de los eméritos, y el PRD que al frente del gobierno capitalino justifica la acción de los policías contra los paristas, máxime cuando el propio Cárdenas ha declarado su respaldo a esa propuesta. En pronunciamiento público, el CGH denuncia lo ocurrido en el CONALEP como una agresión planeada, niega que hubiera enfrentamiento entre estudiantes y, entre otras cosas, declara a Cuauhtémoc Cárdenas persona non grata. Si en las asambleas de huelguistas hay un estira y afloja constante en el tema de los eméritos, la violencia policiaca avalada por el gobierno perredista hace dudar a muchos de los que respaldaban la propuesta, y radicaliza a quienes desde antes desconfiaban de ella y argumentaban su rechazo.

EL EQUILIBRIO IMPOSIBLE

Cristina, Jefferson, María de la Paz, Fernando

–¿Preveían ustedes, al elaborar su propuesta, la posibilidad de que el CGH la rechazara de modo tan tajante, o este rechazo los tomó por sorpresa?

–Esperábamos cualquier tipo de respuesta en una situación política tan difícil: el rechazo o la aceptación de los universitarios en general, el rechazo o la aceptación de las autoridades, el rechazo o la aceptación del CGH. Conscientes de la azarosa recepción de nuestra propuesta, trabajamos arduamente para elabo-

rarla: discutimos en largas reuniones con integrantes de ambas partes en conflicto, recibimos opiniones de universitarios no participantes directamente en la contienda y debatimos –algunas veces ásperamente– dentro del grupo. No fue nada fácil, puesto que eran muchas las ideas en juego y teníamos la obligación de formular una propuesta congruente y equilibrada que fuese benéfica para la universidad y al mismo tiempo fuese potencialmente aceptable para ambas partes del conflicto. Obviamente, sabíamos que la propuesta no satisfaría plenamente a ninguna de las partes, pero confiábamos en que funcionaría como promotora y base de negociación. Cuatro de los integrantes del grupo presentamos directamente al CGH la propuesta y contestamos las preguntas que se nos hicieron. Una buena parte de los asistentes a la reunión vio en la propuesta la posibilidad de inicio de una negociación. Otros la rechazaron porque no se ajustaba puntualmente a sus peticiones, sin apreciar que no era ése su propósito. De éstos, muchos exigían las seguridades de que la aceptación de la propuesta los condujera al triunfo. Los impugnadores no entendieron nuestro papel de universitarios que, más allá de nuestras posiciones particulares, no pertenecíamos a ninguna de las partes en el conflicto. Ni representábamos a ninguna de las partes, ni éramos negociadores ni intermediarios, ni ofrecíamos más que una base para un debate constructivo. No entendieron que sobre esta base tenían que seguir luchando. Querían la solución ya, las garantías ya, la derrota del contrario, y no era esto lo que ofrecíamos.

Sin embargo, ésta fue una parte de los asistentes. En el momento de la reunión con el CGH era difícil apreciar quiénes formaban mayoría. El rechazo del CGH no fue tajante en dicha reunión; después se impuso una de las posiciones.

También en el otro lado hubo debate, pues los grupos duros vieron en la propuesta la claudicación de sus principios de autoridad.

Si alguna sorpresa existió entre nosotros, fue la inusitada opinión masiva de los universitarios que vieron en la propuesta una posibilidad de inicio de solución del conflicto (doctor Alfredo López Austin, a pregunta expresa).

Algunos de los autores de la propuesta se toman muy en serio la discusión y asisten a varias asambleas y mesas de debates; los partici-

pantes salen de allí con ánimos variados y una sola cosa en común: las discusiones han sido interesantes, pero no pasa de ahí.

–Tuvimos un encuentro con los eméritos y los alumnos del CGH de Filosofía; en el aeropuerto se pusieron las mesas, tres eméritos y tres del CGH, estuvo bastante interesante pero no se acabó en buenos términos. Fue muy desagradable con Sánchez Vázquez, un señor que tiene ochenta y cuatro años que viene caminando desde Insurgentes y llega con aquella emoción: “Es la primera vez que vengo a defender mi facultad” y le dicen: “Está vendido”. Los del CGH llegaron disfrazados, eso es típico del adolescente. Un alumno que yo conozco, bien común y corriente, se metió una camiseta negra, vieja, recortada, se puso una cadena [...] y a sentarse entre Sánchez Vázquez y Villoro. Tú dices, como mamá, “éste se disfrazó”. Pero como no mamá dices: “Ay, hijo” [...] Claro que son jóvenes, pero que le griten de tú a Sánchez Vázquez: “Qué te crees, tú eres amigo del rector”.

–En Filosofía se les plantearon varias soluciones de acuerdos comunes por encima de las dos propuestas [CGH y eméritos]: ¿Están ustedes en contra de la represión? Hagamos ahorita un pacto de los dos sectores por una solución conforme al diálogo [...] y no contestaron nada. Las preguntas que se les hicieron ahí, que nosotros las mandamos en papelititos, no las contestaron. Sánchez Vázquez hablaba de que con la propuesta no había garantías absolutas, pero nadie estaba diciendo eso, ya sabemos que no puede haber garantías absolutas, pero no había ni siquiera una mínima garantía de nada.

–En Filosofía fue de las pocas facultades que se discutió, hubo un foro muy amplio, pero en el CGH no pasó. Sí dividió mucho. Los ultras dijeron: “¡No, no, no!” y la otra banda dijimos: “Bueno, hay que escucharlos, comentar”. Finalmente no pasó.

–Dicen que se les trató muy mal. Yo creo que en general se les trataba como compañeros; ahí estaban Peimbert, Villoro, Sánchez Vázquez y López Austin, y salvo algunos chavos locos que les gritaran algo, en general fue un trato muy de veras de discutir.

En ese “de veras discutir” hay quienes piensan que, habiendo llegado las cosas a un punto muerto entre dos posturas irreconciliables, el CGH y las autoridades, e independientemente de su contenido literal, la “propuesta de los ocho” puede usarse como un eje de mediación que desentrampe el ambiente. Los autores de la propuesta podían no haberla pensado así, pero hay una intención explícita de buscar “formulaciones equilibradas y potencialmente aceptables por las dos partes del conflicto”. Esto se refuerza con el hecho de que de los ocho autores de la carta, a cuatro de ellos, los doctores Fix Zamudio, Esteva, León Portilla y Rossi, se les identifica con el punto de vista de las autoridades, mientras que los otros cuatro han buscado desde el principio el acercamiento con los huelguistas. Resulta hasta cierto punto natural que entre algunos universitarios se traiga a cuento la experiencia reciente de Chiapas, donde surgió un organismo mediador entre las dos partes en conflicto, el EZLN y el gobierno.

–Dada la polarización del conflicto, existía la necesidad de crear una figura estilo CONAI que pudiera funcionar como una intermediaria. La propuesta de los eméritos, y ahí estaba su actitud de ir a Filosofía, su conformación como tutti frutti para todos los gustos, lo que pretendía era darle a una comisión aparentemente con una altura moral y académica importante, la posibilidad de meterse en medio [...] Si se hubiera visto con menos rigor el contenido de la propuesta, y visto más el elemento político que estaba representando, probablemente nos hubiéramos evitado la entrada de la policía del 6 de febrero.

Pero la conversión del grupo de ocho profesores en un órgano mediador, aparte de que ellos mismos no se consideran así, está fuera del horizonte de los huelguistas. Para éstos lo central del asunto es si la propuesta abarca o no el pliego petitorio del CGH, si es realista considerarla un punto de partida, o si aceptarla significa ceder el contenido mismo del movimiento. Al paso de los días las posiciones en torno a la propuesta se radicalizan, y en este proceso, además de las posturas que chocan en las asambleas estudiantiles y que se reflejan en tormentosas plenarios en el CGH, éste va distanciándose sensiblemente de un amplio sector de académicos que llevaban tiempo preocupados por la prolongación de la huelga. Entre estos académicos hay maestros, investigadores e incluso estudiantes que a lo largo de la huelga han oscilado entre la simpatía por las demandas de los

estudiantes y la impotencia ante las instalaciones cerradas; para muchos de ellos el levantamiento de la huelga no significa una rendición, sino una manera realista de encarar la sobrevivencia de la universidad y su transformación. Por eso ven en la propuesta de los eméritos una manera de romper la inmovilidad, además de que les permite jugar un papel en el conflicto.

LOS DE ENMEDIO

Rafael, Cristina, María Emilia, Hermann, Cecilia, Diana, Jefferson, Concha, Argelia, Olga

Desde el estallamiento de la huelga, los variados sectores que componen el personal académico han reaccionado de diferentes maneras ante el movimiento. La inmensa mayoría de los investigadores, habitantes de la cúspide en esa pirámide académica en que se ha convertido la universidad, no han vacilado en repudiar a los huelguistas “secuestradores de la UNAM”. Esto no es sorprendente. Las demandas del movimiento atentan punto por punto contra ese modelo gerencialista de universidad en el que los altos investigadores escalan posiciones. Son la representación misma de la ciencia y la tecnología que nos catapultan a la modernidad, y desde ese estatus los estudiantes paristas se perciben como un delirante puñado de populistas. Para el grueso de los investigadores, está muy claro que hay que acabar con la huelga a cualquier costo. Por ellos hablan, entre otros, los Colegios de Directores, las Mujeres de Blanco, la asociación Alumnos contra el Paro o los miembros de la UDUAL, quienes declaran: “Mejor una universidad cerrada que una universidad populista”.

Pero en la universidad hay más académicos que éstos que se reúnen para ver cómo acabar con los huelguistas. Curiosamente, gracias a este movimiento, profesores y también algunos investigadores, que llevaban años sin la oportunidad de reunirse ni tiempo más que para perseguir su rendimiento personal y su puntaje, hallan la forma de organizar asambleas, foros, talleres y encuentros en donde reinician discusiones largamente suspendidas sobre los problemas de la universidad, el sentido de su trabajo, etcétera.

—En la Facultad de Medicina no había Colegio desde hace muchos años. Primero organizamos entre cuatro una serie de pláticas [...] eso les fue gustando a otros, surgió la idea entre unos

diez de hacer un colegio y en la reunión ya éramos veinte, luego cincuenta y formamos nuestro Colegio [...] Fue curioso cuando se leyó un acta [constitutiva] de tres renglones y al final de la lectura todos se pararon y aplaudieron.

—Filosofía es la facultad con el mayor número de carreras [...] El área humanística está muy golpeada. Los científicos están por encima. El trabajo del científico es más rentable y universal. En esta cosa de la globalización, la ciencia, lo tecnológico, es lo central. Por eso los humanistas se buscan a sí mismos, buscan espacios. La huelga es una oportunidad muy grande para los investigadores de agruparse por primera vez y discutir sobre la universidad.

En estos espacios también se analiza el pliego del CGH y se proponen medidas de apoyo a los estudiantes. Una buena cantidad de los que asisten a esas discusiones son entusiastas participantes en las movilizaciones públicas convocadas por los estudiantes. No pertenecen a mundos separados, se han conocido antes en los salones de clases, y no pocos maestros son padres de estudiantes huelguistas.

En los primeros momentos de la huelga, el CGH había considerado bienvenido todo el apoyo posible, de maestros, de trabajadores universitarios, de cualquier sector solidario. Se trataba de un movimiento de estudiantes, pero el CGH se veía a sí mismo como amplio e incluyente.

Pero muy rápidamente las cosas cambian. El trato que el CGH recibe de las autoridades, del gobierno y de los medios, aunado a la abierta hostilidad de académicos de la universidad, principalmente de centros e institutos de investigación, contribuyen a la desconfianza que los huelguistas desarrollan ante quienes se permiten hacerles críticas. Encerrándose en sí mismo, el CGH admite como aliados sólo a aquellos que le declaren su incondicionalidad, como es el caso de la AUA, una organización de maestros cuyas actividades y discusiones se subordinan por lo común a las de los estudiantes.

—Cuando yo oigo, me dicen, que ellos están apoyando incondicionalmente al CGH, pues yo tengo que hacerles ver que el CGH no es homogéneo, que también puede equivocarse, puede no tener la razón en algunas cosas, y serle incondicional no les ayu-da gran cosa [...] en lugar de estar aportando algún espíritu crí-

tico o alguna referencia, estaban apoyando lo que hicieran y lo que dijeran.

–Hay una parte de incondicionalidad [de los maestros] que me parece muy criticable; hay un reconocimiento desmedido, a lo mejor muy justificable en un principio, de que los chavos tuvieron el valor de [estallar] la huelga, y entonces tienen derecho de hacer lo que sea, y nosotros tenemos que seguirlos porque ellos tuvieron la lucidez y nosotros no y tenemos que seguirlos en todo.

–La idea de un enlace o una alianza no puede funcionar, está mal vista porque puede implicar traición o chantaje. A la idea de alianza la sustituye la idea de incondicionalidad.

Sintomáticamente, hay escuelas en las que, con el argumento de que la huelga es estudiantil, se niega la participación (incluso la entrada) de algunos maestros pero en cambio se tolera de buena gana la presencia de otros:

–Hubo un maestro en Políticas, Sotelo, que hablaba y votaba siempre en las asambleas como si fuera estudiante, aunque a otros maestros, con el argumento de que lo eran, los expulsaban de la huelga.

Situaciones como ésta también pueden deberse a que

–El contacto cercano con los estudiantes de algún modo se ha perdido por ese sector [académico] más vinculado a los SNI y a los PRIDE y todo eso. Claro que así como entre los investigadores hay de todo, dentro de la AUA también, pero me da la impresión de que los sectores más vinculados a la docencia tienen posibilidades de estar en contacto con los estudiantes, tienen más posibilidades de ser escuchados. Lo ideal es poder mantenerte en comunicación con los estudiantes sin perder tu capacidad de crítica, pero eso en el momento fue muy utópico.

En otros lugares, el sector académico enfrenta difíciles condiciones para expresarse:

–De mi instituto sólo íbamos a las asambleas de Filosofía [Luis Villoro y yo. En el instituto decían “esas asambleas están manejadas”. Y sí, nos sentimos un poco como aventados fuera del movimiento. Pero había que meterse.

–En mi instituto estuve prácticamente sola defendiendo los argumentos de los huelguistas. Había que pelear mucho para moderar las propuestas que hacían los investigadores, que eran de horror; yo estuve prácticamente sola dando la batalla, porque de la Facultad de Ciencias no iban a esas asambleas; pero eso es algo que el CGH no ve. No le da importancia a ese esfuerzo.

De tal suerte, los diversos integrantes del sector académico ocupan distintos lugares en la estimación del CGH. Con el paso del tiempo, sin que se presenten visos de solución, el “sector enemigo” se va volviendo más y más numeroso. Todo aquel que no mantenga como único punto de discusión la resolución del pliego petitorio queda excluido, borrado, tachado, y de este modo, el CGH va pintando su raya con sus potenciales aliados, académicos genuinamente preocupados por el rumbo de la UNAM.

–En la UNAM hay un sector intermedio en el que están los académicos menos privilegiados. Es un sector que queda muy mal parado. El CGH no lo ve, para el CGH no existe. Esos intermedios son móviles, unas veces jalan más hacia el lado de las autoridades y otras hacia el CGH [...] [Pero en éste] no hubo propuesta a los diferentes estratos del sector académico sobre qué universidad queremos.

–[Hay] una masa de profesores más intermedia que [teniendo] la idea de que la universidad debe ser pública y gratuita, no están muy organizados, fácilmente se les presionaba con los extramuros [...] Históricamente, ellos han conducido las luchas de la universidad, pero calculan que la [prolongación de la] huelga puede poner en gran peligro a la universidad. Ese sector intermedio de profes intervino toda la huelga diciendo: “Está de la patada, acepten lo que les proponen”. Desde antes que estallara la huelga, luego con la propuesta del 7 de junio, luego con los eméritos [...] No había la idea de comprender que los chavos, si se imponían las cuotas, se estaban jugando la universidad.

En efecto, de imponerse las cuotas, lo que perderían los estudiantes actuales y futuros de la universidad sería la universidad misma; su defensa es el corazón del movimiento. Pero tal vez el CGH no alcanza a percibir la preocupación entre esa amplia masa de académicos para quienes seguir la huelga tal cual significa, también, perder la universidad, y no hay modo de establecer comunicación entre huelguistas y académicos. Resulta casi imposible acomodar las razones de unos y otros en un mismo foro de discusión. Crece el número de profesores que ya no pueden ver otra imagen del CGH que no sea la intolerancia, y, dramáticamente, entre muchos huelguistas el calificativo de “académico” pasa a ser sinónimo de claudicante. De tal suerte que se vuelve común oír hablar de “académicos” y “estudiantes” como si se tratara de dos enemigos enfrentados, cada cual en su trinchera.

Cuando se hace pública la propuesta de los eméritos, esta situación hace crisis. Hay, como dicen los huelguistas, una cargada de antiparistas —entre investigadores, maestros y alumnos— que se precipitan a aceptarla, y algunos universitarios, que llevan meses refiriéndose a los huelguistas como “la canalla”, “los payasos”, “grupúsculo de utópicos delirantes” y demás, inundan los diarios con artículos en los que demuestran que esa propuesta es la única salida racional a un conflicto generado por irracionales. Ven en el planteamiento de los eméritos un mecanismo para levantar de inmediato la huelga, y eso es lo único que cuenta, porque de antemano han desestimado el sentido del movimiento: “Nadie sabe qué es este movimiento, nadie sabe qué es lo que se propone o persigue, nadie sabe quiénes son los que lo dirigen, nadie sabe a qué causas responde”.

—Había un discurso de las autoridades que se fue filtrando de a poquito: “Los que realmente hacen la universidad son los investigadores y los profesores de tiempo completo, porque éstos se quedan; los estudiantes están de tránsito”. Bajo ese argumento los investigadores, el ala más reaccionaria de la universidad, se invistieron de poder: “Los que tenemos derecho a decir qué debe ser la universidad somos nosotros”. En Ciencias sucedió algo insólito: la gente de los institutos, que no había pisado el auditorio de la facultad en años, de repente, el día que se discutió la propuesta de los eméritos, decidió ir a ganar. No sabían cómo funcionaba una asamblea; llegaron como verdaderos intrusos.

—Hubo asambleas muy grandes, grandísimas, a las que llegaron muchos académicos a los que les interesaba levantar la huelga a como diera lugar, y si había una propuesta que se acercara al levantamiento pues ésa iban a votar. Nosotros retiramos nuestra propuesta de tomar la de los eméritos como base de discusión, para que no pareciera que estábamos de acuerdo con esos profesores.

Pero con esta cuestión de los eméritos el asunto es más complejo que, meramente, “el ala más reaccionaria de la universidad” exigiendo el fin del movimiento. Hay académicos que, apoyando al movimiento, analizan la propuesta de los eméritos no sólo como la forma de acabar con el conflicto sino como una vía para hallarle solución. Así por ejemplo, la Asamblea Universitaria Académica de Acatlán plantea:

—Muchos profesores de Acatlán hemos coincidido con el propósito de defender y transformar democráticamente a nuestra universidad que ha enarbolado el movimiento estudiantil actual [...] Creemos que el CGH se encaminará a una propuesta de solución a la huelga que traduzca en una victoria indiscutible la actual lucha [...] y en esta lógica, la propuesta de los maestros eméritos se convierte en una base adecuada para construir una alternativa digna y eficaz.

Y como este pronunciamiento, abundan. Sin embargo, en el CGH no se intenta preguntarse quiénes son o por qué actúan así, porque tienen el apoyo de otro sector que dice las cosas como en el CGH las quieren oír. Así por ejemplo, la AUA expresa su posición: “La propuesta de los ocho profesores eméritos está siendo utilizada también por las autoridades en su estrategia de confrontación [...]; ha quedado plenamente evidenciado que no satisface ninguna de las demandas estudiantiles y que ha sido rechazada reiteradamente por el CGH [...] Reiteramos nuestro apoyo total e irrestricto al movimiento estudiantil, su CGH, su pliego petitorio y su plataforma de lucha” (boletín del 25 de agosto de 1999).

En las discusiones de los huelguistas, la gran mayoría interpreta como claudicación la preocupación de académicos por el entrampamiento del movimiento, su angustia ante el tiempo que corre sin que se avizore una solución, y su necesidad de abrir espacios de aná-

lisis y discusión, en los que tanto énfasis ponen los eméritos. En vez de tomar esto en cuenta, resulta más sencillo que todo aquel que no rechaza de tajo la propuesta quepa en el mismo costal de los “rectoristas”, los “burócratas inconscientes” y los “levantahuelgas”. De modo que no se atiende la señal que les envían muchos académicos: “Tómennos en cuenta”.

–Se rechazó al sector de los académicos porque para [el CGH] los académicos eran la AUA y tan tan [...] Fue vernos en la intransigencia total.

Más allá del contenido de la propuesta, en el CGH van agarrando fuerza quienes conciben a la universidad, y no sólo la huelga, como un tablero de ajedrez con dos únicos antagonistas: el propio CGH y las autoridades. Al resto de la comunidad parece corresponderle, a lo más, elegir atrás de quién se alinea. Claramente el asunto es más complejo, tan sólo sea porque, de un lado, el CGH de continuo debe hacer ajustes para mantener el orden de sus filas, reunificar asambleas enteras que hasta hablan de retirarse, que se biparten, que vienen y van. Y también porque los que “miran la partida” tienen derecho a mover piezas, por el hecho simple de ser, ellos también, universitarios.

UN RECTOR COMO UNA TAPIA

Curiosamente, en esa imagen del tablero y los antagonistas, las autoridades acostumbran actuar en ausencia. La comunidad universitaria discute la propuesta de los eméritos oscilando entre estados de ánimo extremos, entre el convencimiento de que aquélla puede enriquecerse y la certeza de que la salida que ofrece está muy lejos de solucionar el conflicto. Y mientras unos y otros se enzarzan en un debate que alcanza momentos de altura y euforia y esperanza y desesperación, ¿qué hace la autoridad?

La autoridad sigue en su cómoda postura de que otros le saquen las castañas del fuego.

Al mismo tiempo que los auditorios de la universidad se vienen abajo con los aplausos a los maestros eméritos o los gritos de “huelga-huelga”, maneras una y otra de definirse ante la propuesta, las autoridades anuncian el reinicio de clases, “con o sin paro”. Inmunes a la realidad, publican en la gaceta universitaria la fecha en que el RGP de Barnés entraría en funciones, encabezan antiparistas ofendi-

dos, pronostican la desaparición de la UNAM, azuzan porros. Ni por un instante les pasa por la cabeza citar a un diálogo serio, dar su lugar en el debate a los estudiantes huelguistas y actuar con responsabilidad.

Por esos días, la Asociación de Alumnos Universitarios, Conciencia Veterinaria, Estudiantes Unidos y las Mujeres de Blanco hacen varios amagos de recobrar las instalaciones. Dicen estar “midiendo el aceite” porque, de haber “suficiente lubricación”, se daría la posibilidad de echar fuera a los paristas. Los directores de algunas facultades, como Medicina y Derecho, también andan muy activos “midiendo el aceite”. En restaurantes, parques y avenidas, convocados por autoridades, los antiparistas coordinan sus acciones que tienen como objeto “sitiar a la universidad” para obligar a los huelguistas, “esos mugrosos con los pantalones rotos y llenos de aceite [qué fijación], pelos rasta, mochilas al hombro y gorros de estambre” –dicen–, a entregarles las instalaciones.

En las prepas menudean las incursiones violentas de porros, y en las sedes de inscripciones a las clases extramuros hay continuos enfrentamientos, pero el rector Barnés está entregado a la retórica: analizará, dice, la formación de “una comisión integrada exclusivamente por consejeros con la tarea de crear el espacio de participación en que la comunidad de la UNAM construya los consensos para la urgente transformación de la universidad”. Peculiar sentido de “la urgencia” tiene el rector Barnés, capaz de inventarse cinco o seis pasos previos a sentarse y hallarle solución al conflicto.

Adolfo Gilly señala, a propósito de la propuesta de los eméritos, la grave responsabilidad del rector. Dice que en ella hay la posibilidad real de articular la discusión y conducir a una salida victoriosa. Y hay también una maniobra: “El grupo de Rectoría quiere convertir la propuesta en el máximo alcanzable, para que el movimiento ceda a cambio de humo y promesas vagas, se levante la huelga y ese grupo, el de los propietarios de la torre de Rectoría, haga después lo que le dé la gana. Tal como en el momento en que precipitó a la UNAM en un paro [...] ese grupo sigue sin entender nada [...] Es Rectoría quien puede, sin más dilaciones, convocar al Consejo Universitario, derogar de una buena vez el actual RGP y dar así a todos los universitarios, huelguistas o no, una prenda de buena fe y de apertura” (*La Jornada*, 12 de agosto de 1999).

Esa “prenda de buena fe” nunca se da, lo sabemos todos. En cambio sigue suelta la idea de que es obligación del CGH dar su prenda

de fe levantando la huelga. “Declaren que quieren levantarla y avanzamos; sigan con sus seis puntos y nos hundimos.”

De tal suerte, las autoridades utilizan el planteamiento de los eméritos como una forma más de escurrir el bulto: no son ellos los que se sientan a discutir el conflicto con los huelguistas, sino que esperan que otros, los eméritos en este caso, y un amplio sector de académicos más, convenzan por su cuenta al CGH del levantamiento de la huelga.

Al CGH la propuesta de los eméritos lo ha puesto en un verdadero brete; no es, ni remotamente, un asunto de obvia resolución. Las discusiones sobre el punto baten récords de duración e intensidad, y las posiciones se enfrentan en un ambiente tan violento que lo de menos son las acusaciones de “ultras priístas” y “moderados vendehuelgas” que se endilgan unos a otros. En cada plenaria del CGH, los resolutorios de asamblea se cuentan y recuentan hasta el cansancio en una continua calistenia donde los acuerdos “suben” al CGH, “bajan” a las asambleas, se desconocen, se revaloran.

Aun así, por milímetros, aquello avanza. Y entonces el envidiable tacto de las autoridades hace que se esfume el mínimo avance. Por ejemplo, el Colegio de Directores sale con una propuesta para el Consejo Universitario, una medida que busca provocar rupturas definitivas entre los huelguistas: publicar las listas de activistas que asisten a clases extramuros. A esta siembra de cizaña los directores agregan su apoyo a la propuesta de los eméritos. (Prácticamente no hay declaración de funcionarios universitarios, y aun de fuera de la universidad, que no combine creativamente las medidas de presión contra los huelguistas con su apoyo a los eméritos.) ¿Puede en esas condiciones el CGH avalar una propuesta aparentemente tan versátil? Una gran cantidad de huelguistas piensa que no, pero, no obstante, se aferra a hallar el modo de salir del atolladero. Ése es el caso del replanteamiento del pliego petitorio, o, como también le dicen, la “flexibilización”.

EFÍMERA FLEXIBILIDAD

Argelia, Julieta, Olga

–Hubo muchas propuestas en el movimiento. Una que sí modificó la dinámica del CGH fue la del “replanteamiento”, que consistía en que bastaba que se suspendieran los puntos de las reformas y el CENEVAL y se discutieran en el congreso. Ya no era

derogación sino suspensión [...] Hacer este planteamiento fue difícilísimo porque, se decía, seguían las clases extramuros.

La flexibilización es una iniciativa del CEM para buscarle una salida al conflicto, un poco recogiendo la propuesta de los eméritos, porque la realización de un congreso resolutorio le parece vital, y otro poco rompiendo con la idea de que el pliego petitorio es inamovible. Por algunos días, las asambleas de huelguistas le dan vuelta a la idea. A algunos les gusta, a algunos no. Le invierten tiempo y esfuerzo a la propuesta, pero las autoridades no se han movido ni un centímetro. No parecen haber oído de la flexibilización, no les merece ningún comentario, dicen haber hallado la solución en la propuesta de los eméritos –con lo que la mellan por completo– y no modifican ni un ápice la dinámica de “normalidad”: siguen con sus trámites y sus clases extramuros. El CGH abandona la iniciativa de replantearse el pliego.

–Fue un CGH impresionante. De dos días. Yo fui al segundo día y ahí fue el CEM el que decidió. Yo estoy muy enojada, sigo muy enojada con el CEM porque ellos definían si [los resolutorios] eran más ultrosos o más moderados. A Higinio [Muñoz] le decíamos: “defínete”. Maneja muchas escuelas, si él mandaba línea podríamos haber sido una fuerza [...] Pero el chiste es que cierta parte del CGH nos súper encabronamos, nos salimos y empezamos a ver si desconocíamos al CGH; ya estábamos hartos. Estábamos pensando aliarnos con los que se fueron más hacia el PRD, el CEU histórico. Ellos ya estaban afuera y así, llorando todos, decíamos que qué hacemos [...] El problema es que no nos salimos como escuelas completas, había cachos adentro. Fue un momento súper caótico; fue andar persiguiendo a los pocos reporteros que había por ahí y jalárnoslos para redactar un comunicado [...] Regresamos, nos tenían súper fichados, nos seguían gritando “vendehuelgas”.

–Lo del CENEVAL y las reformas del 97 era nuestra propuesta de flexibilización, de Naucalpan, y la ganamos en esa sesión maratónica del CGH que duró: uta [...] Como a las 10 de la mañana del otro día que todos nosotros estábamos jetoncísimos llegaron los refuerzos de Políticas y nos revirtieron el acuerdo. El CEM estuvo impulsando la propuesta con nosotros y se pasó con la ultra.

Higinio nunca tuvo la firmeza de mantener sus posturas, sabía que él era el fiel de la balanza entre nosotros y la ultra, [pero] le pesaba más que le dijeran “hiciste pacto con los perredistas vendehuelgas” que lo que era conveniente. Yo había regresado a Naucalpan a decir: “Les ganamos”, me regreso al CGH y “qué pasó”.

Por esos días el presidente Zedillo desliza en sus declaraciones las medidas que se irán tomando para dejar sin suelo a los huelguistas: “Si prevalece la intransigencia de los huelguistas [...] y se rechaza la generosa y lúcida propuesta de los maestros eméritos, el gobierno de la república quedaría sólo en espera del preciso mandato democrático [...] para poner en acción otros medios legítimos del estado con el fin de restaurar el funcionamiento de la UNAM”.

“NO HAY MÁS RUTA QUE LA NUESTRA”

No sólo el presidente anda en vena de advertencias. Apenas empieza septiembre y el rector Barnés lanza la suya: “La conciliación tiene un límite”. ¿De qué habla?, ¿cuál conciliación ha habido hasta ahorita que la labor de la Rectoría ha sido ignorar, despreciar y mandar golpear a los paristas? Sólo él sabe. Ya van varios días que el ciberespacio está infestado con los mensajes de anónimos antiparistas. Convocan a una acción de fuerza para el 1° de septiembre, “a retomar la universidad”. Precisamente ese día, mientras los huelguistas refuerzan las guardias en las barricadas y se preparan para los trancazos (que no ocurrieron), el rector sostiene una plática privada con el presidente y de allí se va al Auditorio a encontrarse con “los verdaderos universitarios”, una concentración donde abundan los jóvenes musculosos de característico corte de pelo, las señoras vestidas de blanco y los trajeados funcionarios. Ante ellos Barnés hace profesión de fe. Está dispuesto a defender la universidad con la prudencia y la tolerancia, dice, “pero también, si no queda otra alternativa, por la vía del derecho”.

La “vía del derecho” tiene una traducción inequívoca: la huelga no es más un acto de legítima resistencia sino un delito; en consecuencia, los huelguistas deben recibir el trato de delincuentes. Con la espada de tal justicia suspendida sobre el CGH, las autoridades parecen espabilarse, y en apresurada sesión el Consejo Universitario vota a favor de la propuesta de los eméritos: “Una buena base de so-

lucionar el conflicto”. E inmediatamente, “a lo que te truje”: fijar los plazos para que la huelga se levante. De inmediato también se deja ver que de la propuesta de los eméritos lo que vale, para las autoridades, es todo aquello que implica compromisos para el CGH. De su parte no había de salir ningún “nosotros brindaremos tales y tales garantías” o “el compromiso nuestro será en tal caso tal cosa”. A levantar la huelga y que vuelva el régimen de derecho. Exactamente igual que en el punto de partida.

Y en esas condiciones, el CGH regresa también al 20 de abril. En un desplegado publicado en la prensa, vuelve a argumentar las demandas del pliego petitorio y descarta la propuesta de los eméritos “por considerar que no responde a uno solo de los seis puntos del pliego petitorio: deja en pie los cobros ilegales por distintos servicios y uso de equipo y materiales [...] Deja en pie el carácter ‘voluntario’ de las cuotas de inscripción, extensamente reglamentado, lo que indica que ese carácter desaparecerá con sólo cambiar la palabra ‘voluntarias’ por ‘obligatorias’, carácter que además queda en el aire con todas las presiones que se ejercen para obligar a los estudiantes a pagar más de lo establecido, como ocurrió en el reciente proceso de inscripciones extramuros [...] Deja en pie las reformas de 1997 y los vínculos con el CENEVAL. [...] No plantea la realización del congreso democrático y resolutorio y deja en manos del mismo Consejo Universitario las conclusiones de los ‘espacios de discusión’. Deja en pie todo el aparato policiaco y de espionaje y la posibilidad de la aplicación de actas y sanciones ante los ministerios públicos [...] y ante la PGR, actas que se están tramitando. No recorre el calendario escolar y deja en pie el gran fraude de las extramuros [...]”

“Por nuestra parte, el Consejo General de Huelga sostiene su exigencia de diálogo público y abierto que nos lleve a la solución real del conflicto. El presidente Zedillo y sus funcionarios universitarios tienen la palabra.”

EL SÍNTOMA UNAM

Fernando, Hermann, Gandhi, Fabián, Ramón, Cecilia

El rechazo del CGH a la propuesta de los eméritos no agota la polémica provocada por ésta. Varios de sus autores, así como académicos, líderes de opinión, analistas, miembros de corrientes políticas, etcétera, encuentran que este rechazo es la demostración de la incapacidad política y la intransigencia total de los cegeacheros.

Hay quienes ven todo el proceso como un mal ejercicio de votación, un mal cálculo de alianzas políticas:

–Higinio [Higinio Muñoz, del CEM] se disciplinó con En Lucha, no lo convencí [...]; ahí el CEM fue clave porque tenía cuatro votos, y a los eméritos les pasó lo que le ha pasado muchos años al movimiento estudiantil, ganas el debate pero pierdes la votación.

En primera persona, Higinio argumenta: “Respecto a la propuesta en sí, fuimos muy claros. Dijimos que no resolvía el pliego petitorio, pero sí era una oportunidad si se le tomaba como base para abrir el debate y buscar una solución. Esa posición, ciertamente, no ganó [...] La evaluación que hacemos es que el movimiento perdió esa oportunidad [...] Si se hubiera aceptado como base de una discusión amplia quizás hubiéramos ganado, a favor del movimiento, a los eméritos y a todos los que se manifestaron a su alrededor” (*La Jornada*, 19 de septiembre de 1999).

Para otros es evidente que quienes acusan al CGH de intransigencia no se esfuerzan por sopesar sus razones:

–Era apreciable e interesante que hubiera este grupo de gente, pero ellos demostraron una gran insensibilidad. Creyeron que tenían la razón, y se enfrentaron a un interlocutor bastante sordo, por cierto. Pero el CGH no podía haber aceptado la propuesta de los eméritos. Era una propuesta que beneficiaba al rector.

La propuesta sirve como el detonante formal de la polémica, pero lo que en realidad se pone a discusión es una cantidad de cosas, más allá de su texto o su intención: desde luego, la procedencia o improcedencia de que la huelga continuara, y, muy especialmente, la naturaleza del CGH: ¿qué es el CGH para esas alturas?, ¿el coto privado de la ultra, como dicen por ahí?, ¿el germen de un modo distinto de hacer política?, ¿la representación visible del movimiento estudiantil o su enajenación?

¿Tiene sentido dialogar con la contraparte cuando ésta, por método y por principio, no acostumbra cumplir con lo pactado? Y si no tiene sentido, ¿con qué hay que sustituir el diálogo? ¿Y qué es el diálogo? ¿El diálogo es una transacción? ¿Cuáles son los límites de la negociación...? En ese ir y venir de los argumentos hay una peculiaridad que vuelve tremendamente compleja la discusión. Algunos de

los autores de la propuesta habían sido asesores para el diálogo entre el EZLN y el gobierno federal, en San Andrés, como puntualiza el maestro Sánchez Vázquez: “Al descalificar moralmente a los maestros por mantener su propuesta se silencia [...] que en el caso de dos componentes del grupo se trata de académicos que han enriquecido [su] autoridad moral con su conducta social, pública, de la que es claro testimonio su actuación como asesores del EZLN”.

Y, precisamente por esa condición, dicen en el CGH:

–Te imaginarías una propuesta chira. Y la lees. Y era prácticamente lo mismo que decía Barnés. Varios nos decepcionamos al ver lo que dijo Sánchez Vázquez en el Che. Qué nos quedaba más que aceptarlo, que saliera como el gran triunfador y el CGH como el intolerante. Y Villoro, el gran comunista del país hablando de salvaguardar las instituciones: “¿Qué hay de lo que escribes a lo que me estás diciendo ahorita?” Fue un rompimiento de nosotros con ese tipo de gente.

En varios extensos comunicados, publicados después de que el CGH desechara la propuesta, el subcomandante Marcos no deja dudas sobre su posición: “los doctores tienen el legítimo derecho de presentar sus razones y argumentos para su posición en el conflicto de la UNAM, incluso tienen derecho de autodenominarse ‘la única salida viable’ [...] Bueno, el caso es que la propuesta no pasa, los estudiantes la rechazan, no pocos académicos la ven como un refrito de la propuesta de Rectoría, y ha habido un enorme entusiasmo en las esferas gubernamentales [...] El EZLN opina, después de que ha sido rechazada por una de las partes, sobre la propuesta de los ocho eméritos y señala su crítica y desacuerdo. El EZLN ha tomado partido, desde el inicio del conflicto, del lado del movimiento estudiantil universitario [...] porque de su lado está la razón y la justicia [...] Si nuestra posición de apoyo a los estudiantes en huelga significa que se abra una brecha entre nosotros y asesores activistas del zapatismo, pues ni modos. Al apoyar al movimiento estudiantil universitario [...] estamos cumpliendo nuestro deber. Si esto aleja a unos u otros, ni modos”.

El real alejamiento de “unos u otros”, que puede seguirse con mucho más detalle en la prensa (*La Jornada*, al menos el 25 y 28 de septiembre, y el 1 y 13 de octubre), en modo alguno es un caso cerrado. La polémica por la UNAM abre a la discusión de la izquierda mexicana

precisamente la caracterización de esa izquierda. Al analizarse los motivos o desmotivos del CGH, su composición o su descomposición, su naturaleza de “feudo de la intransigencia” o su “justificable hartazgo” de un modo de hacer política que “está en crisis”, ninguna organización, corriente, movimiento o línea de pensamiento está en condiciones de quedarse al margen. Hasta el momento, esa discusión no ha conducido a una recomposición del “bando de los buenos”:

–Se perdió [de vista] quién era el enemigo. Después de los eméritos esto se acentúa terriblemente porque cómo es que la gente de nuestro bando está hablando así [...] La disociación [entre intelectuales y CGH] la hizo Marcos cuando dijo: “Pues sí son mis asesores, pero están mal”.

Si los asesores, para el subcomandante, andan mal, muchos en el CGH tampoco se salvan de sus críticas. Están dirigidas al H. Comité de Lucha de Ciencias Políticas, pero también se ajustan a la fisonomía de otros huelguistas:

–¿El método para ganar una argumentación es imponer el silencio a la parte contraria? ¿El CGH se hace más fuerte depurando?

Coincidentemente, Monsiváis señala cómo “el agravamiento de los pleitos internos impide cualquier unidad de propósito. Los tumultos ‘en pos de la mesa’, las expulsiones, las descalificaciones a gritos (el Tribunal de las Gargantas), los golpes, el habla reiterativa, toda la turbamulta de asamblea nulifica la coherencia del organismo, porque se le cede un proceso muy complejo de la toma de decisiones al vocinglerío con malos modos verbales y físicos”.

Pero entre unas cuantas coincidencias, se erizan los desacuerdos. Opinar sobre la huelga en la etapa de los eméritos, se ha convertido en un marcadero de distancias. Si en el CGH hay rebatanga de posiciones y calificativos, afuera del CGH hay como un espejo en el que los argumentos y las razones de cada uno también se desgarran entre sí. Con el total rechazo a la propuesta de los eméritos, queda cada cual adentro de su trinchera: el Heroico Comité de Ciencias Políticas discrepando de Marcos, Marcos discrepando de los eméritos, un buen puñado de académicos y analistas confundidos y furiosos, contra Barnés, contra Marcos, contra el CGH... el perfecto río revuelto para lo que tenga que seguir.

La huelga es de quien la trabaja

Julieta, Berenice, Paulina, Alejandro, Diana, Elizabeth, Alonso, Cecilia

Para octubre el cansancio de los huelguistas se hace evidente. Las guardias en las escuelas disminuyen sensiblemente y el estado de ánimo de muchos estudiantes, huelguistas o no, anda por los suelos.

–Fue como la descomposición del movimiento. Yo ya no podía más, quería irme a la playa a desconectarme. En mi escuela se llegaban a poner unas superpedas en la noche, y un chavo me dijo: “Tu manera de escaparte es ir a la playa, mi manera de escaparme es tomar [...]” Tomaban unas cantidades industriales; a veces ya ni guardias se hacían. Cambiaron completamente los horarios; yo llegaba a las 10 y la gente despertaba a las 3 [...], y en las noches era el súper reven.

No sólo hay huelguistas que la pasan mal. Numerosos testimonios dan cuenta del desbarajuste total en que viven muchos universitarios, que han perdido por completo el ritmo de sus actividades.

–En mi casa me decían que esperara a que terminara la huelga, porque yo ya quería cambiarme de escuela, a una particular, se llama “Latina” algo. Tengo una hermana, también en Prepa 5, y hubo meses en que no hicimos nada productivo. Otro tiempo, nos metieron a clases de regularización, íbamos al deportivo.

–Después de unos meses bajó mucho la actividad, bajó el rendimiento y hubo una especie de pérdida de brújula. En otros casos me llegaron a hablar, alumnos también, de episodios depresivos. Alguien me comentaba, con un poco de gracia pero con mucha certeza, de que a mucha gente le ocurrió el “síndrome del jubilado”. De un día para otro todas las actividades que vienen realizando, los horarios, las presiones, los compromisos, la atención de alumnos [...] se suspenden y no sabes qué hacer con ese tiempo, no sabes cuánto tiempo va a durar, un a semana, dos días, tres meses [...] Nadie nos esperábamos que fuera tanto tiempo, y esto repercutió de manera muy personal.

Algunos estudiantes dicen que no regresarán a la universidad aunque la huelga se levante; otros “cambiaron de giro”, consiguieron chamba o se dedican a vagar. Hay quejas contra Barnés pero también contra el CGH, “¿hasta cuándo la huelga?”

Los primeros días del mes las cosas se complican cuando en el CGH se informa que han sido secuestrados dos estudiantes de Ciencias Políticas: Ricardo Martínez y Alejandro Echavarría, el Mosh. Esta situación da nuevas alas a los más radicales del CGH. Dos iniciativas, largamente traídas y llevadas en las discusiones de las asambleas, pasan al primer plano: la toma de los institutos de investigación en donde, se dice, las autoridades siguen dando clases extramuros, y la expulsión de los estudiantes de posgrado que nunca se aventaron a cerrar sus institutos, y a los que se les reclama su bajo rendimiento como huelguistas.

Durante toda la huelga, las condiciones especiales de los institutos han sido objeto de discusión. Entre los huelguistas hay muchos que miran a los estudiantes de posgrado como un sector privilegiado, proclive a las autoridades y antiparistas de por sí.

—Me parece que nunca han participado en huelgas, pero sí armaron una coordinadora de posgrado. Eran moderados, no había ultras ni posibilidad de que los ultras grillaran porque eran gente más mayor, más corrida, a lo mejor con más discurso, no sé.

Son pocos los estudiantes de posgrado que se inclinan por la huelga, y entre ellos hay molestia porque

—el CGH no tiene mucho conocimiento de lo que pasa en posgrado. La gente que da sus clases o las toma puede parar, pero los de posgrado, que están ligados a los institutos, tienen una presión muy grande. Sus evaluaciones las hace CONACYT, cada seis meses; no se suspenden porque haya huelga. ¿Qué quiere decir que el posgrado se vaya a huelga? Eso no puede ser; correspondes a parámetros externos.

Los posgrados en la universidad, que antes estaban integrados en las escuelas y facultades, son distintos ahora que son parte de los institutos de investigación. Así, entre otras cosas, se va cumpliendo con los planes extrauniversitarios de consumir el divorcio entre la docencia y la investigación. Los estudiantes de posgrado, al estalla-

miento de la huelga, están en una situación distinta a la de los demás estudiantes. No pueden simplemente desprenderse de la dinámica de sus institutos, ni desentenderse de sus directores de proyecto. Y aunque las medidas impuestas por las autoridades, como los pagos por servicios y la actualización de cuotas, los afectan del diario, una buena parte de los posgradenses no sienten que la huelga sea cosa suya. Siguen como iban, y aun tienen chance de trabajar más,

—pues antes había jornadas de ocho horas, pero [con la huelga] puedes trabajar todo el día, te llevas tu laptop y todo el tiempo trabajas; si puedes entras a tu instituto. Es fácil verse con el asesor en cualquier café, en Sanborns, en una casa, y aunque esté la huelga, tu asesor te exige que cumplas.

Por eso es especialmente meritorio que un puñado de los de posgrado organicen desde el principio de la huelga su propia coordinación para meterse a las brigadas, ir a las marchas, ayudar en las guardias y lo que hacen los demás huelguistas. Lógicamente, lo hacen a su propio ritmo, distribuyendo el tiempo entre las exigencias de sus asesores académicos y las actividades del movimiento. Pero en octubre la imposibilidad de que el pliego petitorio del CGH se resolviera, aunada a la presión de las inscripciones y clases extramuros, que significan que el semestre sigue corriendo como si nada, exacerbaban el ánimo entre los huelguistas. Y ahí están como si nada los institutos, donde cualquiera puede entrar y realizar sus actividades académicas. Es el enemigo más a mano y el CGH decide que es hora de actuar.

El cierre de institutos va junto con pegado con la propuesta de tomar la DGSCA. Ya estando adentro lo de menos es desconectar las computadoras, porque “cualquier estudiante de Ingeniería sabe cómo hacerlo”. Esta toma, que fervientemente defienden estudiantes de la ENEP Aragón, miembros de Contracorriente y estudiantes de Políticas, se argumenta en términos de “pantalones”: “¿Hasta cuándo se va a seguir oponiendo este CGH a las acciones de contundencia?”; “Lo vamos a hacer; yo sí sé manejar uno de esos pinches ser vidores, y no tenemos miedo ni nos faltan pantalones”.

En un ambiente de alarma general, las instalaciones de la DGSCA reciben la visita de los cegeacheros que, una vez probado que pueden llegar hasta ahí, desisten de “desconectar el pinche servidor”. Pero no desisten de cerrar los institutos.

–Hay una escisión en la coordinadora de posgrado cuando el CGH plantea el cierre de institutos. Algunos compañeros que sí apoyaban la huelga defienden físicamente la torre de Humanidades. El cierre de institutos es una de las acciones que impulsa el CGH de tomar medidas contundentes aunque no agrupes a nadie.

Por este motivo investigadores de algunos institutos se enfrentan verbalmente con brigadistas del CGH, quienes entre otras cosas argumentan que los institutos no sirven porque ahí “se hacen puros libros para burgueses”. El nuevo enfrentamiento provoca diversas reacciones:

–Los investigadores se vieron muy mal cuando reaccionaron muy negativamente cuando el CGH cerró sus instalaciones. El resto del tiempo parecía que estaban de acuerdo con el CGH mientras no les tocara su espacio, y una vez que lo tocó se pusieron verdaderamente impertinentes, yo diría que hasta reaccionarios contra el movimiento.

Tras el cierre, los estudiantes de posgrado rompen con el CGH. O, visto desde el otro ángulo, el CGH encuentra el momento justo para expulsar a los estudiantes de posgrado, a quienes muchos traían en la mira desde meses atrás por su “falta de compromiso” con la huelga:

–El discurso activista estaba muy fuerte, y quien se chingaba más tenía más participación política reconocida; eso era una discusión muy fuerte con el posgrado porque, ¿cómo iban a darle votos si ahí no hay huelga?, ¿cómo van a opinar?

–La grilla de los votos estaba entre facultades y prepas. Uno de posgrado propuso: “A cada facultad veinticinco votos, a cada prepa cuarenta y a los de posgrado uno, pero que se nos dé. No estamos tratando de mayoritar a sino de participar como colectivo de posgrado”. Al poco tiempo, el posgrado salió del CGH.

–En el CGH nosotros estábamos en contra de que la coordinadora de posgrado tuviera votos; esos cuates no hacían nada por la huelga, ni siquiera cerraron los institutos [...] ni hacían guardias ni nada. No nos parecía bien que tuvieran votos ellos ni los de Naucalpan, que nada más fregaban al CGH. Por fin se les qui-

taron los votos y nos los dieron a nosotros, los de Iniciación, y otros cinco a los independientes de Naucalpan que hacían actividad en Acatlán.

Esta re-repartición de las voces autorizadas dentro del CGH ilustra, entre otras cosas, un proceso de refinación constante en el que, una vez identificado un enemigo interno, los huelguistas no cejan hasta verse libres de él. Pero eso no quiere decir que los que se quedan dentro se sientan más a gusto, en confianza, unidos para la acción. Porque el enemigo acecha, no tarda en asomar con una nueva cabeza, y es preciso suprimirla:

–En Políticas, se dio un intercambio muy virulento entre los compas del CCU [los que hacían guardia en el Centro Cultural Universitario] que me acompañaban y los compas de la facultad, con quienes yo había trabajado en semestres anteriores. Las acusaciones eran: “Tú te reíste cuando secuestraron al Mosh, yo te vi”, “ustedes son unos traidores perredistas”. Era absurdo. Nos estaban expulsando del camellón de la facultad, ni siquiera de las instalaciones y con argumentos soeces. Desde entonces no regresé a la facultad, sino hasta mediados de febrero.

Acatlán la explosiva

Enriqueta

Ya sea por criterios internos de selección de brigadistas o porque de por sí en algunas escuelas las guardias quedan en manos de unos poquitos, vigilar el territorio liberado se vuelve toda una aventura. Bastante seguido ocurre que las escuelas más solitarias reciben la indeseada visita de policías y porros, que, como en la Prepa 9, toman efímeramente las instalaciones, rompen muebles a patadas, retratan los destrozos y se largan amenazando a los paristas: “Ora sí van a valer madres”. Hay casos, como en la ENAP, en que los vecinos se acomiden a cuidar a los huelguistas, les advierten de presencias extrañas y los acompañan en las guardias.

En la ENEP Acatlán, una escuela que está lejísimos de CU, los intentos por sacar a los huelguistas y posesionarse de las instalaciones se repiten hasta por tres veces, la última ya en el 2000. Las “tomas de Acatlán” han pasado a la memoria de los huelguistas como acciones decididísimas, en las que uno de los bandos, “el invasor”, es un coctel de antiparistas, “moderados” de Naucalpan y allegados de las autoridades, a decir de “los invadidos”, en su gran mayoría habitantes del Campo Krusty:

—Nos dicen que Acatlán está tomada, [llegamos] y nos encontramos que ya se habían ido los antiparistas y que el CEU está negociando la entrega de Acatlán y piden que la policía resguarde las instalaciones. Karla [del CCH Naucalpan], que es un monstruo, altísima, fuertísima, se agarró a uno de los krustys y lo madreó, le bajó la cabeza y se la estrellaba contra la rodilla. Él sacó un gas lacrimógeno de su mochila y la roció y ella salió en sus declaraciones: “Es que allá echan gas”. Ésa sí fue una hipermadriza entre moderados y ultras. Había un chavo que ha tomado taekwando y todas las artes madreadoras, [decía]: “Es que es por defender la cuestión política”. Entonces llega la ultra de Acatlán y saca a los negociadores a punta de madrazos, pero madrazos, no chingaderas: desgñadas, patadas, con todo; y se recupera la escuela. Al mes siguiente, en la segunda toma, llega una bandota de antiparistas y los chavos no saben ni qué hacer. Una chava, Julia, agarra

un tanque de gas y se sube a la puerta y les dice: “Saben qué, culeros, el primero que se meta le aviento este pinche tanque de gas”, y con el encendedor en la mano [...] Todos abriéndose, los de afuera y los de adentro que estaban: “Ya váyanse, culeros, a la chingada güeyes”. [Julia] salió en primera plana con su tanque de gas. Era gas carbónico, para refresco, pero los pendejos de los antiparistas no sabían y estaban todos espantados [...] Y otra chava juntó un chingo de leña en la puerta, y que la rocía con gasolina. “Al primero que entre le prendo.” El mismo día.

En el campus de CU, comparativamente, los ánimos parecen más calmados. Hay rondines permanentes en los circuitos interiores, y en caso de alarma los brigadistas de una escuela pueden trasladarse rápidamente a otra; disponen de camionetas, radios, teléfonos celulares, megáfonos, y todo el aire que les quepa en los pulmones. Pero son más poquitos, tanta acción de contundencia los va dejando más decididos pero más solos. Y rodeados por todas partes de un enemigo emboscado que espera el momento justo para saltarles al cuello.

Erizados diálogos

Alonso, Enriqueta, Olga

Delimitar el espacio físico de la huelga ha sido, desde abril, asunto de barricadas, tablones y rocas que tienen el objetivo de declarar que la UNAM está tomada. La mayor parte del tiempo, cualquiera puede cruzar esos obstáculos e internarse en los “territorios liberados”. Ha habido momentos de tensión especial, como la cruzada convocada por internet que según recuperaría “por la fuerza” la UNAM. Para conjurar este tipo de amenazas, los huelguistas multiplican las tareas de vigilancia, se juntan en gran bola en las barricadas de los accesos, desconfían de cualquier movimiento extraño. Son medidas defensivas contra un enemigo bien identificado: los rompehuelgas patrocinados por las autoridades. En cambio la circunstancia de rodear con alambre de púas un lugar adentro del “territorio liberado” rompe por completo cualquier esquema. Y aunque romper esquemas pareciera ser uno de los objetivos de los cegeacheros, el recurso de cercarse a sí mismos resulta, por lo menos, escandaloso.

Desde luego, la prensa y los noticieros televisivos se han regodeado con el asunto. Los huelguistas, cada cual desde su lado del cerco, le dan distintas explicaciones.

-Cada escuela que era sede del CGH trataba de lucirse y darle su sello original. Por eso fueron los alambres de púas,

explica un joven estudiante de Iniciación. Para otros el asunto es más complejo:

-Cuando el secuestro del Mosh [6 de octubre], la ultra había ganado el cierre del Periférico, la expulsión de posgrado, la expulsión del CEU; había quedado pura ultra. Nomás faltaba que hubiera un CGH en Acatlán; ahí los moderados intentaron entrar y los corrieron. A partir de ahí cinco escuelas, Prepa I, la ENEO, el CUEC, posgrado y CCH Naucalpan forman la “propuesta de las cinco escuelas”. En el CGH de Acatlán se puso alambre de púas alrededor de la mesa; fue el primero. Fue el momento más gacho.

Una estudiante del CCH Naucalpan narra:

-Los alambres de púas los pusieron por nosotras, no nos querían dejar hablar y entonces rodearon la mesa con alambres de púas, [pero] nosotras nunca tomamos la mesa, nos subíamos a hablar. Ya antes de los alambres pusieron unas tablas como barricadas. Esa vez subí a leer los resolutivos, y se sube otra chava de Naucalpan a leer “los verdaderos resolutivos” [...] Te da coraje; le quité el micrófono así, “presta”, jamás le solté el micrófono. Se hacen dos bolitas jalándome, otra bolita que ya me había quitado el micrófono [pero] yo tenía el cable y les dije “ya suéntenme”. Entonces me enredo más el cable y les rompo el micrófono [...] Entonces se sube toda la ultra de Acatlán y Políticas y se arma ahí la campal. Estuvo loquísimo esa vez.

Esperando al congreso

Argelia, Guadalupe, Cecilia, Jesús

Es muy curioso cómo lo que muchos estudiantes huelguistas guardan en la memoria no son los puntos nodales de una discusión, “no me acuerdo en qué andábamos, en los eméritos o algo así”, y en cambio lo que les resulta imborrable es la hazaña de tales o cuales que “se volaron la barda”. De tal modo, las fechas se memoran por la recuperación a sangre y fuego de Acatlán, por las mordidas que una moderada propinó a un ultra y por los dientes que un ultra –otro– le hizo saltar a una moderada, porque muchos brigadistas dejaron la huelga, y en cambio se difuminan los argumentos que unos y otros dirimían. O tal vez los argumentos están difuminados de por sí.

Esto es notorio en todo lo que se refiere al congreso universitario. Para un sector del CGH, aquel que guardaba fresca la lucha de finales de los ochenta, la demanda del congreso resolutivo y democrático a finales de los noventa tiene aspectos muy definidos: cuáles deben ser las características del congreso, cómo deben ser sus delegados, qué líneas generales deben estar en su contenido.

Pero como que la discusión a fondo del congreso no encuentra resonancia en el pleno del CGH. Se regresa a esta demanda por momentos, pero la mayor parte del tiempo la atención de los huelguistas anda en otra cosa. En varias ocasiones, los resolutiveos del CGH han previsto la organización de foros, talleres, mesas, etcétera. Sin embargo, nunca faltan situaciones de emergencia que obligan a los paristas a posponer los foros y las mesas, y se pasan para otro día los documentos de discusión. Los huelguistas deben cumplir agotadores planes de acción, brigadeo callejero, brigadeo en las sedes de extramuros, “retomas” de escuelas y, desde luego, las batallas entre las distintas corrientes. Y la realización del congreso muchas veces se limita a su mera forma –cuántos delegados, de cuántos sectores, hablando a nombre de cuántos, decidiendo en vez de cuántos... Pocas, poquíssimas veces, se ha llenado de sustancia.

–La idea de congreso como espacio de discusión no había madurado [...] hasta la fecha no existe una propuesta de congreso,

cada escuela tiene su propuesta y ése ha sido uno de los problemas del CGH.

En su mayoría, los materiales escritos que circulan bosquejan meras intenciones y vagos llamados. Así, el volante del FUC, formado por huelguistas de Economía, Filosofía, Ciencias, Ciencias Políticas, Medicina, Veterinaria, etcétera, plantea:

–De las discusiones que se han realizado [se ha concluido que se debe] impulsar la discusión del congreso de manera de dar pasos concretos a su realización, de tal manera que las asambleas lleguen con resolutiveos de realizar ya el congreso sobre la huelga [...] Impulsar el congreso por escuelas. Convocar a los académicos y trabajadores a las asambleas por escuela de tal manera que se vayan formando las agendas por escuela y se vayan contemplando las formas para dar solución a las demandas locales. Seguimos llamando a los universitarios consecuentes y progresistas que saben que la única forma de llegar a consensos dentro de la UNAM es mediante la participación amplia de los sectores universitarios, donde la contienda democrática sea la que impere y no el autoritarismo.

–La discusión sobre el congreso que se dio en Políticas era sobre ponencias que lo mismo podías leer en *La Jornada*, en un artículo, y decías “qué bonito” y nada más. A nivel de las corrientes se hablaba de porcentajes, porque hay gente que viene del 90, es gente vieja, y la gente nueva no tiene ni la menor idea de lo que es un congreso; si les dicen: “No, tiene que ser mayor el número de estudiantes porque somos más estudiantes”, ellos aceptan [...] Eso del constituyente era rollo sin proyecto, sin contrapropuesta. Se hablaba de autogobierno y ni siquiera se podía gobernar una cocina. Digo, a lo mejor me estoy viendo muy dura, pero cómo se puede tratar de autogobierno si la escuela era un desmadre; yo creo que ahí sí tiene que haber mucha congruencia.

Esta discusión de los porcentajes, central para algunas corrientes políticas, relega al plano de las generalidades el contenido académico del congreso: “Se discutirán los lineamientos de la enseñanza y la investigación, qué se hace en la universidad”. Los aspectos más políticos reciben otro tratamiento:

–El congreso deberá decidir las formas de gobierno, las formas de elección de las autoridades, modificará la ley orgánica.

Pero el punto central que no puede quedar volando, que debe estar bien claro antes del levantamiento de la huelga, es el asunto de la composición:

–Mi opinión sobre la composición es que debe ser un congreso de mayoría estudiantil [...] Las autoridades no [lo quieren así], porque históricamente les ha costado más trabajo hacerle frente a la rebeldía y al potencial transformador del sector estudiantil que al de otros sectores, incluso el sector magisterial, al que yo pertenezco [...] El de los profesores es un sector mucho más controlable para las autoridades, [que el sector estudiantil] no tenga ataduras, que no tenga compromisos, que no esté subordinado a tener que actuar de tal o cual forma para tener un salario mejor o peor, eso le da mucha más posibilidad de desarrollar la vida democrática de la universidad.

Contrariamente a esta percepción que hace del sector académico un mal candidato para tener mayoría en el congreso, o siquiera la mitad, hay otros puntos de vista que incluso reconocen un gran mérito al CGH precisamente porque

–cuando el CGH lanzó la propuesta de congreso, la mayoría de la opinión de la comunidad universitaria, de profesores, investigadores, se oponía a ese propósito. Hoy es un sentimiento mayoritario que las autoridades tuvieron que recoger [...] Haber despertado a los sectores académicos de ese letargo, de esa inmovilidad, que les han coartado sus derechos, que los han condicionado a una lógica casi taylorista de trabajo, de estímulos y recompensa, es un logro del CGH.

Pese a su potencial transformador los estudiantes del CGH no distraen demasiadas energías aterrizando al congreso más allá de su fórmula de arranque: democrático y resolutivo. En el paisaje de la huelga, el congreso aparece como un espacio en el futuro que se adapta según las circunstancias. Por ejemplo en junio, cuando el rector Barnés propone sus cuotas voluntarias, el congreso aparece como el lugar donde se estudiarán las demás demandas del pliego,

caso que el CGH acepte las cuotas (propuesta moderada que no pasa). O bien, dos puntos del pliego petitorio podrían resolverse en un futuro congreso (propuesta de flexibilización del CEM, que no pasa). Aparte de los momentos climáticos, el interés de los estudiantes se detiene poco en el congreso. No parece una demanda de por sí, sino una caja vacía donde de tanto caber todo no acaba conteniendo nada. Pero además en esta forma de mirar al congreso no hay lugar para los académicos, porque, ya se sabe, “están atados, tienen compromisos, están subordinados”. Al pensar en los estudiantes como los únicos capaces de llevar a cabo una transformación, se menosprecia a una buena cantidad de académicos, que también tienen mucho que decir y decidir sobre la universidad, no sólo su fuente de sustento diario, sino el sentido de su vida.

En este aspecto, como en muchos otros de la huelga, los académicos conscientes de la necesidad de una transformación radical de la universidad, han estado emparedados entre dos posturas. También del lado de las altas esferas universitarias, la idea del congreso ha sido enérgicamente rechazada. La universidad, para estos altos investigadores y funcionarios, no podía estar mejor, ¿para qué moverle? Como expresa Adolfo Gilly: “el poder conservador en la academia defenderá hasta el fin y con todos los medios sus prerrogativas, privilegios y complicidades, y su subordinación en todo lo esencial al poder del estado” (*La Jornada*, 18 de noviembre de 1999).

La idea del congreso, esa lenta recuperación de la iniciativa por parte de un buen número de académicos, tiene ante sí tal cantidad de obstáculos que por momentos parece un mero espejismo.

Periférico en blanco y negro

El 14 de octubre, el CGH realiza una marcha contra la política informativa de Televisión Azteca y Televisa, a las que reclama la feroz campaña contra la huelga que estas cadenas llevan meses realizando. Al finalizar la marcha, un grupo de huelguistas se avienta a bloquear los carriles del Periférico, en donde improvisan mitin con los automovilistas. La acción, que no había sido acordada por el CGH, provoca un rápido acomodamiento de granaderos detrás de los estudiantes. Los granaderos, que según se dijo luego, estaban desarmados, inician el desalojo del Periférico cuando ya los huelguistas van de salida, los persiguen y los golpean, a un grado tal que vecinos del lugar abren espontáneamente sus puertas para guarecer a los estudiantes. La fotografía que al día siguiente publica *La Jornada* en primera plana, no deja lugar a dudas del esforzado profesionalismo con que los granaderos han cumplido las órdenes del titular de la SSP: dos sonrientes elementos dan la impresión de competir entre sí a ver quién magulla mejor, a golpe de bota, a dos estudiantes ensangrentados tirados en el asfalto. Como complemento de esta brutalidad, Alejandro Gertz, el responsable de la “seguridad pública” de la ciudad, defiende en sus declaraciones el papel de la policía y reitera que los uniformados “volverán a cumplir con su obligación de dar a los ciudadanos lo que necesitan para circular y para mantener la libertad y la convivencia en la ciudad de México”.

Por supuesto, legisladores y políticos de los demás partidos se apresuran a felicitar al gobierno del D. F., y el secretario de organización del PRD-DF declara: “El gobierno de la ciudad debe tomar una serie de definiciones que garanticen el respeto al derecho de vialidad”. De tal modo, el uso de la violencia policiaca queda contenido en los estrechos márgenes por donde circulan sin problemas los automovilistas.

La acción de la policía provoca leves olas en el propio PRD. Su grupo parlamentario condena en desplegado público la brutalidad de los agentes y demanda su debido castigo. Pero unos días después, todo queda resuelto: el Consejo de Honor y Justicia de la SSP exculpa a los policías porque “cumplieron con las funciones que les con-

fiere pertenecer a un grupo de choque”. La recién nombrada jefa de gobierno Rosario Robles, que al parecer no tuvo a mano las fotografías del suceso, declara por su parte que “en cualquier caso de exceso policial, actuaremos en el marco de nuestra competencia”. Los alumnos en huelga recordaron que, cuando Rosario Robles militó en la OIR-IM, “participó en marchas, mítines y diversas acciones del movimiento democrático que en muchas ocasiones implicaron la interrupción del tráfico vehicular”.

Lo ocurrido el 14 de octubre, impactante como la fotografía de Rosaura Pozos publicada en *La Jornada*, provoca entre otras cosas una larga lista de preguntas del subcomandante Marcos: “Carta a una foto [...] 2. Si no me engaña la vista, ¿los granaderos están golpeando a Alejandra y a Argel Pineda en la lateral del Periférico y no en los carriles centrales [que son los que iban a ‘desalojar’]? [...] 4. El gobierno del D. F. ¿Golpea a Alejandra por el delito de ser hermana de Argel? ¿Golpea a Argel por el delito de llegar a socorrer a Alejandra? ¿Golpea a ambos por el delito de ser ‘ultras’? ¿Los golpea porque los autos demandan libre tránsito? ¿Los golpea por el silencio que proliferó allá arriba después del 4 de agosto? ¿Los golpea porque así lo mandan las encuestas? ¿Los golpea para concitar el aplauso de Televisa y TV Azteca? ¿Los golpea por estudiantes? ¿Los golpea por universitarios? ¿Los golpea porque así se demuestra que se es firme para gobernar? [...] 7. Esa macana que el granadero de la extrema derecha lleva, ¿es una exhortación al diálogo? ¿Una muestra de que el gobierno actual del D. F. es ‘diferente’ a los anteriores? ¿O es sólo la medida de la distancia que separa las palabras de los hechos? [...] Cada que la veo a usted, señora foto, no sé por qué, pero me entran unas ganas irresistibles de tomar una piedra y arrojársela lejos y romper para siempre ese silencio que allá arriba, cómplice, se calla”.

Ahí quedan las preguntas como la canción de Dylan, esperando que el viento las responda.

Un rector pequeño pequeño

Gandhi, Fabián

Los últimos meses del 99, el país estaba viviendo experiencias poco usuales. Todas las instituciones, todas las organizaciones y fuerzas sociales parecían tensarse rumbo a un objetivo único: las elecciones presidenciales del 2000. En un proceso maquillado de democracia, los priístas habían organizado un costoso performance: sus elecciones internas. Y los demás partidos políticos andaban también metidos en una actividad frenética, amarrando y desamarrando alianzas, dándose caballazos, empleando todos los recursos a su alcance para salir airosos de la prueba máxima de las urnas.

La UNAM en huelga podría acarrear altos costos políticos para el proceso electoral. De hecho muchos de los involucrados en él inevitablemente acababan declarando sobre la UNAM, como Francisco Labastida, uno de los cuatro precandidatos del PRI, quien ya llevaba tiempo acusando irresponsablemente a los huelguistas de estar armados y de estar apoyados por el EPR y el ERPI.

En ese ambiente resucita el Tribunal Universitario, un órgano casi medieval encargado de juzgar y castigar a los estudiantes rebeldes, y se pone en funciones porque ante la necesidad de aligerar el cargado ambiente político de la presión de la huelga, lo único en lo que piensan las autoridades es en reprimirla. Así, inmediatamente doscientos setenta y cuatro huelguistas son remitidos al Tribunal acusados de una variedad de delitos, y a varios estudiantes de Medicina se les notifica por escrito que están expulsados. Línea dura contra el CGH, tal como la exige el Colegio de Directores que, muy lejos de pensar que los estudiantes merecen una respuesta, ya ha hecho llegar a Barnés su veto a cualquier tipo de congreso.

Con todo, es el CGH quien tiene en su poder las instalaciones universitarias. La cosa parece encaminarse a una solución de fuerza, a recuperar a todo costo la universidad, como urgen las Mujeres de Blanco, pero la cosa no es tan inmediata. El gobierno hace cálculos, necesita un desenlace consensado y que todo termine al menor costo político posible. Un final limpio para que luego todos puedan seguir en su tarea fundamental: la campaña electoral para la presidencia.

En esta carrera por el 2000, el PRD se mueve entre los huelguistas

con escasa fortuna. La actuación de la policía capitalina y las posteriores declaraciones de funcionarios del gobierno del D. F. no han hecho sino contribuir al descrédito de las organizaciones estudiantiles perredistas, que repiten vez tras vez la misma jugada: acuerdos con la autoridad tras bambalinas, prematuras declaraciones a los medios, intentos poco creíbles de rectificación. Tal cual ocurre con la secesión practicada por estudiantes perredistas de cinco escuelas, la ENEO, el CUEC, la Prepa Popular Tacuba, la ENAP y el CCH Naucalpan (medio CCH, como se recordará), a los que acompañan algunos estudiantes de posgrado recién expulsados del CGH y un sector de académicos. El 24 de octubre, las "cinco escuelas" dan a conocer públicamente una nueva propuesta: para el levantamiento de la huelga basta con la suspensión del RGP y la promesa de realización del congreso. Y apenas un día después, el gobierno federal envía una circular a todos los medios de prensa donde, en referencia a esta propuesta, declara: "No es mucho lo que piden y sí es mucho en cambio lo que se podría ganar al apoyar esta iniciativa que, de lograr los consensos necesarios, pondría fin al tenebroso camino por el que se está llevando a nuestra máxima casa de estudios" (*La Crónica*, 25 de octubre de 1999).

Para la mayoría de los brigadistas del CGH esto significa que, nuevamente, hay un sector de la huelga metido en negociaciones del más alto nivel.

-Fue la "historia negra de la huelga". En la ENEO unos chavos se erigieron como líderes, tomaban decisiones por toda la comunidad. La comunidad de la escuela se empezó a alejar, nada más había cinco; a veces nadie.

En su boletín de prensa, el CGH señala: "El 30 de octubre, en primera plana y a ocho columnas, el diario *Reforma* hace públicas las negociaciones secretas. El titular del *Reforma* dice: 'Negocia el gobierno reapertura de UNAM', y en el texto señala: 'El gobierno federal sostiene negociaciones con la Rectoría de la UNAM, el gobierno capitalino, la dirigencia del PRD y líderes estudiantiles del ala moderada del Consejo General de Huelga para pactar las bases de un congreso universitario que ponga fin al paro en esa casa de estudios', 'las negociaciones [...] fueron confirmadas por dirigentes perredistas y fuentes del gobierno', 'la organización de un congreso universitario y la suspensión total del Reglamento General de Pagos en la UNAM

[...] son dos de los acuerdos a los que ya se comprometieron los participantes de las pláticas'. Esto es exactamente el contenido de la propuesta de las 'cinco escuelas'" (14 de noviembre de 1999).

La propuesta de las "cinco escuelas" tiene una vida más breve que sus antecesoras, y aunque como grupo autónomo estos estudiantes realizan por su lado algunas actividades y marchas, poco o nada pueden pescar que los respalde, porque la autoridad moral de los perredistas va llegando a sus puntos más bajos. Es conveniente señalar que en ningún momento los perredistas desmienten, aclaran o matizan la información periodística sobre sus acuerdos con las autoridades.

Así pues, el rector Barnés se muestra de nueva cuenta incapaz de capitalizar acuerdos con sectores moderados que le hubieran permitido arrinconar al mayoritario sector radical del CGH; lo rebasan los acontecimientos y su tiempo se agota velozmente. El orden en sus propias filas se fractura. Connotados juristas y altos funcionarios, como los ex rectores Sarukhán y Soberón, le reclaman con encono su mano blanda y su incapacidad de rendir por la fuerza a los huelguistas. Barnés sólo puede darles cuentas claras en lo que se refiere al diálogo, al que ha convertido en una total pérdida de tiempo para todos aplicando una receta probada: dejar que las cosas se caigan por sí solas. Pero ya pasó el momento de inventar nuevas caravanas de académicos encargadas de levantar el paro, ningunear al CGH y menospreciar las causas del conflicto. El 2000 ya está a la vuelta de la esquina.

Diversos voceros de las autoridades, como el secretario de la UNAM Xavier Cortés, se afanan en desmentir una probable renuncia del rector. Pero el ambiente que se percibe en la universidad y fuera de ella apunta en otra dirección. El CGH convoca a una manifestación para el 5 de noviembre en la que, además de pedir de nueva cuenta el cumplimiento de su pliego, se exige la salida de Barnés.

Esta marcha se da en condiciones muy especiales. Es inminente que se anuncie el nada sorprendente triunfo de Labastida como candidato del PRI, y un día antes, el 4 de noviembre, la policía de Guadalajara ha arremetido brutalmente contra manifestantes del Barzón, con la anuencia del gobierno panista. El anuncio del CGH de que marchará por los carriles centrales del Periférico pareciera anticipar un nuevo enfrentamiento con el gobierno del D. F., sobre el cual llueven toda clase de presiones para que aplique la mano dura contra quienes "desquician la vialidad". En un inusitado desplie-

gue de cámaras y micrófonos, las televisoras, las estaciones de radio y un sinfín de periodistas se dan cita en el arranque de la CGH marcha para transmitir esa batalla. Las negociaciones entre integrantes del CGH y representantes del gobierno capitalino se transmiten puntualmente, y no pocos comentaristas buscan resaltar los momentos más tensos de ese encuentro. Pero contrariamente a lo que muchos consideran inevitable, el gobierno y los cegeacheros sí dialogan, y este diálogo se convierte en un acuerdo que salva la tarde. La manifestación se realiza por la lateral del Periférico, paralela a los autos que corren por la vía rápida y, como consigna *La Jornada* en su sección editorial: "el desenvolvimiento pacífico de la marcha de los huelguistas [...] es prueba de que aplicar la ley no tiene por qué ser sinónimo de golpear manifestantes [...] y que el diálogo y la negociación son los instrumentos indicados para resolver los diferendos sociales y políticos" (6 de noviembre de 1999).

En el Auditorio Nacional, donde concluye la marcha, un grito unifica al multitudinario contingente: "Fuera Barnés". En un escenario muy distinto, otros actores están pidiendo lo mismo.

En la última sesión del Consejo Universitario que alcanza a presidir Barnés, un consejero profesor de Ingeniería pone al rector entre la espada y la pared: "Usted nos dijo antes del 7 de junio que si no había negociación, la disyuntiva era la intervención de la fuerza pública o su renuncia. No hay negociación ni intervino la fuerza. Entonces [...] señor rector, usted tiene la palabra" (*La Jornada*, 11 de noviembre de 1999).

Unos cuantos días después, en efecto, Francisco Barnés presenta su renuncia dejando tras de sí una universidad en crisis, profundamente dividida. A su sucesor le tocaría por misión recomponerla, alisarle las fracturas y buscar el consenso más amplio posible para entonces llevar a cabo lo que Barnés fue incapaz de lograr: allegarse a un gran número de universitarios y, apoyado en éstos, saldar el movimiento de huelga al costo que fuese necesario, aun de un modo violento, como llevaban tiempo urgiendo desde las más altas esferas.

El sucesor

Gandhi, Fabián, María Elena

Por unos cuantos días, directores y funcionarios universitarios se entretienen barajando los nombres de sus favoritos, y algunos más se barajan a sí mismos. El mecanismo de transmisión de poderes, aceitado por décadas de uso constante, funciona tal cual era de esperarse, con cabildeos entre un puñado de autoridades, discretas discusiones cupulares y, en fin, lo que hacen siempre los que se sienten dueños de la universidad. A muchos les gustaría que quedara José Narro, un funcionario de largo colmillo, y así lo declaran a la prensa. Entre las virtudes de Narro está haber llevado la voz cantante de las autoridades en el Congreso del CEU. Pero otros, como los ex rectores de la UDUAL, tienen sus propias preferencias y las plasman en una misiva que va directa al poder superior, el presidente Zedillo. Allí dibujan el perfil que debe tener el futuro rector. Curiosamente, tal perfil no es el de Narro, pero tampoco es el del otro funcionario que suena mucho: Juan Ramón de la Fuente. Los uduales quieren un rector “en estrecho contacto con la comunidad universitaria”, que encuentre una solución al conflicto más allá de salidas políticas, porque eso “representará la entrega de la universidad al asambleísmo y a la demagogia [...] El nuevo rector debe comprometerse a no aceptar este tipo de soluciones”. Quieren, pues, un rector “duro”, que no se ande con contemplaciones ni diálogos, ni se ande por las ramas al aplicarles a los huelguistas todo el peso de la ley.

De su lado, el CGH ha seguido en su dinámica habitual, entre gritos y sombrerazos. La infinita capacidad de subdivisión de los huelguistas sigue su curso, y el más mínimo malentendido, la más mínima vacilación, provocan efectos catastróficos en las aguerridas asambleas y en las plenarias. Mermado por el cansancio y las purgas internas, el CGH ha recibido con leve optimismo la renuncia de Barnés. “Lero lero por culero.” Para los huelguistas, la renuncia es producto de la tenacidad del movimiento y representa el fracaso de un proyecto de universidad excluyente. Pero, dado que el pliego petitorio sigue inatendido, el CGH emplaza al nuevo rector, sea quien sea, a sentarse, dialogar y resolver sobre esos puntos.

–La renuncia fue aceptar que todo lo que había dicho era un error. En otras escuelas se creyó que era un triunfo total [...] pero había que entender que no era Barnés sino un grupo. Aquí en la ENAP andábamos proponiendo que el CGH se movilizara para democratizar la elección del siguiente rector, pero en los otros comités no hubo ese interés. Fue un error, perdimos la oportunidad de un rector que elijamos todos.

El CGH no tiene mucha oportunidad ni fuerzas para incidir en la elección del futuro rector. Nuevamente se ha enfrascado en una lucha intestina porque, según algunos, “han surgido nuevos traidores”:

–Por noviembre corrieron rumores de que En Lucha se había encontrado con Narro, y eso pesó mucho porque la gente de la huelga decía que se habían pasado al otro lado. Siempre hubo un ambiente de rumores y todos se los creían. Eso les sirvió mucho a las autoridades.

En esos estados de ánimo se deja oír la voz de las alturas. El presidente Zedillo ha hecho cambios pertinentes en su gabinete y ha señalado a su ahora ex secretario de Salud, Juan Ramón de la Fuente, como el nuevo rector.

La designación de De la Fuente cae en el CGH como una noticia más. El CGH no parece estar en las mejores condiciones para entender el significado de esta elección, quién se impuso a quién, por dónde anda la movida de Zedillo. De la Fuente, según muchos huelguistas, es simplemente otro rector idéntico, en sustancia, al anterior. Y aunque algunas voces se esfuerzan por discutir en el CGH que la cosa puede cambiar, que es preciso rediscutir tácticas y estrategias, que hay nuevas condiciones, a la mayoría de los paristas les basta con denunciar que la designación es producto del dedazo y que ya se esperaba algo así de la estructura autoritaria de la UNAM. En términos de la huelga la cosa sigue por donde iba antes de la caída de Barnés: “Ahí está el pliego, acá está la huelga, señores autoridades siéntense a dialogar”.

Por su parte las autoridades y funcionarios –incluyendo a los uduales–, y a despecho de los cabildeos, cartas de intenciones, apoyos declarados y candados que los han traído tan movidos, celebran al nuevo rector en ese acto de acatamiento de voluntades superiores al que es tan proclive la alta burocracia universitaria.

El empedrado camino del consenso

A diferencia de Barnés, el nuevo rector Juan Ramón de la Fuente se presenta como un negociador nato, un conciliador con los oídos bien dispuestos. Y diariamente da pruebas de esto. Con mayor o menor discreción porque, eso sí, la invitación no es siempre abierta. De la Fuente cita en variados locales a una gran cantidad de universitarios, principalmente académicos. Quiere discutir con ellos, dice, la situación de la UNAM. Escucha, echa rolo, toma notas, hace compromisos. La prensa lo va siguiendo de aquí para allá, y los periódicos y noticieros dan cuenta de sus éxitos en la materia. Una ola de optimismo parece levantarse de los análisis periodísticos. El malestar que algunos habían expresado por el papel del presidente en la elección del rector parece contrarrestarse con la capacidad de convocatoria de De la Fuente, quien con aparente facilidad va consiguiendo lo que Barnés no había logrado en meses: unificar a los antiparistas. Los huelguistas interpretan de maneras diversas estos avances del rector. Unos ven o quieren ver que, por fin, se va a abrir la posibilidad de un diálogo serio. Otros en cambio consideran que los encuentros del rector con grupos de universitarios significan, simplemente, el desconocimiento del CGH: “¿Quién está en huelga? El CGH; entonces, ¿qué tienen que estar opinando los demás?” El único interlocutor legítimo del rector debe ser el CGH, dicen en las brigadas. Y el único contenido de esa interlocución deben ser los puntos del pliego.

Pero el CGH no contrarresta la intensa actividad del rector. Pasa por alto que el poder de convocatoria que va ganando De la Fuente es inversamente proporcional al de los huelguistas, precisamente porque éstos, en su proceso incesante de purificación, han alejado de sí a quien no conciba las cosas exactamente como ellos las dicen. De la Fuente se va labrando así una imagen de apertura y tolerancia, que a los ojos de muchos contrasta con el afán de los activistas de encontrar nuevos enemigos y combatirlos.

En cierto momento De la Fuente declara que “pese a las divergencias entre universitarios se avanza en la construcción de consensos y de un mecanismo institucional que permita pronto la solución del

conflicto”. El CGH replica a esta declaración cuestionando: “[De la Fuente habla de] ¿divergencias entre universitarios o entre grupos de poder? [...] ¿Pretende generar una confrontación entre investigadores y profesores con los estudiantes, como lo hicieron antes usando a los eméritos? ¿Cree que los académicos carecen de toda sensibilidad como para pronunciarse en contra de la defensa que los estudiantes hemos hecho de nuestros derechos [...]? ¿Cree que los académicos van a estar de acuerdo en que se use su opinión para tratar de legitimar la nueva maniobra del gobierno contra la huelga estudiantil?” (boletín de prensa, 25 de noviembre de 1999).

Con este tipo de preguntas el CGH pareciera ignorar, aun sin que De la Fuente lo puntualice, que la comunidad ha estado involucrada en confrontaciones reales. De la Fuente no crea las divergencias entre académicos y estudiantes. Se aprovecha de las que ya existen. ¿Qué otra cosa sino una confrontación con académicos fue lo que provocó la decisión del CGH de cerrar institutos de investigación? ¿O la expulsión del CGH de los estudiantes de posgrado? Incluso la forma como algunos huelguistas caracterizan a los maestros, “vacilantes a los que fácilmente se les controla por la nómina”, es una manera de marcar las diferencias: estudiantes conscientes de un lado, académicos poco comprometidos, por el otro. En esas condiciones, confiar en que la sensibilidad de los maestros va a bastar para impedirle a De la Fuente dividir a los universitarios es no ver que la universidad lleva rato dividida. Y esta división se acentúa con la insistencia del CGH de ser el único interlocutor de la Rectoría. Evidentemente, es con los huelguistas con quienes el rector tiene la obligación de resolver la huelga. Pero evidentemente también, mucha gente de la universidad tiene sus propias opiniones, experiencias, críticas y propuestas no sólo sobre la huelga, sino sobre la vida universitaria en general, que difícilmente caben en el orden del día de los huelguistas o se contemplan en sus planes de acción.

Rudos contra técnicos

Argelia, Tania Paloma, Julieta, Ileana, Paulina, María Emilia, Rafael, Cecilia, Rodrigo

Así pues, el rector De la Fuente reacomoda las piezas del tablero universitario, en su búsqueda de ganar voluntades, y al mismo tiempo hace un movimiento decisivo: convoca al CGH a una mesa de diálogo.

A la Rectoría de Barnés no le interesaba llegar a acuerdos con el CGH, como se pone en evidencia con el carácter burocrático de las comisiones que el rector integra. Son comisiones de “encuentro”, de “enlace”, de “contacto”, apellidos vagos que son muy cuestionados por los huelguistas, porque dejan en claro que los comisionados no se reúnen con ellos para resolver algo. Actúan como simples ventrílocuos de la Rectoría, cuya misión es repetir en todos los tonos: “Levanten la huelga”. La última comisión creada por Barnés tenía la sorprendente misión de “averiguar las exigencias de los huelguistas”, lo que, después de largos meses de huelga, suena más a burla que a otra cosa.

Pero del lado del CGH, a pesar de que el diálogo público ha sido desde el principio una exigencia central, queda la impresión de que el objeto de dialogar no consiste en llegar a acuerdos, sino en exhibir públicamente las mezquindades del enemigo y ganar con ello la aprobación del público ante el cual se hace la exhibición. Así, Mario Benítez, de En Lucha, argumenta en una sesión del CGH: “el diálogo, una vez más lo señalamos, no es negociación [...], el diálogo es un pleito para ver quién genera más simpatías, para ver quién tiene la razón. Por eso el diálogo es vital para mostrar la justeza de nuestras demandas y entonces, quienes escuchen en radio o en televisión el diálogo, se colocarán de un lado o de otro, eso es lo que estamos disputando” (*La Jornada*, diciembre de 1999).

Además de esta función de ganarse adeptos, el diálogo aparece como un aspecto más en donde tendrá que resaltarse que este movimiento es distinto a todos los anteriores. Y un rasgo de originalidad es que no debe existir un grupo de participantes en el que los huelguistas deleguen el acto de firmar acuerdos.

–La rotatividad, la horizontalidad del CGH se debe a la experiencia de movimientos pasados; los que organizaban aparecían en

los medios y ellos eran los que podían negociar. Precisamente para que no sucediera eso salió la demanda de “aquí no hay líderes”. Todo mundo puede hablar.

“Que nadie confisque tu voz”, dice un volante firmado por “Uno de los amigos de Durito”. Y añade:

–Los grupos, grupitos, grupúsculos y corrientes políticas tienen su lugar y su papel, pero deben ser controlados por las asambleas. Ellos no deben ahogar la expresión colectiva, por el contrario, deben dejar de lado sus diferencias en beneficio del crecimiento de la huelga. ¡Abajo los caudillos y las vedettes! El antídoto es muy simple: todo el poder a la asamblea, mandatos explícitos para los delegados, que deben ser rotatorios y revocables por las asambleas en todo momento.

Dialogar con las autoridades pareciera ser, por tanto, la mera puesta en práctica de la rotatividad de los delegados, que llevan en sus manos el guión de lo que deben decir.

–El diálogo rompe con muchos esquemas. A las autoridades les rompíamos esquemas al por mayor, de entrada, que ellos no tenían interlocutor fijo. Los esquemas de la toma de decisiones; nosotros les decíamos “no podemos firmar si es que el CGH antes no lo ha aprobado”. Para las autoridades la lógica tradicional era “firmamos y después lo aprobamos”. Se encontraban con niños de doce años, de Iniciación; era el desconcierto total, “¿Cómo un escuincle de doce años me está diciendo a mí cómo debe ser el proyecto de educación en este país?”

En efecto, el diálogo del CGH rompe esquemas. Si ése es un objetivo, lo cumple a cabalidad. Que todos tengan oportunidad de medir sus fuerzas frente a las autoridades, que todos pierdan el miedo a argumentar, en público, las razones de la huelga. Y ahí van ciento veinte delegados diferentes cada vez; se foguean, se atarantan o se desinhiben, aunque el contenido del pliego petitorio quede intocado.

–[El diálogo] es una experiencia rara. No te preocupaba tanto lo que las autoridades te fueran a decir y no supieras contestar,

sino más bien que contestaras exactamente el sentir de los ciento veinte delegados, que era a la vez el sentir del CGH completo.

–[Te da] coraje todo lo que dicen las autoridades, las intervenciones de Del Val, que era la persona más nefasta, nada más te decía: “Con todo respeto” y era que te iba a insultar. [Nos pasaban] notitas de “rómpanles su madre”. Había muchos compañeros que sí tenían experiencia, otros eran muy nuevos y otros se inhibían.

–A mí me toca ser representante por Filosofía y Letras, y en dos ocasiones subo a la mesa [...] Fue una situación motivante, nunca se me va a olvidar haberles podido hablar de frente, fuerte, agresivamente en el buen sentido de decirles cosas sin insultos, pero con mucho fondo, a las autoridades [...] Fue un proceso difícil, porque no sólo tenías que confrontar al otro en un diálogo, sino que también tenías tus discusiones internas con tus propios compañeros [...] Con quien tenías al lado podías haber tenido diferencias en el CGH o en tu asamblea, pero en ese momento sabías que era tu compañero y la contraparte estaba enfrente. De eso aprendes [...] Las demandas eran lo principal; desafortunadamente nos quedamos en las formas del diálogo, pero aun eso nos permitió desenmascararlos, darnos cuenta de que son todos unos sicópatas que tienen todo el poder pero no tienen la razón. El diálogo no tuvo grandes frutos.

En buena medida, el esquema de diálogo que pretende sustituirse es el del movimiento del CEU de 86-87, del cual se destaca especialmente la existencia de una dirigencia en la que los huelguistas delegaron la capacidad de negociar con las autoridades. En el sentir de muchos universitarios, esta negociación favoreció a un grupo de líderes que, tras el levantamiento de la huelga, se encumbraron rápidamente en puestos políticos.

–Esta generación es producto de mucha desconfianza que tiene un buen fundamento, y también una necesidad de buscar las formas de dirección y conducción distintas de las tradicionales direcciones unipersonales y caudillistas, finalmente en muchos casos manipuladoras, que se prestan para ser interlocutores únicos ante el poder [...] Hay [muchas] experiencias de traición de

movimientos por cooptación de un líder que individualmente puede hablar a nombre de todos [...] Esta experiencia fue retomada [por el CGH] de un aprendizaje no muy cercano pero sí muy presente.

Pero el CGH no sólo plantea la abolición de liderazgos como una forma de rebasar un esquema de diálogo en el que no confía. Hay también un rompimiento con modos de actuar del CEU que fueron muy valiosos en su momento, como el hecho de que los estudiantes que discutían con las autoridades estuvieran respaldados en todo momento por un considerable número de asesores.

–Cuando el CEU éramos muchísimos los asesores, y todos estábamos súper entusiasmados de estar en eso, era un orgullo que te invitaran, pero sobre todo sentías que tus opiniones eran escuchadas. Hablabas en asambleas, en reuniones pequeñas, después de los diálogos [...] había un contacto muy natural [con los estudiantes]. Mientras más documentada estuviera la parte estudiantil, quedaba mucho mejor la discusión, y eso se notaba mucho en el Che: los estudiantes tenían un montón de argumentos y estaban fortalecidos por gente de todas las escuelas. Los asesores teníamos mucho que hacer en cosas políticas, académicas, en las que las autoridades iban atacando, porque los estudiantes no tenían tiempo de andar buscando información.

La situación de ahora es muy distinta. No sólo porque, como algunos profesores señalan, en los últimos años se ha ido perdiendo la relación estrecha que había entre los estudiantes y la mayoría de los académicos. Es distinta también porque en el CGH no se busca una masiva integración de maestros que ayuden a fortalecer la discusión para las sesiones de diálogo, al contrario:

–[En Medicina] sugirieron a Luis Javier Garrido y a [Hugo] Aboites. A otro profesor y a mí nos propusieron pero claro, en el CGH nadie me conoce, y ni siquiera sé si hicieron la propuesta o no.

–La lógica que se siguió para la elección de asesores al diálogo fue bien visceral. Por ejemplo, alguien propuso a Adolfo Gilly, ¡pero cómo, si es del PRD! Se elegía diciendo: “Este cuate me cae

bien o me cae mal". En Políticas se propuso a Gilly, creo que a Juan de Dios, a Luis Javier Garrido y a Hugo Aboites [...] Iván Zavala no es asesor, es de la facultad, supuestamente radical, pero se alejó porque hay acusaciones muy serias contra él.

—De los que me acuerdo son Luis Javier [Garrido], Iván Zavala y [Hugo] Aboites.

—Son escogidos por su incondicionalidad; eran, literalmente, los maestros de las corrientes ultras [...] Todos los que se propusieron que tenían relación con el PRD fueron descalificados.

—No sé cómo se escogieron. De mi escuela no se propuso a nadie.

Al margen de que el movimiento estudiantil del 86-87 pueda considerarse traicionado, triunfante, parcialmente derrotado, mediatisado, etcétera, lo cierto es que los representantes estudiantiles de entonces (que eran más que los ahora líderes del CEU "histórico") acorralaron con sus argumentos a la comisión de Rectoría, pusieron en evidencia su pobreza discursiva y su autoritarismo, y prácticamente se echaron a la bolsa a quienes en el Che Guevara o por las transmisiones de radio seguían el proceso. Pero no sólo eso. La existencia de un amplio grupo de académicos en contacto permanente con los huelguistas era una clara señal de que la comunidad universitaria respaldaba la huelga; en el movimiento actual las señales son otras. Y sin menospreciar el mérito de los cegeacheros en su búsqueda por renovar esquemas políticos, sus ganas de superar las experiencias anteriores y crear cosas nuevas, no puede soslayarse que, con frecuencia, la fuerza de los argumentos está ausente a la hora de discutir con las autoridades.

—Lo padre es que todo mundo discute y todo mundo propone, pero lo difícil es que no se lleva una secuencia en la discusión. Todo mundo tiene la capacidad de hablar, pero también estoy convencida de que para eso se necesita un proceso; algunos la regaban argumentando cosas totalmente irrelevantes, pocos le dieron un poco de sentido a la discusión y las autoridades sí se aprovecharon de la situación de debilidad que teníamos. Hubo momentos en que no teníamos que haber aplicado lo rotativo.

Más allá del diálogo como escaparate de argumentos donde todos tienen oportunidad de estar, se halla ausente la idea de que se dialoga para alcanzar algún acuerdo. Hay un gran vacío, de ambos lados de la mesa, sobre el sentido real del diálogo. Entre quienes "dialogan" no parece existir ni el más pequeño punto de consenso, cada quien habla su propio lenguaje, y además ni en este movimiento ni en muchos otros hay la mínima confianza que cimiente esa práctica.

La autoridad, en este caso la universitaria, no acostumbra dialogar. Lo suyo es tomar decisiones y dar órdenes o, como ocurrió con Barnés poco antes del estallido de la huelga, simular un diálogo entre universitarios solicitando opiniones sobre el Reglamento de Pagos. Ella habla, la obligación de los demás es acatar. Del lado de los movimientos, dialogar carece de sentido cuando hay un cúmulo de experiencias de acuerdos borrados y olvidados por la autoridad. Ni las inmensas y sostenidas movilizaciones dentro y fuera del país, ni una lluvia de desplegados y artículos periodísticos o las consultas multitudinarias o diversas iniciativas en las cámaras, por ejemplo, lograron que el gobierno de Ernesto Zedillo cumpliera los acuerdos firmados con el EZLN en San Andrés. Entonces, ¿para qué alcanzar acuerdos dialogando?

Este sinsentido del diálogo, que se expresara hasta la saciedad durante el rectorado de Barnés, amenaza con ahogar el proceso promovido por De la Fuente.

Durante largas sesiones entre la nueva comisión creada por De la Fuente y los huelguistas, la discusión se empantana en multitud de problemas de forma. La mutua aceptación del formato lleva horas enteras, en las que con propuestas y contrapropuestas de sede para el diálogo (¿Minería o el Che?) se entreveran los reproches acumulados por ambas partes en los largos meses de huelga. Discutir el número de sillas para los asistentes o si se va a poner una lona sobre el patio parecen puntos vitales. "¿En qué orden se van a discutir los puntos?" "¿Vamos a estar frente a frente o en una mesa redonda?" Lo esencial se escamotea. Pero por fin, como quienes desde los dos bordes de un abismo se juntan en el centro de un puente tembloroso, huelguistas y autoridades logran poner por escrito el punto de partida para la discusión central: "El diálogo es la única vía para solucionar el conflicto". Principio y fin de todas las cosas, el diálogo imposible.

Por la noche del 10 de diciembre, diez comisionados de la Rectoría estampan su firma junto a las de diez estudiantes, en una hoja de acuerdos.

—A mí me toca firmar los acuerdos del 10 de diciembre [...] Este acuerdo que acaba de sacar el CGH las autoridades lo tienen que aceptar: “Somos el único interlocutor, aceptamos esto, aceptamos aquello”, estos acuerdos pueden salir. El punto donde hubo más discusión a lo interno de los ciento veinte fue el mecanismo como se llevaban a cabo los acuerdos de la mesa de diálogo [...] esa semana había sido de veinte mil reuniones, y cuando llegamos a la mesa, creo que yo había dormido tres horas. En la facultad [te dicen]: “Te toca subir y tienes toda la responsabilidad y tú vas y tú puedes”, y no puedes fallar, y lo que digas aparte tiene que ser un madrazo para las autoridades. Y de momento dicen: “Aceptamos” y te toca firmar.

Los acuerdos establecen:

“1. El diálogo es la única vía para solucionar el conflicto.

“2. La agenda para el diálogo son los seis puntos del pliego petitorio con la redacción entregada por el CGH el primero de diciembre.

“El orden en que se abordarán estos puntos se discutirá y aprobará como parte del formato de diálogo que se acordará entre ambas partes [...]

“Después de la discusión y firma de acuerdos sobre los seis puntos [...] y cuando todas las instancias correspondientes (Consejo Universitario, Rectoría y las que se requieran) aprueben y publiquen en la *Gaceta UNAM* sin modificación alguna, garantizando con ello el cumplimiento de los acuerdos en los plazos establecidos en la mesa de diálogo entre el CGH y la Comisión de Rectoría, el CGH se compromete a levantar la huelga que permita el reinicio de todas las actividades y funciones de la UNAM que fueron suspendidas con motivo de la huelga, en el marco de los acuerdos a los que se llegue en esta mesa. Dichos acuerdos entrarán en vigor simultáneamente al levantamiento de la huelga.

“3. El diálogo será transmitido íntegramente en vivo y directo por Radio UNAM; TV UNAM grabará sin cortes para su posterior transmisión sin ediciones.

“4. El Consejo General de Huelga es el único interlocutor para la discusión y solución del pliego petitorio, y por ende, del conflicto de huelga estudiantil que vive la UNAM.”

Al día siguiente, tras una marcha de huelguistas que acaba en coretizas, golpes y detenciones, el movidizo puente entre el CGH y la Rectoría parece venirse abajo.

Rage Against the Machine: la banda en la Zona Rosa

Alonso, Julieta, Cecilia, Evelia, Eva, Gandhi, Fabián

—La Prepa 2 sí estuvo en lo de la embajada de Estados Unidos. Yo sabía que nomás faltaba ir para que nos pegaran, siempre pasa eso. Ya lo sabía, pero lo entendí bien ese día: no se puede tocar esa embajada. Era una marcha del CGH [...] pero la habían convocado los cuates de Contracorriente y los punks del Chopo. Los punks son cuates con una ideología; para ser punk, tienes que tener idea [...] son aquellos que sí quieren un cambio pero no les gusta eso de la disciplina y los partidos. En la embajada hubo quienes se aceleraron y empezaron a empujar a los granaderos, y de una jardinera [...] arrancaron las piedras para pegarle a los vidrios de la embajada. También volaban jitomates, ya los llevábamos en una bolsa. De la prepa hubo dos detenidos y los acusaron de terrorismo, motín y daños a monumentos.

El 5 de diciembre, la plenaria del CGH acuerda como parte de su plan de acción realizar una marcha el día 11 a la embajada de Estados Unidos. Unos cuantos días antes, el 30 de noviembre, los más variados grupos sociales habían desencadenado una verdadera revuelta callejera en la ciudad de Seattle, en Estados Unidos. Ambientalistas con traje de ballena, agricultores franceses, trabajadores de la AFL-CIO, indígenas estadounidenses, inmigrantes latinoamericanos, feministas, puertorriqueños independentistas, organizaciones de derechos humanos, estudiantes, una colorida y ruidosa gama de manifestantes, habían copado las calles de Seattle para boicotear la reunión de los dueños del mundo. Ellos, los ministros de comercio, los dignatarios, los dirigentes empresariales y hasta algunos presidentes planeaban realizar en esa ciudad su “Ronda del Milenio” para ampliar el libre comercio bajo los auspicios de la OMC. Una verdadera, inédita revuelta callejera, les frustró el encuentro. Contra “el lado oscuro de la globalización”, los manifestantes declaraban: “Somos internacionalistas hasta las raíces. No rechazamos una comunidad global, sólo queremos que sea justa. Comercio justo, no libre comercio”.

A miles de kilómetros de Seattle, los ecos de la batalla contra la OMC han llegado a los estudiantes mexicanos. No sólo porque, como dicen

allá, “la globalización crea pobreza; la globalización crea represión”, hablan en México y Seattle el mismo idioma. La banda de marginados del país más rico de la tierra expresa sentimientos idénticos a los darketos y bandosos de Neza, Chalco, Aragón, la Morelos, la Guerrero, Iztapalapa: “Me siento castigado”, “siento los efectos de la depresión en todos lados”. Como cantaban a gritos los Sex Pistols: “No hay futuro”.

En el CGH, analizando o nomás sintiendo lo que pasaba en las calles de Seattle, se acuerda reivindicar esta experiencia marchando a la embajada de Estados Unidos, y se demanda también la liberación del periodista Mumia Abul Jamaal, condenado a muerte en Filadelfia.

Para el día de la marcha, sin embargo, la mayoría de los huelguistas están en otro canal, organizando cómo van a entrarle al diálogo convocado por De la Fuente y entusiasmados por la firma de los primeros acuerdos con la autoridad. Así que esta manifestación, a diferencia de muchas otras convocadas por el CGH, lleva menos gente. Algunas escuelas de plano ni piensan en asistir.

La marcha sale del Museo del Chopo. Entre sus más entusiastas participantes está la tribu surtida de punketos, darkis y skatos que ronda habitualmente el Chopo.

–Tengo un amigo muy acelerado, su vida es enloquecida. Él fue. Nadie de Psicología fue a esa marcha. La gente del Chopo es a la que le encanta hacer desmadre, la anarquía en todo su apogeo; no iba a esa marcha para apoyar al CGH sino porque iba a la embajada.

Al llegar a la embajada, los marchistas repiten los rituales comunes a este tipo de recorrido: queman banderas gringas, gritan “yankee go home” y hacen amagos por tumbar las vallas metálicas que rodean al edificio. Pero muy rápidamente la situación se calienta. Los chavos, acelerados de por sí, pierden el control. Junto con los jito-mates que arrojan contra la embajada, algunos sacan piedras, latas, botellas y cuetes. Las paredes y las ventanas del edificio les quedan lejos, pero algunos proyectiles sí logran alcanzar su objetivo, porque alguien ha puesto en funcionamiento un eficaz lanza-cohetes que hace volar un cuetón los más de treinta metros que hay entre la calle y las ventanas. Y ¡crash! Retumba el cristalazo. Ahí se quedan los marchistas un ratito, bailan, gritan, empiezan a retirarse. Los policías de la valla que hasta ese momento nomás miraban, se lanzan en persecución de los chavos. Y es una corretiza en forma. Vuelan pedradas y

botellazos y los policías, a punta de patadas y escudazos, inician el apañón de los huelguistas, que ni refugiándose en las tiendas ni metiéndose al metro se ponen a salvo. A jalones de pelo, rodillazos y puñetazos, la tira arremete contra quien esté delante; no se salvan ni los fotógrafos de prensa ni la gente que va de paso. A todos les tocan golpes. Llegan más granaderos y llega policía de civil que rápidamente se despliega a lo largo de varias calles, cercando la huida de los marchistas y jaloneándolos rumbo a las patrullas. En plena acción, un oficial de policía justifica la violencia: “Tuvimos que intervenir porque rompieron los vidrios de los carros y los negocios”, dice. Un estudiante declara a *La Jornada*:

–Llevaban escudos, yo no vi que llevaran toletes pero agarraban palos y piedras que nos lanzaban. Los que estaban rompiendo los vidrios de los coches y de los restaurantes, más tarde los vimos en la glorieta del Metro Insurgentes platicando amigablemente con un nutrido grupo de policías y granaderos.

Los huelguistas sostienen que la acción contra la embajada fue azuzada por provocadores que, mezclados con los huelguistas, les anduvieron calentando el ánimo. En todo caso, el contingente de huelguistas estaba que ni pintados para que la mínima provocación prendiera. Los chavos habían llegado con ánimo de guerra, y ahí estaba el enemigo principal, el búnker del imperio en el corazón de la Zona Rosa. Tras lo ocurrido, noventa y ocho paristas, entre ellos varios menores de edad, son detenidos y acusados de agravios contra la embajada, a la que le quedan debiendo los 6 millones 400 mil pesos que, según sus funcionarios, cuestan los vidrios rotos. El CGH en pleno se traslada a las oficinas del Ministerio Público.

–Fue una provocación, totalmente; hubo provocadores pero los chavos cayeron en la provocación; ahora, ni siquiera agarraron a los que cayeron en la provocación, agarraron por parejo. Era un momento muy tenso, se buscó el momento perfecto para romper la palabra. El 10 se firman los acuerdos, el 11 agreden y entonces “ya no podemos hablar con gente violenta”. Sí se utilizó como un pretexto.

–No estuve, pero dicen que estuvo maravilloso [...] Fue para protestar por lo que había pasado en Seattle; algunos chavos se

alocaron, aventaron cuetes, hubieron más o menos golpes, aventaron piedras. Pero de ahí los granaderos se pusieron bien locos [...] del metro sacaron a mucha gente que conocemos nosotros; fue una tontería mandarle pedradas a la embajada gringa; yo creo que mucha gente de México lo quisiera hacer, la verdad, la embajada gringa nos ha jodido a todos, pero bueno, no se trata de eso, pero tampoco de meter a la gente a la cárcel; era “vean lo que les puede pasar si se alocan” [...] meter a los chavos a la cárcel era un trauma psicológico bien fuerte, no es así de “oh sí, soy mártir”.

Y las cosas vuelven a ponerse de cabeza. Los huelguistas tipo Contracorriente se niegan a volver a la mesa de diálogo, quieren romper las pláticas y lanzarse a “movilizaciones y acciones de fuerza para sacar a los compañeros”. Quienes quieran dialogar en esa situación de represión son una punta de traidores, dicen. Le toca el turno a la corriente En Lucha, que por insistir en no quebrar el frágil hilito que se ha tendido con las autoridades, se gana el mote de maniobrero y vendehuelgas. A gritos y empujones, los cegeacheros decretan una momentánea suspensión de las pláticas, en tanto estén detenidos sus compañeros. Otra vez el CGH está discutiendo cosas más importantes que la solución del conflicto: hay que organizar movilizaciones de denuncia de la violencia policiaca y de la responsabilidad del gobierno capitalino, hay que botear intensamente para juntar el dinero de las fianzas, hay que conseguir abogados y organizar actos públicos frente al Ministerio, hay que hacer guardias frente al reclusorio y no dejar solos a los detenidos, “hay que, hay que, hay que...” Es el reino de la acción directa.

—Cuando pasó lo de la embajada, la actitud de la gente era de mucha unidad, y se hizo boteo para sacar a los presos [...] El reclusorio se volvió como una central de brigadas de la UNAM.

Por fin, después de haber sido escrupulosamente fichados, los estudiantes detenidos salen libres tras pagar las fianzas, pero siguen sujetos a proceso penal por los delitos de motín, daño en propiedad ajena y lesiones agravadas. El gobierno de la ciudad, por su parte, ofrece al CGH una serie de videos sobre el acto en la embajada, “con el fin de que los estudiantes puedan identificar si efectivamente hubo provocadores”. Pero el CGH ignora el ofrecimiento; no pone en

duda la presencia de provocadores, pero ya lleva tiempo de haber marcado su distancia con el gobierno del D. F. y cada nuevo acto de brutalidad policiaca, donde los policías capitalinos se lucen pateando estudiantes caídos o arrastrándolos de los cabellos no hace sino aumentar esa distancia. Con los marchistas liberados, y en medio de continuas batallas campales, el CGH regresa a la dinámica del diálogo.

—Los errores de diciembre fueron que caíamos en las provocaciones a cada ratito y no las sabíamos controlar. Firmar los acuerdos no fue error para nada.

Todos o ninguno

Michelle, Ileana

Pero aquello parece destinado a no avanzar. La detención del Rocco, un peculiar vendedor de libros que rolaba en Filosofía, muestra el desbarajuste que se traen los huelguistas. Mientras estudiantes de Filosofía protestan por la detención y califican al Rocco de víctima de la represión, otro amplio grupo de huelguistas se cuida mucho de opinar. El Rocco, según videos del gobierno de la ciudad, aparece como provocador en la marcha de la embajada, y se le acusa de cargar drogas y armas. “Todo se lo sembraron”, contraataca la Brigada Verde de Filosofía, “el Rocco es un huelguista”. En el asunto del Rocco el pleno del CGH no toma partido, pero en cambio toma una decisión que lo meterá en un nuevo estira y afloja con la comisión de Rectoría. No habrá diálogo si las autoridades no aceptan la representación formal de los compañeros del CLETA y de la Prepa Popular Tacuba. De nuevo el desencuentro, “malos modales” de unos y otros, horas muertas sin chance de avanzar porque las autoridades se niegan a la propuesta del CGH.

–Se firman los acuerdos [del 10], era una ventanita a ver si había una solución pronta al conflicto. Pero fue muy decepcionante porque al otro día hay detenidos, y chin, luego la decepción de que nosotros aflojamos bajar a los compañeros del CLETA y de la PPT de la mesa.

Cuando finalmente el CGH “afloja” y acepta que el CLETA y la PPT se bajen de la hipotética mesa de diálogo, diciembre ya se ha ido como arena entre los dedos. De tanta palabra dicha o gritada, sólo quedan plasmados los cuatro acuerdos del 10; los asuntos operativos del diálogo quedan en el aire.

Y sin embargo, pese a que los aspectos formales del conflicto apenas parecen haberse movido, los estudiantes siguen experimentando la huelga como una forma única de vivencia comunitaria:

–La noche de navidad varios compañeros se van a sus casas a celebrar con sus familias, yo decido quedarme con mis compañe-

ros, se quedan los más allegados [...] compartimos la navidad, la cena; varios padres vinieron y trajeron pavos, lomos, sidras, vino [...] nos sentamos todos en una mesa que hicimos juntando muchas mesas, éramos como cincuenta y sus padres y se rompieron piñatas con compañeros de otras facultades. Esta costumbre familiar la compartes con esta familia tan grande con la que has estado todo este tiempo.

Utilidad del horizonte

Julieta, Tania Jimena, Javier, Karina

–Diciembre como que fue el mes de la depresión; así le llamamos porque en noviembre llegó De la Fuente; el diálogo no se ve porque es una porquería, arrasan durísimo, se ve el manejo que está haciendo De la Fuente con la comunidad, se ve todo el trasfondo y el CGH cada vez más aferrado, y entonces ya ni las ganas de hacer una asamblea para irnos a pelear al CGH; la gente llevaba ahí viviendo ocho meses, [prefería] irse a su casa a vivir. En enero como que entró otra vez la pila y entonces como que regresamos muchos; hubo mucho desgaste, por ejemplo en enero en Psicología éramos como veinticinco.

Con todo y el cansancio acumulado, se percibe también la sensación de que ya hay visos de solución, aunada al hecho de que empieza el año y no pocos huelguistas hacen un balance del cual salen re-confortados; se sienten satisfechos de sí mismos, de su perseverancia y resistencia. No han cedido en lo fundamental, siguen en huelga. Las autoridades no han podido doblegarlos y, como saldo positivo, ahí tienen el reconocimiento escrito de que ellos son el interlocutor obligado:

–Los hicimos venir al Che a recoger una hojita y los hicimos sentarse frente a nuestra comisión de ciento veinte representantes de cuarenta asambleas con mandato de asamblea, y reconocieron al CGH.

En algunas escuelas, el ánimo festivo de las posadas no se ha extinguido. Los huelguistas tienen delante de sí el dilatado presente de la universidad tomada. Después de la huelga, quién sabe, pero el presente es de lucha y de fiesta:

–La fiesta del 31 en el CGH fue preciosa [...] Juntamos como 50 pesos, compramos bolillos y jamón; lo importante era empezar el milenio y empezarlo en huelga. Nos empezamos a sumir en la plática, que el diálogo y el no diálogo y todo eso y de repente

una vocecita dijo: “Es la una y media”. Pues empezó la fiesta [...] acabó el 2 de enero como a las 11 de la noche.

La huelga se ha vuelto una costumbre, un hábito del espíritu de los huelguistas que alegremente se expresa en la consigna: “La huelga va” como si eso fuera el chiste. ¿Para qué va o a dónde va? Para muchos ése no es el punto, porque a contrapelo de los antiparistas de cualquier sector y de lo que digan en la televisión o los periódicos, el CGH sigue teniendo el control de todas las instalaciones universitarias. Tiene la fuerza de la huelga y la huelga va, de eso se trata:

–No sé qué va a pasar cuando acabe la huelga. No sé qué voy a hacer cuando regresando a clases vea a cientos de chavos tomando clases en mi casa, los voy a querer madrear.

Si en la propaganda y en las discusiones de asambleas o CGH hay quienes dificultosamente se empeñan en regresar al abrevadero político (el derecho a la educación, la democratización de la universidad), hay como una inercia de la huelga eterna, una auténtica dificultad de imaginarse cómo podrían ser las cosas de otro modo. ¿La universidad abierta, las aulas en clase, el regreso a la normalidad? Es difícil imaginarlo porque tampoco es fácil entender, para muchos, qué significa el triunfo. A lo largo de los meses, los huelguistas han tenido claro lo que significa no ganar: ni las cuotas voluntarias, ni la propuesta de los eméritos, ni la propuesta de las “cinco escuelas” se han visto siquiera como posibilidades de solución. La solución, dicen los huelguistas, es que después de un diálogo público las autoridades acepten todos los puntos del pliego petitorio. Y los puntos, particularmente el congreso tal y como lo conciben los huelguistas, mayoritariamente estudiantil y resolutivo, serán el arranque hacia la verdadera transformación de la universidad. Ése es el horizonte al que se dirigen, con evidentes huellas de fatiga, los huelguistas del CGH; todo parece empujarlos a seguirlo persiguiendo. Llevan meses en eso, ¿por qué van a ceder ahora?, ¿qué cosa tienen en la mano que les parezca un triunfo, además de su resistencia y tenacidad y la experiencia de haber construido un movimiento original? “Un último jalón, compañeros.” Ya lo dijo Benedetti: “Si al horizonte nunca lo alcanzaremos, ¿para qué sirve? El horizonte sirve para caminar”.

El plebiscito culpable

Cecilia, Argelia

El CGH se percibe rodeado de trampas que debe eludir. Así, apenas iniciado enero, rechaza una nueva propuesta “de solución global” que les plantea la comisión de De la Fuente. Unos días antes, el rector había hecho ante el Consejo Universitario esta propuesta, en la que se incluía el retiro de actas y sanciones universitarias, la realización de un congreso, la suspensión del RGP y la interrupción de relaciones con el GENEVAL.

El CGH la considera una salida unilateral de las autoridades, violatoria de los acuerdos de diciembre. Opina que el rector se ha apropiado de la iniciativa de realizar un congreso “que es iniciativa del CGH”, y que la propuesta no cumple la demanda de gratuidad a la educación: “Ustedes nos llegan con esta propuesta que no tiene los elementos de la discusión que se debe dar aquí. Ahora quieren diluir nuestra participación en toda la comunidad y recuerden, señores, el acuerdo del levantamiento de la huelga debe emanar de esta mesa”.

En la misma sesión, circula un comunicado de prensa donde se dice que “alumnos han denunciado que les están llamando a sus casas para que asistan a asambleas a votar a favor de la propuesta del rector”. Pliego petitorio tal cual o nada, reafirma el CGH, y hasta ahí llegan las pláticas en Minería. A partir del 11 de enero, las autoridades adoptarán un estilo diferente. Los huelguistas regresarán a sus comités de huelga y asambleas a enfrascarse en discusiones infinitas, sugerirán horarios y agenda del “diálogo”, analizarán puntos y comas del “último jalón”, y las autoridades se desentenderán del CGH. Borrados están de su memoria los recientes acuerdos de diciembre, el único papel firmado al que se aferran los huelguistas.

Así, el CGH acude a citas desangeladas o donde de plano las autoridades ya no llegan, e incluso hay funcionarios universitarios que declaran a la prensa que no le ven sentido a sentarse a dialogar con los estudiantes. El rector De la Fuente prescinde del CGH. Y con base en su propuesta, las autoridades dedican todas sus energías a organizar un plebiscito con un par de preguntas para la comunidad universitaria. La esencia de esta consulta es si la comunidad opina

que la propuesta del rector es bastante y suficiente para ponerle fin a la huelga.

A toro pasado, el plan de las autoridades para acabar con la huelga pareciera clarísimo; todo queda en su sitio: los encuentros del rector con grupos de la comunidad universitaria, su propuesta “global”, el plebiscito y lo que vendrá después. Pero al estarlo viviendo nada resulta tan evidente.

La propuesta de De la Fuente de realizar un plebiscito ya significa, de entrada, un duro golpe al movimiento estudiantil y a los movimientos sociales en general. Esta forma de consulta es una experiencia de la sociedad civil contra la autoridad, un modo de la plebe de tomar sus acuerdos y dárselos a conocer al poder, esa tapia sin ojos ni palabra cumplida. Pero en este caso, es la autoridad la que agarra el sartén del plebiscito por la mano con un claro mensaje a sus “consultados”: “Vamos a hacer oír nuestra opinión a los que no nos han querido oír”, o sea, los estudiantes huelguistas. En este sentido, es casi secundario el contenido de las preguntas, lo importante será que muchos las respondan, que muchos sientan que el plebiscito del rector les incumbe.

—Uno porque ha estado en muchas consultas sabe que lo que importa es cuánta gente participa, no lo que contesta.

Pero no sólo eso. Ya desde octubre del 99, cuando aún ocupaba Barnés el cargo de rector, Luis González de Alba había publicado un artículo sobre la impopularidad de los huelguistas, en el que proponía la realización de un plebiscito como solución sumaria del conflicto:

“1. Convóquese a los 250 mil estudiantes a plebiscito bajo riguroso padrón de inscritos y con urnas vigiladas por las comisiones de derechos humanos, los partidos políticos y los estudiantes.

“2. En cuanto éste se gane, como será, pídanse las instalaciones sin plazo alguno: al instante.

“3. Si se obtiene una negativa a la demanda democrática, la policía hace lo mismo que cuando desaloja ‘paracaidistas’ instalados ilegalmente en un predio ajeno: los echa. Para el caso no llevará armas de fuego. Quien oponga resistencia, por supuesto saldrá herido o herida. Y ya [...]” (*Época*, 18 de octubre de 1999).

Unos pocos meses después de esta publicación, el rector De la Fuente parece seguir la receta al pie de la letra. Para garantizarse el

éxito, desde su llegada a la Rectoría ha aprovechado hasta el último minuto creándose un consenso y se ha esforzado en allegarse al conjunto de los antiparistas ansiosos de opinar, donde igual cabe un Burgoa Orihuela que un estudiante descontento con las cuotas, pero también descontento con el CGH. La cosa le funciona a tal grado que en las primeras semanas de enero, cuando la iniciativa del plebiscito se hace pública, incluso gente que ha participado durante toda la huelga siente que el plebiscito va con ella.

La iniciativa del rector se interpreta en el CGH, sin lugar a dudas, como una gran traición: “¿Qué no habíamos firmado unos acuerdos en diciembre?, ¿qué no habíamos quedado en que el CGH es el único interlocutor y el diálogo la vía y etcétera?” Los reclamos del CGH caen en la nada, las autoridades ya están en su rollo, muy ocupadas con los aspectos técnicos del plebiscito, y esto fuerza al CGH a meterse en el mismo canal: los huelguistas organizarán su propia consulta, y no será sólo para los universitarios, porque el pueblo tiene mucho que decir sobre la huelga y el derecho a la educación. La única ventaja que el CGH parece tener es su capacidad para adelantarse a la Rectoría. El plebiscito está convocado para el 20 de enero. Los huelguistas llaman a dos días de consulta, el 18 y el 19 de enero, y advierten: “el CGH hará todo lo que esté a su alcance [...] para que nadie diga después que no sabía, que nadie se escude en autojustificaciones cuando llegue la represión”.

—Al rector nunca se le ocurrió proponer una consulta con el CGH. Lo ve como un grupo más en la cosa de la transformación de la UNAM. Por eso hubo reuniones de De la Fuente con estudiantes y otros grupos; todo el tiempo el rector maneja este doble discurso. En los hechos cataloga al CGH como un grupo minoritario. Nosotros nunca negamos que existan otros sectores, pero somos nosotros los que levantamos esta huelga.

Urnas contra urnas

Cecilia, Evelia, Ingrid, Andrea, Julieta, Alonso, Rodrigo, Pilar, Gandhi, Fabián, Ramón, Eva, Leticia, Elizabeth, Cristina

Las preguntas del plebiscito propuesto por el rector son las siguientes: “¿Apoya o no la propuesta del rector? ¿Considera que con esta propuesta debe concluir o no la huelga en la universidad?”

Para difundirlas, el rector dispone de todos los medios a su alcance. La prensa aplaude, Televisión Azteca aplaude, Televisa aplaude. Vaya, hasta el PRD aplaude:

—Fue muy triste que el PRD, que Rosario Robles llamara al plebiscito. Fue como una herramienta que le permitió a la gente decir: “Yo no estaba tan mal, los paros llegaron a su límite y no hay de otra”. Muy en el fondo, los que participaron ya querían que se rompiera la huelga como fuera.

Aunque también es verdad que son dos perredistas, Adolfo Gilly e Imanol Ordorika, de los poquísimos que en la prensa escrita marcan su distancia con el plebiscito, al que califican de un cheque en blanco que los universitarios entregan al rector para que éste haga con él lo que quiera.

Por su parte, la revista *Proceso* alude a las labores de apoyo que la Secretaría de Gobernación presta a la organización del plebiscito con “el trabajo político de fondo, de ‘una manera discreta pero intensa’. Gobernación intervino en la determinación, organización y culminación del plebiscito. Asimismo se pudo comprobar que el resguardo de los centros de acopio y en los lugares donde se instalaron las urnas estuvo a cargo de agentes de la Policía Federal Preventiva” (n. 1212, 23 de enero de 2000).

O sea, “puros universitarios” metiendo las manos en un problema de universitarios.

Lo grave del asunto es que, además de estas ayudaditas del exterior que recibe De la Fuente porque al gobierno federal le urge apagar el foco rojo de la UNAM, se suma un hartazgo contra el movimiento del CGH, una impotencia largamente cultivada, una auténtica desesperación de universitarios que creen que esta medida va en buen plan. Porque así como hay huelguistas muy activos —pero cada vez me-

nos-, hay una gran cantidad de gente mano sobre mano, incapacitada por su condición de “académica” o de estudiante sin estatus de activista, para incidir en los destinos inmediatos de la universidad. El plebiscito de De la Fuente, una cuña en el seno de la comunidad, es algo que podrá sacudir, por fin, el aletargamiento de la huelga.

–Mucha gente que conozco sí votó, sí creyó que iba a ser una salida; ya estaba harta de tanto tiempo de huelga, todo estaba súper polarizado, era un rollo CGH-autoridades y no había una tercera vía. Evidentemente en el plebiscito nadie votó por la represión, sí es un poco de ingenuidad pero también mucho de hartazgo, ¿no?

–Le dijimos a mucha gente, a Villoro, a López Austin, a Federico Álvarez: “Es que ese plebiscito está avalando la represión, ustedes que se dicen intelectuales de izquierda no lo pueden apoyar”. “No chavos, es para buscar una salida al conflicto.” Yo no creo que los chavos hayan votado en mala onda. Los intelectuales apoyaron el plebiscito y apoyaron a De la Fuente [...] Yo no sé si por ingenuidad; yo la verdad no sé si lo sean, son intelectuales, saben perfectamente lo que pasa en este país [...] Monsiváis apoyó muchísimo el plebiscito, después se arrepintió muchísimo y nos echó flores.

–Cuando lees lo que escribió Poniatowska y la carta que mandó Monsiváis dices: “Pues si esta gente se confundió, que es gente que ha estado en eso toda su vida, pues era [fácil] que la gente cayera”. Estaba perfectamente hecho, primero evidenciando que el CGH no sabía dialogar, porque el CGH se había apendejado en diciembre, ¿no? No había ninguna pregunta sobre el levantamiento de la huelga. La gente decía: “Sí voto porque sí creo”.

Los días previstos, los huelguistas del CGH se despliegan prácticamente por toda la ciudad. No escatiman imaginación, dado que recursos materiales tienen pocos. Hay quien se pinta de rojo y negro el cuerpo semidesnudo, para llamar la atención hacia las urnas. Hay representaciones teatrales en las mesas de votación. Hay los “urnamóvil”, chavos huelguistas con la caja para los votos atada a la espalda, que serpentean entre los puestos de los mercados, se meten a las estaciones de metro, improvisan mítines en las esquinas, se apostan en los semáforos. A los huelguistas los acompañan colonos, papás,

maestros; la gente en la calle les echa porras y votos, “ahí la llevan”. Sus preguntas son: “¿Estás de acuerdo en que el pliego petitorio del CGH, que promueve y garantiza la gratuidad, la autonomía y la transformación democrática de la UNAM, debe resolverse ya y como consecuencia levantar la huelga en la universidad? ¿Estás de acuerdo en que la solución al conflicto universitario debe ser a través del diálogo entre las autoridades y el CGH, y no mediante propuestas impuestas por el gobierno y Rectoría, que pretenden consultar a los universitarios para justificar la represión?”

–Cuando la consulta del CGH, la Prepa 2 organizó como ciento cincuenta casillas, algunas hasta fuera de la Zonal Oriente. Le entraron muchos de los que van a las marchas pero no hacen guardias. Contamos diez mil votos.

El 20 de enero las autoridades se lucen con su plebiscito. No se trata de cajas de cartón ahí como caigan, sino de urnas en forma dispuestas en casillas en forma debajo de carteles coloridos de esos donde un monito y una monita, universitarios sin duda, parecen dar brincos de alegría. Cantidad de gente hace fila para meter su voto.

–El plebiscito es un arma muy poderosa de Rectoría y la derecha. Sabían que iba a votar una gran cantidad de gente. Nosotros, en el CEU, no estuvimos de acuerdo, no votamos pero tampoco lo boicoteamos. Mucha gente que votó fue usada, según la ultra.

–Del instituto nos llamaron a pasar lista; si no firmabas no pasaba nada, pero es coerción.

En efecto, como parte de la logística, desde antes del 20 los universitarios han recibido invitaciones personales para participar en el plebiscito: correos electrónicos, llamadas telefónicas, citatorios. Hasta el STUNAM ha sido parte de la RED.

–Cuando se da el llamado del 20 de enero del plebiscito que organizó Gobernación, el secretario general del STUNAM, que pertenece a esta corriente de mayoría del sindicato que ya venía haciendo reuniones con una parte del movimiento estudiantil que se llamó los moderados, [impulsó] el plebiscito. En las votaciones que se hicieron dentro del sindicato perdimos los que

estábamos en contra del plebiscito. Después [...] estas personas que habían ido a votar estaban arrepentidas.

La votación final, según las autoridades, es de 180 088 votantes, de los cuales más del 80% responden que la propuesta del rector les resulta satisfactoria. El CGH da a conocer, por su parte, que 624 460 personas participaron en su consulta, de las cuales 122 592 son universitarios, y el sentido mayoritario de esos votos es el respaldo a las demandas de los huelguistas. Lo que sigue, en consecuencia, es que ya se cumplan los seis puntos del pliego petitorio. El CGH declara: “No negamos que algunos universitarios hayan asistido al fraude-plebiscito desesperados por el alargamiento de la huelga y bajo el engaño de que éste y la propuesta Zedillo-De la Fuente la resuelve, es decir, que los pocos votos honestos que pudieron lograr fueron motivados por la mentira que su oferta resuelve nuestro pliego petitorio [...] Reiteramos que no les creemos que hayan votado 170 mil universitarios como aseguran, ni aceptaremos su fraude como presión moral” (*La Jornada*, 22 de enero de 2000).

Pero la cosa ya caminó, y va en una dirección algo más ruda que la mera presión moral.

—Casi toda la gente que eran mis amigos votó. Yo les decía: “Qué no ves que van a meter a la policía”. Te decían que estaban votando por una propuesta. Yo me pelié con muchísima gente [...] Estaban re mal hechas las preguntas, casi casi como las del CGH que siempre critican por tendenciosas [...] Yo sabía que con el plebiscito evidentemente metían la tira, pero la gente que firmó yo creo que era por el odio al CGH y por la desesperación; las autoridades la supieron hacer perfecta.

—El Comité de Huelga de la ENAP sesionó para la consulta, hubo bastantes casillas. Después como que bajó. El rumor era ya muy grande de que iba a entrar la policía. Chingaba tanto la Rectoría de que tenía un plebiscito y la mayoría universitaria y los medios a cada ratito: “La sociedad exige desalojar a los universitarios” cuando no era cierto, el plebiscito fue un fraude, lo malo es que quedó muy asentado en los medios.

Como es natural, comentaristas de noticias y articulistas dedican buena parte de su tiempo a celebrar el ejercicio democrático impul-

sado por el rector, y destacadas personalidades dan su opinión (*La Jornada*, 22 y 26 de enero): “Esperamos que el resultado del plebiscito, que refleja una amplia participación de profesores, estudiantes y trabajadores, dé paso a una solución del actual conflicto que vive la UNAM” (Cuauhtémoc Cárdenas).

“Es muy claro el pronunciamiento por el regreso a clases. El plebiscito fue rotundo” (Francisco Labastida).

“El plebiscito ya hizo su aportación, clarificó la posición de la mayoría de la comunidad universitaria y esto da autoridad moral a los propios universitarios para seguir adelante en la búsqueda de la pronta solución del conflicto” (Vicente Fox).

“Si los integrantes del CGH no quieren reconocer la voluntad absolutamente mayoritaria de los universitarios, la autoridad federal y local está obligada a intervenir para solicitarles que devuelvan las instalaciones. No hay argumento para que los paristas mantengan cerrada la UNAM” (Francisco Javier Salazar, senador del PAN).

Pero oigan, ¿ninguno se enteró de la consulta que realizó el CGH? ¿Que nadie se tropezó con las mesas de votación de los huelguistas? No. Ninguno. Las cifras que el CGH proporciona pasan de noche entre los lectores de noticias, si acaso alguno enarcará las cejas como sorprendido de que los huelguistas sigan existiendo. Porque para estas alturas, los huelguistas ya no cuentan. Es decir, cuentan formalmente, porque las palabras “acuerdo” y “diálogo” no se han borrado aún de los cassettes de algunos declarantes. Pero en la realidad lo que cuenta son las cuentas de De la Fuente. Al amparo de “180 mil universitarios sufragando”, diálogo y acuerdo adquieren otro aspecto. No más mesas en palacios virreinales, fingidas cortesías y genuina altivez; no más sentarse horas frente a frente para decirse nada. La cosa va más directa.

De la Fuente realiza una accidentada visita al campus universitario. Llega allí custodiando un fólter beige donde guarda los resultados de su plebiscito. El rector no tiene el paso franco. Una pequeña multitud pertrechada con cámaras y grabadoras prácticamente le cierra el paso, entorpecido además por la gran cantidad de funcionarios que lo rodean pegados cuerpo a cuerpo. A muchos metros de la torre de Rectoría, De la Fuente queda atrapado, delante de él un nutrido grupo de paristas le exige cumplir los acuerdos de diciembre. De la Fuente esgrime su fólter beige: “Vengo a entregar esto”. Le responden “diálogo diálogo” y él arremete: “Diálogo sí, pero con la universidad abierta”. Los cegeacheros se niegan a recibir las hojas

de resultados, y después de unos minutos de repetirse las mismas cosas, el rector y sus funcionarios abandonan la universidad.

Aunque el CGH ha dicho que el plebiscito abre las puertas para una represión directa, evalúa que ésta tendría un alto costo político para las autoridades “dado el amplio respaldo que tiene el CGH”, que se refleja en los resultados de su propia consulta. Convoca a esas bases de apoyo a “estar atentos”.

E inmediatamente después de estos sucesos, se desencadena el siguiente acto. Por distintos medios: por los directores de las escuelas, por llamadas telefónicas y por avisos de cuates, los estudiantes no paristas son convocados a asistir a la universidad para que participen en asambleas y decidan sobre la huelga. Ante estos llamados, los huelguistas multiplican las guardias y refuerzan las barricadas en donde van pudiendo, principalmente en los accesos a Ciudad Universitaria.

–Nos fuimos a CU porque nos dijeron que estaban duros los porros de la FED [de Derecho]. Llegamos a Cerro del Agua, ahí estaban ya los de Medicina. Los antiparistas habían arrancado una puerta. No pasó más. También supimos que en Prepa 6 estaba duro lo de paristas contra antiparistas, había mucha confusión y porros. En Iztacala una tontita que movía a unos pocos moderados ya había pactado entregar instalaciones a las autoridades, pero la corrieron.

–De la Fuente quiso entregar los resultados del plebiscito en la UNAM y al día siguiente los antiparistas se pusieron más violentos, pero no lograron quitar la barricada de la prepa. Aceptamos que se organizaran asambleas y llegó un camión de extramuros. Hubo un encuentro con ellos afuera de la escuela. Iba acompañándolos un funcionario que antes había sido dirigente de la Popular de Fresno. No presionaron para que se entregaran las instalaciones; no quisieron romper la huelga.

–Como consecuencia del plebiscito de las autoridades, llegó una marcha de estudiantes de primer ingreso capitaneada por las autoridades, con gorras fosforescentes verdes y pancartas que decían “queremos estudiar”. Dieron vueltas en las canchas y se hicieron bolitas para dialogar con ellos.

En casos, los huelguistas logran platicar con los antiparistas. Ocurre varias veces que éstos no llegan en plan de bronca, a querer tumbar las barricadas o meterse por la fuerza a los salones. Van a ver qué pasa, y se encuentran con brigadistas discutidores que a media calle, a medio patio o puerta de por medio les explican nuevamente todo el rollo del pliego. “El rector no ha dado nada”, les dicen, “el rector quiere meter a la tira para romper la huelga.” Hay quienes votaron en el plebiscito, quienes votaron en la consulta y hasta quienes votaron en las dos cosas sin verle mayor bronca. Y es frecuente que entre ambos grupos de estudiantes, que hablan entre sí por primera vez en meses, se pongan de acuerdo en que nadie quiere una salida de fuerza. No se trata de asambleas, en sentido estricto. Son meros acercamientos sin la violencia que ha estado presente en otras situaciones, como las extramuros, en las que paristas, antiparistas y grupos de choque han acabado a golpes.

Pero también se dan casos en que los brigadistas establecen una especie de cerco sanitario alrededor de las instalaciones cerradas. No sólo se oponen a la realización de asambleas, sino que se cierra el paso a los no paristas y vuelan insultos de lado a lado de las barricadas. En esta especie de mundo al revés, son las autoridades las que insisten en la realización de asambleas masivas, y son los activistas del CGH los que las rechazan: “No lo podemos permitir, nomás vienen a votar el levantamiento de la huelga”.

Las oleadas de estudiantes que, atendiendo a los llamados, buscan reunirse en sus escuelas son como un ensayo de una terminación incruenta de la huelga. Es decir, que las instalaciones en huelga se vayan llenando, cada vez más, con no paristas, y que sea la constante presión de éstos la que arrincone a los huelguistas. La revista *Milenio* (n. 124, 24 de enero) examina ocho posibles direcciones en que la huelga se levantará, que van desde una entrega escalonada de las instalaciones que concluye con De la Fuente “despachando en el sexto piso antes de que concluya enero”, hasta un endurecimiento del CGH y de la Rectoría que culmina en una salida violenta “dependiendo del grado de resistencia de los paristas”. En la realidad, hay como una combinación de estas direcciones.

Una vez que el rector deja muy claro que dialogará con los paristas siempre y cuando esto ocurra con las instalaciones abiertas, una difícil situación se desencadena en las escuelas, principalmente las que están lejos de Ciudad Universitaria.

-La consulta del CGH salió mejor que el plebiscito y fue real [pero] aquí en la ENAP entra el miedo. Veías claro que seguía el desalojo violento.

-Hubo un enfrentamiento en Aragón con personas que decían: "Queremos entrar, queremos entrar". Por celular se preguntaba cómo estaba en las prepas y en las ENEP [...] En Prepa 9 sí surgieron problemas porque nos llegó una llamada de que habían entrado porros, luego hablaron de la Prepa 3: "no, pues está más pesado lo de la Prepa 3". Ya a movernos.

En Aragón el enfrentamiento no llega a mayores, porque paristas y antiparistas aceptan buscar juntos una solución y se dan cita para reuniones futuras.

En otras escuelas, como el CCH Naucalpan, los moderados yonquis que hasta el momento custodiaban las instalaciones simplemente las abandonan. Pero ninguna autoridad se presenta, y huelguistas "en el exilio" de Naucalpan regresan al CCH, rehacen las barricadas y restablecen las guardias.

En el CUEC y la ENEO, estudiantes moderados entregan a las autoridades las instalaciones, que quedan bajo su resguardo. Y hay que decir que los directores de esas escuelas llegan acompañados por grupos de la PFP, según porque los policías, bien pertrechados con bombas lacrimógenas, van a verificar que no haya explosivos ni armas de fuego, según dice el abogado general de la UNAM. Pero el director del CUEC es más explícito: las autoridades pidieron apoyo a la Federal Preventiva "para evitar que el ala ultra del CGH intente retomar las instalaciones".

Simultáneamente, los alumnos de todas las preparatorias son citados para que se presenten en sus escuelas porque, dicen las autoridades, "ya se está negociando el levantamiento del paro". Pese a que a cada una de las nueve prepas llega gran cantidad de estudiantes, algunos en plan de "ya se acabó la huelga y vengo a clases", una nube de paristas, que van de aquí para allá por todas las prepas, logra mantener cerrados los accesos.

Pero la situación ya no da para más. Los rumores de un inminente desalojo recorren las guardias del CGH, que intentan una reconciliación a marchas forzadas con los grupos de estudiantes que cada día se apersonan en las escuelas. En el Jardín Hidalgo, en Coyoacán, Rodrigo Figueroa y otros estudiantes perredistas hacen

corte de caja ante la prensa. Allí, además de pedir sensibilidad al CGH, declaran:

-La huelga debe terminar ya. Consideramos que el movimiento que estalló la huelga ya tiene una victoria parcial, pues consiguió defender la gratuidad, realizar un congreso, suspender las demandas penales contra los paristas y recuperar las clases; consiguió que los vínculos entre el CENEVAL y la UNAM se suspendan, además de las discusiones de las reformas de 1997 en el congreso, el cual representa una importante victoria del movimiento.

La huelga ya no va. Las imágenes de los policías en el CUEC y la ENEO, la sonrisa del rector, los antiparistas que por primera vez en diez meses forman legión, las voces públicas y privadas que claman por "sensibilidad", la presencia ubicua de los porros, la desesperación de los paristas, atestiguan que falta sólo el golpe de gracia para acabar con el movimiento. Es febrero del 2000.

-En una asamblea que se hizo en el Centro San Ángel se acusó a los participantes en el plebiscito. La asamblea se deshizo y a la semana siguiente entró la policía. Los maestros decían: "Qué bueno que entraron, ya era justo". Yo creo que a mucha gente le gustó la idea, más de los que se permitieron confesar: "Qué alivio que ya se solucionó esto".

Ojalá pase algo que te borre de pronto

Javier, Evelia, Alonso, Pilar, Julieta, Tania Paloma, Tania Jimena, Paty

La no huelga que avanza sobre la huelga es un cangrejo ermitaño. La tenaza más frágil del cangrejo la forman los estudiantes antiparistas. Regresan a la universidad en grupos cada vez más nutridos, y por momentos pareciera que su afluencia constante acabará retomando las aulas y los laboratorios, los auditorios y las bibliotecas. Que será su presencia la que logrará un eficaz e higiénico desmantelamiento del Cubículo Ultratumba, de la Cocina Benita Galeana, del Infernal Campo Krusty. Pero esta pinza no basta, el tiempo apremia y por si fuera poco parece irse gestando una peligrosa fraternización entre paristas y anti. Porque al mirarse a las caras y hablarse a tono con las circunstancias, hay estudiantes no huelguistas que descubren –recuerdan– que los que tienen delante son compañeros suyos, demacrados y agotados por las noches en vela, y que diez meses después de que todo empezara siguen hablando de la educación pública, de la universidad abierta para todos. Y es posible que algunos huelguistas descubran también, demasiado tarde, que no todo el derredor está compuesto por enemigos. Que su discurso de tantos meses puede decirse de otras formas, y entonces no todo está perdido.

La Prepa 3 es un ejemplo de este reencuentro peculiar. Cuando convocados por las autoridades muchos estudiantes regresan a esta escuela, se logra establecer entre ellos y los paristas un sorprendente orden del día. Ninguno quiere la violencia, no hay entre estos preparatorianos quienes vociferen: “Sí, que los metan al bote, que los madrean”. Pintan su raya con los porros, “somos estudiantes”, y opinan que seguir en paro ya no da para mucho, pero que las autoridades tienen la obligación de resolver. Unos y otros coinciden: “Nada de tira, no queremos represión”. Y en ese tono se reúnen más de una vez y hasta llegan a ponerse un nombre, Frente Justo Sierra, se llaman. ¿Frente enfrente de quién? Obviamente, de la autoridad.

A diferencia del ánimo parcialmente triunfal que exhiben los del “ala moderada” en Coyoacán, la mayoría de los huelguistas no percibe ningún olor de la victoria. “Nada hemos ganado”, dicen. Con la presencia de antiparistas que buscan que el regreso sea por las buenas, y que propician por tanto un acercamiento con los paristas, se

abre la perspectiva, muy desagradable para las autoridades, de que el movimiento encuentre otras formas de seguirle.

–Al estado no le convenía que los estudiantes retomaran las instalaciones porque corría el riesgo de que pasaran cosas como las del Frente Justo Sierra, en donde paristas y antiparistas decían: “No me voy a pelear con mi compañero de clase”.

Entonces se decide cortar de tajo y se pone en acción la otra pinza del cangrejo, la grande y destructiva tenaza de batalla.

En un desplegado aparecido en todos los periódicos, a excepción de *La Jornada*, un nutrido grupo de líderes empresariales y religiosos, periodistas y un surtido rico de “profesionistas” (entre taxistas y odontólogos) exigen el castigo a los huelguistas, una “minoría con fines políticamente desestabilizadores”. Dos días más tarde el gobierno los complace, llevando adelante un violento operativo en la Prepa 3.

Ese día, el martes 1° de febrero, entre los huelguistas de todas las escuelas corre el rumor de que porros y policías han tomado las instalaciones de la prepa. Entre los brigadistas, muchos se mantienen a la expectativa, porque rumores como ése han sido el pan de cada día. Pero otros más sí organizan el viaje, y desde las tres de la tarde empiezan a llegar a la prepa.

Al mediodía, paristas y antiparistas estaban reunidos en la escuela cuando fueron forzados a abandonarla:

–Había sucedido algo muy chistoso: justo dos días antes se había formado un frente de paristas y antiparistas, que es lo que estaba pasando en todas las escuelas. Se estaba juntando gente para crear una solución, y Prepa 3 es la primera escuela donde se creó un frente plural y estaban sin problemas, platicando. De pronto llegaron los trabajadores y empezó la agresión.

–Había compañeros del CGH dentro de la prepa, habían tenido una discusión con los antiparistas y de esa discusión había nacido algo insólito, el Frente Justo Sierra de paristas y antiparistas, que les decía a las autoridades: “Siéntense a dialogar”. En ese momento empiezan a oírse agresiones, golpes, y un grupo supuestamente de estudiantes entra a la Prepa 3 golpeando a los activistas y a los del Frente Justo Sierra [...] Los porros golpean

a los del CGH y los sacan y se invierten los papeles. Los de adentro son de Auxilio UNAM, el cuerpo parapoliciaco de la UNAM, y el CGH afuera.

El grupo de dizque universitarios que se posesiona de la prepa arrea parejo, expulsando violentamente a paristas y no paristas. Son golpeadores expertos, no en balde han servido por años en las huestes de Brígido Navarrete y desde ahí, ostentándose como trabajadores universitarios –y algunos realmente lo son, hasta están afiliados al STUNAM–, han sido tremendamente útiles a las autoridades. Pero entre los golpeadores hay también gente que las autoridades fueron levantando por ahí, en el metro y en la calle, y porros de larga carrera en Acatlán, Derecho, CCH Oriente.

–Como a las 3 nos avisaron que se había metido gente a la Prepa 3. Eran de Auxilio UNAM, porros del 3 de Marzo y porros del GREU de las Prepas 6 y 9. Cuando llegamos ya había compañeros de Prepa 3, de Aragón, de Oriente, de Economía y de Ciencias. Había como doscientos afuera de la escuela. Para ese entonces no quedaban huelguistas adentro de la prepa, se habían escapado por atrás cuando llegaron los tiras, sólo se habían quedado dos o tres escondidos. Los que estaban adentro nos aventaban piedras, iban arrastrando por todo el patio las barricadas de los huelguistas. Los que estábamos afuera decíamos que había que retomar la escuela y le dimos la vuelta buscando por dónde. Había quienes decían que había que retirarnos, que dialogáramos, ¿con quién, si los de adentro eran pura tira y porros? Una piedra que tiraron le abrió la ceja a un chavo de Prepa 2 [...] Por encima volaba un helicóptero blanco de la tira. Decidimos retomar la escuela.

–Llegamos a la prepa y tú, lógicamente, después de haber sufrido agresiones de Auxilio UNAM y los porros, no vas a decirles: “Sálganse por favor”. Hubo un enfrentamiento pesado; de adentro hacia afuera volaban sillas, piedras, y de afuera hacia adentro pues lo poquito que había en la calle, algunas piedritas, uno que otro palo, un compañero se quitó los zapatos y se los aventó.

Un rato se mantiene este cerco peculiar, pero el CGH mide sus fuerzas y decide forzar la entrada. Huelguistas de otras escuelas siguen llegando.

–Por atrás se pudo abrir un hueco en un muro, pero no alcanzamos a meternos porque se empezaron a oír patrullas [...] Corrimos al frente y ya los compañeros habían logrado abrir la puerta principal. Entramos cientos del CGH, un montón; eran como las 6.

–Los porros pudieron escaparse. Adentro quedó nada más la tira contratada. Los tiras tenían un carrito del súper lleno de piedras con las que nos habían estado dando. También tenían tubos. Los chavos se les fueron encima. Los del CGH estábamos furiosos y no queríamos que la prensa estuviera registrando aquello. Me encontré a una compañera que estaba curando a uno de los golpeadores, tenían cara de campes, eran de Hidalgo y Veracruz y hasta había un niño como de trece al que le habían pagado quince pesos por meterse a la escuela.

Ya en control de la prepa, los paristas descargan su ira en los golpeadores que no pudieron escaparse; les llueven trancazos, mentadas y preguntas: “¿Quién eres?, ¿quién te mandó?, ¿cuánto te pagaron?” Algunos de plano no quedan en condiciones de contestar nada. Otros, entre sollozos, informan de vagas contrataciones, de licenciados que los apalabraron “para un jale”. Los huelguistas encuentran en las ropas de algunos credenciales que los identifican como miembros de Vigilancia UNAM.

–En la prepa intervienen más de trescientos golpeadores entre gente del sindicato, de Auxilio UNAM, gente que es personal de confianza, incluso gente de la zona a la cual le pagaron 1 500 a 2 mil pesos por ir a golpear estudiantes.

El lamentable estado de los golpeadores golpeados llama la atención de la prensa, que es repelida por los huelguistas. Para esas horas ya empezaron a llegar ambulancias, además de que un cerco de granaderos se dispone alrededor de la prepa.

–Al ratito llegaron ambulancias del ERUM y la Cruz Roja y se llevaron a los tiras todos golpeados. Cuando se fueron el CGH se puso a revisar la escuela y encontramos una impresora enterrada. En las paredes estaban las firmas de los porros, una como V con un 7 arriba [Voca 7] y al lado 3 de Marzo.

–Llegamos a las 6 y media. Ya la calle estaba cerrada, íbamos con la adrenalina arriba, había una barda como de metro y medio y la brincamos y ya no había nada, lo único es que estaban sacando a los heridos; los medios estaban así como pirañas con la foto. Entran nuestros compañeros de Psicología aventando a todo mundo y armamos la valla para que salgan los heridos y haciendo atrás a los medios. Un compañero me comenta: “Estuvo grueso, nos apedrearón hora y media, entramos a recuperarla”. Sobre la avenida vemos correr a todos, una estampida de compañeros gritando: “¡Ahí vienen los granaderos!” Ingenuamente nuestra reacción fue “regrésense a la prepa, no se dispersen”.

Una buena cantidad de estudiantes se refugian en la prepa; ahí se sienten a salvo de la agresión de los granaderos.

–Los granaderos se acomodan en cerco, yo estaba afuera. Por teléfono les digo que se salgan y me contesta la voz de una compañera, Leticia Contreras: “No te preocupes, no van a violar la autonomía universitaria, no van a entrar”. A mí sí me tranquilizó, me fui a mi casa, vi la tele [...] la autonomía universitaria se la pasaron por los güevos.

Pero en ese momento de quien hay que cuidarse no es de los granaderos. Toda la tarde han menudeado las llamadas de altos mandos de la Federal Preventiva, urgiendo a la policía capitalina a desalojar a los huelguistas. “Nosotros no nos movemos ni un milímetro”, les responden. Rosario Robles, por su parte, acusa a De la Fuente de evadir su responsabilidad en el conflicto.

–Corrió el rumor de que iba a llegar la policía federal y organizamos rondines por la parte de atrás. Ya estaba bien oscuro. La tira del D. F. rodeaba la escuela, eran como tres filas de granaderos. Algunos compañeros que estaban afuera regresaban. Decían que como la UNAM es autónoma la policía no podía entrar. Cerramos con cadenas. Al ratito se encendieron dos reflectores y nomás escuchamos el paso de las botas. Alcanzamos a ver unos cascos con las letras PFP.

–Los de Psicología fueron a ver qué había pasado. Les dijeron que había habido madrazos pero ya habían pasado, ellos saca-

ron los heridos. Eran como las 8 de la noche, dijeron “vámonos” y se empezaron a ir hacia Eduardo Molina cuando se dieron cuenta de que faltaba Sulai; en eso llegaron los granaderos que cerraron el puente. No les quedaba otra que enfrentarse a los granaderos o meterse a la prepa. Les cortaron la luz tres veces. Justo entonces llega la PFP.

Al cerco de granaderos, se suma la llegada de camiones de la Policía Federal Preventiva. Los federales, de inmediato, pasan a la acción:

–Con unas pinzas tronaron la puerta y alguien dio una orden: “Al que agarren, represión”. Adentro algunos estaban confundidos. Medio veían que llegaban camiones y todavía decían: “Son camiones de organizaciones sociales, nos vienen a apoyar”. Y hasta gritaron: “¡Vivan los panchos!”

–Los tiras, vestidos de gris con escudos, macanas, cascos y chalecos, empezaron a tumbar las barricadas. Oímos otro tronido, se daban órdenes de jalar a alguno. Mis cuates y yo nos agarramos de los brazos.

–La reja de la puerta se está moviendo y empiezan a quitar la barricada, ¿será que van a violar otra vez la autonomía? Una compañera se puso a llorar grueso.

“Oriente, no me sueltes”, “Psicología, júntense”, cada cual busca su querencia y se apaña fuertemente por los brazos. “Se hace un muégano y toda la banda se junta.” Y allí están los huelguistas-muéganos rodeados de tira gris; durante un rato que parece eterno ninguno se mueve ni habla, los estudiantes tratan hasta de no respirar; luego, en murmullos se preguntan si los irán a detener, a desaparecer, a matar. Por ahí algunos empiezan a cantar el himno nacional, el “sonoro rugir del cañón” sale trémulo de sus gargantas, pero cantar los aligera y les devuelve la sensación de que no está cada uno solo con sus fuerzas, que son un montón y todavía están juntos. Entonces, sorprendentemente, los skatos gruesísimos y alternativos, los fresas, los slameros, los activistas de profesión, los darkis, la banda de greñas rojas o agresivos mohicanos con colgijes en la nariz y el ombligo, encuentran un canto común que viene de otros años; los setenta de Silvio se pegan con un hilo de voz al joven siglo. “Ojalá por lo menos

que me lleve la muerte, para no verte tanto, para no verte siempre, en todos los segundos, en todas las visiones.”

–Los tiras te rodean pero no te hacen nada, se van sobre Benítez. Cuando lo agarran es la histeria completa [...] empiezan a sacar de uno por uno. Una bola gris se los comía.

–Me avisaron por teléfono: “Acaban de apañar a todos los de Psicología” y yo les decía: “Cómo, si los de Psicología nunca se meten”. En la tele los empiezo a ver, a dos amigos míos los golpearon muchísimo, a Toño por ejemplo lo supermadrearon a toletazos; se cayó una chava y mi amigo llegó para recogerla y uno de la PFP le pone una madriza terrible.

–Gritábamos: “¡Oriente, no me sueltes!” Vimos que a Mario Benítez lo golpeaban con saña. No estábamos dispuestos a subirnos a los camiones pero nos empujaban para allá. En eso veo que los tiras del D. F. no se metían. La PFP se iba sobre los que venían solos o mal agarrados. Hasta hubo uno de la PFP que decía: “Coopéralo y llégale desde aquí, cabrón”. Así fue como pudimos salirnos un montón sin subirnos a los camiones.

Otro buen montón, doscientos cuarenta y ocho paristas, pasan entre vallas dobles y triples de tira, sin más chance que treparse a los camiones de la federal.

–Con los camiones de la tira pasaron cosas chistosas, como de que un cuate de Azcapozalco estaba segurísimo que eran de organizaciones sociales, y como veía que traían pintadas las letras PFP les daba vuelta buscando que dijeran PV [Pancho Villa], hasta que un tira le ordenó subirse. Arriba ya ha de haber entendido qué pasaba.

–En nuestro camión se hace una lista de quiénes íbamos, se logra aventar por una ventana, abren el quemacocos del camión y un chavo se sube: “¡Somos estudiantes de la UNAM, nos están secuestrando!” Muchos volteaban [pero] no veías mucha reacción, y por donde nos llevaban no veías mucha gente.

–De Iniciación cayó preso todo el Comité de Huelga.

Entre el martes y el miércoles, los detenidos son puestos a disposición del Ministerio Público, y más tarde la Procuraduría General de la República los consigna por motín, sabotaje, robo específico, daño en propiedad ajena, asociación delictuosa, despojo, lesiones...

–Mi hijo es estudiante, no participa mucho pero ayuda. Estuvo en lo de la prepa porque le molestó mucho [ver] cómo estaban golpeando a los estudiantes los porros mandados por Rectoría [...] a él los de la PFP lo avientan contra un poste, lo trasladaron a la PGR. Eran muchos menores de edad. Los obligaron a tener un abogado de oficio que los estaba amenazando para que aceptaran las declaraciones, después los trasladaron al Tutelar, ahí los estuvieron amedrentando: “Dijo el rector que todos los que están aquí van a quedar fuera de la UNAM”.

Del martes negro al domingo gris

Cecilia, Elizabeth, Tania Jimena, Tania Paloma, Julieta, Enriqueta, Eva, Leticia, Argelia, Alonso, Noé

Hay confusión tras la violencia organizada desde lo alto en la Prepa 3. No entre los huelguistas, que tienen muy claro para dónde sopla el aire y que tratan de unificar sus fuerzas y sobreponerse a la ira y a la desesperación.

—El 1° de febrero es la debacle, la Prepa 3. Las escenas que salen son espantosas, o sea, “ya valió”.

La confusión se da, sobre todo, en ese rostro de rostros que es “la opinión pública”. ¿Qué pasó realmente en la Prepa 3? Los noticieros son enfáticos: los estudiantes protagonizaron, una vez más, un suceso de violencia irracional, agrediendo con piedras, palos y tubos a trabajadores universitarios que cumplían con su deber. Así tal cual lo dice un desplegado de la UNAM con firmas de trabajadores, lo repiten sin tregua y a gritos los Alatorre, y muchos, por conveniencia o credulidad, lo dan por cierto y condenan a los cegeacheros. Y desde el primer momento el rector fija una postura oficial que no admite cuestionamientos:

La presencia de la PFP en la Preparatoria 3 sirvió para evitar que hubiera una verdadera masacre contra trabajadores de Protección a la Comunidad, que habían sido brutalmente agredidos por paristas vinculados con grupos ajenos a la UNAM, de éstos claramente subversivos, como el EPR que tanto ha apoyado al CGH. La prueba de tanta subversión es que la policía detuvo a tres personas armadas con cocteles molotov.

—Eduardo y yo dimos un rodeo a la escuela. Nos sentamos en la banqueta [...] De repente las patrullas, los jeeps; empezaron a golpear a Eduardo, me empujaron contra la pared, nos decían que qué chingados estábamos haciendo ahí, me quitaron el celular, me suben a la patrulla. La banda reaccionó tarde, se arrancan los jeeps, en uno va René, en otro Eduardo, en otro yo y vemos cómo viene toda la banda gritando [...] En un parque [nos detenemos], los policías empiezan a decir que traíamos bombas

molotov y que traíamos petardos, que íbamos a matar a alguien. Me dicen: “Tienes que decir que él [Eduardo] traía esto y esto, porque la neta es que a él lo queremos chingar”. [René y yo] dijimos que no. Llega una patrulla y se baja de ahí Salvador Hernández, un comandante que me dijo que tenía que aflojar y que le echáramos todo el muerto a Eduardo de una supuesta conspiración para matar a alguien. Decimos que no. Salvador Hernández, me grabé bien su nombre, de su placa, me agarra del brazo y me lo va torciendo: “O dices que este mono traía esto y esto y esto o los vamos a madrear; me caíste bien y te quiero dejar salir”. [En el MP] nos incomunican, [a ellos] les dicen que aflojen, que si el CGH quería matar a los verdaderos estudiantes, que si no dicen me van a violar [...] En el Canal 7 ponen en las noticias que traíamos bombas molotov. A las 10 y media, oh sorpresa, nos enteramos que todo el CGH estaba detenido. En las noticias sale que los detenidos estamos todos juntos, y los tiras nos dicen: “Ya ven, los podemos desaparecer y nadie se entera”. Estaban nuestros nombres como si estuviéramos detenidos con todo el CGH. Le digo a Eduardo que si a las 12 no sabemos nada de traslados [con los otros detenidos], vamos a hacernos a la idea de que nos van a matar. Eduardo estaba pensando lo mismo. Nos presentan una caja con lo que supuestamente traíamos, junto con mi celular, que era la prueba de que tramábamos algo [...] Teníamos nueve cargos, terrorismo, sabotaje, daño en propiedad ajena, motín, más lo de los explosivos y la peligrosidad social. Nosotros ni siquiera entramos a la Prepa 3.

Además de anunciar a los cuatro vientos que la federal ha salvado a los universitarios de una conjura subversiva, los noticieros dedican muchos minutos en cadena nacional, y la prensa planas enteras, a conjeturar sobre el “increíble acto de escapismo” de Mario Benítez. En cambio, comentaristas y funcionarios, incluido De la Fuente, se saltan la actuación de las huestes de Brígido Navarrete y la contratación de golpeadores con y sin experiencia de que se valieron las autoridades para romper la huelga en Prepa 3. “No vamos a responder preguntas”, les espeta el rector a los periodistas.

De la traída y llevada fuga de Benítez, a quien todo mundo vio en las garras de un federal, tal vez la única voz lúcida sea la del periodista Miguel Ángel Velázquez, quien en su columna Ciudad Perdida, en *La Jornada*, le da su exacta dimensión: un performance concebi-

do para hundir la reputación de Benítez entre los huelguistas y para distraer la mirada de lo verdaderamente importante: que la huelga se acaba a madrazo limpio. Vociferando sobre la sospechosa fuga y la “brutalidad” de los huelguistas, se quiere ocultar que, “por órdenes de la superioridad”, empleados universitarios se presentaron en la prepa a sacar a los huelguistas, o casos tan nítidos como el que reporta la revista *Milenio*: “Como a las 8 andaba por la glorieta Taxqueña [...] y me encontró el licenciado Hernández y me dijo que había un jale en la Prepa 3, que si quería ir a resguardar la escuela porque ya la iban a entregar los paristas [...] Nos llevaron en unas camionetas naranjas para Aragón. [El reportero pregunta: ¿Dónde estás trabajando?] Ahora ya no, pero estuve en Seguridad de, digo, ya no [...] [¿Dónde dijiste?] Ya’stuvo. Ya no te voy a decir nada, me cai. Ya’stuvo” (n. 126, 7 de febrero de 2000).

–Terrorismo, sabotaje, ¿de qué nos acusan? Pues quién sabe [...] Como doce horas en los separos, y ya de ahí nos sacan al reclusorio. Sales de los separos agarrada a la de adelante y corriendo, te hacen correr entre la fila de judiciales con las armas, y cuando ibas corriendo te dicen “perras”, “putas”, ya sabes, ese tipo de lenguaje.

–A mi amiga le cortaron cartucho en la cabeza. En la cárcel los doctores los hicieron desnudar, un cerdo asqueroso. “Toda la fuerza que tuve dentro de la prepa –dice mi amiga–; ahora me acuerdo de cualquier escena y me pongo a llorar.”

Mientras doscientos cuarenta y ocho estudiantes pasan las de Caín en la cárcel por el delito de estar en huelga, los golpeadores magullados lloriquean sus miserias: “Me robaron, me golpearon, me amenazaron de muerte”; el catedrático Burgoa exige que la federal se meta en las demás escuelas; el CEN del PRI apoya, cómo no, la acción de la PFP; el CEN del PAN considera que en la prepa hubo “enfrentamientos entre estudiantes de la UNAM”; el presidente Zedillo anda bicicleteando por Europa y, la cereza en el pastel, la alta burocracia universitaria redacta un desplegado en el que, sin hacer la más mínima referencia a las acciones de Auxilio UNAM y la PFP, los firmantes le ponen un ultimátum al CGH. El texto completo, aparecido el 3 de febrero en dos diarios de circulación nacional, dice: “La iniciativa del plebiscito, que dio a conocer claramente el punto de

vista y la actitud de los universitarios, se ha visto frenada por actos de violencia y de irracionalidad. Continuar en el camino marcado por el plebiscito significa hoy el regreso a las tareas universitarias. Los recientes sucesos de violencia en la Preparatoria 3 son prueba fehaciente de que la retención de las instalaciones por parte de una minoría intolerante es lo más perjudicial para la vida universitaria, el diálogo y la realización del congreso universitario. Si el CGH quiere contribuir a ese diálogo y evitar las provocaciones tiene para ello un elemento invaluable: la devolución inmediata de las instalaciones, lo que en este momento quiere decir que entre universitarios el método civilizado es el diálogo y no la retención a toda costa de los espacios que son de todos”.

Este desplegado es redactado por José Ramón Enríquez, director del Centro Universitario de Teatro, y por Ignacio Solares, director de Literatura, y los gastos de su publicación corren a cuenta de la universidad, como el propio Solares informa. El texto es suscrito por ochenta y siete personalidades: Sergio Aguayo, Héctor Aguilar Camín, Sealtiel Alatríste, Eliseo Alberto, Hugo Argüelles, Homero Aridjis, Héctor Azar, Roger Bartra, Antonio Bolívar, Diana Bracho, Carmen Boullosa, Marco Antonio Campos, Emmanuel Carballo, Eduardo Casar, Jorge Castañeda, Alí Chumacero, Gonzalo Celorio, Gloria Contreras, Rolando Cordera, José Luis Cuevas, José Ramón Enríquez, Beatriz Espejo, Mario Espinosa, Bruno Estañol, Gerardo Estrada, Manuel Felguérez, Enrique Florescano, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Fernando García Ramírez, Anamari Gomís, Enrique González Pedrero, José Gordon, Joaquín Gutiérrez Heras, Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Hernández, Hugo Hiriart, David Huerta, Eugenia Huerta, Federico Ibarra, Bárbara Jacobs, Gerardo Kleinburg, Enrique Krauze, Hernán Lara Zavala, Mario Lavista, Miguel León Portilla, Eduardo Lizalde, Ludwik Margules, David Martín del Campo, Ángeles Mastretta, Héctor Mendoza, María Luisa Mendoza, Lorenzo Meyer, Silvia Molina, Carlos Monsiváis, Augusto Monterroso, Álvaro Mutis, Cristina Pacheco, José Emilio Pacheco, Fernando del Paso, Carlos Payán, José María Pérez Gay, Rafael Pérez Gay, Aline Petterson, Sergio Pitol, Elena Poniatowska, Francisco Prieto, Vicente Quirarte, Sergio Ramírez, Rafael Ramírez Heredia, Víctor Hugo Rascón Banda, Ignacio Retes, Federico Reyes Heróles, María Rojo, Alejandro Rossi, Álvaro Ruiz Abreu, Jorge Ruiz Dueñas, Luis Salazar, Adolfo Sánchez Rebolledo, Sebastián, Marcela Serrano, Guillermo Sheridan, Javier Sicilia, Ignacio Solares, Luis de Tavira, Isabel Turrent, Juan Villoro, Ramón Xirau.

—En lo personal como lo vivo es como la hipocresía, y eso es bien triste porque en política no se puede confiar en nadie, y es hipocresía en el sentido de que sabían lo que estaban pidiendo [...] Muy en el fondo era apoyar que la huelga se rompiera a como diera lugar aunque después tuvieran qué decir: “Ay malditos”.

Si el plebiscito del rector había metido una cuña en el cuerpo de la universidad y aun fuera de ésta, la aparición del desplegado provoca el total desgarramiento. Al redactarlo, Solares se había inspirado en su convencimiento de que “los únicos golpeadores fueron los paristas”. A los demás firmantes, a decir de un Gilly borgiano, “no los unió el amor sino el espanto”. Pero otro espanto mayor sienten algunos al enterarse de las acusaciones que hace la PGR. Apenas un día después, Carlos Monsiváis declara en entrevista a la revista *Proceso*: “El texto se firmó antes de que conociéramos la penosa iniciativa de la PGR, con sus aberraciones jurídicas en lo tocante a terrorismo y motín”. Allí mismo, Luis Villoro da su interpretación: “Creo que tenían buenas intenciones [los intelectuales firmantes] pero no hubo una reflexión suficiente” (n. 1214, 6 de febrero de 2000).

Muchos huelguistas, sin embargo, no pueden volver la hoja atrás. Se miran a sí mismos humillados, golpeados, encarcelados, y en otro extremo ven a un grupo de académicos, artistas, funcionarios y líderes de opinión con el que no los une ni el amor ni el espanto ni nada:

—Los intelectuales no son la cabeza [...] no nos quedamos sin cabeza, al contrario, creo que afortunadamente ya se pusieron los puntos sobre las íes.

—Los intelectuales creen que son independientes pero no pueden, porque todo el conocimiento que tienen es burgués; nosotros como estudiantes sí podemos porque no tenemos interés, y estamos en la etapa en que eres revolucionario o no eres joven [...] Monsiváis antes era ley pero de repente dice que el movimiento no es legítimo, que ya perdió su oportunidad. No es que estuviera de acuerdo con el sistema, sino que no comprendió al movimiento, porque para comprenderlo tenía que estar ahí. Los intelectuales nunca se fueron a parar al movimiento, tenían contactos, pero no te pueden decir sobre las cosas importantes.

Para el viernes 4 de febrero, el rector cita al CGH a la Antigua Escuela de Medicina para realizar un encuentro que tiene todos los visos de una rendición. Para empezar, las autoridades no quieren ser incomodadas: “Nada de mítines en el encuentro”. Allí adentro pasan todo el día discutiendo. Muy de vez en cuando alguno sale a dar su versión a la prensa; hay versiones confusas pero lo que queda muy claro es que las autoridades están fijando las condiciones para el levantamiento de la huelga: escuela por escuela o todas juntas. Los delegados del CGH, por su parte, declaran que no están levantando la huelga, sino exigiendo la libertad de los detenidos para luego discutir sobre la huelga, el pliego, esas cosas. Aunque hay huelguistas que muy claramente perciben que han perdido cualquier posición de fuerza.

—En Iniciación acordamos discutir con las autoridades que se cambiaran instalaciones por los compañeros presos, y Prepa 7 y la ENAP sacaron resolutivos similares. Había amenazas muy fuertes de que la tira rompería la huelga. Había llegado el tiempo de cambiar la forma de lucha pero seguir con la misma bandera.

Las autoridades están armadas del respaldo de “toda la sociedad”: empresarios lo mismo que eclesiásticos lo mismo que intelectuales lo mismo que universitarios han apoyado al rector, “¿no les queda claro?” Ese día, el CGH convoca a una marcha por la libertad de los estudiantes presos; el grueso de la marcha, para no meter en más problemas a sus delegados, obedece la orden de no acercarse a la sede del encuentro, y se concentra en el Zócalo.

—[Era] un marchón que abarcaba de Gobernación al Sanborns de Reforma por los dos carriles; como a las 8 llegó al Zócalo. Se gritaba por el regreso al diálogo y el respeto a los acuerdos del 10 de diciembre. El Llanero [Enrique Cisneros] por sus pistolas se puso hasta adelante de un contingente como de quinientos y se los jaló para Medicina, según porque la comisión del CGH había pedido apoyo. Pero no era cierto. Luego nos dijeron que cuando los de la marcha llegaron gritando las autoridades se pararon y dijeron que ahí acababa todo, y tuvo que salir alguno a correr a la marcha.

–En la marcha ya se veía muy duro. Había como una desesperación de que los que estaban con las autoridades no se levantaran de la mesa, que llegaran a acuerdos. La marcha que llevó el Llano [a Medicina] fue un acto desesperado. No se midieron las fuerzas. Allí salió el abogado Juan de Dios: “Ya se llegó a acuerdo, sálganse”.

Pero allí adentro no hay acuerdo. Todo está en el atolladero:

–El CGH dijo que no podía levantar la huelga sin el cumplimiento de los acuerdos. Dos de nosotros, Víctor Alejo de Políticas e Higinio Muñoz de Ciencias, y dos de ellos se pusieron a redactar un posible acuerdo. Las autoridades dijeron que necesitaban garantías de que levantaríamos la huelga. Con el ánimo de resolver, se les preguntó cuáles serían. Dijeron que quitar barricadas y abrir algunos institutos, como el de Jurídicas, que eso sería dar una prueba. [Luego] se retiraron aparentemente para consultar, regresaron diciendo que no era suficiente. Y poco a poco se ve que nada es suficiente. Dicen que hay que levantar la huelga o habrá otras medidas. El CGH preguntó que si eso era una amenaza. Contestaron: “Tómenlo como quieran”.

A las 11 de la noche aquello truena. Bueno, truena un poco antes porque el titular de la CNDH, José Luis Soberanes, cuyo papel en el asunto era supuestamente de observador, se madruga a todos y antes que nadie informa a la prensa que no hay acuerdos. Aunque nadie habla de fracasos o derrota, el ánimo de los paristas anda por los suelos; ya se esperan lo peor.

–Cuando los compañeros salieron era tardísimo. Ya no había nadie afuera y los del CGH pusieron cara de “juat”. La gente de los medios estaba enojadísima porque nadie les había dicho nada en todo el día. Ahí los del CGH se enteraron del boletín de Soberanes. Salimos muy sacados de onda, no nos quedaba claro cómo iban a ejercer las autoridades su amenaza. Estuvimos toda la noche junto a la fogata con cara de preocupados y diciendo: “Probablemente hoy vengan, tratemos de tomar las medidas de seguridad pertinentes”.

–De los “cuartos” se sacó todo porque ya sabíamos que iba a entrar la policía. Metimos todo a un cubículo y el mismo viernes cerramos la facultad con candado y dijimos: “Nadie entra a Psicología hasta el lunes”.

–Era como vivir una escena de *Rojo amanecer*. Estabas esperando a ver a qué horas tocaban los militares a tu puerta.

La carga contra el CGH

Argelia, Julieta, Eva, Leticia, Alonso, Javier, Agustín, Andrea, Ingrid, Ileana, Evelia, Areli, Pilar, Gandhi, Fabián, Ramón, Tania Jimena, Tania Paloma

Agotados tras la marcha y las desalentadoras noticias de la reunión con las autoridades, los huelguistas viven un larguísimo sábado:

–En el CGH del sábado se da información de lo que ocurrió en la reunión. Los rumores de que la policía llegará son constantes, que a las 2, que a las 3, que a las 4. Los reporteros les dicen a los compañeros más conocidos: “Váyanse de aquí”. Los más señalados dicen: “Lo mejor es quedarse, asumir lo que venga”. Muchísimos sí se fueron.

Ya nadie duda que lo que sigue es la entrada de la policía. De hablar del pliego petitorio, los acuerdos de diciembre y los estudiantes detenidos en Prepa 3, los huelguistas pasan a darle vueltas a la inminente acción policiaca. ¿Nos vamos? ¿Nos quedamos? ¿Qué sale menos peor?

–Yo discutía mucho este rollo de sentirte vencido. Me decían: “Si sabes que va a llegar la policía, qué haces”. Y yo: “Pues me voy, para qué quiero que me apañen si de todas maneras ya sé que perdimos” [...] Pero era todo un rollo de “cómo voy a dejar que la policía entre y no hacer nada, yo voy a estar ahí y a ver cómo me llevan”. Por eso mi amigo se quedó. Él ni se imaginaba cómo iba a ser la cárcel.

Embozados en sus cobijas, ojerosos, desparramados en las duras butacas del Che y en los pasillos, los huelguistas dan vuelta a las mismas ideas, se aferran brevemente a ilusiones salvadoras, como ir soltando los institutos y las prepas, y luego las ENEP, para que no se acabe todo de golpe. ¿Y si se acaba? Pues rehacer la huelga extramuros, irse a alguna UAM, agarrar fuerzas afuera y luego regresar. Entre algunos

–había el ánimo de “viene la policía y aquí la esperamos”. Estaban con el rollo de que se trataba de un CGH común y corriente, se les hacía fácil entrar y salir de la cárcel.

Y así dan las 11 y las 12 del último día de la universidad en huelga. Los paristas andan con el alma en un hilo; quién sabe por qué hay la certeza de que, de entrar la tira, será a las 3 de la mañana, como si los federales necesitaran el cobijo de las sombras para actuar. Por eso, hasta las 3, pocos se arriesgan a dormir.

–Eso lo habíamos vivido toda la huelga, muchas noches se decía: “Hoy entra la tira” y había mucha actividad y rondines y nada. El sábado se decía que la tira entraría a las 3 de la mañana del domingo. Como no pasó, la gente se tranquilizó y se quedó en las guardias. A las 6 no esperaban nada.

Algunos se relajan, se distribuyen en los salones-dormitorios, se van a sus escuelas. Otros, muchos más, velan armas en un auditorio que tiene las luces más mortecinas que nunca.

–El ambiente era muy tenso. Mi hermano, mi novio y mis amigos me dijeron: “Vete de aquí, güey, quién nos va a sacar si nos meten a todos”, ¿no? Finalmente me convencieron.

–La gente que se quedó en el Che fue por pura y neta convicción y por amor al movimiento, porque sabíamos que [la tira] iba a entrar.

–Muchos se van a las 3 de la mañana, que a hacer rondines; es el pretexto. Algunos ya no regresan, muchos sí. Como la tira no llegó a las 3, dijimos: “Fue otro rumor, han de haber cambiado de estrategia”. Nos quedamos.

Y a las 6 la amenaza se cumple, y adquieren voz y cuerpo los fantasmas.

–Un compañero gritó: “Ya están aquí”. Por la ventana se ven hileras de soldados o policías vestidos de gris. Tomamos nuestras cosas y nos dijimos: “Bueno, juntos hasta el final; si hay que correr, corremos”. De alguna manera mucho tiempo nos estuvimos preparando para algo así, nunca dejamos de desconfiar en las autoridades y el gobierno federal [...] Salimos [...] vimos pasar a muchos de la PFP, alcancé a voltear al Che y vi a los policías entrando. Seguimos corriendo al estadio de CU, pasamos unas barri-

cadás, no sé cómo brincamos rápidamente; me salí a Insurgentes y por ahí nos encontramos a los de la PFP, la valla cercó el paso de escape. Uno me empuja con su escudo y me da un terror horrible, porque yo estaba en una bajadita pero eso me permitió reaccionar; le grité que no pegara y con el grito se asomó un fotógrafo, iba a tomar la foto y el de la PFP retrocedió y pude escapar.

De uno en fondo o codo a codo, 2 mil 500 federales se despliegan para copar el Che, y algunos se distribuyen para bloquear a los que huyen por el estacionamiento. Rodean la Facultad de Filosofía, escudriñan los rincones.

–La policía llegó a enfrentar. La gente del CGH se hizo para atrás. No encontraron nada, ni un zapatista en la cisterna.

–No somos los terroristas que nos llamaron, no teníamos bombas, no teníamos granadas, no teníamos AK, balas, molotovs, no hubo resistencia física contra ellos. Ellos traían toletes, cascos, escudos, capuchas, porque tienen miedo o vergüenza de mostrar su cara.

–A las 7 hablaron de un celular de Filosofía: “Estamos rodeados”. Fue una sensación horrible no sólo por los chavos sino por la universidad, por nuestra lucha, por nosotros mismos que estuvimos meses.

De Filosofía logran escaparse huelguistas que no estaban en el Che, algunos a riesgo de convertirse en estatuas de sal:

–Como a las 2 me fui del Che, me fui a dormir, tenía yo viviendo conmigo una gatita, Filosofía estaba llena de mascotas [...] Como a las 4, por la ventana que da a las islas, alguien gritó: “¡Salgan de ahí, cabrones, que ya llegó la PFP!” Le llamaron la atención porque era falso. Como a las 6 oí mucho ruido, veía que todos corrían, yo estaba más dormida que despierta [...] Bajé, yo era de las últimas, me tocó ver puras chavas histéricas, una estaba abrazando un tubo, llorando. Me encontré a otra tirada en el piso llorando y su novio: “Levántate por favor, nos tenemos que ir” [...] Me salí en playerita, hacía un frío, seguía bajando las escaleras [...] No estaban mis allegados ni mi novio, “ahora

con quién demonios me salgo”. Voltié hacia la puerta principal, en el ventanal había una barricada de puras bancas y fue cuando los vi, sin querer hacer ruido, muy sigilosamente con sus toletes, sus trajes grises, pegaditos a la pared, sus botas. Fue impresionante verlos pasar formados. Corríamos hacia atrás, hacia adelante, empezamos a salir por la cocina. Yo sabía que venía mucha gente detrás, pero voltié y ya había pocos. La PFP estaba en la entrada principal del Che, se nos quedaban viendo, nos vimos fijamente. Entonces empezamos a caminar hacia el túnel que da al estacionamiento, cruzamos el estacionamiento, me dio la mano un muchacho y me dijo: “Tú camina y no voltiés para atrás”. Pero yo voltié y cada vez veía menos gente [...] Cuando ya íbamos casi junto a Rectoría, se oyó un grito: “¡Vayan por ellos!” [...] Me subí a una barricada, oí un ruido horrible y era que una barricada se cayó encima de una muchacha [...] De verdad creí “ya la libramos”, no había tomado en cuenta que Insurgentes estaba lleno de tira. Cuando empezamos a salir por el otro lado del túnel ya nos estaban esperando. Yo seguí no sé a quién, y voltié y atrás de mí eran poquísimos, muchísimos menos los que veníamos [...] Empezamos a correr hacia el estadio, hacia Revolución, llegamos a un paradero de microbuses pero ya había camiones de granaderos, patrullas; si seguíamos corriendo, con el aspecto que llevábamos, era seguro que nos iban a detener. Lo que hicimos fue que cada vez que avanzaba un microbús caminábamos al lado de él, íbamos entre las llantas para que no se nos vieran los pies. Cuando llegamos al primer microbús nos subimos, “a ver a dónde nos lleva”. Éramos como quince y habíamos salido juntos como sesenta. A mi gata ya nunca la encontré.

La extirpación de la huelga se prolonga por más de dos horas.

–Habíamos muchos dormidos en los pasillos del Che, enredados en cobijas. Decidí quedarme porque ésa había sido la discusión en el FZLN: estar ahí acompañando, ver qué pasaba para poder armar la cobertura internacional. No todos los del FZ lo hicieron pero, bueno [...] Entraron primero como veinte tiras, armados, con bombas de gas, AK, a lo mejor pensaban que iba a pasar algo como la Prepa 3. Revisaron el auditorio. Nosotros nos concentramos del lado izquierdo del Che, éramos 500, 600. Luego entran los demás tiras, con pasamontañas, escudos, llevan la

máscara esa de Darth Vader [...] Me temblaron las piernas, muchos compañeros empezaron a llorar. La primera impresión es muy fuerte y piensas: "¿Por qué no te fuiste a dormir a tu casa?" Nos empiezan a rodear, cubren las salidas. Un chavo les gritó: "Como ciudadano mexicano les exijo que me digan en qué calidad estamos. Si no estamos en calidad de detenidos, que nos abran paso porque nos queremos ir". Temblábamos. Los que traían celular hablaban, hacíamos la lista de los que estábamos, con el reportero de *La Jornada* [...] Al rato llegó [el director de la PFP] Robledo con varia gente de traje. Un grupo de la PFP se fue directo sobre Mario Benítez, el Diablo, el Mosh [...] Hubo chavos que se salvaron haciéndose pasar por periodistas, hubo periodistas con disposición, ayudaron. Afuera había filas de la PFP. Uno tenía la esperanza que, como en la Prepa 3, no alcanzarán los camiones para todos y tuvieran que dejarte ir. Pero no. Había muchos camiones.

Los huelguistas, a quienes la policía triplica en número, son trepados en autobuses "de élite". Algunos reciben trato especial: se les atan las manos atrás de la espalda, en el más puro estilo de quien atrapa a un forajido, pero otros, libres de las manos, hacen la V de la lejana, escurridiza victoria. A sus espaldas atestigua la detención el gigantesco rostro del Che Guevara, el héroe muerto en la flor de sus ideales y emblema de mantas y camisetas, cuyo pensamiento político, sin embargo, pocos conocen. La televisión transmite la escena en vivo.

-Lo primero que vemos [en la televisión] es a nuestros amigos subiendo a los camiones. Era como si se hubieran metido a tu casa y te hubieran llevado a ti. Ver a la policía en la puerta de la facultad, aquí donde ahorita estamos sentadas.

-Los compañeros detenidos salían con cara de miedo, de incertidumbre, pero también de coraje. No podíamos tolerar que los militares se llevaran arrastrando a nuestros compañeros [...] A las dos horas ya estábamos gritando en las calles. No es fácil soportar que los militares se metan a tu casa.

-En el Che habíamos ocho o diez trabajadores del sindicato; aparte había trabajadores que estaban en funciones y también se los llevaron, los ficharon y todo.

Fuera de CU, la noticia de que ha entrado la policía estremece a los huelguistas que siguen haciendo guardia.

-Te enteras en las noticias que están tomando CU. De nosotros, dos fueron a dar al bote. Nadie contestaba el teléfono en la ENAP, no sabíamos si la gente se había salido o no, y había un acuerdo de no abandonar la escuela sino defenderla. "En la madre, dije, fue un mal acuerdo."

-Yo estaba durmiendo y me hablan: "La policía va para allá [al CCH Sur], hay detenidos, sálganse". Me habló mi mamá. Lo primero que agarré fue un libro de Mario Benedetti que llevo para todos lados, *Gracias por el fuego*, es la neta, y corrí a avisarles a los demás compañeros. Dejé muchas cosas [...] pero lo que más dejamos dentro fue la propia integridad.

Y en la cárcel, entre los detenidos de la Prepa 3, el estremecimiento no es menor:

-Imagínate recibir en el reclusorio la noticia de la toma de Ciudad Universitaria. Todo mundo se paró de madrazo, todo mundo se abalanza a la televisión. Ves que los están deteniendo: "Ahí va Fulanito". Como dos horas después nos suben a darnos el auto de formal prisión, alcanzamos fianza, se solicita fianza, el secretario de acuerdos nos niega la libertad caucional por considerarnos peligrosas.

Los periódicos publican en primera plana la noticia de la intromisión policiaca; sus fotografías muestran a los jóvenes huelguistas en un último abrazo en el Che, sus miradas de estupor o de rabia, sus rostros altivos mientras marchan hacia la cárcel rodeados de policías enmascarados. Curiosamente, en el diario *Milenio* aparece una palabra sobrepuesta a su foto de portada: "¡Ya!"

¿Ya se acabó la pesadilla? ¿Ya se superó el conflicto? ¿Ya se terminó el movimiento? ¿Ya se instauró el estado de derecho? ¿Ya podemos dedicarnos en paz a la contienda electoral?

Recién desempacado del primer mundo, el presidente Zedillo "asume la responsabilidad" de lo ocurrido. Con esto quiere decir, únicamente, que asume la acción policiaca. Porque los largos meses que duró la huelga, el presidente se desentendió de ella tal vez por

considerarla un incidente más. Y sobre la palabra presidencial llueven los mensajes de beneplácito, “una medida dolorosa pero necesaria”, “la prudencia y la razón que triunfan sobre la intolerancia”, “el estricto apego a la ley”.

No le basta al gobierno “haber liberado a la UNAM de sus secuestradores”; es preciso doblegar a los huelguistas con un castigo ejemplar. Así, con su peculiar interpretación del “estricto apego a la ley”, a los estudiantes se les detiene sin orden de aprehensión y, en plazo récord –la justicia corre cuando la pinchan–, una flamante jueza de distrito en materia penal estudia cientos de expedientes y arma procesos, con lo cual los estudiantes se enteran en la cárcel que ellos, que se creían huelguistas, son en realidad despojadores, amotinados, saboteadores, sediciosos, rateros, sucios, feos y malos; en suma, un auténtico peligro social. Y aunque el rector De la Fuente declara, hueso duro de roer, que las autoridades no solicitaron el operativo de la PFP –pero don Juan Ramón, ¿quién manda en su institución?–, que la UNAM no sostiene cargos contra los huelguistas, e incluso pide, de dientes para afuera, su inmediata libertad, “qué se le va a hacer”: los estudiantes cometieron delitos que se persiguen de oficio, y ya están bien asegurados, bajo siete llaves, en las celdas del Reclusorio Norte.

Es febrero y, como dice Marcos, los febreros zedillistas son de traición y cárcel.

En ausencia de la banda

Cecilia, Argelia, Evelia, Ileana, Paty, Leticia, Tania Jimena, Tania Paloma, Julieta, Rosa María

–Cuando se rompe la huelga, a pesar de que el CGH fuera lo que fuera, es un rompimiento de corazones [...] en el sentido de la esperanza, ¿no? Para mí esa gente, con todos los errores, era la esperanza de que las cosas fueran a darse de una manera diferente.

Ya teniendo a los huelguistas en prisión, la autoridad irá decidiendo la dosis de castigo que merece cada uno. Salvo los menores de edad, remitidos al Tutelar –se les liberará dos semanas después–, en las celdas del RENO se reúnen los estudiantes detenidos en la Prepa 3 con los estudiantes detenidos en el Che Guevara.

–A la PCR de Azcapotzalco llegamos setecientos, y a los que traían órdenes de aprehensión se los llevaron al RENO. En la celda había doce compañeras incluyendo a una argentina que fue deportada.

Dos horas después de la intromisión policiaca en CU, se reúnen en sus inmediaciones los padres de los huelguistas presos, maestros, estudiantes de la UNAM, vecinos de la zona; gente solidaria que tras enterarse de la noticia, espontáneamente sale a la calle a protestar.

En tanto, las familias de los estudiantes recorren la ciudad:

–Los estuvimos buscando en delegaciones, finalmente los encontramos. A mi novio lo trasladaron inmediatamente a la cárcel, según ellos era el líder; de líder no tiene nada, es Arturo, el Oso. Vivimos la cárcel de forma súper personal: te agredieron a tí, es como si tú estuvieras adentro. Es una sensación de derrota, de decepción de la sociedad que no hizo nada. Yo lloré y lloré; mi mamá lloró y lloró. Todo el mundo lloró.

Por la tarde, al grupo de la mañana se han sumado trabajadores sindicalizados, estudiantes de otras escuelas, colonos, y se realiza una marcha a la PCR. “¡Ese plebiscito fue puro disimulo; que lo hagan rollito y se lo metan por el culo!”, gritan. En plena marcha se

van enterando que la furia limpiadora del gobierno ha alcanzado a la Normal del Mexe: ochenta detenidos más. Y Wilfrido Robledo, el torvo titular de la PFP, amenaza con cumplir otras trescientas órdenes de aprehensión. Delitos no faltan, al contrario, a la autoridad le sobra imaginación.

—No son culpables de nada, son disidentes, es su único delito [...] Las leyes las juega y re juega el propio gobierno y nosotros somos vulnerables ante la ley.

—Las autoridades se me hacen bien injustas, les han fabricado delitos como eso de que les robaron toletes a los policías. Cómo les estamos pagando de nuestros impuestos a estas personas y no saben cuidar las cosas; cómo unos niños, unos jóvenes, les van a robar los toletes y los escudos.

—Lo que declaró el director de Prepa 3 que nos robamos fueron rollos de jerga, Pinol y computadoras. Los de la PFP dijeron que cascos y escobas.

Por esos días el CEN del PRD comete un gran traspie al pronunciarse públicamente por la libertad de “la mayoría” de los detenidos. Es decir, considera que algunos de los paristas sí merecen ser castigados con la cárcel. Aunque más tarde, acicateado por el malestar que despierta esta declaración incluso entre los propios perredistas, el CEN se corrige al vuelo; para los huelguistas el asunto es inadmisiblemente, porque deja ver que en el PRD hay quienes piensan que es mejor tener a resguardo a ciertos huelguistas de oscuras intenciones.

Como una experiencia adicional del movimiento, los cegeacheros han tenido que incursionar en el enredado mundo de los procesos penales. Desde las primeras detenciones, en mayo del 99, han debido asesorarse de los pocos abogados decentes que hay, para aprender a descifrar lo que se esconde tras las marrullerías jurídicas de los jueces y el MP. Así que ahora están metidos de cabeza en ese mundo de juzgados, barandillas, desahogo de pruebas y etcétera en el que los estudiantes tienen todas las de perder, porque de antemano están condenados. Escribe Carlos Monsiváis: “En la averiguación previa por los delitos de daño en propiedad ajena doloso, motín, sabotaje, terrorismo, despojo y lo que resulte, las preguntas son inefables: a) ¿Es usted estudiante de la UNAM?; b) ¿Pertenece al Consejo

General de Huelga?; c) Diga qué se pretende con el movimiento de huelga; d) Diga quién lo invitó a participar en el movimiento de huelga; e) Diga si conoce a Mario Flavio Benítez Chávez, el Mosco [sic]; f) Diga si conoce a Alejandro Echavarría Zarco, el Mosh; g) Diga si conoce a Alberto Pacheco Guízar, el Diablo; h) Diga si ha estado detenido anteriormente [...] Las preguntas son inconcebibles porque su punto de partida es triunfalmente represivo; pertenecer al CGH es ya indicio delictivo, el CGH persigue fines que el Ministerio Público desconoce o en su asombro quiere corroborar: el CGH es una organización mafiosa a la que se entra por invitación; el solo hecho de conocer a determinados personajes convierte en cómplices a quienes lo admiten; si uno ya estuvo detenido por lo que sea, entonces ya venía de lejos la intención de pertenecer al CGH. A eso se le llama ‘trámites legales impecables’” (*La Jornada*, 9 de febrero de 2000).

—La cárcel da experiencia: entender que las cárceles en este país son para los pobres, para los desposeídos, y la justicia para los poderosos. Encontrarte con gente en un reclusorio porque se había robado un queso en Superama, ¿no?, con una fianza de 500 pesos que no podía pagar [...] Te das cuenta de que la justicia en este país es lo peor que puede ocurrir, digo, el Divino tuvo una fianza de 3 mil pesos [...] te das cuenta de que hay mucho que hacer.

Para los huelguistas presos hacer frente a los procesos legales es, además del laberinto jurídico, un lío de muchos pesos y centavos, desde los honorarios a los abogados hasta los miles de pesos que les pedirán a los que alcancen fianza. Por eso los cegeacheros, los familiares de los detenidos y mucha gente más se da prisa organizando coperachas, rifas, ventas, conciertos, boteos callejeros y lo que se vaya ocurriendo. Hacen acto de presencia en cualquier evento masivo, sea partido de fútbol en el estadio de CU, tocada, como la de Sabina o Manu Chao en el Zócalo, o encuentro político, como el de Saramago en Bellas Artes. Extienden ahí mantas gigantescas y corean, incansables: “Libertad a los presos políticos. Viva el CGH”. Enfrente del RENO se realizan encuentros de slam de lo más prendidos, y cada cual aporta “como entrada” lo que puede. La “casa tomada” durante la huelga se ha concentrado en el norte. Frente al reclusorio se instalan carpas y tiendas de campaña, amuebladas con cobijas y carto-

nes, donde pasan los días cientos de personas. Su principal objetivo es traspasar con sus voces los espesos muros de la cárcel.

–En la cárcel las consignas adquieren otro sentido, rompen las paredes. Te gritan “no estás sola” y efectivamente no lo estás [...] Cuando gritaban desde afuera todas nos callábamos y escuchábamos, y cuando nosotras gritábamos las otras internas como que sentían eso de gritar y liberarte; gritaban también con nosotros “de norte a sur, de este a oeste, ganaremos esta lucha cueste lo que cueste”.

La actividad de los brigadistas se diversifica. Ahora dedican mucho tiempo a acompañar a sus compañeros presos.

–Nunca en mi vida pensé conocer la vida de la cárcel. Me iba todos los días súper temprano, me metía primero al de mujeres, te revisan, le decimos “el papanicolau” porque te hacen lo que quieren [...] A las chavas las puedes ver en patio, luego me iba a hacer la cola gigantesca para ver a los hombres, que el pase, revisión, cuatro casetitas; yo al final era una maestrísima de las colas.

–La cárcel es la corrupción en patas, veinte filas para ver a tu chavo quince minutos. Se empiezan a meter en la fila, la gente nos odiaba. Un día nos hartamos y empezamos a pelear con unas señoras, pero nos dimos cuenta con quién nos estábamos metiendo. Nos tuvimos que echar a correr porque gritaban: “Cuando salgan van a valer madres”.

–Ellos estaban sacadísimos de onda, súper pálidos, demacrados, flacos; se morían por cigarros, con todo este rollo de la depresión: “Qué hiciste”, “nada”. El día que no tocaba visita se dormían todo el día. Yo llevaba cartas de un reclusorio a otro, de los novios [...] De los veintitrés que agarraron de Psicología, dieciocho eran mis amigos.

–Llevábamos sobre todo tarjetas de teléfono. Las llamadas telefónicas eran la fiesta para los compañeros presos.

El 9 de febrero miles y miles de personas toman las calles de la ciudad. Es un río inagotable que corre del Ángel al Zócalo, y en el

que confluyen los universitarios y sus familias, integrantes de organizaciones políticas, colonos, obreros, indígenas, tamborileros de la ENAH tropical, uameros entusiastas, estudiantes del Poli, de Chapingo, de la Ibero y la Pedagógica, y también gente que no suele andar en esos trotes y que pesca al vuelo el ritmo de las consignas. “¡Auxilio! ¡Socorro! ¡De la Fuente es porro!”

Por la mañana los federales han abandonado las instalaciones universitarias, no sin antes blanquear los muros de las escuelas, queriendo borrar las huellas de la huelga. Pero ésa no es labor que pueda conseguirse con brochas y botes de cal. Al expresar su ira contra la ocupación policiaca de la UNAM y su solidaridad con los detenidos, cien mil personas marcan nuevas huellas en Paseo de la Reforma. La indignación de los manifestantes desborda Madero y 5 de Mayo, el Zócalo resuena con una exigencia única: libertad para los que en la cárcel pagan por el delito de ser huelguistas.

–Esa marcha multitudinaria, enorme, preciosa, ¡no estuvimos ahí! Al otro día vimos las fotos, llegaban a la cárcel a contarte. Nunca faltamos ni a una marcha nosotras [...] te falta ésa, la más grande del movimiento ¡y tú adentro!

Marchan los que creyeron en las dotes negociadoras del doctor síquiata, y los que no; los que votaron en el plebiscito y los que votaron en la consulta; está el pleno arcoiris de las posiciones políticas del CGH: ultranzas y moderados; los cegeacheros que dieron cuerpo a la huelga y los no paristas que repudian la represión; los solidarios del FZLN y los “Franciscos Villas”. La tarde entera es de marcha y pareciera que, por ese lapso, las voluntades de todos están unidas como nunca durante el movimiento. “Sin la raza, ¿cómo hablará el espíritu?”

La raza tras las rejas

Agustín, Tania Jimena, Tania Paloma, Manuel, Argelia, Guadalupe, Elizabeth

Al reclusorio habían ido llegando los detenidos por tandas. Habían salido del Che dos grupos, el de los peligrosos líderes que ameritaban esposas y vigilancia especial, y el demás bonche de huelguistas.

–A Mario, el Mosh, el Diablo, la Trevi, no los llevaron en camiones sino en carro. ¡Que te digan qué música traía el chofer! Así como de Elvis.

Los demás, después de una breve estancia en la PGR de Revolución o Azcapotzalco, pasan por las innumerables filas que conducen al bote: ficha, examen médico, insultos al por mayor y patadas.

–Wilfrido Robledo llevaba una lista de dieciséis, como Higinio, Salvador Chon y otros. Yo estaba en esa lista. A los dieciséis nos llevaron custodiados por doscientos de la PFP, patrullas, patrullas de caminos.

El trámite de meterlos presos incluye dosis especiales de intimidación. Los federales ladran orden tras orden, los obligan a ponerse de cara a la pared, piernas bien abiertas y manos arriba porque “ahora sí se los va a llevar la chingada, cabrones”. Cuando finalmente cruzan la última barrera, los reos comunes los reciben animosamente: “Esos estudiantes, ¡mejor dedíquense a robar!”

–Ya que llegamos nos dijeron los custodios, riéndose: “¡Qué manchados son [los federales] con ustedes! A ver, ya bajen las manos”. Pasas el túnel a los juzgados, que son un lugar horroroso, con olor a miados, oscuro. Y ahí fue cuando nos enteramos que nos acusaban de despojo. Y ahí ves al Oso, el Ernesto, los que salieron antes del Che, ya con su uniforme de presos.

Ahí se encuentran por fin los detenidos del Che con los de la prepa, que los aventajan unos días en experiencia carcelaria. Flashback al reclusorio femenino:

–Cuando nos detuvieron, como a las 11 de la noche entramos al reclusorio; entras directo, así a la recepción, no sé qué carajos sea. Ahí unas tipas de negro, enormes, te dicen que a ponerse uniformes y todas nosotras: “agh”, para colmo de males, ¡faldas! Falda beige y camisola beige. No, no, no [...] Y ahí están las custodias y todo el mundo: “Cámbiate de ropa”. Pss no somos pudorosas en realidad, pero llegas con el saque de onda y cámbiate aquí sin más. Una compañera, la Doña, desmayándose, que porque a ella la agarran con molotovs [...] Te piden tu nombre ochenta veces, te formas, te llevan al servicio médico: “¿Traes golpes? Pues desvístete de todos modos y date la vueltecita”. El pinche doctor: “¿Eres de la UNAM?, ¿parista? Pues ahora sí van a saber lo que es bueno, a ver si estando encerrados y sin ver a sus familiares luchan”.

–En los juzgados llegan los abogados, ves a los chavos [los otros huelguistas presos], no te dejan hablar con ellos. Yo aparte de todo traía piernas, ¡yo no me imagino con faldas! Se morían de la risa de vernos; llegabas sacado de onda y te ganaba el cotorreo. Nos leen la acusación, ahí es donde dices: “¡Ahh... qué bárbaros!” Terrorismo, sabotaje, asociación delictuosa, despojo, robo, motín, lesiones [...] Cuando nos dan el auto de formal prisión nos dejan ver a los chavos, abrazarlos. De verlos así, bajoneadísimo, Argelia, de Música, se pone a cantar el Avemaría, y luego “Alfonsina y el mar”.

Fin del flashback, porque para estas alturas ya comparten destino los de la prepa y los del Che, terroristas todos, delincuentes todos, todos culpables.

Los chavos presos lo pasan peor que las chavas, entre otras cosas porque el hacinamiento en el RENO de hombres es terrible. Como quiera, los huelguistas permanecen juntos. Pese a que tienen las listas de los detenidos con los nombres bien claritos, a los policías “se les cuela un error” y un tipo desconocido por todos comparte la celda con un grupo de los “presos especiales”. A saber de qué cosas no se habrá enterado.

–En nuestra celda había un albañil que habían detenido por error en Trabajo Social. Le decíamos que si era el delegado de Arquitectura. Duró como una semana.

Hay un ambiente de pesadumbre y tremendo descontrol, aunque los chavos tratan de sobreponerse. No todos lo consiguen:

–Llega un momento en que te das cuenta de que de veras estás en la cárcel. Que estás solo y estás en la cárcel.

Tan pronto como pueden, tanto las chavas como los chavos restablecen las formas que les son queridas; reinstalan entre ellos el orden conocido.

–Organizamos la asamblea del CGH en el patio. Discutimos cómo nos íbamos a organizar y decidimos que por zonas, y que iba a haber asambleas por celda para nombrar representantes de celda, y tener también representantes de zona, y luego ya la asamblea general de representantes. Funcionó dos días.

Las chavas son más expeditas. Dedican buen tiempo a escribir manifiestos y cartas que mandan afuera, pero además se les da más fácilmente eso de hablar con las presas comunes, interesarse en sus historias, echarles rollo, compartirlas víveres.

–Las mujeres somos más abiertas; teníamos las mismas diferencias que afuera, pero estábamos más unidas que los hombres. Estando adentro me di cuenta que no sólo estábamos compartiendo cárcel las del CGH sino también las demás internas comunes. Me sirvió para darme cuenta que la cárcel para nada es un sistema que sirve para que la gente se reintegre a la sociedad [...] La gente está ahí presa porque por presiones económicas tuvo que robar o vender drogas, y en cambio los que son realmente criminales están afuera. Con las presas platicábamos, quedamos de regresar a visitarlas cuando saliéramos.

–Al principio fue así de “agh, las presas comunes”, sobre todo porque llegaron unas bien gandallas. Finalmente nos organizamos, les echamos la mano. Tú tenías todo en realidad, tenías una familia, tenías una serie de compañeros y no te faltaban cigarrillos y no te faltaba comida y no te faltaba nada.

Además de compartir los objetos –“teníamos toallas higiénicas de sobra”–, hallan el modo de hacer cosas, como cuando casual-

mente escuchan los gritos de unas mujeres apandadas que piden auxilio:

–Llevaban quince días en el apando; nos pudieron escribir sus nombres y pasarlos por debajo de una puerta. Esa noche se habló por teléfono a todos lados que se pudo, a la Procuraduría Social, a Derechos Humanos, a las ONG, a periodistas, los que conocemos de la fuente universitaria, y ese mismo día en la noche llegó un papel de la CDHDF y sí, las desapandaron.

Tienen condiciones de excepción, y eso también las hace pensar:

–Teníamos muchos privilegios, te parabas a la hora que querías, contestabas la lista acostada [...] A las comunes las paraban a las 6 y media, tenían que estar bañadas, el aseo listo, ¿no? Tú armabas desmadre y no las dejabas dormir, y era irresponsable. Una custodia nos dijo: “Yo sé que ustedes pelean por un ideal, todo el rollo, y defienden al pueblo. Pero cuando yo salgo de aquí me quito el uniforme y soy pueblo, ése que ustedes defienden. Y las que están ahí al lado son pueblo y merecen un poquito de respeto, entonces ya bájénle, ¿no?” Un rollo muy chido, decías: “pues sí, es cierto”.

–Nosotras éramos las fresas del penal. Había internas a las que les molestaba eso con toda razón. Una chica que lleva cinco años decía que nunca había comido milanesas, y cuando nosotros estábamos sí había, ¿no? Había una celadora que dijo que valoraba a la gente que luchaba por sus intereses, que teníamos el respaldo de mucha gente pero que no abusáramos.

Si las chavas acaban encontrándole nuevo sentido a la experiencia, tendiendo lazos afectivos entre ellas y con la demás gente de la cárcel, los chavos nomás no se hallan. Pocos hacen el intento de relacionarse con los comunes. Platican entre sí, pero no tanto, traen broncas desde tiempo atrás, y estar juntos a fuerzas no les ayuda a superarlas.

–Hubo discusiones fuertes sobre todo porque En Lucha decía que teníamos que salir todos juntos [...] Pero entre los presos había muchos niveles. Había los de “la lucha es por los seis pun-

tos” y otros que decían: “Sáquenme de aquí como sea”, o sea, su lucha era por la libertad.

Con todo el tiempo del mundo por delante, le dan vueltas a las cosas:

–Estábamos en un debate evaluando que en diciembre debíamos haber aprovechado el diálogo para discutir el pliego, y no que las mil sillas y eso, y dice el Mosh: “Es porque nos comió la ultra”. ¿Tú crees? Y empezó a explicar cómo había una parte más ultra que él.

–El Diablo sale con que él nunca pensó realmente tomar la DGSCA, que eran puras maniobras de disuasión. Y dices: “órale”.

–Del Diablo antes pensábamos que era tira, porque nadie lo conocía de nada. Se aventaba unas fugas Houdini, como cuando dijo: “Cerremos el Periférico” y luego ya no estaba. Pero en la cárcel platicas con él y no, ya no piensas lo mismo. Digo, este güey está loco, piensa muy loco, es marxista-maoísta-cuadrado, sectario hasta su madre. Pero estando en la cárcel conoces a su familia. Lumpen sí es, se llevaba muy bien con los presos comunes. Él sí se adaptó a la cárcel y dices: “Uy, qué buena banda haría aquí con los presos”.

Y regresan al punto de partida. No hay modo de reflexionar de a de veras qué sigue, más allá de las consignas: “No nos han derrotado, la lucha continúa”. ¿Cuántos siguen pensando así?

–Hay una minoría que nunca va a querer saber nada de política. Hay una mayoría a la que la cárcel fortaleció, y en cuanto van saliendo vuelven a entrarle al movimiento. Hay otra raza que se debate, porque es una experiencia muy dura; tiene miedo pero también tiene compromisos.

–Para mí es la completa y total reafirmación del movimiento [...] Nos tienen miedo y podemos hacer mucho [...] La experiencia de la cárcel me ha afianzado para decir más claramente lo que pienso, desde ámbitos familiares hasta el trabajo y demás. Finalmente ya llegué a la cárcel, pues me faltan pocas cosas que

puedan atentar contra mí. Si la cárcel no me dobló [...] me siento fortalecida.

Así se van pasando los días y las semanas, con interminables encuentros con los abogados que dan seguimiento a los lentísimos, confusos procesos, donde hay quien es acusado dos veces por el mismo delito, quien ve cómo se suman y se suman a su expediente nuevos cargos, quien tiene listo el pago de la fianza y, de último momento, es notificado de que siempre no.

–Hicimos una quiniela. El que esté más lejos de atinarle a la fecha de salida paga las chelas. Unos decían tres semanas, otros que mes y medio. Yo dije: “Seis meses; salimos después de las elecciones de julio”. Mi abogado dijo un día que, en el mejor escenario, me quedaba un año.

Al final van quedando menos. La liberación selectiva es, al mismo tiempo, gusto y pesadumbre. Los que se van y los que se quedan tienen piedras en el ánimo.

–Los compañeros que salen no están libres. Están todo el tiempo vigilados, con la presión de que cualquier cosa que hagas te regresan para acá. Pero además, regresa a tus exámenes [académicos] y a firmar acá cada semana. Te dicen: “Nos cambiaron a una cárcel más grande”. Sigue habiendo no sé cuántos compañeros no libres.

Los que se quedan reanudan la rutina carcelaria, que se quiebra de repente, cuando

–[...] hacemos un contacto telefónico por la línea de tres, que tres gentes se conectan para hablar al mismo número al mismo tiempo [...] Pero es de repente, porque luego no nos sale bien.

–Vienen de otras escuelas, de otros estados, de organizaciones sociales, de los maestros, o sea, todo el tiempo tenemos visitas.

–Te encontrabas a las compañeras en los juzgados y les dabas tus cartas. Y luego te enterabas que eran cartas colectivas: nosotros

no pero ellas sí, organizaban círculos de estudio con nuestras cartas, casi las sacaban con megáfono.

–Llegó una carta de amor para un Guillermo que ya había salido, y por error se la dieron a otro Guillermo, un padre de familia preso. ¿Te imaginas al papá leyendo que mi amor, que no sé qué? Fue la botana.

Y se dan bríos gritando a dúo, en tercetos o en bola, las consignas que más les pegan: “Porque el color de la sangre jamás se olvida, los masacrados serán vengados. Vestido de verde olivo, políticamente vivo, no has muerto camarada, tu muerte será vengada. Y quién la vengará: el pueblo organizado. Y cómo: luchando [...] Entonces: lucha, lucha, lucha, no dejes de luchar [...]”

La imposible reconciliación

Leticia, Pilar, Cristina, Enriqueta, Paty, Evelia, Elizabeth, Tunia Jimena, Alejandro, Fernanda, Berenice, Paulina, Ingrid, Andrea, Julieta, Eva, Argelia, Guadalupe

Tras la tempestad de la marcha del 9, ese acto multitudinario de gritar el coraje contra el gobierno y la solidaridad con los detenidos, hay como una calma agobiada. En la manifestación parecían estar todos al lado de todos pero, pregunta algún universitario: “¿Dónde estaban todos esos marchistas cuando el CGH más los necesitaba? ¿Cómo es que todos éstos no lograron sentar a De la Fuente a dialogar con los huelguistas?” Es duro admitirlo, pero quienes ese día llenan el Zócalo no lo hacen porque apoyen incondicionalmente al CGH, sino porque, aun disintiendo de él, rechazan la toma policiaca de la UNAM y el encarcelamiento de los huelguistas: “Una cosa era no estar de acuerdo con la huelga, y otra eso de la cárcel. El país no puede tratar así a sus jóvenes. Y menos por defender lo que ellos creen justo”, dice un señor, según consigna Hermann Bellinghausen en su nota.

Es por la libertad, no por el diálogo, el pliego o la prolongación de la huelga, que muchos salen a la calle. Al no percibirse esto, un CGH ahora exiliado hace un recuento de fuerzas que no corresponde a la realidad. Así, alguien expresa en una asamblea plenaria del CGH en la Plaza Roja de la UAM Xochimilco:

–No debemos taparnos los ojos y dejar de ver que el movimiento está más apoyado que nunca. Estamos obligados a no desperdiciar este empuje [...] Hay que recuperar las instalaciones de la UNAM.

A juzgar por los paros y mítines a favor de la educación gratuita que se viven en los primeros momentos, incluso en escuelas de provincia, el movimiento parecería estar tomando nuevos aires.

–Fue un golpazo, pero la autoridad no ha podido rehacer su poder. El CGH va ganando mayor autoridad moral, dice paro y paran las escuelas [...] la prensa no saca las asambleas de más de mil votando el paro. El CGH dice: “El Consejo Universitario no se reúne”, y no puede reunirse más que yéndose de la universidad [...] El movimiento se está rearticulando.

Así lo sienten quienes, en varias escuelas universitarias, regresan a sellar de nueva cuenta accesos y salones.

—Cuando regresamos a la facultad tanto trabajadores como estudiantes empezamos a dar la lucha, y los estudiantes de Ciencias nunca se han dejado: repudiaron las actitudes del director, que desde que entró cometió arbitrariedades y demolió los cubículos estudiantiles [locales de activistas utilizados por los comités de huelga]. Los estudiantes han tomado la dirección, han exigido la renuncia del director. Existen profesores e investigadores que están con el director y han estado con el rector, que están en una actitud muy beligerante tachándonos de güevones. Hay áreas cerradas por los estudiantes a las que hemos dicho que, como trabajadores, jamás vamos a entrar. No vamos a romperles el paro. Hemos sido amenazados por la dirección de que nos va a castigar.

—Cuando se hizo la toma de direcciones en varias escuelas, los de Contaduría hicieron una toma de dos horas, porque son muy poquitos [...] Una funcionaria amenazó a una compañera de Ciencias con levantarle un acta. Ésta respondió: “Hay compañeros en la cárcel, entró la PFP, tengo actas levantadas, ¿tú crees que me amedrentan tus actas internas?” Se volteó la tortilla, era demasiado lo que le habían hecho al movimiento como para poder amedrentar a los estudiantes.

Pero la resurrección de los paros es cosa efímera. No hay, desde luego, el pregonado regreso a la normalidad que anuncia el rector. Pero tampoco hay un ánimo generalizado por seguirle, y la situación de “poquitos” que se vive en Contaduría es común al resto de las escuelas de la universidad.

—En Ciencias conocemos mucha gente pensante, y creemos que ésa es la facultad. Pero no. Hay unos retrógradas ahí metidos espantosos. Nos fuimos con la finta de que Ciencias era muy ultra. Qué te pasa, hay a lo mejor cincuenta gentes dispuestas a todo.

—El último paro en la ENEP éramos sesenta, nos lo rompieron. Y no las autoridades sino los estudiantes. Nos sentimos muy mal porque creíamos que una gran cantidad de estudiantes se nos iba a unir.

Pese a que desde la cárcel los detenidos hacen llegar sus mensajes de “ustedes síganle, nosotros aguantamos”, el lento retorno a clases se va imponiendo. En los esporádicos intentos por parar en escuelas como Ciencias, Economía, Trabajo Social, Políticas, los activistas que los instrumentan se enfrentan a grupos cada vez mayores de universitarios y de funcionarios que, en grados crecientes de violencia, arrancan sellos y fuerzan entradas.

—Estoy bien descontenta por lo que hizo el director, de mandar a cien individuos a golpear a cinco, entre ellos una mujer. Les tiraron las pinturas [...] Yo me pregunto quiénes son los vándalos. Esa información no se saca y el pueblo no está enterado de todo eso, yo estoy bien indignada.

La universidad a la que regresan los brigadistas ya no es la casa donde vivieron largos meses; en los muros han enmudecido los gritos, los poemas y las reflexiones. Está limpiísima. Bueno, la mandaron limpiar las autoridades después de que la prensa registrara “cómo vivían los huelguistas”: los destrozos causados por los propios federales.

—Vinimos cuando la PFP entregó las instalaciones, nos dimos una vuelta, se veía horrible [...] Las puertas rotas a patadas, los vidrios de los salones rotos, los vidrios de la cafetería [...] Eso no lo hicimos nosotros. Todas las cosas amontonadas, y los tipos de Derecho metidos aquí y diciendo [ante las cámaras]: “Ay, así acostumbran vivir en sus casas”. Híjole, qué triste [...] Quitaron un mural de aquí adentro que estaba padrísimo; ya estaba pintado de amarillo.

—En las demás facultades tiraron cubículos estudiantiles, los mismos directores lo mandaron, fue como borrar la memoria.

Y luego, sobre ese panorama de desolación, se extiende la sensación de lo ya vivido. Los comités de huelga, en las escuelas donde aún se mantienen, siguen en ánimo de batalla. “¿Qué no vieron el marchón del 9? El pueblo nos apoya.” Pero ese apoyo multitudinario no hace acto de presencia en sus reuniones en las que, por lo demás, los cegeacheros no logran desprenderse de los vicios que los han orillado al abismo:

–Estuve en la primera asamblea. Fue algo chistoso porque ése era el espacio para decirse cuánto se odiaban entre todos, y decía alguien: “Yo no olvido bla, bla, bla” y cada quien se echaba su choro acusando a la gente: “Y no olvidamos traiciones”. No había otra propuesta que no fuera la del Comité de Huelga, pero no podías intervenir en el CH porque no habías estado en la huelga. Los del CEU, CCU, etcétera, caían en el juego, y nadie olvidaba traiciones. Los del FZLN empezaron a hablar con su choro victimista [...] Moderados había muchos, ¿por qué no llegaron a tener una fuerza si eran más que los ultras? Porque también entre ellos se odiaban.

–Hay un error que han cometido algunos compañeros, que es confrontar a la comunidad. Sí, es cierto, mucha gente llega como si no hubiera pasado nada [...] [Pero] tú tienes la oportunidad de dar la discusión, construirlo con tus compañeros que no estuvieron en la huelga, que se fueron, que te rechazaron. No hay bronca, son parte de tu comunidad y tienes que convencerlos. Y no: “Eres esquirolo, eres de derecha” [...] Habría una discusión increíble pero el problema es que algunos se están confrontando.

Las detenciones, afirman muchos activistas, no descabezaron al CGH porque éste es un “movimiento sin líderes” y rápidamente sabrá recomponerse. Tal vez a largo plazo acabará ocurriendo así. Lo cierto es que aun con las detenciones, o precisamente por ellas, la mitosis cegeachiana se acentúa. A últimas fechas hasta en el centrado CEM, que más o menos ha capoteado los momentos de crisis con posiciones unitarias, aparecen al menos dos modos de ver las cosas: seguirse como iban, con el CGH a la cabeza del movimiento reivindicador del pliego petitorio, o pasar a la fase de nuevas asambleas, de las que emane una nueva manera de conducir el movimiento. Y más o menos así andan todas las fuerzas políticas, mediatas, divididas no sólo por los varios metros de muro que separan a los prisioneros de los activistas libres, sino distancadas por lo gris que se miran el presente y el futuro, a pesar de la buena voluntad de muchos. Porque aunque dentro y fuera de la cárcel se declara: “Esto apenas comienza; la represión no nos doblegará”, para muchos, muchísimos otros, “por el momento, ya valió”.

–El proceso está bastante cabrón. La escuela está superdividida, la mayoría está hasta las narices de la huelga y de todo lo que es

política y lo único que quieren es estudiar. La gente del CEU, como siempre, triste. Llegaron, se metieron a la dinámica de elecciones de consejeros. Han pasado del tema. El Comité de Huelga, en vez de tener una actitud incluyente, tiene la actitud de marcar la raya y “no olvidamos”. No hay diálogo entre la gente, si no estás metido ahí todo el día no sabes qué está pasando.

–Hay demasiados asuntos inconclusos, perspectivas frustradas. El conflicto no se terminó, no se resolvieron las demandas, no se levantó la huelga.

No hay regreso a la normalidad, pero pareciera; en algunas escuelas más que en otras:

–En Arquitectura hubo un intento de asambleas, la gente estaba al pendiente de saber qué estaba pasando en el reclusorio [...] Pero no se puede dar bien una reorganización. Sacamos que los miércoles va a haber una hora obligatoria, entre clases, de discusión [...] pero ya los maestros y el propio coordinador nos salieron con el rollo de que había que entrarle a los problemas del taller, y poco a poco al rollo político. Todavía no empieza y ya estamos viendo qué onda con el financiamiento del taller.

Las autoridades cuentan con un argumento eficaz: “Hay que recuperar el tiempo perdido”. Eso enfrenta a quienes quieran seguir el movimiento contra los que por fin ven abrirse los salones, se buscan en listas de inscripción y disfrutan el regalo de sus calificaciones extramuros:

–En Prepa 5 el regreso fue muy tranquilo. De la prepa hubo uno o dos presos. Al tercer día hubo mucha gente y al mismo tiempo se recolectaba dinero y se hacían cosas para los presos. Al principio no llegaban los maestros. Luego hicieron una junta para ver si se iban a respetar las calificaciones de extramuros. Yo tengo todas las materias pasadas, y más de 8.5 de promedio.

–En el posgrado de Políticas aparentemente se terminó el semestre 99-2 y también el 00-1 y además está a punto de empezar el 00-2 [...] Prácticamente ya se dio por terminado un semestre que nunca se dio.

–Eso de la presión académica ha sido terrible [...] O voy a clases y entrego mis trabajos o voy a la asamblea. No sabes dónde estás parado, estar así como si nada hubiera pasado.

–Psicología sí regresó a la normalidad anterior, pero porque no te queda de otra. Las autoridades juntaron dos semestres, todos están en sus materias y no te da tiempo de pensar. Reconocieron las extramuros.

–Fue muy impresionante ver llegar a los estudiantes al auditorio, no sabes qué te van a hacer, te arrinconan, se van metiendo por todos los rincones de la universidad, rompen la huelga; se acabó la huelga y la gente normal, como si nada pasara.

–La primera asamblea donde el director n^{os} dio la bienvenida yo me puse a llorar de la desesperación. El güey no dijo nada de los presos: “Ah, qué bueno que ya estamos otra vez aquí”. La palabra del rector y de los directores es “Reconciliarnos”. ¿Cómo es posible reconciliarnos cuando están en la cárcel trescientos chavos? Muchos chavos andaban en esa onda, desgraciadamente.

Como en tanto, en efecto, cientos de huelguistas siguen en prisión, la actividad de muchos estudiantes gira en torno a los procesos judiciales; ése es el motivo de cierres y tomas de direcciones, de las temporales clausuras de salones. Y además los activistas deben hacer rendir el tiempo para recoger firmas que avalan la calidad moral de los detenidos, los visitan diariamente y acompañan a sus familias, se clavan con ellas a discutir si la defensa se hace conjunta o individual, con tal grupo de abogados o con tal otro, ¿y de dónde sacan dinero para pagarles a los abogados?, ¿y las fianzas?

–Las primeras semanas me dediqué a sacar a mi novio de la cárcel, a juntar firmas. Fuimos muchísimas veces; martes, jueves, sábado y domingo ahí estábamos a las 5 de la mañana. Cómo querían que hiciéramos trabajos, que viniéramos a clases [...] Ahorita ya está medio calmado, pero al principio sí fue de mentarle la madre a todo el mundo. Todavía ayer vi a una chava que quitó un cartel: “Pinches paristas”, dijo.

Además el número de activistas decrece; muchos se han incorporado a sus clases y, significativamente, son padres de familia quienes encabezan las acciones por la libertad de los detenidos.

–Un amigo preso que su mamá sale en una foto llorando en una marcha, me dijo: “Nunca imaginé a mi mamá en una marcha”. Era muy duro el dolor de los papás.

–Hay padres que sus hijos ya salieron fuera y siguen en el plantón por los demás presos. Hay padres que ya perdieron su trabajo por estar apoyando esto, y ahí siguen. No le ha salido del todo a Rectoría que la gente deje de pensar en los presos políticos.

En la explanada de la Rectoría nace un campamento, y al lado de las tiendas de campaña se yerguen tres cruces de madera. Algunos papás y mamás se crucifican exigiendo justicia. Ante la simpatía o indiferencia de los que pasan, los padres se sangran y escriben consignas con su sangre, inician huelgas de hambre, y alternarán estas acciones por muchos días y en varios lugares distintos porque la zarpa de la justicia no se afloja.

–Las crucifixiones de los papás son para llamar la atención sobre la injusticia que viven sus hijos. Surgen hasta de papás que estaban al margen del movimiento, como el papá de un cuate, Tona-tiuh, que ya que sale de la cárcel el papá lo mete a su casa y él mismo se transforma en huelguista. La coordinación de las acciones de los papás se da aparte del CGH, y creo que como que deberían coordinarse más.

También hay papás y mamás que se avientan a buscarle por otro lado:

–Cuando se trató de sacar de la cárcel a los de Psicología, me fui con mi directora. Ella es amiga personal de Fernández Migallón, o Fernando, como se llame [...] Hice una carta explicándole. “Son nuestros hijos, son nuestros alumnos.” “Es que hay varios que ni son de Psicología.” Estuvimos hablando como ocho días, y salieron. Yo no digo que por eso; salieron también por ochenta cosas, pero las autoridades tenían mucho miedo, querían sacarlos porque quedaban partícipes de la represión. Todo

eso me señaló en mi instituto: “¿Qué dicen tus revoltosos?, ¿ya salieron?” Porque yo repartí la lista de presos a todo mundo. Yo decía: “no me importa si esto sirve o no sirve, yo voy a hacer la lucha, y si la lucha me da por Migallón, pues por ahí”.

Si en este caso particular Fernando Serrano Migallón responde a las llamadas de una madre de familia, y aparentemente les da cauce, con otros papás se comporta como todo el abogado general de la UNAM que es, levantando “las actas correspondientes” contra el grupo de padres de familia que está en plantón frente a Rectoría, lo cual no deja de ser sorprendente: crucificarse es ilegal. No en balde a la vuelta de los días, y siguiendo la tradición universitaria del carusel en la que los funcionarios se van turnando los caballitos, Serrano Migallón se convertirá en el nuevo director de Derecho.

Y la justicia sigue su marcha. En la mayoría de los casos, las liberaciones pueden irse acordando con pago de fianzas. Las arcas de la justicia se guarnecen con los altos costos de la “delincuencia juvenil”:

–Yo estuve veintiocho días detenida. El CGH pagó los 50 mil pesos de mi fianza y salí con libertad total.

Hay distingos entre los huelguistas presos: sobre “los líderes” cae todo el peso de la jueza María del Carmen Pérez y cincuenta paristas, calificados de “peligrosos sociales”, reciben auto de formal prisión. ¿Qué tal –dice la justicia– si saliendo les da por armar borlotes otra vez? Profilácticamente, los paristas son conservados en prisión en bien de la sociedad”, e incluso se hace una nueva detención.

El 27 de marzo varios agentes judiciales detienen en plena calle y con lujo de violencia a Guadalupe Carrasco, profesora de Ciencias e integrante de la corriente En Lucha. Como ya es su costumbre, no muestran más orden de aprehensión que la fuerza bruta con que jaquean a la profesora, sacándola de su coche por la ventanilla. La CGR informa más tarde que dio cumplimiento a una orden girada en el inicio de la huelga.

–Yo estaba en una lista de cuatrocientas treinta y dos personas. El rector había dado la orden de que se hicieran efectivas las órdenes de aprehensión. Bajó la persecución y bajaron nuestras medidas de seguridad. Yo me movía con mucha confianza en la universidad. Serrano Migallón había declarado que estaban anu-

ladas las cuatrocientas treinta y dos órdenes de aprehensión. Iba leyendo un libro con mi hija, mi esposo se dio cuenta de una camioneta que nos seguía [...] Nosotros tenemos un Volkswagen 81 y ésa era una RAM bastante reciente, difícilmente nos íbamos a pelar.

Esta detención tiene una clara intención punitiva contra los activistas de la Facultad de Ciencias en donde, desde el regreso a la “normalidad”, se han seguido realizando hasta hoy paros y participando en asambleas que son más numerosas y activas que en el resto de las escuelas. Ciencias es también, como dijimos antes, el núcleo de la estratégica comisión de propaganda del CGH, que aun tras la entrada de la policía a la UNAM ha seguido activa.

–Está claro que de lo que se trata es de dejar a un grupo reducido de gente en la cárcel, que baje la presión social por los presos políticos, y al mismo tiempo aplicarles un castigo ejemplar a los que ubican como dirigentes, que en realidad todos son compañeros que se han destacado, de prácticamente todas las posiciones que hay en el CGH.

Ante esta nueva detención, las autoridades universitarias se lavan y se enjuagan las manos: “Nosotros no tenemos cargos contra ella, ¿qué culpa tenemos si cometió delitos que se persiguen de por sí?” Y siguen estimulando, o eso dicen, la reconciliación.

El cántaro al río

Ingrid, Fernanda, Enriqueta, Evelia, Cecilia, Elizabeth

Con el chance de maniobra que le da tener a resguardo a los peligrosos sociales, a principios de abril el rector De la Fuente convoca al CGH a un nuevo diálogo. En éste, al igual que en toda la anterior serie de frustrantes encuentros, la solución del pliego petitorio se perderá en el horizonte. A la consabida rutina de monólogos a dúo asisten los delegados de un CGH mermado y dividido y una comisión de la Rectoría que es una calca de sus antecesoras.

-No tenemos esperanza en el nuevo diálogo. Tenemos esperanza en el congreso, pero no en el de De la Fuente, está completamente amañado [...] La autoridad odia al CGH y nosotros no soportamos a las autoridades; entonces no podemos dialogar.

Durante muchas horas discuten sobre la liberación de los presos políticos universitarios y el desmantelamiento de la estructura policiaca en la UNAM, y dan largos rodeos que regresan al punto de partida:

-CGH: Ustedes están aquí sentados diciendo que ahora sí les interesa discutir con la comunidad universitaria [...] No se quieren montar en nuestra propuesta dándoselas ahora de incluyentes para que la prensa diga que Rectoría le propone al CGH que se discuta entre todos. Ésa es nuestra propuesta [...] Devuélvanos nuestro derecho y luego lo discutimos con la comunidad universitaria [...] Su propuesta es que esta universidad sólo va a ser para unos cuantos.

-Rectoría: Denostar y agredir con actitudes burlonas implica que no hay una verdadera voluntad para avanzar y para tratar de llegar, si no a acuerdos definitivos, sí a acuerdos que nos permitan transitar al congreso universitario [...] que ha sido una proclama que ha sido validada en el plebiscito por cientos de miles de universitarios, y eso hay que acatarlo, hay que acatar a las mayorías, y el CGH, que no es la mayoría y eso es evidente, trata de

imponer constantemente sus criterios, [...] está absolutamente cerrado a escuchar lo que opinan otros.

(Aplausos, consignas, silbidos, recesos; y sigue al otro día.)

Están de nueva cuenta en el círculo de las recriminaciones, pero a la autoridad le interesa hacer como que dialoga, porque es su manera de mostrar que sigue pendiente del conflicto, que sigue abierta a propuestas y que la intransigencia y la intolerancia no parten de su lado. Y además, entre tanto pasa el tiempo permitiendo que se asienten las aguas. Así que activistas y autoridades se aplican a andar, paso a paso, el camino que los lleva a ninguna parte. Aunque hay una percepción de que "el CGH mejoró su discurso", no parece ser suficiente:

-Hay un cierto grupo que rechaza ir al nuevo diálogo. Los cuates que van son del taller O'Gorman, pero pues nadie los nombró. Tampoco nadie se preocupa por eso.

-Psicología no tiene lugar en el nuevo diálogo, nos sacaron de la representación.

-Es un peligro este diálogo, está fuera de lugar, a la comunidad le está valiendo. Los delegados son elegidos por asambleas de las escuelas, pero en mi escuela [ENEP Acatlán] no es así. La gente que va es la que ahorita está de brigadista, aunque no haya estado en la huelga.

Formalmente quien dialoga es un CGH tan vivo y activo como siempre. Pero el CGH no ha sido sólo golpeado con las detenciones de sus miembros. El golpe decisivo es el regreso a clases de estudiantes que, en el mejor de los casos, apoyarán las medidas para lograr la liberación de los presos, y en el peor, secundarán a las autoridades en su repudio a los huelguistas.

-Aquí en Filosofía no tanto, pero me han contado que en Derecho hay maestros que a un parista no le dan clases: "Te sales de aquí o no doy clases". La hostilidad sigue muchísimo. En Ingeniería dicen que les escupen a los paristas, sigue cañón [...] Sentir que a la gente no le importaron estos diez meses, y que lo hayan visto como una pérdida de tiempo, sí es totalmente frustrante.

-Los chavos estaban en la pendeja total: "Clases clases clases, ¿en qué nos quedamos?" Cómo que "en qué nos quedamos" [...] Nos hicieron que nos atiborráramos de cosas, juntaron dos semestres, el 99-2 y el 00-1 los empalmaron para que no tuviéramos tiempo. De hecho eso fue lo que nos llevó a hacer un paro. Fue horrible porque toda la gente estaba así: "No ganaron nada, ya olvídenlo".

La universidad se ha abierto, está laborando, y sin la huelga tras de sí el CGH ya no es lo que era, ni por su número de integrantes ni por la legitimidad que le daba ser el máximo vocero de las asambleas.

-El CGH ahorita es la ultra personalizada [...] Son cinco o seis representantes de familias [corrientes] que tienden a despedazarse, que en la última asamblea se sacaron los ojos.

-Hay un hartazgo del asambleísmo; aparte de que las asambleas se amañen, la gente no se la cree. Como en las elecciones que la gente no se las cree, no se cree que en las asambleas se va a opinar y a decidir [...] son necesarias pero a lo mejor haría falta otro tipo de mecanismos.

-Hay asambleas que no están de acuerdo en pertenecer al CGH, como en Economía, que hay asamblea general y asamblea del CGH.

Como a lo largo de todo el movimiento, hay quienes se avientan por su cuenta acciones "de contundencia", tomas de Rectoría y cosas así. Pero sin el ambiente de actividad general de la huelga que absorba esos aceleres, lo único que se provoca es malestar e inquietud ante la posibilidad de nuevas detenciones.

Quienes asisten al diálogo con las autoridades parecieran también actuar por cuenta propia, esto es, sin el respaldo de asambleas o reuniones amplias de estudiantes. Da la impresión de que se mueven bajo el impulso del momento, acicateados más por el clima de recriminaciones que domina los encuentros que por una discusión previa que establezca lo que van a decir. Nadie parece hacerse demasiadas ilusiones de esta nueva etapa, que intempestivamente se cancela cuando los delegados estudiantiles deciden abandonar la mesa,

planteando sus diferencias irreconciliables con la autoridad, y regresan a sus escuelas con las manos vacías.

-Al pararse de la mesa de diálogo el CGH la regó, porque o no se sentaban o se la echaban aunque fuera una tontería; nos dejan peor [...] La neta, ya valió.

Prohibido el paso

Javier, Karina, Enriqueta, Pilar

Hasta qué punto está arrinconado el movimiento estudiantil, lo muestra el nuevo cerco policiaco que se monta alrededor de toda la Ciudad Universitaria. Respaldado por todos los directores de escuelas, facultades, centros, institutos y dependencias universitarias, el rector cauteriza la extirpación de la huelga solicitando vigilancia policiaca durante las vacaciones de Semana Santa, del 15 al 24 de abril. Que ni se les ocurra a los activistas ya no digamos poner sus banderas de huelga, ni siquiera entrar a la universidad.

–Si somos una minoría, para qué quieren tantos soldados aquí. El CGH nunca dijo que retomaría las instalaciones en vacaciones.

No se puede negar la originalidad del rector. A nadie antes se le había ocurrido crear tamaño cerco profiláctico, al grado que sólo podrán cruzarlo académicos y administrativos previamente registrados por las autoridades. El hecho causa indignación –“la UNAM no es cuartel, fuera ejército de él”–, a los policías –“Gonzalos”, que les dicen– les llueven insultos, casi no hay auto que circule por Insurgentes que no se las raye a claxonazos, e incluso se forma un gran cinturón de universitarios y no universitarios que rodea al de los policías. Pero más que eso es imposible. Al CGH, y de paso a los demás universitarios, se les ha expulsado del campus. El rector tiene el poder para hacerlo. La policía se irá cuando él lo decida.

–Antes sabía que la militarización en los estados estaba bien pensada, sabía que el estado chingaba a la gente, que los mantenía pobres; pero jamás me imaginaba a mí como estudiante, que el sistema regresara treinta y un años en el tiempo y tuvieras que salir y enfrentarte a los toletes y a los escudos y a los cascos. El sueño no tan guajiro del respeto a la autonomía, del “soy joven y lo puedo todo”, del estoy haciendo la revolución intelectual y eso no es delito, de repente esos sueños se esfumaron [...] detrás de ti vienen toletes, traías gas lacrimógeno en los ojos o tu escuela está militarizada.

–Con el reingreso de la PFP se empieza a ver claro qué hay después de la huelga. [Hay] un proceso de resistencia increíble de una generación que ha tenido la capacidad de resistir los golpes más severos y sigue en pie de lucha. No es casual que ahora estén cientos de estudiantes en las entradas de la universidad protestando contra la PFP.

Por la presencia de los agentes federales, el aniversario del estallamiento de la huelga se celebra extramuros, con consignas y lecturas del “Padre Nuestro Latinoamericano” de Benedetti y una llamada Caminata por la Dignidad que realiza una bikinista alumna de Letras Hispánicas, rojinegra de arriba a abajo, y cubierta de consignas. Al mismo tiempo, en Hidalgo, arranca el Encuentro Internacional del Mexe:

–Este evento lo organizan CLETA y Contracorriente. Llega toda la banda de troskos argentinos, muy festivos: “El CGH es la ley, es lo más democrático que hay, es de base”. Pero los que no somos ni moderados ni ultras lo vemos de otro modo: [el CGH] no es ni muy democrático, ni muy pacífico, ni muy respetuoso, ni muy revolucionario. Las asambleas del CGH son de golpes, sombrerazos y madrazos. Los de Contracorriente de Argentina dicen que el CGH debe ser el prototipo para todos los países: todas las escuelas del mundo deben organizarse como el CGH. Decimos que no, que cada escuela y cada país sabe cómo se organiza. El compañero de la Federación de Venezuela se fue encabronadísimo porque decía: “¿Qué, voy a llegar a mi país a decir que vamos a dejar de ser federación para volvernos CGH?” Se hacen tres mesas más algunos talleres; como no había traductores, a muchos extranjeros se les excluyó. CLETA echando bronca; el CGH ahí se volvió como la Virgen de Guadalupe y todo mundo tenía que adorarlo. Ésa es la máxima expresión de que la ultra había ganado el CGH, pero ya en México se discute la expulsión de los contracorrientes. No se les corre, se les veta: ni voz ni voto como representantes de las escuelas.

–En el Mexe planteé que también nosotros la habíamos regado y una madre de familia me dijo: “Si tú no crees, yo sí creo en el CGH, y compañeros como tú no deberían estar en el CGH porque en vez de ayudarlo a crecer lo destruyen”. Le digo: “No señora,

esto no es cuestión de fe sino de movilización; si no vemos los errores, no vamos a avanzar”.

Cuando al finalizar las vacaciones la policía abandona CU, hay pesadumbre y temor entre muchos universitarios. Diversas autoridades, encantadas con tener quien les cuide sus oficinas y los defiendan de los estudiantes, han circulado propuestas para que cada escuela o zona de la universidad cuente con su propio sistema policiaco.

—Como Auxilio UNAM ya no le funciona a las autoridades, porque se les detecta y se les expulsa, están pensando meter a la universidad a la policía tal cual con el pretexto de controlar la universidad [...] Desde el punto de vista del STUNAM es inaceptable [...] En el Consejo Universitario también se va a discutir la descentralización del cuerpo de vigilancia del sindicato, y eso va a producir muchos cambios en nuestro contrato. Si aparte entra la policía, es inconcebible, [pero] está difícil que pase, porque va a haber una resistencia de todos los sectores contra esta situación.

Descentralizar la vigilancia universitaria e introducir cuerpos policiacos a gusto de cada director es sólo uno de los proyectos que acarician las autoridades, que con la recuperación de las instalaciones han recuperado también la iniciativa: casi puede verse al universo de la universidad fragmentado en regiones—institutos, escuelas, centros, preparatorias...—, cada cual con su propio anillo de seguridad. Las formas concretas de esta transformación y otras transformaciones muy bien pueden discutirse en un congreso a todo lo alto, como lo vienen sugiriendo las autoridades. Un congreso que, de haber sido una demanda levantada por el movimiento estudiantil y dado el desenlace de la huelga, ahora está por entero a disposición de la Rectoría.

Cambio de piel

Cecilia, Alfredo, Julieta, Alejandro, Elizabeth, Andrea, Gandhi, Fabián, Ramón, Enriqueta, Javier

En junio los últimos activistas detenidos alcanzan la libertad, que no significa que dejarán de enfrentar sus procesos penales; tienen la obligación de firmar el libro de procesados un día fijo a la semana. Ellos, Guadalupe Carrasco, Mario Flavio Benítez, Alejandro Echavarría, Leticia Contreras, Jorge Martínez Valero y Alberto Pacheco Guízar, han debido cubrir miles de pesos en fianzas y multas, han quedado fichados y han sido exhibidos durante semanas como los cabecillas radicales del conflicto.

Al salir, casi todos declararán que el movimiento sigue, que el CGH se reestructura nuevamente para la lucha, que viene la revancha. Un amplio grupo de activistas los espera a las puertas del reclusorio y festeja su libertad en las escuelas. Pero entre un buen número de activos participantes de la huelga, que también han sido activos promotores de la liberación de sus compañeros presos, se percibe que se ha llegado a un límite: “qué bueno que ya salieron, era injusto que estuvieran presos”, pero

—[...] es necesario que desaparezca el CGH. Y no quiero decir que desaparece la organización o el movimiento estudiantil, pero el CGH, con su coto de poder que tiene, es necesario que se disuelva para que entonces puedan crecer nuevas células.

No hay huelga, y en varias escuelas los comités han dado paso a otras cosas o se han disuelto, pero lo que queda del CGH sostiene sus siglas como un modo de que, al menos simbólicamente, sobreviva la continuidad de sus actos.

—Yo no me sumaría al coro interesado en leer las exequias del CGH. Yo creo que hay CGH para rato. Está en una situación límite [...] pero me parecería verdaderamente absurdo suponer que el CGH ahora está en la lona. Creo que tiene que repensar muy bien los términos de su intervención en la vida política universitaria.

Algunos, como Higinio Muñoz (Foro sobre Educación Pública, 28 de abril de 2000), opinan que:

–Había la intención de que con el encarcelamiento [...] este movimiento [quedaba] desarticulado. Que el CGH siguiera sessionando muestra una de las cosas más significativas del movimiento, su capacidad de resistencia. Se dibuja el avance de la derecha, pero el CGH tiene todavía una perspectiva muy amplia para desarrollarse y tiene el gran reto de recuperar la representatividad que ha venido perdiendo.

Se desestima en parte que ha ocurrido una decisiva fractura en la unidad que, a trancas y barrancas, mantuvieron por largos meses los cegeacheros. Ahora, voceros de dos “verdaderos” CGH esbozan las perspectivas de la lucha, convocan a sus respectivas bases, organizan cada cual sus acciones de resistencia y denuncia. Y se desestiman también otro tipo de opiniones:

–No dudo que el movimiento sigue, pero hay que cambiarle de nombre y estrategia.

–Una banda de nosotros, bastante ligados a la onda zapatista, armamos un grupito para empezar a hacer cosas sin intención de grillar [...] la autoridad moral del CGH se sigue reconociendo, no hay una actitud antiCGH [...] pero consideramos que no es posible integrarse al CGH. Quizá éste debe romperse, hay mucha gente diferente dispuesta a trabajar, que llegan a Políticas de sus prepas.

–Tenemos muchas ganas de replantear la onda de la toma de decisiones, cuál puede ser la mejor manera de que la gente se involucre.

Hay también la sensación de que se vive una tregua forzada que tarde o temprano habrá de quebrarse:

–No hay normalidad ni reconciliación ni nada, el conflicto no ha terminado. Han seguido habiendo marchas, intentos de tomar direcciones, y esas cosas van a seguir pasando porque el conflicto sigue.

–Imagínate qué va a pasar con esos chavos que salieron del CGH, que no se vio lo del 87 que unos líderes negociaron por atrás; a largo plazo se va a dar una apertura política más honesta, lo que más se necesita, más comprometidos con nuestra clase.

–Todos desarrollamos una capacidad de análisis y eso es lo más valioso. Sí pudimos crear una base que más adelante va a mover cosas. Nos dejaron hablar y eso fue su peor error, porque ya no vamos a dejar de hablar.

Hay críticas y autocríticas entre los huelguistas. Comprensiblemente, la intención y la forma de quienes se miran a sí mismos y dicen “qué regadota dimos aquí” o “aquí nos la sacamos”, son distintas de quienes, sintiéndose ante la huelga como meros espectadores, señalan los errores, que siempre fueron más que los aciertos: “Ah, si el CGH no hubiera sido tan intransigente, inmaduro, apolítico, iletrado, irresponsable, refractario, salvaje; qué gran huelga hubiera sido si el CGH no hubiera sido el CGH”. Pero mirar críticamente al movimiento estudiantil no se satisface sólo señalando los errores cometidos por los huelguistas, ese inexplicable crisol de organizaciones y de banda, las locas cabezas rastas “maximalistas”. Hay más tras los huelguistas, pero desentrañarlo no es sencillo, empezando porque, a juzgar por la sorpresa causada por su fachosa aparición, nadie parecía haberse percatado de que existían. Tan invisibles eran que transitaban por la historia con un tache encima –la Generación X, suspendida entre las combativas décadas pasadas y el futuro venturoso. De repente irrumpen –¿de dónde salen?, ¿quiénes son?, ¿qué “intereses oscuros” los manipulan?– y se apoderan de la UNAM y de la política.

–Yo creo que cuando lanzaron su propuesta del RGP se basaron en decir: “Esta generación no va a hacer nada”. Obviamente adentro de nuestras facultades hay muchísima gente “equis” [...], que no le interesa nada. Pero no contaron con que habíamos muchísima gente que sí nos interesaba. Y no nos consideramos “equis” y lo consideramos un vocablo totalmente Televisa y Pepsi. En todas las generaciones ha habido gente “equis”. No consideramos este movimiento desesperado, lo consideramos de resistencia.

–Rompimos el estigma de Generación X. Demostramos que no éramos tan apáticos ni estábamos tan mediatizados ni enajena-

dos. Demostramos que teníamos una forma independiente de pensar.

Entender esta forma independiente de pensar es tarea pendiente. El renacimiento o la metamorfosis del CGH, el balance y la reflexión que ojalá logren hacer los huelguistas, dará materia para esa comprensión. Y están también las vivencias de los huelguistas, los mil mundos que inventaron y habitaron durante el movimiento.

–La huelga es un proceso humano fuertísimo, porque entiendes que la gente está contigo pues te va a defender y tú los vas a defender, y así fue [...] La huelga sí fue un proceso muy difícil a lo interno de cada persona, pero al fin y al cabo es un proceso que valió la pena.

Lágrimas de oro

Eva, Tania Paloma, Tania Jimena, Javier, Karina, José Agustín, Enriqueta, Olga, Jonathan, Alonso, Areli

–Me gustó del movimiento que exista gente capaz de defender sus ideales. Nos apoyaban diciendo: “Gracias por luchar por nuestros hijos, por no ser individualistas”.

La vivencia del movimiento ha dejado hondas huellas en los huelguistas. Muchos perciben los cambios en sí mismos:

–Me queda clarísimo ese rollo que dice el zapatismo: existen dos Méxicos, el de los poderosos y el de abajo, donde estamos todos. Hace dos años escribía: “Jamás voy a dejar de luchar”, y ahora estoy más convencida de eso. Nunca quiero ser parte de lo que estoy criticando a los veinticuatro años.

Cambiaron las ideas políticas, las opiniones acerca de tal o cual organización, las relaciones con el otro:

–La irreverencia se nota tanto que hoy día yo sí le tengo miedo a los toletes porque sí han de doler, bueno, sí duelen, pero no le tengo miedo a pararme enfrente de mi director y decirle que es un hijo de la chingada porque él no pudo hacer nada para que no entrara la policía a mi escuela.

Pero, además:

–La huelga no fue solamente la solución de las demandas del CGH [...] Vivir nueve meses en un proceso de resistencia implicó replantearse vitalmente lo que querían los chavos. No tenemos los mismos rostros en la ciudad; es un inmenso mar de rostros e identidades que muchas veces no nos encontramos, y el espacio de la huelga fue el espacio de esos encuentros.

Encuentro de viejos con jóvenes, de hijos con padres, de convencionales con fachosos, de maoístas con slameros, de chavos de la “Fresa 6” con duros Krustys de Acatlán. Si un punk

–con los pelos parados, con los picos pintados de verde, el mochicano [...], es en sí mismo un manifiesto diciendo: “A la chingada con todo el mundo”,

manifiestos ambulantes son todos los huelguistas, por su aspecto, por su discurso o por ambos. Y se manifiestan más allá de sus concepciones políticas. Sus relaciones personales han quedado cifradas por la huelga:

–Yo andaba con un antiparista. Y sigo andando con él. Nunca me acompañó a brigadear; para él una mujer debe hacer cosas serias y no andar en huelgas baratas. Ya me lo estoy aprendiendo, de tanto que me lo dice. Él iba a las marchas, y el día de la madrina en Televisa los granaderos lo madrearon. Fue corriendo a mi casa: “Ah que la chingada, ya te dije que de este movimiento no vamos a sacar nada; ahora vamos por tu papá”. Porque mi papá también fue a esa marcha. Yo le dije: “Si no estás convencido, no lo hagas. Tampoco quiero llevar mi pinche acarreado, mi acarreado por amor”.

Diez meses, más la larga estancia de muchos en la cárcel, dan tiempo para ligues, truenes, reconciliaciones; amores y desamores profundamente imbricados con los sucesos del movimiento, como el caso de una estudiante que luego de muchos meses de relación tronó con el profesor al que amaba pues él, al votar en el plebiscito, le rompió el corazón. Hay cosas que no merecen perdón. Las pruebas de amor son, antes que nada, pruebas de corrección política:

–Hay un chavo que no tiene pareja que me dijo: “Es una pendejada que Sergio deje a Carla. Si yo hubiera tenido una mujer a mi lado nueve meses, una mujer que se desvelara, que saliera a prenderle fuego a los pinches antiparistas, que anduviera en chinga, que estuviera en los diálogos, con los pies hinchados por las marchas, no iba a dejarla por una pendeja cualquiera”.

Encuentros y desencuentros abundan:

–La mayoría rompemos con vínculos, amistades, parejas anteriores, y se empieza a encontrar con gente más igual. [A veces] te sentabas en el CGH y mejor veías qué pasaba, veías [a] los más

violentos y violentas, toda la escena del cortejo, de acercamiento. Y te divertías, porque el chavo más entroso, de momento [estaba] inhibidísimo porque una chava se le acercaba.

–Yo me enamoré de una de esas compañeras que abandonaron la huelga y se vendieron al sistema. Y lo peor, anduve con ella. Las diferencias políticas, ideológicas, valían madres en nuestra relación. Pero sí hubo algo que fue un cambio, y fue el trato que sus demás compañeros de partido le daban a ella respecto a nuestra relación. El día que me mandó a la fregada yo acababa de regresar de Chiapas, acababa de renunciar el rector, todo en mi vida era perfecto; tenía una mujer a la que amaba, el movimiento tenía un repunte. De repente: “Pues sabes qué, que siempre ya no”. Hoy en día creo que tiene un puesto político por ahí, ha de estar atrás de un escritorio y habla mal de nosotros.

Pero si chavos y chavas sufren y gozan intensamente sus relaciones, las rehacen, las analizan, las olvidan, a las mujeres las sigue persiguiendo “el sino propio de su sexo”. Hay modos de ser que no se abolen con la huelga y la igualdad entre chavos y chavas es, muchas veces, declarativa. Pese a que

–[...] las chavas hacen mucha referencia a que el movimiento les permitió replantear su vida y darse cuenta de la necesidad de transformar el país,

cada cual habla como le fue. Curiosamente éste es el único espacio donde la línea que separa ultras de moderados se difumina. Sean de algún bando o de ninguno, las estudiantes que se avientan al ruedo del CGH lo hacen entre un coro de aullidos, silbidos, insultos o piropos. Claro que en el CGH siempre hay alguna posición política que se hace merecedora, dicen, de abucheos o exaltada satisfacción: “¡Viecientos...!” Pero en el CGH no se esperan a ver “qué va a decir la compañera”. Se le chifla o insulta de antemano, por el simple hecho de “ser vieja”.

–En noviembre se vino una cuestión de machismo, de no tomarte en cuenta porque eras mujer y de pendeja no bajarte. Te parabas a hablar y te empezaban a gritar: “Putá”.

–Cuando las chavas del Sur, que eran las más guapas, se subían a hablar, todos les chiflaban y etcétera. Yo decía: “pss sí, están guapas”. Pero cuando el silbido se convertía en mentada de madre, en un “puta, te vamos a violar” como le dijeron una vez a Eréndira, del CUEC, te quedas así [...] era el terror de ver cuándo llegaba el güey. Ya después era: “A ver a cómo nos toca, si así va a ser esto, así va a ser esto”.

Las chavas participan en las brigadas igual que los chavos; se desvelan, pasan hambres, son golpeadas por porros y granaderos. Pareciera que, al hacer la huelga, son del mismo tamaño que los huelguistas. Pero

–[...] faltó dar un paso en el nivel de las ideas: “En muchas escuelas, dicen las chavas, dejamos que los chavos fueran la voz del movimiento”.

–En las comisiones al diálogo por escuela, de los tres representantes, la mayoría son hombres, sólo en alguna se colaba una mujer.

Y eso, a pesar de que en muchas escuelas los comités de lucha están conformados mayoritariamente por mujeres.

–Al principio quienes tuvimos la dirigencia en Naucalpan éramos mujeres. En otras escuelas también eran mujeres. Obviamente era el hombre el que se paraba a decir los resolutivos [...] Yo al principio llegaba y decía: “Qué onda con nosotras”, y contestaban: “Tú y tu feminismo”.

–En Acatlán las guardias chingonas las hacían las mujeres. Era mayoría de hombres, pero en el momento de los chingadazos las que salían eran las mujeres. Hacían las marchas y todo el mundo se iba, y las que se quedaban eran mujeres porque tenían que hacer la comida y levantar todo el desmadre [...] Y no faltaban los carros que llegaban aventando cuetes, petardos, y era atacar a los carros a pedradas.

Tal vez por ello algunos huelguistas se sienten viviendo en el reino de la igualdad:

–Ya no hubo tanto esa separación de sexos. Se aventaban las chavas más que uno, “¡ay cabronas, cómo le hacen para meterse así en los trancazos”. Pus la verdad uno sí le sacaba a los golpes, y las mujeres se rifaron muy duro durante el movimiento.

–Había buen trato entre chavos y chavas. Las mujeres hacían lo mismo que los hombres. No se discriminaba a nadie.

–En tus escuelas no estaba el rollo paternalista de “las mujeres primero”. No, ni madres. En la huelga había mujeres que se quedaban toda la noche despiertas y los hombres estaban bien jetones. O había momentos en que las mujeres estaban al frente de los golpes, con los granaderos. Hubo una compañera que estuvo en el hospital tres días y al tercer día salió y no fue a su casa; se fue a la escuela. Los cambios sufridos son muy intensos. Si yo que soy hombre lo puedo sentir así, no me puedo imaginar el cambio emocional que haya sufrido una compañera.

La percepción de muchas de las huelguistas es algo distinta:

–Hay quien dice que se rompió el mito de que los hombres son superiores, pero habemos quienes decimos que no [...] Hay chavas que te dicen: “Ahora encontré el objetivo de mi vida; es la lucha”. Con mis amigas más grandes teníamos esa visión, pero te empiezas a enfrentar con presiones de “¿Cuándo te vas a casar?, ¿todavía no tienes novio?” La huelga sí representó mucho para las mujeres pero no fue el parteaguas. La mujer fue casi siempre la sombra de un hombre, sobre todo en los casos en que la mujer era pareja de algún líder. Dejaba de ser Érica para ser la novia de Ricardo, el Mao; dejaba de ser Carla para ser la novia de Sergio [...] Julia, una compañera mía, hace una propuesta al CGH y no la pelan; se para su compañero a hacerla y “se queda la propuesta del compañero de Acatlán”. Por la euforia, a veces no quiere uno ver eso.

–Para ser escuchadas nos estamos transformando en hombres, gritando igual que ellos; les estamos copiando las mañas. Tenemos que romper con eso.

Además del golpe que significó el fin de la huelga, de una extendida sensación de frustración –“podimos haber ganado todo”–, de

impotencia ante la realidad inmediata, se suma un malestar difícil de precisar. Sí, en la huelga quisimos jalar pares, pero

-[...] no nos hemos asumido como seres íntegros; a veces éramos las mamás de esos güeyes, si no hacíamos la comida no comíamos. Hasta a los perros les dábamos de comer; los perros, los gatos, todo animal que respirara. Y hasta regábamos las pinches plantas. Y los hombres no hacían nada de eso. ¿Qué nos pasa? ¿Tenemos baja autoestima?

-Fue gacho, y muchas chavas están deprimidas por eso: nosotras creíamos que los hombres de la huelga, por el hecho de ser conscientes, iban a ser diferentes, a decir: "Es mi compañera, va a ser mi compañera de toda la vida". No pasó eso.

Pero sin duda, también hay muchas huelguistas que lo vivieron diferente, porque hay chavos que sí las sintieron como compañeras con derechos plenos, y unos y otras se forzaron a romper los roles de siempre.

-La huelga desató muchos conflictos familiares porque: "Yo me voy a vivir a la universidad". Las chavas de hoy somos chavas transitorias, que estamos bombardeadas por la imagen de la mujer cosmopolita, la súper woman que sabe tocho: profesionista, inteligente, guapa. Ya no nos identificamos con nuestras abuelas pero no somos las mujeres modernas. En la huelga todo esto se desató. La crisis no te permite ser "totalmente Palacio", entonces somos "más o menos Palacio". Antes de la huelga te pensabas como una mujer profesionista con carro, casa, una familia, unos hijos, una mujer que te hiciera el asco. Pero ahora lo único que sé es que voy a ser una mujer luchadora que tiene que estar involucrada en los procesos sociales; una mujer luchona que va a defender lo que cree y lo que piensa.

Que ese camino trae pisadas lo muestran también signos de tolerancia:

-Cuando surgen los GUDS [...] y suben al CGH, empieza el chifladero. Pero terminan [de hablar] y empiezan los aplausos así, increíbles, "qué chido que estén" [...], era un grupo más que llega-

ba y daba su información [...] Y luego, al revés: todos fascinados de que los GUDS fueran en las marchas delante de ti, porque traían el desmadre.

Quien más quien menos abunda en estas reflexiones. Y abunda también en las regocijadas o amargas vivencias personales, en donde ellas y ellos se sienten viviendo estrofas de un poema de Benedetti.

-Anduve con un parista y fue chingón, pero lo troné porque quiero a mi novio aunque tenemos muchas broncas. Necesitas una pareja que te complemente.

-Casi todas las chavas de la huelga, cuando acaba la huelga trueñan con su novio. Los hombres necesitaban una mujer a su lado para estar seguros. Se acaba la huelga y como que ya no la necesitan. Una amiga me dice: "Yo tanto que hice por él; incluso no estaba de acuerdo con sus propuestas, pero para que no me dejara yo votaba a favor".

-Son chingaderas; a mí toda la huelga me amenazó: "Cuando se acabe la huelga ya no voy a andar contigo". ¿Y sabes que le rogaba a Dios, güey?, ¡que nunca se acabara la pinche huelga, que fuera eterna!

Si las mujeres escribiéramos la historia de la huelga, del CGH, dice una estudiante, escribiríamos otras cosas. ¿Qué cosas escribirían las huelguistas? ¿Qué cosas dirán después ellas y ellos?

De escribirse, no será una historia sino muchas. Unas al son del manifiesto político, desapasionadas, objetivas, con programas mínimos y máximos en el horizonte y, sería loable, una dosis de autocritica. Y otras tal vez a ritmo de corridos y ska, salsa y heavy metal, con retazos de Silvio, estribillos de los Fabulosos Cadillacs y posdatas de Marcos, con consignas belicosas y un incansable batir de alas en las que prive lo que, a juicio de muchos jóvenes, es el corazón del asunto:

-Lo que importa es una sociedad conjunta que amamos y que nos duele, y un futuro conjunto que también amamos y no estamos dispuestos a que nos duela.

Babel

Karina, Rodrigo, Javier, Alfredo, Enriqueta, Ileana, Julieta, Gandhi, Fabián, Ramón, Jonathan, Paulina, María Emilia

¿Qué queda tras la huelga? Una mezcla de desazón, optimismo, descubrimientos, cansancio, energías redobladas, ira, perplejidad... Queda un nutrido grupo de estudiantes que parecen confirmar, tras el desenlace policiaco del movimiento y el decretado retorno a la normalidad, que no se les escucha ni se les comprende; que se les ignora y se les reprime. Queda una universidad profundamente dividida, donde hay quienes piensan que se hizo lo único posible y se sienten dispuestos a iniciar nuevas acciones de resistencia, mientras otros siguen preguntándose: ¿qué no entendí?, ¿dónde fallamos?, ¿pudimos hacer algo diferente? Y, en contraparte, quedan fortalecidas las autoridades, dueñas nuevamente del terreno y listas a poner en práctica nuevas iniciativas, como su congreso.

Prácticamente nadie se quedó sin opinar o actuar ante el movimiento y su desenlace. Los partidos políticos, empeñados en la ardua batalla electoral en la que se jugaron todo, abundaron en declaraciones y tomas de posición. Del PRI no se recibieron precisamente sorpresas. Desde el primer momento sus miembros condenaron a los huelguistas y lanzaron acusaciones a diestra y siniestra, como las repetidas una y otra vez por Francisco Labastida: “Los huelguistas están armados”, “en la UNAM se cobijan grupos terroristas”. Por si hiciera falta, ahí están las adscripciones partidarias de la inmensa mayoría de las autoridades universitarias, priístas de toda la vida –aunque algunas, con gran sentido de la oportunidad, se apresuran a cambiarse de camiseta y sumarse al foxismo.

En el PAN tampoco hubo revelaciones sensacionales. Había priístas y panistas entre los empresarios que proponían soluciones tan radicales a la huelga como cerrar la UNAM, ya que “es más barato becar a unos cuantos buenos estudiantes”. Los partidos “Bonsai” –etiqueta de *Milenio*– ondearon sus banderas en los mismos aires. Todos ellos pidieron en diversos tonos la recuperación de las instalaciones universitarias, así que aunque formalmente la PFP obedecía órdenes del priísmo, no sólo el PRI celebró la irrupción policiaca en CU. Panistas, Verdes, Democracias Sociales, etcétera, celebraron el asunto, declararon su satisfacción, respaldaron al presidente Zedi-

llo y al rector, aplaudieron el encarcelamiento de los “secuestradores”...

A diferencia de todos estos partidos, que muy claramente actuaron contra la huelga, está el PRD, un caso peculiar. Hubo perredistas entre los huelguistas, entre los académicos, entre muchos de los analistas políticos que escribieron sobre la huelga, entre los sindicalistas del STUNAM. El PRD actuó como gobierno de la ciudad y también como partido político en tiempo de elecciones. Esta diversidad de rostros no le permitió una coherencia total en sus pronunciamientos y en su acción, e indudablemente le pesó mucho su necesidad de votos y de mantenerse en puestos de poder.

–Hay una crisis profunda para el PRD porque la universidad son votos cautivos; nos sentimos rehenes del PRD porque no vamos a votar por el PRI o por el PAN y te sientes obligado a votar por un partido aunque no estés de acuerdo. Pero el CGH no acepta ser rehén.

Independientemente de que miembros del PRD se promuevan o mantengan sus cargos de poder, el PRD como partido ha pagado un costo muy alto con el fin de la huelga. Fue constantemente acusado por los sectores más conservadores de ser el instigador del movimiento, pero basta detenerse en cada episodio de éste para comprobar que no es verdad, pues cada uno de sus intentos por encabezarlo tropezaron con la resistencia del CGH, y muchos de sus integrantes fueron expulsados de la huelga y denunciados como traidores. No obstante, en otros frentes sí fue una presencia constante. La baja votación perredista del 2 de julio puede deberse a muchos factores pero entre ellos, indudablemente, está la sensación de que la actuación del PRD en la huelga unificó en su contra a miles de sus potenciales votantes.

El movimiento democrático en la universidad queda pues, tras la huelga, en una frágil posición, con más heridas abiertas que acuerdos, con muchas cuentas pendientes que saldar y una variedad de interpretaciones de qué fue lo que pasó y por qué. Cada cual, parista o no parista, estudiante o académico, a modo individual o a nombre de alguna organización, tiene su percepción del asunto. Hay, sí, una cierta renuencia entre los estudiantes a colocar las cosas en los puntos extremos de victoria o derrota. Con el asunto de la victoria es comprensible, porque no la hubo. El CGH no logró que se firmara

su pliego petitorio y su huelga fue violentamente levantada. Con la derrota la cosa es más compleja. Pese a que algunos son tajantes:

–la derrota del movimiento estudiantil es también la derrota de los movimientos sociales en este país, la guerra de baja intensidad aplicada al movimiento urbano;

–si le preguntamos a la gente que participó en el movimiento del CEU cuál es su sentimiento, es un sentimiento de victoria. El de 99-2000 será inevitablemente el de la derrota,

hay huelguistas que tienen una idea distinta:

–A nosotros no nos derrotaron. El derrotado fue el estado porque demostró que sólo con macanas y escudos sabe dialogar.

Por su lado, corrientes políticas que participaron activamente de principio a fin en la huelga no pueden hablar tan simplemente de derrota, porque esto significaría asumir su parte de responsabilidad en ella. Y es que, contrariamente a eso que se repite y repite en el CGH sobre la completa horizontalidad del movimiento, las organizaciones tuvieron más influencia en éste de la que reconocen. Y hay otras razones para que no se hable de derrota. Quienes participan ya de tiempo en estas corrientes miran los distintos momentos de la huelga, incluido el trago amargo de la toma policiaca de la UNAM, como episodios de un asunto de largo aliento. Acordes con sus correspondientes concepciones políticas, interpretan la huelga como parte del movimiento irrefrenable que concluirá con la instauración de la democracia, la abolición del capitalismo, ahora en su modalidad neoliberal, la construcción de un mundo nuevo, la instauración del socialismo... En esta mira a largo plazo, consideran que los universitarios rebeldes no han perdido sino que, al igual que otros movimientos sociales, están destinados a ganar tarde o temprano. En ese escenario, cada mínima acción que logre llevarse a cabo con la universidad en clases apunta a ese horizonte mediato, y la mera resistencia ya es un triunfo.

–El CGH ha ganado una experiencia de identidad colectiva y de resistencia militante de un sector juvenil que va a nutrir con cuadros políticos y sociales al conjunto de las resistencias colectivas

en tránsito [...] México no ha perdido, con el CGH ha ganado una generación de militantes sociales críticos, dispuestos a la lucha.

Esta percepción, que comparten muchos, no es sin embargo la del grueso de los estudiantes que dieron vida al CGH, no sólo porque esta organización se encuentra en disputa con diversos grupos que reclaman para sí las siglas, sino por otras razones, entre ellas, que

–[...] nunca ha habido tiempo en el CGH de hacer un balance, o los grupos no lo permiten porque tienen cola que les pisen. La crítica no se hace porque sería decir cosas muy duras, [como que] a Contracorriente se le acusa de tener infiltrados de Gobernación. Se dice que si no se depura el CGH va a seguir valiendo. Infiltrados hay un montón, en todos lados. Ésos no van a permitir que se haga el balance.

Pero si bien no existe un balance formal, abundan en cambio las opiniones y vivencias de los universitarios que en buena medida lo bosquejan.

–El CGH venció el miedo de la necesidad de organización, conquistó una forma organizativa, puso en el centro de la reflexión a la universidad y tras el movimiento se reafirmó la idea de que la educación es un derecho y no un servicio.

–Cuando entró la policía, la universidad estuvo de luto [...] Pero la fiesta volvió a empezar. Estamos gritándoles a la cara que no vamos a permitir que privaticen la educación. La fiesta volvió a empezar y va para largo.

Hay razones para creer que “la fiesta va para largo” porque, como la mayoría de los universitarios apuntan, que la PFP entrara en la UNAM significó el fin de la huelga pero no la solución de las causas que le dieron origen.

–Sí hay vuelta a la universidad pero no hay vuelta a la normalidad. La forma en que se dio salida a este conflicto te lleva a darte cuenta de la crisis que vive esta sociedad; cuando hay crisis y no hay soluciones no hay normalidad.

Pero al mismo tiempo, es difícil imaginarse un nuevo movimiento de resistencia:

-Por no levantarse a tiempo, la huelga sí tuvo la culpa de que ahora van a aprobar las autoridades lo que quieran y no va a haber quien se levante, porque la sociedad se vacunó. Quién va a querer otra huelga que dure un año.

“La huelga tuvo la culpa.” ¿Quién da la cara por la huelga? ¿El CCH?, ¿las corrientes que actuaron en su interior?, ¿los huelguistas acelerados?

Oscilando entre el optimismo y el desánimo, cada cual destaca su experiencia, de la que entre líneas se desprenden responsabilidades y méritos:

-El movimiento se engolosinó con el poder. Quisimos ir por más y perdió toda la fuerza. Ellos, los líderes a fin de cuentas, la regaron por su ideología. Es respetable, pero buscar el movimiento obrero y campesino es una pendejada porque al final no tenían ni al estudiantil.

-La relación con el movimiento obrero se buscó, pero no había condiciones porque ese movimiento está muy débil [...] Teníamos que haber buscado otra estrategia, que tenían contemplada compañeros independientes que no eran ni moderados ni ultras, pero como éramos minoría no se nos escuchaba.

-Es muy chido porque vemos gente nueva, la escuela se ha despertado. No como quisiéramos, pero ahora estamos preparados para más cosas. Cualquier cosa que pase no vamos a ser los seis que éramos al principio; vamos a ser cien o de menos los cincuenta que más o menos estuvimos en torno al CH de la ENAP.

-La huelga generó gente consciente, muy decidida y prácticamente incorruptible, que [quiere] llegar al final de la causa y no a grandes mitades.

-Percibimos el sentido de lo humano, lo creativo, lo rebelde...

-Me sentí muy mal porque había votado en el plebiscito. No pensábamos que fuera a entrar la tira [...] Pero aquí sigo, sin ver para atrás porque si uno ve para atrás se deprime bien gacho.

-No siento impotencia, sí mucha rabia y mucho coraje por todas las cosas que puede hacer el estado, pero no de “ya no puedo hacer más” sino de “tengo que hacer más”.

Andan, algunos, desbalagados, furiosos con ellos mismos o con otros. Muchos más agarran el hilo de la lucha por la gratuidad más o menos donde la policía lo tronchó, y consideran que la conciencia adquirida con el movimiento alcanzará para lo que venga, porque saben ya de qué se trata una lucha, han aprendido a expresarla, han perdido el miedo.

-Después de haber sufrido el estado de sitio dentro de la universidad, hambres, fríos, la incertidumbre, la gente se radicalizó en una forma tan pesada que hoy en día [...] las autoridades salen corriendo [...]; por lo menos en el CCH. Tú veías al director, sabías que la estaba regando y se la mentabas, bueno, le hacías una grosería pero así como que te escondías. Y hoy no, hoy le dices “eres tal y tal” y enfrente lo tienes, y le dices “me llamo tal y tal y puedes levantar un acta, no hay bronca”.

Para otros, en cambio, las condiciones en que la universidad habrá de enfrentar los nuevos tiempos no podrían ser peores, porque como resultado del movimiento, e independientemente de la justicia de sus demandas, la comunidad quedó fragmentada, enfrentada entre sí, incapaz de sobrellevar el desánimo y plantearse alternativas, sin proyecto, sin brújula.

Esto es especialmente crítico entre los académicos, para quienes la universidad no es sólo su fuente de sustento sino su proyecto de vida. Muchos maestros vivieron la huelga en un estado de amargura y de exclusión. Varados con sus proyectos académicos para los cuales no había lugar, enfrentaron al mismo tiempo la presión de las clases extramuros. Y vieron acabarse el año sin poder incidir en el movimiento, porque fueron objeto de rechazo, sus opiniones eran desestimadas o de plano quedaron como enemigos. Al levantarse la huelga, hay quienes regresan a la UNAM como si hubieran sobrevivido.

do a un naufragio, y sin poder ponerse de acuerdo unos con otros en qué fue lo que pasó.

–Hay funcionarios que están contra académicos, algunos académicos contra estudiantes, unos estudiantes contra otros. Hay un desgarramiento interno de la comunidad universitaria que no sé cuándo va a terminar.

–¿Cómo es posible que las percepciones difieran a tal grado tan fuertemente? Es normal que cada quien tenga su visión de las cosas, pero nunca había visto una cosa tan esquizofrénica. Cada quien te da una versión de las cosas. Hay una serie de hechos en los que son absolutamente extremas las versiones de cada quien.

–¿Quieres pelearte con alguien? Empieza a hablar de la huelga.

La normalidad –clases que se reinician, grupos que se reasignan, sistemas de estímulos viento en popa, etcétera– se entrelaza con confusos estados de ánimo:

–Estamos muy afectados por todo lo que pasó, una serie de cosas que nos pasaron de noche, que no asimilamos. Yo siento que hay un malestar muy profundo, no hay acuerdo en nada. Casi cualquier tema que saques con casi cualquier persona va a haber por lo menos una gran discrepancia.

Y las actividades académicas se desarrollan en una institución en la que ya pueden aquilatarse algunas secuelas del movimiento. Por ejemplo, el número de estudiantes ha disminuido, no sólo porque

–[...] hubo montones de gente que se fueron a las universidades privadas durante la huelga,

sino también porque no se ha inscrito el número de estudiantes acostumbrado. El hecho es que la complejidad de la huelga y su desenlace han producido un efecto contrario al que el CGH se proponía estimular. Porque si tras la demanda de la gratuidad está la intención de que cualquiera tenga las puertas abiertas para superarse académicamente, especializarse en la profesión de su conveniencia y vivir de esa profesión, la manera en que la academia apareció cons-

tantemente reñida con los objetivos del CGH bien poco ha ayudado a fortalecer la imagen de la UNAM como una alternativa académica deseable.

–Puedo recorrer todos los pasillos de la facultad y ver que están los salones vacíos. Y los que están ocupados, con tres o cuatro estudiantes, cuando antes estaban repletos los salones. Y los alumnos yo los siento como perplejos, dispersos, no se concentran; no es posible que estén tan desvinculados de lo académico. Creo que tiene que ver con una pérdida del sentido de lo académico.

–El fenómeno CGH es coyuntura tras coyuntura, en donde no hay mucha posibilidad ni para pensar ni para reflexionar otros aspectos [...], [hay una] necesidad de ofrecer una propuesta de lucha en la dimensión específicamente académica [...] El fenómeno CGH, si por algún aspecto ha cojeado ha sido precisamente por la incapacidad de tramitar iniciativas académicas.

Esto se da mientras, por su lado, los preparativos para el congreso de la Rectoría siguen su ritmo, porque al contrario de lo que ha ocurrido en el movimiento universitario, para las autoridades no ha habido fracturas sustanciales, ni siquiera con la salida de Barnés y el dedazo que llevó a De la Fuente a la Rectoría.

Contra estas autoridades protagonizaron los estudiantes una huelga difícil, compleja, muy distinta a otros movimientos porque así querían que fuera. Evitaban las trampas en las que otros, decían, habían caído. No querían traiciones, y de tanto temerlas las hallaron por todos lados. En su búsqueda continua –a veces exitosa, a veces no– de construir un movimiento original, desconcertaron a muchos que, simplemente, no hallaron de dónde asirse, no pisaban terreno conocido, no cupieron al lado de los huelguistas.

En el desarrollo de la huelga, la sensación de que se trataba de un movimiento incluyente se fue sustituyendo con un ambiente enrarecido por los calificativos, en el que privaba la necesidad de la acción directa: donde estaban a sus anchas quienes buscaban salirse de los esquemas conocidos y quienes poco o nada apreciaban las formas tradicionales de hacer política, desde el concepto del diálogo hasta la correlación de fuerzas, y que en cambio eran seducidos, irremediablemente, por la acción directa, entre más contundente mejor, porque en la acción directa se prueba con quién se cuenta y quiénes

son dignos de confianza. Y si hubo un factor de unidad entre esos chavos bandosos además del aspecto rudo, la chunga de sus consignas y la idea de la huelga como una fiesta sin fin, fue una desconfianza irremediable a lo que quedaba fuera de su control. En los últimos tiempos se desconfiaba de todo: por supuesto, de la autoridad en todas sus formas, pero también del discurso político y de las organizaciones –traidoras en potencia o acto. La desconfianza germinó en un terreno bien abonado por los discursos del gobierno, las promesas de sus funcionarios, el mensaje de los medios..., todo hueca palabrería a la que hay que buscarle traducción simultánea. Porque la realidad no es tal cual como la pintan Zedillo, Sarmiento, los candidatos que anduvieron en campaña, *Excelsior*, Jaime Avilés, la revista *Milenio* o quienquiera que haga política en este país.

¿Cómo es realmente la realidad? La banda de huelguistas “superultras”, “megaultras”, “gigaultras” tiene su propia interpretación, y la huelga fue su caja de resonancia para expresarla. Buena parte de ellos pertenece al conjunto de “los jodidos”, como con toda claridad los definiera el magnate Azcárraga. Claro que hay jodas y jodas. En las familias de esos estudiantes, algunos tendrán empleos con sueldos de hambre, subempleos, multiempleos o menos; unos estarán pagando sus casas Geo, y otros habrá que ya no cupieron en Chalco o en cualquier otro de los paraísos de “Solidaridad” y buscarán arracimarse en alguna de esas nuevas colonias miserables que tapizan la zona conurbada. Para estos y otros estudiantes, los solidarios de condición más desahogada pero igualmente activos, es claro que el RGP significa que los jodidos están en camino de perder su derecho a la educación; por eso luchan contra las cuotas. Entender esto no es lo mismo que acceder a una cultura política, ni que contar con las tablas suficientes para meterse en el berenjenal que significó la huelga. Pero había en cambio una comprensión epidérmica del crucial significado de la propuesta de Barnés, y esa comprensión alcanzó para vincular a esos paristas con otros, los de pensamiento más elaborado, experiencias previas y verbo fácil, los de organizaciones políticas.

La terca resistencia de las autoridades a voltear y mirarlos transformó la comprensión superficial de muchos huelguistas en ira pura y mayor desconfianza, a las que sólo podían conjurar la acción directa –“quien no tenga pantalones, que se raje”– y la percepción de que todo el derredor estaba poblado de enemigos.

El CGH se deshizo de ellos dañándose a sí mismo y dejando en el

camino a muchos aliados potenciales, y ese aislamiento, aunado a la forma violenta en que la huelga se rompió, sin duda tendrá su costo no sólo para la UNAM, sino para el porvenir de las universidades públicas, que se mira bastante oscuro ahora que, con la instauración del foxismo, el país ha quedado en manos de auténticos hombres de empresa.

En noviembre del 99, Valdemar Sguissardi señalaba cómo “los ojos de todas las instituciones de educación superior latinoamericanas están puestos en el conflicto de la UNAM, pues de su desenlace dependerá el rumbo de las universidades públicas de la región, porque además de ser la institución más importante por su matrícula, es un modelo a seguir en cuanto a su régimen de autonomía y de gratuidad educativa” (*La Jornada*, 8 de noviembre de 1999).

Para los huelguistas, para el conjunto de la comunidad universitaria, para los movimientos sociales, atentos y solidarios con la huelga, para la lucha inmediata por la gratuidad y el conjunto de las demandas del CGH, este desenlace fue lamentable. La UNAM y los universitarios no eran tal como Barnés los imaginaba al dar el paso decisivo de instaurar las cuotas. Prueba de ello es la inesperada y masiva movilización que se produjo en repulsa a esas cuotas. Sin embargo la universidad que queda no es tal como la hubiera imaginado el CGH, ni como convendría que fuese para encarar lo que presagía el esquema gerencialista de Fox.

–Yo le apostaría a la generalización de la onda expansiva de lo que yo denomino el efecto del CGH. Quiero decir que habida cuenta de que en esta lucha se juega el futuro de la educación pública media y media superior del país, yo apelaría a la sensibilización de la juventud estudiosa para un relevo del CGH con brotes equivalentes [...], pensando en que movimientos con características próximas al CGH pudieran surgir en el IPN, la UNAM, etcétera.

A poco veremos si la realidad cristaliza estas apuestas y tienen lugar nuevas formas de resistencia, en la UNAM y en otras instituciones educativas, que asimilen las experiencias de la batalla del CGH. Por lo pronto pueden atisbarse ciertas situaciones, como el hecho de que al final de la huelga y luego, tras la entrada de la policía, hubo en la universidad un despegue de organizaciones-antiorganización, como Contracorriente y otros colectivos semejantes, quienes han

necesitado pocos argumentos para arrastrar tras de sí a muchos estudiantes, escenificando con ellos acciones temerarias. Si las corrientes políticas de viejo cuño sopesan argumentos, con los giros del lenguaje común a su rollo político, los contras usan en cambio palabras expeditas, cauterizando cualquier duda con la acción inmediata: "Plan de acción mata discusión". ¿Hacia dónde caminarán los contras y similares? El tiempo lo dirá, pero en tanto conviene tener en cuenta que los cambios de miras producen sorprendentes metamorfosis. Ahí está, entre otros, el caso de la FNOB, una severa organización marxista-leninista de los setenta que acabó transformándose en el movimiento antorchista y sentó sus reales entre los sectores más miserables. Lo que ocurre cuando los "bolches" se prenden como antorchas y danzan con lobas, como ocurrió en las elecciones municipales de Chimalhuacán, es para no pasar inadvertido.

En la huelga de la UNAM, en cierta forma una muestra a escala de lo que ocurre en el resto del país, se han mostrado pues todos los actores políticos imaginables. Pese a este entramado, o precisamente por él, a meses de haber sido abierta la universidad, el movimiento sigue rodeado por un grueso muro de incompreensión que los huelguistas no supieron abatir y que fortalecieron quienes, desde afuera, se conformaron con tratar a los estudiantes como simples idealistas trasnochados.

Para quienes conforman el hoy tan borroso rostro de la izquierda, quienes siguen empeñados en que las cosas se transformen de modos democráticos, para los tercos soñadores aferrados a que la sociedad despierte, para universitarios y no universitarios, es casi una tarea de sobrevivencia superar esa incompreensión y asimilar la experiencia de la huelga. Este movimiento, en opinión de muchos aún inconcluso, es ya un punto de referencia para otros que vendrán. Y en tanto, sigue en juego la universidad que conocemos, sus transformaciones posibles y su futuro.

*Tepoztlán, Morelos-ciudad de México
1° de octubre del 2000*

Siglas

AFL-CIO	American Federation of Labor-Congress of Industrial Organizations
AUA	Asamblea Universitaria de Académicos
BM	Banco Mundial
BUI	Bloque Unido de Izquierda
CCH	Colegio de Ciencias y Humanidades
CCU	Centro Cultural Universitario
CDE	Coalición Democrática Estudiantil
CDHDF	Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
CED	Coordinadora de Estudiantes Democráticos
CEM	Consejo Estudiantil Metropolitano
CEN	Comité Ejecutivo Nacional
GENEVAL	Centro Nacional de Evaluaciones
CETIS	Centro de Estudios Técnicos, Industriales y de Servicios
CEU	Consejo Estudiantil Universitario
CGH	Comité General de Huelga
CGR	Consejo General de Representantes
CH	Comité de Huelga
CLETA	Centro Libre de Experimentación Teatral y Artística
CNDH	Comisión Nacional de Derechos Humanos
CNTE	Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación
CONACYT	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
CONAI	Comisión Nacional de Intermediación
CONALEP	Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica
COPARMEX	Confederación Patronal de la República Mexicana
CU	Ciudad Universitaria
CUEC	Centro Universitario de Estudios Cinematográficos
DGSCA	Dirección General de Servicios de Cómputo Académico
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
ENAP	Escuela Nacional de Artes Plásticas
ENEO	Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia
ENEP	Escuela Nacional de Estudios Profesionales
EPR	Ejército Popular Revolucionario
ERPI	Ejército Revolucionario Popular Independiente

ERUM	Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FED	Federación de Estudiantes de Derecho
FEDA	Federación de Estudiantes de Derecho de Acatlán
FES	Facultad de Estudios Superiores
FMI	Fondo Monetario Internacional
FNOB	Federación Nacional de Organizaciones Bolcheviques
FOBAPROA	Fondo Bancario para la Protección del Ahorro
FPFV	Frente Popular Francisco Villa
FUC	Frente Universitario por el Congreso
FZLN	Frente Zapatista de Liberación Nacional
GREU	Grupo Renovación Universitaria
CUDS	Grupo Universitario por la Diversidad Sexual
IPN	Instituto Politécnico Nacional
ITESM/TEC	Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey
MP	Ministerio Público
OCDE	Organización de Cooperación y Desarrollo Económico
OIR-LM	Organización Independiente Revolucionaria-Línea de Masas
OMC	Organización Mundial del Comercio
PAN	Partido Acción Nacional
PFP	Policía Federal Preventiva
PCR	Procuraduría General de la República
PIB	Producto Interno Bruto
POS	Partido Obrero Socialista
PPT	Prepa Popular Tacuba
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PRIDE	Programa de Primas al Desempeño del Personal Académico de Tiempo Completo de la UNAM
RED	Red de Estudiantes Democráticos
RENO	Reclusorio Norte
RGP	Reglamento General de Pagos
SEP	Secretaría de Educación Pública
SEPSTUNAM	Secretaría de Educación Pública/Sindicato de Trabajadores de la UNAM
SINTCB	Sindicato Nacional de Trabajadores del Colegio de Bachilleres
SME	Sindicato Mexicano de Electricistas
SNI	Sistema Nacional de Investigadores
SSP	Secretaría de Seguridad Pública
STUNAM	Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UDUAL	Unión de Universidades de América Latina
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México

UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UPN	Universidad Pedagógica Nacional

Referencias

LIBROS

- Aboites, Hugo, *Viento del norte*, UAM/Plaza y Valdés, México, 1977.
- Elizalde, Guadalupe, *Piedras en el camino de la UNAM*, EDAMEX, México, 1999.
- Fazio, Carlos y Enrique Rajchenberg, *UNAM, presente ¿y futuro?*, Plaza y Janés, México, 2000.
- Martínez della Roca, Salvador e Imanol Ordorika, *UNAM, espejo del mejor México posible*, Era, México, 1993.
- Moreno, Hortensia y Carlos Amador, *UNAM, la huelga del fin del mundo*, Planeta, México, 1999.
- Olvera, Alberto J. (coord.), *La sociedad civil*, El Colegio de México, México, 1999.
- Ramírez, Arturo, *Palabra del CGH*, El Milenio, México, 2000.
- Sheridan, Guillermo, *Allá en el campus grande*, Tusquets, México, 2000.
- Trejo Delarbre, Raúl, *El secuestro de la UNAM*, Cal y Arena, México, 2000.
- Tello Peón, Nelia E. et al. (coord.), *Destinde. La UNAM a debate*, Cal y Arena/ENTS UNAM, México, 2000.

AUDIOVISUALES

- Las píldoras del doctor Barnés*, Canal 6 de Julio, con la participación de estudiantes del CUEC-UNAM, México, 1999.
- UNAM, memoria del caos. La huelga X*, realizado por estudiantes del CUEC-Canal 6 de Julio, México, 1999.

PERIÓDICOS

- La Jornada, Uno Más Uno, Reforma, Milenio Diario, La Crónica de Hoy, La Prensa.*

REVISTAS

- Proceso, Milenio Semanal, Época.*

BOLETINES, DESPLEGADOS, MANIFIESTOS, VOLANTES, PÁGINAS ELECTRÓNICAS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- CGH y otras organizaciones, *Corre la Voz.*

Julotte Roche

Max y Leonora

José Rodríguez Feo

Mi correspondencia con Lezama Lima

María Rosas

Tepoztlán: Crónica de desacatos y resistencia

Plebeyas batallas. La huelga en la Universidad

Guiomar Rovira

Mujeres de maíz

Pablo Soler Frost

Cartas de Tepoztlán

Jorge Volpi

La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968